

MARCANDO CALAVERA

Jóvenes, mujeres, violencia y narcotráfico

Eliana Cárdenas Méndez



PLAZA Y VALDES

P Y V

EDITORES

MARCANDO CALAVERA:
Jóvenes, mujeres, violencia y narcotráfico

MARCANDO CALAVERA:
Jóvenes, mujeres, violencia y narcotráfico

Eliana Cárdenas Méndez



Primera edición: 2008

© Eliana Cárdenas Méndez
© Universidad de Quintana Roo
© Plaza y Valdés, S.A. de C.V.

Derechos exclusivos de edición reservados
para Plaza y Valdés, S.A. de C.V. Prohibida
la reproducción total o parcial por cualquier
medio sin autorización escrita de los editores.

Plaza y Valdés, S.A. de C.V.
Manuel María Contreras, 73. Colonia San Rafael
México, D.F. 06470. Teléfono: 5097 20 70
editorial@plazayvaldes.com

Calle de las Eras 30, B.
28670, Villaviciosa de Odón.
Madrid, España. Teléfono: 91 665 89 59
madrid@plazayvaldes.com
www.plazayvaldes.com

ISBN:

Impreso en México / *Printed in México*

Índice

Parte 1

1. Antecedentes históricos del problema.....	11
2. Planteamiento del problema.....	19
3. Objetivos.....	23
4. Metodología.....	25
5. Marco histórico.....	27
6. Efectos sobre la ciudad y situación de los jóvenes o conclusiones.....	45
7. El narcotráfico.....	51
8. Conclusiones.....	97

Parte 2

I. Violencias, violencias.....	105
II. La Negra infancia.....	111
III. Una nueva vida: <i>el oficio de jibara</i>	121
IV. El impuesto y la distribución.....	127
V. El ciclista Pablo Camacho.....	137
VI. Fumar y nada más.....	141
VII. Primer canazo: <i>Transémonos</i>	147
VIII. Un nuevo intento de vivir bien.....	153
IX. Retrato de familia.....	161
X. Puros maquiavélicos.....	173

XI. <i>Melgar...mi Melgar</i>	179
XII. El oficio de sicario.....	187
XIII. Respaldo y seguridad.....	191
XIV. Loco, enfermo por matar.....	199
XV. Muerte de Sebastián.....	211
XVI. Segundo canazo.....	225
XVII. La vida en la cárcel.....	231
XVIII. El Buen Pastor.....	235
XIX. Reconciliación.....	243
XX. Las duras y las pobres en la cárcel.....	247
XXI. Melgar y los Derechos Humanos.....	257
XXII. Cárcel de Tuluá.....	261
XXIII. La ley es matar.....	267
XXIV. Las limpiezas sociales. El Divino Maestro.....	273
XXV. La muerte de Melgar.....	281
XXVI. Tercer canazo.....	289
XXVII. Y pensar que esto no tiene solución.....	293
Glosario.....	297

Parte 1

1

Antecedentes históricos del problema

La violencia homicida en Colombia ha sido definida entre los ciudadanos como una violencia rutinaria y generalizada que reflejaría un país en guerra, puesto que ninguna sociedad presenta, en tiempos de paz, niveles semejantes de violencia

Encontrar información para construir un perfil de la delincuencia juvenil en Buga ha sido una tarea ardua. Esta labor fue desatendida, y se llegó incluso a declararla inexistente por las tres fuentes principales, que pueden facilitarla en cualquier parte del mundo:

- a) La policía en la medida en que se encarga de registrar los delitos y expresar una demanda de solución y una respuesta civil frente a los mismos, nos envió a Cali a consultar información sobre Buga.
- b) La vía judicial que registra los procesos penales, nos acercó a engorrosos trámites.
- c) Los hospitales, en la medida en que podrían ofrecernos un panorama sobre la causalidad de fallecimientos y lesiones, no fueron consultados por nosotros.

Una razón poderosa puso fin a nuestro estéril peregrinar, no íbamos a encontrar encuestas serias que nos acercaran al problema porque no todos los casos de violencia y de delincuencia cometidos son denunciados. Demasiados testimonios hacían patente la desconfianza de la gente en la posibilidad de una resolución de los conflictos.

Las instituciones gubernamentales, como la Alcaldía Municipal, que de hecho tiene un departamento (Grupos Vulnerables) dedicado al trabajo exclusivo con la juventud bugueña, y que podría aproximarnos a la delimitación del fenómeno, no nos ha podido proporcionar ni siquiera una memoria del valiosísimo trabajo que ha realizado en las zonas de estratos económico-sociales 0,1, y 2.¹

El trabajo adelantado por las entidades religiosas tampoco ha logrado consolidar una obra escrita que pudiera servir como un antecedente para capitalizar el trabajo y la experiencia de la comunidad eclesiástica bugueña. No sabemos si es falta de rigor en la investigación, o si es un poco de celo profesional, pero lo que sí podemos afirmar es que se trata de instituciones y proyectos encaminados a la resolución de problemas diarios y que no es tarea fácil reflexionar sobre el propio trabajo, en un contexto donde la intensidad de los hechos y de los acontecimientos desborda la capacidad operativa de los que tienen que atender problemas de adicción, pobreza y violencia intrafamiliar, y crear al mismo tiempo estrategias para resolverlas diariamente. La reflexión y la interpretación del acontecer diario permitiría, sin embargo, proyectos de más largo alcance para no repetir los errores y capitalizar los logros y los aciertos en aras de la identifi-

¹ Colombia está dividida en regiones socioeconómicas en estratos 0, 1 y 2 que son los más vulnerables y 3, 4, 5 los sectores económicos más altos.

cación y el diagnóstico de las diferentes problemáticas con jóvenes y el diseño de estrategias para la resolución efectiva de los mismos.

Los únicos antecedentes a los que tuvimos acceso son: el documento “Diagnóstico Juvenil y Política Pública de Juventud” que la Asociación de Jóvenes PLJ’s de Cenvoc presentó en Guadalajara de Buga en agosto del 2002 y al trabajo de la Cámara de Comercio de Buga PIDUB, que son las únicas y obligadas referencias para cercar el fenómeno.

Cenvoc: Diagnóstico juvenil y política pública de juventud

Este trabajo que se ha convertido en el documento oficial sobre diagnóstico de problemáticas de la juventud en Guadalajara de Buga. Con un enfoque psicologista destaca que la problemática juvenil en esta ciudad responde a un choque generacional, entre jóvenes –con gustos en materia de música, baile, vestimenta, construcciones lingüísticas e identitarias– y generaciones de adultos, representados por maestros y padres de familia que reaccionan con hostilidad e incomprensión frente a todo este universo. No obstante, los jóvenes aún a pesar de estas dificultades o “choques generacionales” –según Cenvoc– tiene una clara conciencia del entorno social en el que viven y tienen proyectos a largo plazo como la recuperación del liderazgo social y económico que tuvo la ciudad en la época de los años cincuenta.

La propuesta de Cenvoc promueve que a través de un conocimiento sobre deporte, derechos humanos, desempleo, educación, medio ambiente y uso de suelos, entre otros, será posible construir “la carta de navegación de los jóvenes bugueños”.

Adoptando estrategias cuantitativas, el trabajo compiló 1 189 encuestas aplicadas en las zonas de residencia de los jóvenes y en los puntos de reunión de los “parches” y “galladas”, tratando de identificar cuáles eran las principales demandas, perspectivas y problemáticas de los jóvenes:

...Necesidades, problemáticas y deseos de la juventud [...] tendencias, conflictos, saberes e identidades, para poder construir una Política Pública de la Juventud para que sea nuestra directriz en el desarrollo de la población juvenil. Planes, programas y proyectos que faciliten el acceso de los jóvenes de Guadalajara de Buga a espacios que conduzcan a una vida digna y decorosa, teniendo en cuenta fuentes de tipo demográfico, histórico, documental y sondeo de opinión.

Las variables para este diagnóstico son fundamentalmente el desempleo, la salud, la recreación y el resultado presenta un panorama que hace suponer que las problemáticas de la juventud en Guadalajara de Buga incluyen un abanico de factores más complejos que las dificultades propias entre las generaciones de adultos y los jóvenes.

En ese sentido, Cenvoc reporta al desempleo como una de las principales problemáticas de la juventud:

Son grandes los sentimientos de desesperanza de la gran mayoría de los jóvenes por no tener en qué ocupar su tiempo y además no devengar un salario que les ayude a mejorar su calidad de vida [...] El 76% de jóvenes declaró inexistentes las oportunidades de empleo en Buga porque existe discriminación según el estrato socioeconómico al que se pertenecen y por una deficiente capacitación en las áreas de inglés y de sistemas computacionales.²

² Documento Cenvoc p. 63

La educación: La educación es un derecho constitucional en Colombia; sin embargo, las encuestas de Cenvoc señalan a la falta de educación como la gran causante de muchos males que enfrentan los jóvenes en el país: “...No todos los jóvenes en nuestro tiempo pueden acceder (a la educación) ya sea por la limitada cobertura escolar, por dificultades económicas o problemas de orden público”.³

Salud Integral: La gran mayoría de los jóvenes en Buga no tiene la posibilidad de acceder a un plan integral de salud.

Aunque no se plantea como un problema propiamente –pues están dadas las condiciones– sólo 17% de los jóvenes entrevistados practica algún deporte. A pesar de existir espacios de recreación y deporte, los jóvenes no participan: “...se propone la creación de un plan de acción que permita el acceso de las jóvenes del municipio a participar y disfrutar de los espacios y servicios de recreación y deporte que ofrece el municipio, de acuerdo a sus intereses y preferencias.”⁴

Medio Ambiente: En materia de medio ambiente y expresión artística encontramos propuestas de espacios ambientales y espacios o escenarios culturales donde los jóvenes puedan desarrollar su propia cultura juvenil –su música, su danza, su mundo propio– aunque se advierte que 38% de los jóvenes considera que sí existen espacios públicos que permiten su participación.

Seguridad: Hacia el año de 1999, los jóvenes fueron víctimas de lesiones personales, violencia intrafamiliar e inasistencia alimentaria; en ese mismo año los delitos cometidos por jóvenes menores de edad fueron el hurto y el atraco. Sin embargo, los jóvenes no aparecen vinculados con el tráfico de estupefacientes de manera significativa, para el año 1999, sólo

³ *Op. cit.*, p. 63.

⁴ *Op. cit.*, p. 64.

reportan tres violaciones a la ley 30 del tráfico de estupefacientes. No obstante, señala la violencia juvenil como consecuencia de un medio hostil que impone formas negativas de socialización, aunque declara la inexistencia de una violencia organizada como la de pandillas:

...las nuevas formas de participación de los jóvenes en escenarios de violencia no están ligados a una estructura organizativa que se planea minuciosamente, sino a la violencia sin proyecto, sin un objetivo expreso [...] lo que encuentra en estos escenarios es una dinámica inestable, móvil, que les permite configurar modelos de identificación desde aquí, y el ahora, desde lo sensitivo: la rumba, la forma de conectarse a los consumos, el lenguaje propio que se vuelve una jerga, en ocasiones indescribible para el adulto.

Los jóvenes están, en efecto, desarticulados del engranaje o de una estructura orgánica de gran envergadura como el narcotráfico. La violencia juvenil en Guadalajara de Buga, ciertamente, no responde a una estructura orgánica, tipo pandillas juveniles, porque ellos sólo participan como una especie de agentes libres, o de elementos provisionales de una máquina ilegal y de gran envergadura como el narcotráfico.

Este diagnóstico desembocó en objetivos más amplios: la construcción de alternativas que dieran solución a las problemáticas detectadas, es decir, no sólo crear un diagnóstico, sino desarrollar propuestas para la solución de los problemas reconocidos en la primera fase. Fue así como se llevó a cabo el 1^{er} Encuentro de Jóvenes Bugueños que congregó a jóvenes de diversos estratos socioeconómicos, étnicos, culturales y religiosos y se hicieron subgrupos tratando de lograr su participación en las áreas de cultura, recreación, deportes,

medio ambiente, uso de suelo, convivencia, paz, derechos humanos, educación, salud y empleo.

La propuesta se consolida de esta manera: “...las variables determinantes en la búsqueda de un proyecto de vida digno de la juventud bugueña, es así que de la mano de adultos especialistas en estas áreas se pretendía tender puentes en las relaciones o en el intercambio general entre el mundo adulto y el juvenil”.

Sin embargo, el trabajo de Cenvoc es excluyente, en la medida en que la muestra poblacional que recoge la investigación no incluye a la población juvenil norte y oriental de la ciudad, de tal manera que los resultados no contemplan ni las dificultades o las problemáticas sociales, económicas y políticas de los jóvenes, ni mucho menos, logra ofrecer una panorámica de las propias reivindicaciones de la juventud en estos sectores. Por otro lado, el resultado de las encuestas aplicadas a los jóvenes de estratos 2, 3 y 4 nos presenta a jóvenes con problemas en materia de salud, educación, empleo y violencia entre otros y, sin embargo, no están organizados de manera tal que pudieran hacerle frente a las problemáticas que los aquejan; en otras palabras, no tienen perspectiva para encarar su presente y proyectarse hacia un futuro. Es este un panorama que contrasta significativamente con la declaración de principios de Cenvoc, donde los jóvenes son presentados como un sector de la población con una conciencia crítica del entorno social donde habitan y con propuestas de solución a los grandes problemas de la ciudad:

...los jóvenes de Guadalajara de Buga, conocedores de la realidad, han decidido aunar fuerzas y trabajar incansablemente por recuperar su desarrollo agroindustrial, el lugar ocupado en el acontecer nacional, reforzar el compromiso de los bugueños

por su tierra y consolidar la construcción de una ciudad, de un espacio de vida que permita el desarrollo y el progreso de cada uno de sus habitantes, como aconteció en los años 50.

Por otro lado, es necesario advertir que la incongruencia entre las premisas y los objetivos en el trabajo de Cenvoc es el efecto de la falta de contextualización espacial, histórica, social y cultural del fenómeno. Para realizar diagnósticos en cualquier segmento de población, estos deben ser contextualizados históricamente para poder comprender el fenómeno, y asimismo, construir propuestas a largo y mediano plazo. No podemos pues, seguir insistiendo en este tipo de trabajo que reiteradamente señala a los jóvenes sin un marco histórico referencial, porque perderíamos la visión de conjunto del fenómeno y cuáles son los factores desencadenantes de la violencia, la drogadicción y la delincuencia, por citar algunas de las problemáticas juveniles. Sin esta declaración de principios, corremos el riesgo de seguir considerando a los jóvenes como entes ahistóricos y con proclividades a la marginación y la delincuencia como componentes del ser joven.

El otro documento que sirve de referencia para la comprensión de problemáticas juveniles en Guadalajara de Buga es el PIDUB (Plan de Desarrollo Urbano de Buga). El PIDUB está dirigido a hacer un diagnóstico de la población en general que incluye tasas demográficas, expansión urbana, alcantarillado, agua potable, salud, drogadicción etcétera. La violencia es un rubro dentro de este universo, pero no tiene pretensiones explicativas y aunque también trabaja con métodos cuantitativos, no establece ninguna correlación entre variables de ningún tipo.

2

Planteamiento del problema

La violencia homicida en Colombia ha sido definida entre los ciudadanos como una violencia rutinaria y generalizada, que reflejaría un país en guerra, puesto que ninguna sociedad presenta en tiempos de paz niveles semejantes de violencia. Las tasas de homicidios en el periodo comprendido entre 1994 y 2000¹ ubican a Colombia como el país más violento del área Andina, donde la violencia es la principal causa de muerte.

Sin embargo, hay diferencias entre las distintas regiones del país; por ejemplo, en 1996 las tasas alcanzaban a 208 en Medellín, 108 en Cali y 35 en Cartagena de Indias; por contraste, Buga presentaría tasas de homicidios relativamente bajas, pero en una ciudad de 150 mil habitantes, un promedio de 10 a 12 homicidios en un fin de semana, es una cifra muy significativa.

La mayoría de los bugueños, aunque admiten que la ciudad ha cambiado en materia de seguridad, estiman que no es sólo un asunto de Buga, que la inseguridad es leve en compa-

¹ Datos de la Comisión Nacional para América Latina (CEPAL).

ración con Cali, Bogotá o Medellín. No obstante, las estrategias empleadas para desplazarse por la ciudad, que incluye horarios, calles, evitar andar solo, o que un carro o una moto se aproximen, es revelador del clima de inseguridad que vive la ciudad. Asimismo, los jóvenes de los sectores populares de Buga son reconocidos por la mayoría de los ciudadanos como los principales promotores de la inseguridad y la violencia en Buga:

...Buga es una ciudad peligrosa, pero no tanto como las otras, porque hay que ver ese Medellín, eso si es cosa seria, aquí no pasan de que unos *culicagados* salgan a robarte cualquier dos pesos; claro que hay algunos embalados que se han metido alguna droga y son más agresivos incluso si te pillan sin nada en el bolsillo, te pueden chuzar o pegar un tiro.

Para la gran mayoría de los consultados, Buga es una ciudad peligrosa, no tanto por los robos, sino por las matanzas en cualquier momento: "... uno puede estar de malas y encontrarte con un asesino que va a cobrarle a alguien alguna cuenta y lo agarra a bala y si uno se atraviesa puede llevar del bulto". Ese es el peligro de Buga, que uno se atraviese en una balacera y le toque una bala que tenía dedicatoria propia y uno puede terminar implicado mortalmente; el carácter de inseguridad ciudadana en Buga pasa por una extraña sensación de ubicuidad de la violencia, así lo revelan los siguientes testimonios:

...vea, el viernes por la noche tenía que salir a dar una clase de matemáticas a domicilio, a regularizar un pelado de bachillerato y saliendo llegó uno de mis tíos y me detuve a saludarlo cuando oí la balacera, entonces nos resguardamos debajo de la escalera, ya íbamos a salir a novelerar cuando otra vez, escuchamos otra descarga. Salimos cuando oímos la sirena de la policía y claro le habían dado a un pelado que venía en un carro, la bala entró por

el cristal de la puerta de atrás y le dio en la cabeza, el man cayó en el asiento del copiloto, pero con él venía una peladita como de 17 años que según cuentan era la novia del man que venía manejando y un amigo de ambos, como de 19 años. Ellos dos, que venían en el asiento de atrás, salieron corriendo y sólo alcanzaron a cruzar la octava y tomaron la calle diez, ahí en la esquina de la Reforma. Los sicarios les dispararon por detrás y ahí quedaron los sardinos. Usted se imagina si en ese momento yo hubiera salido...?

El domingo como a las 10 de la mañana estaban mis hijas y mi mamá despachando en la tienda de mi hermano, ahí en la Reforma. En ese momento entró un muchacho y pidió una cerveza, mi mamá se la estaba poniendo en la mesa cuando entró un tipo y le disparó al muchacho seis veces en la cabeza. Allí delante de mis hijas y de mi mamá ¿usted se imagina? Quedó un reguero de sesos impresionante. Y después uno se queda muerto de miedo pensando ¿a qué hora van a volver esos tipos?[...] porque como uno vio todo.

Esto es como el viejo oeste a veces, y eso que Buga es un pueblo, pero uno a veces ve manes que llegan y se pasan el fierro de uno a otro, delante de todo el mundo en una esquina y todo el mundo fresco, nadie ha visto nada, a comer callado, para qué el revólver o la pistola, quiénes son los manes. Nadie sabe nada, y lo mejor de todo es que nadie quiere saber nada, entre menos sepa uno menos tiene que contar si o no...?

Estos testimonios son reveladores del clima de inseguridad, de violencia desmesurada; de ahí que una de nuestras más caras preocupaciones en este trabajo esté encaminada a tratar de desentrañar cuál es el origen de la violencia actual en Guadalajara de Buga, y en qué medida están implicados los jóvenes en el engranaje de esta dinámica de violencia y de delincuencia.

3 Objetivos

En la medida en que los jóvenes de los estratos de 1 a 3 son señalados por la comunidad bugueña y los medios de comunicación como los principales promotores de la violencia y, paralelamente, como las principales víctimas de la misma, nos planteamos varios objetivos:

1. Reconstruir el marco histórico-cultural que explica el ensanchamiento de la mancha urbana y que dio origen a los barrios marginales de la zona norte y oriental de la ciudad de Guadalajara de Buga, lugar señalado como foco principal de la delincuencia juvenil.
2. Determinar en qué medida la violencia en Guadalajara de Buga responde a una violencia tradicional o se trata de una violencia emergente.
3. Establecer los mecanismos a través de los cuales, los jóvenes se vinculan al engranaje de la delincuencia en la ciudad.
4. Conocer los mecanismos y los ejes donde se articulan la socialización juvenil en estos sectores de la ciudad.

5. En un marco histórico y cultural amplio tratamos de comprender quiénes son los jóvenes y qué significa ser un joven de estrato 1 o 2 en la ciudad de Buga.

4 Metodología

La primera exploración que hicimos sobre el terreno, refrendaba la advertencia de Cenvoc acerca de la inexistencia de una estructura orgánica que vinculara a los jóvenes, y que nuestra idea de la pandilla entendida como una organización de jóvenes formada para delinquir alrededor de un líder, con un territorio y un sistema de valores identitarios definidos, no existe realmente en Buga. Nuestra tarea estuvo dirigida a partir de entonces, primero, a tratar de comprender en qué medida estaban implicados los jóvenes bugueños en el clima de inseguridad que afecta a la ciudad, y segundo, qué circunstancias históricas habían detonado tan graves niveles de violencia en Buga donde –repetimos– si bien los jóvenes son señalados como los principales agentes de la violencia, son también las principales víctimas de ésta.

Reivindicamos la aproximación a las fuentes orales en las zonas marcadas como de alta peligrosidad para poder despejar estas incógnitas descartando la confección de métodos cuantitativos, porque no pretendíamos medir el fenómeno, sino ante todo, conocerlo.

5

Marco histórico

El aumento de la violencia en América Latina es una realidad innegable; de esto dan testimonio las editoriales de las prensas locales y las políticas promovidas en los distintos países de la región para encarar el fenómeno con acciones más o menos radicales, que dependen de las perspectivas políticas de los gobiernos en turno. También dan testimonio de esta situación la innovación de formas y estrategias con las cuales la ciudadanía pretende protegerse ante la ausencia de políticas institucionales efectivas.

En Colombia el fenómeno de la violencia tiene muchas aristas; por una parte, existe una violencia que podemos llamar “tradicional”, es decir, la violencia política que responde a la pugna por el poder entre los grupos guerrilleros y el Estado, y por otra, una violencia emergente como es la de los grupos paramilitares contra la guerrilla y la que entraña el narcotráfico.

Todas las violencias promovidas por los diferentes grupos arroja una amplia reseña de violaciones a los derechos humanos contra la población civil y actualmente registra un saldo

importante de desplazados del campo a las ciudades, familias desarticuladas, pérdida de identidad y homicidios, entre otros.

Además nos encontramos con otro tipo de violencia, que es la que está asociada a la delincuencia. Aunque el aumento de este tipo de violencia es el principal catalizador de la sensación de inseguridad que vive, concretamente, la población de la ciudad de Guadalajara de Buga, sin embargo las conductas delictivas de los jóvenes bugueños no se agota en esta dimensión. De hecho, es difícil pretender explicar el fenómeno en una sola dirección o alegando una sola causa, de ahí que insistamos en la imposibilidad de medir y evaluar el fenómeno con métodos cuantitativos, puesto que éste se manifiesta de manera multidimensional, se encuentra estrechamente ligado a la subjetividad de los actores sociales y responde a una serie de circunstancias multifactoriales. Por tales motivos, recalcamos, hemos privilegiado el testimonio, la entrevista abierta y la historia de vida como estrategias metodológicas.

Buga, la ciudad Señora

Guadalajara de Buga es una de las ciudades más antiguas de Colombia. Situada en el corazón del Valle del Cauca, desde su último traslado en 1576, los historiadores coinciden en señalar que la fundación de Guadalajara de Buga responde a la necesidad de los españoles de construir una vía de comunicación estratégica entre los territorios de Sudamérica, así como establecer un punto intermedio entre las ya fundadas ciudades de Cali y Cartago. Esta ciudad estaba destinada a convertirse en resguardo y avanzada militar para los sucesivos combates que libraron los soldados del conquistador Juan Ampudia contra la resistencia de las diferentes comunidades indígenas y, con-

cretamente, las batallas contra el cacique Jamundí, pues los españoles sólo tenían colonizados los extremos norte y sur del valle geográfico del río Cauca, mientras que la banda oriental y occidental y las estribaciones de la cordillera central continuaban ocupadas por los pueblos indígenas que les obstaculizaban la comunicación.

Buga, pues, desde su fundación, ha sido un verdadero cruce de caminos, es lugar de convergencia de las principales vías terrestres que cruzan el occidente del país y punto de conexión con el puerto más importante del pacífico colombiano, Buenaventura. Todo esto le otorga una posición destacada entre las demás ciudades del departamento y ha sido un factor central de la promoción y propagación de la violencia, como veremos más adelante.

Con la instalación de empresas como Bavaria, Coca-Cola, Soya, la Fosforera (alrededor de los años cincuenta y sesenta) y con un importante auge agro industrial, es una ciudad que mantuvo estable su crecimiento urbano hasta mediados de los años setenta, es decir, si bien la ciudad albergó a vecinos de la región que migraban en busca de mejores oportunidades, como los obreros de la empresa cervecera Bavaria, provenientes de regiones mucho más alejadas como Boyacá y que llegaron a Buga con la instalación de una planta de esta empresa, de todas maneras, repetimos, la ciudad no vio alterada ni su densidad de población, ni experimentó cambios significativos en el espacio urbano.

El crecimiento demográfico, así como la aparición de tugurios y asentamientos irregulares, se generaron en la ciudad a partir de los años setenta, lo que ha sido considerado factor de desajuste y de desorden social por parte de los moradores, y responde a un flujo migratorio promovido por varias circunstancias:

1. El importante flujo migratorio proveniente de Tumaco, en la zona del Pacífico, después de que un devastador maremoto arrojara una gran cantidad de damnificados hacia Valle del Cauca; quienes inicialmente encontraran cobijo en la ciudad de Guadalajara de Buga.
2. Al desplazamiento de moradores de zonas aledañas como Cerrito, Guacarí, Yotoco, que llegaron en busca de educación y oportunidades laborales, a la ciudad de Guadalajara de Buga por su condición de ciudad intermedia.
3. La instalación de la cárcel distrital. Esta institución carcelaria atrajo un flujo migratorio en virtud de que aglutinaba presos de diferentes partes del país (Antioquia, Llanos Orientales, Cauca, etcétera.) por diversos delitos. Las familias de los presos, jefes de hogar, hijos, hermanos, buscaron arraigo en esta ciudad para estar cerca del familiar preso.

La falta de viviendas para acoger a ese significativo flujo migratorio, fue la causa de la aparición de asentamientos irregulares como el del barrio El Divino Niño y la formación de uno de los focos de delincuencia más importantes de la ciudad, como veremos más adelante, conocido como la Cueva del humo y posteriormente la invasión de las laderas del Cerro de Majahierro al oriente de Guadalajara de Buga.

Razones de orden económico y de violencia han sido la principal causa de los desplazamientos y flujos migratorios a la ciudad de Guadalajara de Buga, cuyos resultados son, entre otras cosas, la conformación de los asentamientos urbanos irregulares, que nunca han sido fenómenos exentos de conflicto: un breve territorio en la periferia o los centros urbanos alberga poblaciones de muchas regiones culturales con posturas políticas, religiosas, identitarias y regionales diferentes, donde incluso, la misma concepción del espacio es distinta. En ese sentido no es difícil afir-

mar que este tipo de asentamientos irregulares son conflictivos por principio, son bombas de tiempo donde se debaten intensas luchas por el territorio, por ganar poder en el espacio. Fijar sentido de pertenencia toma años y es un proceso largo y complejo que puede desembocar en un sentido de comunidad, pero de manera general, pasa, inicialmente, por una especie de auto engullimiento entre los mismos colonos y, posteriormente, una actitud depredadora hacia el resto de la ciudad.

Como solución a este problema de vivienda, así como para acotar el crecimiento demográfico y canalizar un serio problema de delincuencia, se creó durante la gestión de la alcaldesa Gloria Stella Sánchez Sepúlveda, la Urbanización Jorge Eliécer Gaitán:

Yo soy Bugueña, he vivido aquí toda la vida, sin embargo, cuando tomé posesión como alcaldesa de Guadalajara de Buga en 1986, mi mayor preocupación era resolver el problema de los tugurios que se habían formado en las laderas de Alto Bonito. Ese proceso de urbanización del cerro de Majahierro fue irregular desde el principio, un urbanizador pirata empezó a vender lotes en el cerro que eran propiedad del municipio; atraída por los bajos precios llegó una migración que no encontró acogida en la cima de la loma y se tomó la ladera en condiciones realmente riesgosas. En los inviernos siempre habían damnificados que habían perdido sus casa, hecha de cartón y de lámina, arrastrada por las torrenciales lluvias.

Sin embargo, yo no tenía ni idea del tugurio de la Cueva; ese lugar era un foco de delincuencia en pleno corazón de la ciudad; así que durante mi administración presenté, y fue aprobado, un proyecto al gobierno del presidente Virgilio Barco en el marco de un programa bandera para la erradicación de los tugurios en Colombia.

Esas dos manzanas a las que hace alusión la exalcaldesa de Buga, la primera mujer que ocupa este cargo en 439 años de fundación de esta ciudad, se conoce como la “Cueva del humo” en alusión al espacio cerrado de las manzanas y a la humareda que producía la quema de bazuco y de marihuana. Era en efecto, foco de delincuencia en donde no podía entrar la policía. Todo lo que se perdía en Buga iba a parar a la Cueva; de allí salía, si era una moto por ejemplo, pintada de otro color, con otras placas y otros accesorios, o se desvalijaba para nutrir el mercado negro de repuestos automotores. Pero además, la Cueva era un laboratorio sociológico y antropológico, allí pervivían prácticas terapéuticas prehispánicas que curaban el mal de ojo y se mejoraba la suerte con plantas o se enviaba un maleficio a un enemigo etcétera. Había casuchas para la lectura de cartas, lectura del tabaco, prostitución. Todo esto en un área de dos manzanas que correspondían a los patios de las casas que daban a la calle 18. Eran un promedio de 70 u 80 casuchas en condiciones de insalubridad que no tenían alcantarillado. Y finalmente, un importante expendio y centro de consumo de estupefacientes.

Yo pude entrar a ese lugar porque llegué acompañada de un economista y una trabajadora social, es decir, no llegué con la policía y tuve una buena acogida porque me acerqué a presentar un programa que resolvía un problema de vivienda a través de la autoconstrucción; el proyecto resolvía un problema social, uno de vivienda y uno jurídico. Convertía a los moradores en propietarios de sus viviendas, que quedaban así, despojados del estigma de invasores y para resolver el problema social, el proyecto contemplaba, con apoyo de un sociólogo del Sena, crear comunidad, sentido de pertenencia y de autogestión comunitaria. Con la asesoría del Sena, compramos las cuatro viviendas por donde proyectábamos abrir el tugurio y conectarlo a las calles del barrio y les ofrecimos

a los moradores, espacios al norte de la ciudad, en unos terrenos ejidales que ocupaba desde hacía mucho tiempo el Instituto Técnico Agrícola, ITA para la autoconstrucción.

La Cueva del humo pasó a llamarse Urbanización la Gloria, en honor a la exalcaldesa y en los terrenos que devolvió el ITA nació el primer barrio que ampliaría la mancha urbana de Buga hacia la zona norte, el barrio Jorge Eliécer Gaitán.

En los nuevos terrenos hacia el norte de la ciudad –continúa la exalcaldesa– reubicamos en un fin de semana 220 familias de las laderas de Alto Bonito y de la Cueva del humo; la gran mayoría de los reubicados eran mujeres cabeza de familia. Los lotes fueron entregados con los servicios indispensables, agua, luz y alcantarillado y se impulsó la auto-construcción con materiales renovables, de tal manera que la gente pudiera transportar los materiales de las casas que iban a demolerse.

A pesar de todo este esfuerzo, la ciudad tenía un déficit en su oferta de empleos: una crisis significativa había provocado, en el año de 1984, el cierre de empresas como la Fosforera, la empresa de plásticos reforzados MPR y la embotelladora de gaseosas Coca-Cola, asimismo Conalvidrios y Procampo había despedido a la mitad de sus obreros por problemas financieros. En estas circunstancias, tampoco había dinero para responder a las necesidades de salud, educación, vivienda, recreación etcétera, es decir, no había posibilidades de abrir puertas a la demanda social exigida por el sobrepoblamiento del área urbana.

*La Cueva del humo: escuela de delincuencia
en el corazón de Buga*

Tal vez las condiciones estratégicas de la Cueva del humo y una serie de factores como el hacinamiento, la pobreza, el desarraigo, o la condición de marginalidad en una ciudad excluyente pudieran ser los detonantes de que esta zona se convirtiera en un foco rojo de delincuencia; lo cierto es que el primer espacio de distribución de estupefacientes se inició en esta zona con la venta de marihuana, y posteriormente, con la venta de bazuco, cocaína, y drogas como el Rohypnol, a lo que se añade la proliferación de pandillas, convirtiéndose Cueva del humo en un importante surtidor de jóvenes para la economía de la muerte como el sicariato.

Nosotros llegamos a Buga cuando a mi papá lo trasladaron de Puerto Carreño a la cárcel distrital. Al principio mi mamá venía a visitarlo y se quedaba un par de días y cuando regresaba no tenía ni un peso, todo se lo había gastado en los pasajes, en la comida y en el hotelucho que pagaba cerca a la galería; entonces llegaba y a tener que aguantarse la joda de mis tías, que cómo es posible que se tire la plata yendo a visitar a ese degenerado tan irresponsable, bueno, qué sería lo que no le decían y mi mamá lloraba y a aguantar porque estábamos de arrimados y de cualquier manera nos daban la lata y nos daban dónde meternos.

En uno de esos viajes, mi mamá se encontró con que habían herido a mi papá en uno de los patios de la cárcel, estaba bastante delicado, y ella se quedó a esperar a que se sanara, fue entonces cuando le dijeron de un señor por el Divino Niño que alquilaba piezas, y ella por ahorrarse lo del hotel fue a buscar al señor; total tenía que quedarse como un mes porque la herida que le habían hecho a mi papá le había chuzado un pulmón, en resúmdas cuentas tenía que quedarse porque el cucho estaba grave. No

me acuerdo cómo se llamaba ese señor, era un cucho que tenía la uña del dedo pulgar como una lima, larguísima, era un viejo solo pero tenía en dos manzanas de terreno una especie de vecindad. Se le llamaba la Cueva y se trataba de dos manzanas de terreno encerradas, no tenían acceso a ninguna calle, y allí se ingresaba por un zaguán profundo a todos los apartamenticos, había piecitas y obviamente era muy económico vivir ahí. Mi mamá alquiló una de esas piecitas.

La gente que iba a vivir ahí tenía escasez de dinero, no tenía nivel cultural, nivel social, ni nada de nada. De todas maneras la gente se rebuscaba, todos eran trabajadores del campo, iguaseaban. Iguasear es recoger la basura agrícola que queda después de las cosechas de maíz, de sorgo, de millo, de soya. Entonces los patronos, después de que pasaban las cosechas, dejaban entrar a la gente de la Cueva y ellos recogían por ejemplo el millo, y venían y lo trillaban y después lo vendían.

En la Cueva la gente vivía hacinada en casitas de bahareque, con piso de tierra y al frente de cada ranchito pasaban unas zanjitas que llevaban las aguas negras de los baños, del lavadero, eran el alcantarillado porque como eso era cerrado, no tenía salida para la calle 18, tampoco podía conectarse al alcantarillado de Buga.

De todas maneras mi mamá pensó que era mejor traernos a todos, que éramos ocho hijos, a vivir ahí, trabajar en el iguaseo y para estar cerca de mi papá que ya había pagado tres de los ocho años a los que lo habían condenado por matar a un tomo en una pelea. Así que nos vinimos de Puerto Carreño en un bus que hizo como 20 horas. Nos vinimos los ocho hermanos y mi mamá cargando todos los corotos que eran poca cosa, pero indispensables para llegar a vivir a un lugar donde nadie nos conocía. Mi mamá venía contenta, había dejado las humillaciones de la familia y tenía la ilusión de reunir a la familia cerca de un padre que estaba preso en la cárcel distrital de Buga.

Eso fue llegar y mi mamá ya tenía salida para ir a iguasear a las cosechas de millo, pobrecita, a ella le hacía mucho daño una

pelusa que suelta el millo y se le allagaron las manos y todas las coyunturas del cuerpo, hasta por debajo de los senos tenía unas ronchas ni las verracas, le sangraba el cuello y la nariz. Llegaba por las noches, al principio muy triste, llorando, pero en realidad no perdía el entusiasmo, ni siquiera después, cuando ya no llegaba triste sino de un genio de los mil diablos y encontraba a mis hermanas en los ranchos vecinos viendo telenovelas, las cogía del pelo y les pegaba unas pelás ni las hijueputas. Pero poco a poco nos fue llevando a todos a iguasear y nos iba un poco mejor porque, pues eran más manos las que recogían para la familia.

Yo no recuerdo cuándo empezaron a vender marihuana en la Cueva, yo tenía como 12 años y se empezó a hacer un parche de muchachos que venían de la Ventura; eran pelaos bien, estudiantes, que se aburrían en sus barrios y en sus casas y se venían aquí a donde nadie los conocía a fumar marihuana al piso.

Después de que se murió ese señor que había hechos los cuarticos, como era solo y no tenía herederos, eso se quedó ahí; y pues los que ya llevaban más tiempo se quedaron como dueños, pues no había nadie que les cobrara nada. Otros se fueron pero traían familiares o amigos y los dejaban viviendo allí y otros subarrendaban; fue entonces que la gente cambió de oficio, se dedicaron los unos a vender marihuana y los otros a fumar, pero claro que llegaba gente de barrios como Santa Bárbara, de Palo Blanco a comprar su bareto; a lo bien, en esa época no era tan peligroso, eso se puso bravo cuando empezaron a vender bazuco, eso sí fue tenaz, hasta hoy en día, eso es lo más tenaz, porque el bazuco provoca mucha adicción entre usted más consume, más quiere seguir fumando; la Cueva entonces se volvió una guarida de ladrones, era la caleta de Buga, ni la policía entraba a requisar ni nada; de todas maneras la Cueva también era refugio para la corrupción de la policía misma.

Cuando mi papá salió de la cárcel yo ya fumaba bazuco, y además consumía pepas como el Rohypnol de 2 mgs. Yo de todas maneras seguía yendo a recoger a las cosechas para tener con qué comprar mi vicio ¿me entiende? Pero después empecé a ro-

bar para poder comprar. Yo, afortunadamente, nunca me metí a robarle nada a mi familia, pero conocí otros pelados que se robaban el radio de la casa, el televisor, el anillito de la hermanita o de la mamá, la plata del mercado o de los servicios; entonces los echaban de la casa, y pues perdían la familia y presos del vicio, se volvían unos desechables.

Yo metí bazuco y Rohypnol como 10 años y me ponía súper agresivo, la primera vez que me llevaron a la cárcel fue por lesiones personales, me choqué con un pelado en una bicicleta y no le di tiempo, lo cogía a patadas y le partí la nariz y unas costillas. Yo salí rápido, me metí a trabajar en la construcción y me puse a vivir con una peladita como de 16 años, ella era del barrio la Ventura. El trabajo de construcción es duro y pagan muy mal, pero de todas maneras ya teníamos un hijito y no tenía otra manera de responder. Yo estaba trabajando en la construcción del hospital de Buenaventura, eso se acabó, pero la obligación seguía ahí; entonces me propusieron un negocio, me dijeron de un señor al que le iban a entregar una plata y yo tenía que ir a robársela. Todo estuvo bien pero, ese día yo andaba con mala suerte y me pillaron con las manos en la masa. Me condenaron a ocho años igual que a mi papá, pero sólo pagué cinco por buena conducta; yo salí y me puse a trabajar en lo único que puedo trabajar, vendiendo drogas; yo no consumo nada ahora, pero las vendo. Sé que eso está muy mal pero si no lo hago yo lo hace otro.

Por la época en la que empecé a vender, la Cueva había cambiado mucho; una alcaldesa mandó a demoler muchas casuchas y construyeron calles que dieran salida a la calle 18 y 19 porque esa manzana era totalmente cerrada; eso lo hizo la alcaldesa, la Dra. Gloria, por eso se llama urbanización La Gloria haciendo honor al nombre de ella, porque fue la que destapó todo eso y promocionó la autoconstrucción y mandó a pavimentar las calles, pero de todas maneras eso sigue siendo una olla ahora con salidas; allí se vende coca, bazuco y pepas y sigue siendo una guarida de ladrones, la caleta de los robos y el lugar donde

se encuentran pelados para lo que sea, sobre todo para sicarios, porque por plata es que se hace todo ahora.

El Cerro de Majahierro: Alto Bonito

La colonización del Cerro de Majahierro al oriente de la ciudad de Buga, acoge migrantes de corregimientos periféricos a la ciudad como, Guacarí, San Pedro, Chambimbal, Cerrito, Ginebra; pero también a migrantes de los departamentos de Cauca, Tolima, Caldas y Antioquia en busca de las condiciones que Buga en su condición de ciudad intermedia puede ofrecer en las áreas de educación, salud y empleo.

Con toda esta demanda se parceló entonces la cima del cerro de Majahierro a precios favorables. Sin embargo, como no todos los nuevos pobladores podían comprar, y porque siguió llegando gente atraída por la idea de poder tener un lote para hacerse una casa, se pobló de manera irregular y en condiciones sumamente riesgosas en las laderas del cerro. En la época de lluvia se aflojaba la tierra, lo que provocaba derrumbes y deslaves en el cerro; así, las casitas se desplomaban con todo y sus moradores.

Este nuevo fenómeno migratorio en la ciudad, desde la perspectiva de la teoría de la ruptura, ha sido agente de desajuste y desorden social por la imposibilidad de la localidad de crear mecanismos para la absorción de la nueva circunstancia social provocada por el flujo migratorio, por el desarraigo de los nuevos pobladores, por las nuevas circunstancias donde conviven con otros colonos de otras regiones del país, que aunque colombianos todos, reivindican símbolos y valores identitarios y se crean de esta manera subgrupos culturales

y poderes delictivos paralelos a los del resto de la ciudad. El siguiente testimonio es muy ilustrativo en este sentido:

Llegamos a Alto Bonito porque nos dijeron que uno podía lo-tear en el cerro sin mayores problemas, que uno hacía una pieza de esterilla por las noches y en la mañana nadie lo podía sacar, como quien dice, que uno se hacía propietario de la noche a la mañana. Así lo hicimos y empezamos a convivir con gente venida de varias partes hasta del Tolima y Antioquia en un barrialero espantoso, no teníamos agua, luz, ni nada, sólo barro y necesidades. Todas las mañanas hacíamos planes para bajar a buscar trabajo a Buga. Nunca hemos sentido que seamos de Buga o que vivimos en Buga, en parte porque la gente, desde el principio, nos decía y nos siguen diciendo los de Alto Bonito, como si ese cerro no fuera de Buga y en parte porque Buga es el plano y nosotros vivíamos colgados del cerro.

Llegábamos por la noche y sin un peso en el bolsillo, entonces llegó gente a proponer la venta de marihuana y después de bazuco. Sinceramente con eso llegaba la comida a la casa de los que aceptaron el negocio, pero también los cuadernos para los muchachos, la plata para el bus para bajar a la galería, echar los cimientos, construir una casita de ladrillo y hasta para emborracharse los sábados, pero para los demás, eso se volvió muy inseguro porque los muchachos consumían y ya embalados se robaban un hueco. La venta de bazuco convirtió Alto Bonito en un lugar muy peligroso; los muchachos al principio robaban al vecino, todos se iniciaron en la delincuencia robando al vecino, atracando a las muchachas que habían conseguido trabajo en el plano, como sirvientas o como prostitutas, robándole la plata del recreo a los niños; pero ya después bajaban a robar a los barrios que estaban al pie, y a lo último se descararon y atracaban hasta en el centro. También atracaban los buses y por eso se cortó el servicio de transporte público.

Los muchachos se agrupaban en pandillas unas más peligrosas que otras y se formaban unas gazaperas tenaces por el control del

territorio, los enfrentamientos terminaban con muertos de un lado y otro; eso era peligrosísimo para todo el mundo. Alto Bonito se convirtió en proveedora de delincuentes comunes que robaban, asaltaban, peleaban y también de sicarios que eran reclutados y contratados por algún patrón para su seguridad personal o para cobrar cuentas pendientes por concepto de drogas. Esos muchachos, sin oficio ni beneficio, encontraron trabajo vendiendo muerte, así conseguían plata y armas, con eso tenían poder y mandaban.

Yo creo que fue por acabar con ese foco de delincuencia que tenían los bugueños, pendiendo del techo de la ciudad, que se promovieron los planes de autoconstrucción en el plano, al norte de la ciudad y así surgió la comuna 5 que tiene como 14 barrios, gente de estratos 1, 2 y 3.

Buga, proyecto de Puerto Seco vs la realidad de la piratería terrestre: Comuna 5

En la segunda gestión municipal de la alcaldesa Gloria Stella Sánchez Sepúlveda, en 1995, y ante la crisis económica que vivía el país, y en general la región de América Latina, se gestó entonces en El Plan de Desarrollo del Municipio el proyecto de Buga como Puerto Seco. La posición estratégica que ocupa Buga como importante cruce de caminos, favorecía la idea de esta ciudad como un puerto seco, lugar de almacenamiento, de bodegas para las diferentes zonas del país y abría la posibilidad de conectar a Buga a través de una carretera por la cordillera central, a la capital Santa Fe de Bogotá, el Vaupés.

Sin embargo, el proyecto o Plan de Desarrollo que suponía la conexión y la apertura de Buga a mercados amplios que llevaba implícita la canalización de ofertas de empleo para la ciudad, no ha prosperado; en su defecto, y ante el difícil problema de inseguridad que representa para los dueños de

las mercancías que llegan por el Puerto de Buenaventura, los camiones eran cargados inmediatamente después de que llegaban los barcos y acto seguido, tomaban la carretera panamericana o la variante para llevar las mercancías a sus respectivos destinos en varias regiones del país.

Como una especie de contrarelató al gran discurso del desarrollo o del progreso, se concretó en cambio la piratería terrestre, donde se instaló, inicialmente, el Barrio Jorge Eliécer Gaitán, y posteriormente los barrios El Jardín y La Honda, pertenecientes a la Comuna 5 del Plan de Desarrollo Urbano de Guadalajara de Buga

Recordemos que estos barrios se instalaron en el norte de la ciudad por iniciativa de la administración pública con el deliberado propósito de regularizar los asentamientos urbanos y de albergar a los nuevos colonos asentados irregularmente, como hemos visto, primero en la Cueva y después en Alto Bonito. Sin embargo este proyecto perdió de vista que no bastaba con albergar de manera formal a los nuevos colonos si la ciudad seguía sorda e imposibilitada para satisfacer tanto problemas de pobreza extrema por falta de empleo, como las necesidades básicas. La ubicación de los barrios La Honda, el Jardín y Caracolí a unas cuantas calles de la cárcel distrital y a un costado de la carretera Panamericana; la carretera panamericana o la variante es la que separa la cárcel de los barrios y será la ruta aprovechada por los jóvenes moradores para una nueva modalidad delictiva: la piratería terrestre, y ofrece un cauce mayor al consumo y venta de estupefacientes, como lo demarca el siguiente testimonio:

El consumo y la venta de bazuco en los nuevos barrios al norte de Buga ya estaban instalados cuando nosotros llegamos a mediados de los años 80, pero nosotros ni vendíamos, ni consumíamos; teníamos necesidades económicas como todos los que

vivían allí, mejor dicho, por necesitados nos fuimos a vivir allí. Yo veía cómo los muchachos se vendían y se perdían por un gramo de bazuco y después empataban con el robo y la delincuencia en general. ¿Exponerse para comprar con qué matarse? No, nosotros teníamos otras ideas. Por eso nos metimos al negocio de la piratería terrestre: la situación estratégica de los barrios el Jardín y la Honda abrió para nosotros y para el barrio posibilidades de ingreso y de desarrollo; vea usted, el asunto es fácil, como Buga es paso obligado de los camiones que vienen cargados de mercancías (electrodomésticos, muebles, textiles, aceite etcétera.) del puerto de Buenaventura, la cosa es asaltar el camión y quedarse con la mercancía, y en eso interviene mucha gente: primero está el que tiene la información sobre la carga que trae el camión y más o menos tiene los contactos para venderla; él es el contratista mayor, el socio capitalista y por eso mismo al final de cada “vuelta” o cada “torcido” es el que más plata gana porque él se queda con todo lo robado. Pero claro, primero tiene que desembolsar la plata para el plante, para echar a andar el negocio, ¿me entiende? La plata que pone es para pagarle a toda la gente que involucra el negocio: primero están los dos pelados que son los que solamente detienen el camión, a esos que paran el camión ya tienen que pagarles una plata. Generalmente son dos muchachos: el que maneja la moto y el que se sube al estribo del camión. Ellos les avisan y se dedican a esperar a que pase el camión, cuando lo ven, arrancan detrás en una moto, el que maneja tiene la misión de ponerse al parejo al camión de manera tal que el otro muchacho pueda subírsele al estribo. Este último le pone un revólver al chofer y le dice: “párelo ahí”. No tiene que hacer absolutamente nada más, la misión de esos dos termina ahí. Detrás de estos vienen otros tres jóvenes con otra misión: los que se suben al camión, bajan al chofer y lo retienen metido en un cañaduzal, después de esta operación entra en escena otro actor: se trata de otro joven que es chofer, que es el que maneja el carro y lo lleva al sitio donde van a descargar la mercancía y será el encargado, después, de deshacerse del camión vacío.

Cuando ya termina esta operación dan la orden para que suelten al chofer, para que lo boten. Posteriormente, viene la distribución en el mercado de las mercancías robadas; así por ejemplo, con el robo de aceite, arroz, azúcar, incluso pinturas, nacieron en estos barrios graneros muy bien surtidos y también pequeñas cacharrerías que vendían telas, cds, y hasta piezas de computadores, claro que cuando se trata de electrodomésticos, la distribución es más lenta, pero de todos modos se coloca la mercancía en los negocios legalmente establecidos y que operan en el centro de la ciudad, y felices, con estas “vueltas” todo el mundo gana.

Por esta posición estratégica de la comuna 5, la piratería hizo escuela en Guadalajara de Buga porque fácilmente, por parar un camión, un pelado se gana 500 mil pesos y generalmente paran como unos cuatro al mes y entonces recibía 2 millones de pesos,

...¿dónde le van a pagar a uno que no ha estudiado y que no tiene ningún oficio toda esa plata? En realidad no es que los muchachos no sepan nada, ellos han aprendido un oficio en otra escuela que no es la de las calificaciones, ni la de los maestros, son autodidactas en los oficios que señala la delincuencia, el único al que tienen acceso, ¿me entiende? allí no se pierde el año, allí en esa escuela un segundo equivocado, un error y lo tienen que pagar con lo único que tienen a disposición inmediatamente: la vida.

Los muchachos se especializan en subirse a los camiones a 100 kms por hora: un error y quedan debajo de las ruedas de la tractomula. Aprenden a manejar el arma, pierden el escrúpulo por el arma, por ejemplo, los muchachos que la llevan para cuidar al chofer saben que en cualquier momento van a tener que usarla y a veces por ensayar matan al chofer sin ninguna necesidad, sólo para probarse, se autoevalúan como quien dice; si las cosas salen bien, la recompensa no es cualquier cosa y pasa algo muy especial, si la plata se consigue fácil, todo lo demás parece y de

hecho es fácil y después de eso matar es más fácil; de ahí para adelante todo lo demás se consigue sin ningún problema. Un muchacho que se mete a estos agites consigue plata, tiene un flujo de dinero importante, se vuelve importante dentro del barrio, porque él es el que ordenan la rumba, le gasta a todos y ya ejerce cierto poder, cierta autoridad frente a los que no tienen nada, el muchacho introduce un poder económico; detrás de ese poder económico viene la compra del arma, viene la compra de la moto, conquista a la niña más bonita del barrio y él se convierte de esta manera en jefe de pandilla porque con todo ese poder económico ya tiene que emplear a otros que serán los encargados de cuidarlo.

En esta zona de Buga llegaron a existir unas seis pandillas, todas desarticuladas ya, por la limpieza social que empezó la policía y que ahora realizan las Autodefensas Unidas de Colombia AUC. Los muchachos entre tanto, siguen en el oficio de atracar a los transeúntes, los apartamentos, o algún negocio, para poder comprar bazuco o marihuana, les provee para ir de rumba y hasta para comprarse unos zapatos o una gafas.

6

Efectos sobre la ciudad y situación de los jóvenes o conclusiones

En las ciencias sociales existen fundamentalmente dos teorías básicas para el estudio de la violencia y de las conductas delictivas:

- La teoría de E. Durkheim de la ruptura o de la anomia
- La teoría de las formas de socialización sostenida por

Sutherland.

En el primer caso, se privilegian como factores explicativos, las dimensiones estructurales y sociales. Así, desde esta perspectiva la violencia surgiría de la ruptura o desajuste del orden social, es decir, cambios sociales acelerados como efecto de la industrialización, la urbanización o los fenómenos migratorios, por ejemplo, que son los que disuelven los mecanismos tradicionales de control social y generan una brecha entre las aspiraciones de los sujetos y los medios social y culturalmente aceptados para hacer realidad esas aspiraciones. Siguiendo esta línea de investigación, Maltón sostiene que la conducta delictiva depende de la capacidad de los individuos para alcanzar las metas-

éxitos de acuerdo con su entorno social y a la importancia asignada al éxito económico.

En la línea de la segunda teoría, Sutherland afirma que las causas primarias del delito se derivan de la existencia de grupos subculturales de delincuentes (grupos de amigos, familia, cárcel) que transmiten los conocimientos delictuales.¹

El fenómeno de la inseguridad y la violencia en Guadalajara de Buga plantea, desde esta perspectiva, fenómenos estructurales y fenómenos de socialización de la violencia, como hemos observado. El fenómeno o el flujo migratorio en Guadalajara de Buga, provocado fundamentalmente por la ubicación de la cárcel distrital, así como la recepción de moradores de localidades aledañas o alejadas, desplazados en busca de mejores condiciones de vida, se convirtió en un agente detonante de violencia social para esta ciudad en varios sentidos.

Los fenómenos migratorios forzados por violencias regionales o locales, por problemas económicos etcétera. llevan implícitos una carga de violencia y de desorden social. Encontramos pobladores, migrantes de varias regiones del país, con historias familiares distintas, con historias económico-sociales específicas, variables culturales lingüísticas, religiosas, rasgos identitarios etcétera. y con determinaciones psicológicas distintas para hacer frente a la austeridad y a la adversidad en general. Todos estos factores que conviven en un mismo territorio por cuestiones fortuitas y azarosas son conflictivos para la convivencia de los mismos moradores en primera instancia, y para la ciudad en general en segundo lugar.

¹ Irma Arriagada y Lorena Godoy, *Seguridad ciudadana y violencia en América Latina: Diagnóstico y políticas en los años noventa*, CEPAL, Santiago de Chile, 1999.

La respuesta oficial, como el Plan de Ordenamiento Territorial que ocasionó el ensanchamiento de la mancha urbana para responder a la demanda de viviendas, fue insuficiente para prever la desmesura de los conflictos venideros por la falta de una estrategia social integral que diera respuesta a la demanda de empleo, salud y educación, entre otros. Este pues, es el capital social urbano que heredan los jóvenes bugueños.

Por otro lado, desde el punto de vista histórico, Guadalajara de Buga ha sido una ciudad excluyente y elitista por principio: de espaldas a la movilidad cultural y económica de la región, se ha visto inhabilitada para el diseño de estrategias que logren integrar a los nuevos pobladores al conjunto de la dinámica de la ciudad.

En este medio hostil e inoperante en su nivel de respuestas, los pobladores han pasado por un largo proceso de violencia doméstica tratando de engullirse unos a otros, por el control del territorio, por imponer perspectivas de vida, etcétera. El sentido de pertenencia se ha forjado en la exclusión y la marginación, al no poder acceder a un empleo, a la educación ni a espacios recreativos. En ese sentido, los jóvenes son los herederos de la violencia como único capital humano, económico y cultural. La violencia y la delincuencia se convierten así en un *modus operandi* como símbolo identitario y el único repertorio de respuesta de socialización y de sobrevivencia de los jóvenes.

A pesar de la apertura del tugurio la “Cueva del humo” y el traslado de los moradores del barrio Alto Bonito, de todas maneras éstas son zonas que perviven como espacios o focos de violencia y de delincuencia en la ciudad; de igual manera, la acción institucional de ampliar el espacio urbano creció también por la vía de la socialización, la violencia y la delincuencia. En la zona norte y oriental de la ciudad se conjugan la marginación, la pobreza, la prostitución, la drogadicción, el hacinamiento,

con el expendio de toda clase de estupefacientes y como lugar de transacción de operaciones delictivas y violentas.

En estos espacios la rumba y el consumo de estupefacientes siguen siendo los instrumentos o elementos de la socialización de los jóvenes. Sin horizonte alguno, los jóvenes asumen su destino trágico, de ser instrumentos de la economía de muerte que ofrece el narcotráfico, el segundo y más importante agente de desajuste y desorden social. Los jóvenes se insertan en este circuito como consumidores o sicarios, principalmente, y como condenados o víctimas sacrificiales de una sociedad que no esgrime más que la figura de la limpieza social como mecanismo para cobrarles muertes de las que ellos son sólo instrumentos. La figura de la limpieza social es también la única respuesta que tiene el narcotráfico y el estado colombiano en general, para resolver la adicción juvenil a las drogas. En este escenario social la desmesura, la violencia y la muerte son las coordenadas que trazan la mediación de los conflictos que ellos mismos provocan y promueven. Así, en este escenario, a los jóvenes sólo les queda el papel del héroe trágico: aquél que reconociendo, y a sabiendas de las consecuencias de su papel, lo juega porque no tiene salida alguna.

En efecto, la instalación de la cárcel distrital fue una de las causas del flujo migratorio que dio origen a la instalación de uno de los primeros asentamientos irregulares de la ciudad. En este sentido, podríamos plantear el origen de la delincuencia en Buga como surgida de la ruptura o el desajuste del orden social, es decir, cambios acelerados como efecto de flujos migratorios han disuelto los mecanismos tradicionales de control social existentes en la ciudad y han generado una brecha entre las aspiraciones de los sujetos y los medios social y culturalmente aceptados para hacer realidad esas aspiraciones. Siguiendo esta línea de investigación, Maltón sostiene que la conducta delictiva

tiva de los jóvenes depende de la capacidad de los individuos para alcanzar las metas-éxitos de acuerdo con su entorno social y a la importancia asignada al éxito económico.

7

El narcotráfico

Aunque el análisis sobre la violencia actual en Guadalajara de Buga considera el fenómeno del narcotráfico como el agente fundamental del desajuste y ruptura del orden social actual, es importante considerar que este fenómeno, a su vez, encontró para su desarrollo, la desigualdad social, la debilidad estatal y la violencia de Estado como el abono para el surgimiento y desarrollo de esta nueva página de violencia en el Valle del Cauca en su condición de estructura económica ilegal.

En otras palabras, la hipótesis de este trabajo es que el narcotráfico en el Valle del Cauca y en Guadalajara de Buga concretamente, fue posible en el marco de una crisis social muy profunda, de una herencia de corrupción y segregación históricas en la sociedad bugueña, y que por eso mismo, logró erigirse como un poder paralelo al desafiar las estructuras convencionales que mantenían el monopolio de la violencia como mecanismo de control social. Afirmamos que el narcotráfico se convirtió en un poder paralelo que promovió la ubicuidad de la violencia y la crisis de sentido que afecta en general a los jóvenes de este país.

Desde finales del siglo XIX hasta la década de 1990, la violencia en el Valle del Cauca aún con sus diferentes variantes, ha tenido como denominador común la lucha por la tierra. Los desplazados por las guerras civiles de finales del siglo XIX y los inicios del XX que colonizaron la parte norte del Valle, se enfrentaron desde muy temprano con los supuestos propietarios de las tierras cuyos linderos incluso eran desconocidos. En la década de 1930, el manejo electoral que se le dio al conflicto agrario permitió que sólo una minoría de simpatizantes del gobierno en el poder tuviera acceso a la tierra, mediante la colonización, las mejoras y la posterior titulación de predios, dejando fuera a gran número de necesitados cuyo estigma no era otro que el de pertenecer al bando contrario.

Al mismo tiempo, terratenientes, leguleyos y políticos corruptos –que aseguraban la propiedad de enormes extensiones mostrando dudosos títulos o simplemente apropiándose arbitrariamente de terrenos baldíos– a la cabeza de las empresas colonizadoras hicieron enormes fortunas vendiendo y revendiendo parcelas bajo el beneplácito de los gobiernos locales y la ausencia, no sólo de un estado precario, sino ajeno a los problemas del país.

Con el cambio de gobierno a partir de 1946 se buscó cambiar de manos la tenencia de la tierra, la conservatización “a sangre y fuego” de los nacientes pueblos y veredas del Valle del Cauca.

Los cambios de filiación política fueron liderados, desde oficinas, por políticos que buscaban el incremento electoral para así garantizar la estabilidad de sus prebendas y sus propios intereses. En esta escala la figura de intermediarios fue recurrente: alcaldes y terratenientes o fanáticos convencidos de su labor “conservatizadora”, como el tulueño León María Lozano, a cuyo cargo estaba el orden de las jerarquías, la organización de las bandas de exterminio y el señalamiento de

pueblos y personas que debían ser erradicados para dar lugar a sus allegados. La neutralidad del ejército en los conflictos “políticos” es ya evidente, al abandonar los pueblos que pronto tendrían la visita de los “pájaros”.

La irrupción de las cuadrillas bandoleras en 1950 conlleva el germen de la retaliación, hasta su evolución en guerrillas en los años 60, pero con todo, durante todos estos años, la falta de tierras sigue siendo el desencadenante de los conflictos.

El surgimiento de las mafias en 1970 estuvo íntimamente ligado a la crisis económica de las elites regionales, y a la figura de alcaldes y políticos que determinaban las componendas administrativas para favorecer a los nuevos “patrones” económicos.

En Guadalajara de Buga, la época de la violencia, aquella que se refiere al conflicto partidista, que tenía como fondo la reapropiación de la tierra de manera violenta e ilegal y que surge después del asesinato del liberal Jorge Eliécer Gaitán en 1948, no tuvo los efectos devastadores que tuvo en la parte norte del Valle, en realidad Buga, en su condición de ciudad intermedia, logró una relativa estabilidad social, en medio de un escenario nacional tan convulsionado. Tal vez lo explica el hecho de que Guadalajara de Buga, una de las ciudades más antiguas de Colombia, había hecho una demarcación geográfica con fincas que la delimitan hasta el presente y no tenía posibilidades de ser colonizada por el flujo migratorio que venía huyendo de la violencia y en búsqueda de tierras, o quizá por el hecho de que los sucesivos alcaldes eran conservadores; lo cierto es que esta ciudad no entró en conflictos desgarradores y la convivencia entre liberales y conservadores no pasó a mayores. En su lugar, se convirtió en receptora de pobladores de Trujillo, Sevilla y Tuluá que, agobiados por la violencia partidista, buscaron refugio en una ciudad con poca densidad demográfica y sin contiendas políticas significativas.

El bandolerismo que surgió en el norte del Valle, en el Tolima y Antioquia, entre otros, obviamente tampoco tuvo adeptos, pues aquí no hubo ninguna resistencia liberal armada, ni cuadrillas de “pájaros” desarticuladas del gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla, que pudieran proseguir su acción delictiva. Los movimientos guerrilleros surgidos como efecto de la violencia de los años cincuenta tampoco tuvieron grandes adeptos en esta ciudad y sólo el movimiento estudiantil representó cierta conmoción social con los estudiantes del Académico, principalmente, que recibió un golpe contundente con la muerte del estudiante de 17 años John Jairo Potes Escobar.

La ciudad siguió su curso de linaje aristocrático viviendo de la epopeya de Alejandro Cabal Pombo, y tomándolo como ejemplo de liderazgo prolífico, como aún señala el texto de Cenvoc:

...Guadalajara de Buga es el tipo de ciudad intermedia, siempre abierta al avance y al desarrollo, donde la tranquilidad, el estilo de su tradicional arquitectura, el talante de sus gentes y el reposo constituyen una verdadera filosofía. Estas características son las que conforman una verdadera muralla que la ha protegido de la vida moderna y le ha permitido que su desarrollo y su crecimiento sean armónicos.¹

En general, este pasaje idílico describe más un mito que una realidad social. Las cinco familias oligárquicas en esta ciudad como los Cabal, Rengifo, Azcárate, Salcedo o Pombo, sostenían su poder en la tenencia de grandes latifundios. Aún en pleno siglo xx mantenían una actitud segregadora con el resto de la población, teniendo además en sus manos el poder administrativo. Buga vivía como una ciudad medieval con

¹ Cenvoc , p. 7

fuerte tradición religiosa, lo que la ha convertido en una de las ciudades más importantes para el turismo religioso. Esta ciudad pues, permaneció imperturbable al despliegue y las vanguardias culturales de ciudades como Cali, de la que sólo está a 45 minutos en autobús.

Sin embargo, esta relativa calma, con todo y que se trataba de una sociedad clasista, fue decantada, al decir de los moradores, por dos factores importantes: el fenómeno migratorio y el despliegue del narcotráfico en el país con los carteles de Medellín y de Cali, como veremos a continuación.

Darío Betancourt ha señalado que las organizaciones mafiosas en el Valle del Cauca hacen referencia a los grupos u organizaciones surgidos en torno al tráfico de cocaína:

...nos encontramos con agentes sociales que, mediante una regularización violenta, han impulsado la modernización capitalista encarnando una forma acelerada de acumulación de capital que desde las localidades y las regiones los han convertido en actores sociales de primera línea, en tanto que la economía ilegal penetra la economía legal y permea todos los espacios de la vida cotidiana con la regulación violenta contribuyen a la destrucción de las organizaciones sociales, y con su derroche y gustos estrafalarios, le rinden culto al consumismo moderno individualista.²

La estructura orgánica de las organizaciones mafiosas vallunas se da por especialización, es decir, distintos grupos asociados realizan diferentes etapas de la producción de drogas: unos la producen, otros la transportan, otros almacenan y distribuyen y, finalmente, otros legalizan el dinero.

² Betancourt, Darío, *Mediadores, Rebuscadores, traquetos y Narcos*, Antropos, colección historia y sociología, Santa fè de Bogotá 1998.

Al profundizar en el análisis de esta compleja red de actividades, encontramos que hay, de hecho, una combinación de funciones que tiene que ver con lo económico, lo político y con el ejercicio del control de territorios o espacios mediante el uso de la violencia y la fuerza, que en principio, se pueden clasificar en tres momentos:

- a) Económico-operativo: la producción de drogas
- b) Político-territorial: transporte, almacenamiento, embarque y distribución
- c) Seguridad: cobro de cuentas pendientes, sicariato
- d) Político-relacionista: lavado de dinero e inversiones legales e ilegales

Este trabajo abordará aspectos relacionados con los rubros de la distribución, la seguridad y el circuito del narcotráfico; primero porque nuestro objetivo no es analizar el fenómeno del narcotráfico en toda su amplitud, y en segundo lugar porque es en el circuito de la distribución a nivel local y en el campo de seguridad donde se ha insertado una cantidad significativa de población joven.

En este esquema clasificatorio de los momentos de la producción de cocaína o heroína en el trabajo que nos compete, Buga no es un productor de drogas en su primera fase. Desde el punto de vista estratégico, estos terrenos no son aptos para el cultivo de la materia prima, la planta de coca o de amapola.

Los cultivos y la pasta de la cocaína en Colombia se producen fundamentalmente en el Putumayo, Caquetá y el Amazonas y los jóvenes bugueños difícilmente, salvo contadas excepciones, se desplazan hacia esta región del país para participar de la siembra o la recolección por el peligro que ese oficio entraña en una zona de guerrilleros, paramilitares, narcotraficantes, ejército y policía, como lo señala el siguiente testimonio:

Yo llegué al Caquetá después de salir de la Cárcel. Hacía seis meses estaba desempleado, es que sin libreta militar y con un prontuario por robo y lesiones personales, ¿dónde iba a encontrar trabajo? Yo había oído hablar de los raspaderos de coca en los llanos y un día me junté lo del pasaje y me fui al Caquetá con un amigo. ¡Uy!, cuando yo llegué y empecé a ver tanta selva sentía un miedo terrible, tenía ganas hasta de devolverme, eso no era sino selva para este lado y selva para el otro lado, le digo me dio mucho miedo cuando encontré esa selva tan espesa. Para llegar a Florencia uno se va por una carretera destapada, desde donde empezaba la selva hasta Florencia son como 50 kilómetros y uno se demora como seis horas, es que eso es desapavimentado totalmente, ¡imagínese como será el terreno! [...] antes de llegar allá hay un punto que se llama el Alto de Resinas y allí uno advierte que ha llegado a territorio de las FARC por todos los letreros que te que demarcan y señalan el espacio, por ejemplo: “No contamine el río FARC-EP”, “No tire basuras FARC-EP”. Cuando yo estuve allá estaba la zona de distensión, por eso la guerrilla había instalado varios retenes para controlar el acceso y la salida. En uno de esos retenes nos detuvieron y nos preguntaron por la razón de nuestra visita a la región, yo les dije la verdad, que venía del Valle, de Buga y que venía a buscar trabajo, entonces los guerrilleros me dejaron subir hasta Florencia. Florencia antes era un pueblo feo, pero el auge de la coca lo volvió un pueblo grandísimo y bonito. La gente de allá tiene plata, allá se ve mucho la plata, de las partes de Colombia donde más se ve la plata es allá.

El cruce de la contratación se hace en la galería: ellos necesitan gente para trabajar y nosotros necesitamos trabajo; las condiciones son buenas, lo bueno y lo rentable es que la alimentación no se la cobran a uno y es muy buena la comida allá. Entonces lo que uno coja es plata limpia, completica va para el bolsillo. Aunque muchas veces dependiendo del patrón, porque hay gente que lleva hasta un año trabajando y no cobra plata ni nada y hay que

estar pilas porque cuando ya le deben mucho a uno lo tiran al río por no pagarle, es la ley de la selva, la ley de Colombia. Lo mejor es llegar a un acuerdo con el patrón: trabajo hecho, trabajo pagado y uno mismo va guardando su platica, la va escondiendo y si uno se hace coger confianza ya lo van metiendo a una cocina, puede ir ascendiendo.

De allí de Florencia cogí para una parte que se llama Solitas, pero entonces yo no sé si eso sería en el Caquetá o sería en el Putumayo, lo cierto es que nosotros llegamos y teníamos que atravesar el río Putumayo y caíamos a la otra orilla del río. Allí estaban los cultivos y allá teníamos que ir a raspar. Raspar se le llama a la recolección de la hoja de coca: uno pone una carpa o un plástico bajo el árbol y allí caen todas las hojitas que uno le va arrancando a la planta de la coca, es un trabajo fácil, hasta los miquitos ayudan. Yo conocí un miquito que lo llamaban “Pacheco” y era de un amigo; él lo cargaba al hombro y lo soltaba en un palo y ese miquito, usted lo viera raspando también, eso daba un gusto enorme. Ahí mismo donde se raspa hacen la base y ya los sábados y los domingos empacan la base en unos carros y salen a venderla al mercado; allá está esperando un poco de gente con un poco de plata a comprar todo eso para llevarlos a los cristalizaderos.

¿Qué condiciones de trabajo tenían ustedes en los cristalizaderos?

Nos daban buena comida y dormíamos como en una especie de bodega, eso se llama cuarteles, eran camarotes como de cinco pisos donde duerme el mundo de gente que trabaja en la raspa; allí uno tiene que estar pilas porque si uno se llega a caer de allá se mata, es una altura la berraca.

Ahí es duro, porque la vida te cambia mucho y hay peligros por toda parte. Yo me quedé sólo como cuatro meses, aunque me hubiera gustado quedarme más tiempo para ver si lograba hacer

mi platica pero no, a nosotros nos sacó la guerrilla. Una mañana estábamos en la faena de la raspada cuando se nos acercó el dueño de la plantación, que era un muchacho jovencito como de 19 o 20 años y me dijo... ¡uy, mira que me preguntaron por ustedes los muchachos de la FARC, yo quiero que ustedes se vayan mejor porque yo no quiero tener problemas con esa gente. Entonces el amigo, con el que yo me había ido, le dijo, pero ¿porqué? si es que nosotros no somos guerrilleros, ni paras, ni somos informantes de ninguna parte, nosotros sólo vinimos a trabajar. Y el muchacho terco:...que no, que se vayan, que yo no quiero tener problemas con esa gente... Entonces convenimos cuando mi amigo le dijo, vea hermano ¿porqué no nos deja hablar con ellos directamente? así que seguimos trabajando y ya al atardecer, los vimos primero dibujados sobre las hojitas de coca que estaban en la carpa, es que uno se concentra tanto que no oye nada ni ve nada, por eso cuando los vimos estaban encima, yo levanté la mirada y vi tres personas que venían a caballo; el muchacho dueño de la plantación nos dijo, ¡estos son los clientes!... y nosotros nos paramos y nos pusimos a conversar con ellos. Yo lo primero que hice para ganarme la confianza de ellos fue mostrarles la cédula y le dije, mire yo soy éste y el guerrillero más jovencito me dijo ¿qué me quiere usted probar con eso si yo tengo 15 cédulas? y sacó una billetera y me las mostró, qué cédula la mía, si ahí eso no servía de nada; no servía nada mi cédula para probar que yo sólo era un trabajador. Entonces empezó el interrogatorio: ¿a ustedes quién los conoce por acá? Entonces nosotros le dijimos: la verdad a nosotros no nos conoce nadie, nosotros somos de Buga, del Valle y vinimos a trabajar nomás; entonces sin una palabra de más nos regalaron botas pantaneras, talcos, desodorante y nos dieron para el pasaje y nos dijeron que nos saliéramos de por allá.

Yo pensé en quedarme, pero un muchacho de ahí del Putumayo que estaba viendo todo nos comentó: “¡uy! a mi me daría mucho pesar que los confundieran”. Fue entonces cuando yo vi el

anticipo de la muerte en los ojos de ese muchacho. Entonces claro, yo dije, me voy! y claro, agarré mis cosas y ahí mismo me vine. Llegamos a Florencia y aunque yo tenía la plata del pasaje vimos un camión que estaba cuadrado a las afuera de la ciudad. El chofer era un indio de esos de por allá del Putumayo, y yo le dije: viejito voy para el Valle y hasta donde me pueda colaborar le agradecería mucho y ese señor me dijo:¿ trae coquita? y yo le contesté: no padre, no traigo nada, bueno –contestó él– súbase pues, yo les preguntaba –prosiguió– porque si trae coca allá arriba se la quitan m’ijo.

Me subí como a las 12:30 del día y como a las 9 de la noche ya habíamos salido de toda esa selva y ya estábamos en lo que le llaman lo limpio, que son unas carreteras rectas, unas planicies inmensas, largas, inmensas, parecen pistas de aterrizaje, de hecho las usan los helicópteros y las avionetas como pistas cuando van a recoger la base. Ya nos faltaba como una hora para llegar a Neiva, estábamos en un sitio que se llama Obo, en el Huila, cuando nos salió una camioneta grande de cuatro puertas y sacaron unos fusiles largos y le juro que yo vi la muerte; me eché la bendición y me dije ...¡uy morirme yo por acá y mi familia sin saber, ni se van a dar cuenta dónde voy a quedar! Ellos se aproximaron al indio: que vos traes coca de allá arriba, nos dijeron que vos venís cargado. Claro, lo que pasa es que el que compra coca allá en la selva, si no tiene contactos, ni seguridad, cuando llega a lo limpio lo coge esta gente; viene sapiao por los manes que trabajan con el dueño de la plantación para que le roben la mercancía.

Entonces nos bajaron a los tres y nos hicieron meter entre el montecito, yo fui el último en bajar y cuando le pasé al lado a uno de los manes que tenía el fusil lo miré y le dije con las manos en alto: “hermano no me vaya a matar por Dios se lo suplico, que nosotros no tenemos nada que ver con el señor, si él trae coca es asunto de él, nosotros no sabíamos nada”.

El indio se ranchó: “que él no traía nada y que no traía nada” y los otros que cómo así, si lo habían sapiao los de allá arriba; aunque la verdad yo no sé si él traía, porque el camión lo raquetiaron y no encontraron dónde la traía encaletada; pero yo creo que ese señor sí traía.

Entonces nos dijeron mientras raquetiaban el camión: “quédense entre el monte una media hora, aquí quieticos y no salgan en media hora” y al camionero le dijeron: “vos sabés qué estás pasando por aquí, no vas a arrimar a la policía, donde te veamos que has arrimado a la policía ya sabes.” Entonces el indio dijo: “no, no, no, cómo se les ocurre, yo, muchachos, yo no los he visto, ni nada”. Y ya para cerrar nos empezaron a decir: ¿qué se te perdió a vos? Yo le dije, “no nada, a mi no se me ha perdido nada” y al otro ¿qué se te perdió a vos? “no a mi no se me ha perdido nada”. Y entonces le preguntaron al camionero, ¿a usted qué se le ha perdido? “No a mi no se me ha perdido nada pero si se ha perdido, no importa, no pasa es nada, tranquilos”, y nos dejaron media hora ahí, y ya pasó el carro por ellos y se fueron, oiga qué susto tan verraco el que nos metieron; los tipos no eran guerrilleros porque eran muchachos bien vestidos, bien enlocionados, yo creo que esos manes eran paramilitares pero, no estoy seguro”.

Este testimonio es esclarecedor en relación a los peligros que entraña para los jóvenes de regiones como el Valle del Cauca involucrarse en el circuito de la producción de cocaína a gran escala.

El aumento del consumo interno en el país ha permitido la instalación de pequeños laboratorios, cocinas, como se les conoce en la jerga popular, muy artesanales, provisionales y de relativa movilidad en el perímetro urbano; operan con un inmobiliario bastante modesto, en muchas casas de la ciudad se procesa la pasta que da origen al bazuco; se trata de una especie de fogón de gas con una sola hornilla y una cazuela grande

donde se mezclan los químicos con la pasta. En las mismas casas donde se realiza esta operación se empaqueta por gramos para abastecer el consumo local y de ahí va a los expendios. Esto contrasta significativamente con la existencia de laboratorios importantes en la zona rural o en la periferia de la ciudad desde finales de los años setenta, instaladas para la producción a gran escala, para abastecer el mercado internacional.

No hay que olvidar que los orígenes del narcotráfico en Colombia estuvieron ligados a la exportación de marihuana y cocaína hacia el mercado europeo y norteamericano. En Colombia sólo se consumía cocaína en circuitos reducidos, en sectores pudientes económicamente. El panorama ha cambiado desde los años setenta y ochenta; décadas en las que el narcotráfico alcanzó la cresta de la ola en el mercado mundial. Progresivamente, Colombia ha pasado de ser sólo un gran país productor para convertirse también en país consumidor de psicoactivos, donde sin embargo, los costos de la cocaína siguen siendo un *impedimento* para la generalización o popularización de su consumo.

A finales de los años setenta en Colombia se evidenciaba, con la exportación de cocaína, lo mismo que sucedía con la exportación de café: se enviaba al exterior cocaína de muy buena calidad y se dejaba el desecho para el consumo interno, es decir, el bazuco que ocasiona los efectos letales para consumidores.

Aunque la cocaína ha ganado un mercado amplio en Colombia los elevados costos siguen siendo un obstáculo para el consumo en los sectores marginales del país que sigue consumiendo marihuana y bazuco, este último con efectos devastadores.

Esta demanda, a nivel interno, amplía las redes del narcotráfico en su condición de empresa delictiva, con diferencias significativas, si se trata de un negocio a nivel internacional o a nivel nacional. El primero tiene como objetivo fundamen-

tal el envío de psicoactivos a los mercados internacionales, y para este propósito moviliza una compleja estructura jerárquica que tiene dentro de sus tareas más importantes conexiones y sobornos (relaciones políticas), manejo de rutas, espacios y caletas que requieren de un control territorial armado y un uso frecuente y sistemático de violencia, y finalmente la del lavado de dinero, que combina más sutilmente la legalidad con la ilegalidad, así como la presión y el soborno a los políticos. Hay un nivel inferior dentro de esa jerarquía donde ha participado de manera significativa la población juvenil bugueña; nos referimos al transporte de cocaína hacia España. Se trata de correos humanos conocidos como *mulas* que transportan entre 500 grms a 1 kilo de cocaína en el intestino, en la vagina, o en el estómago, o bien en maletas, tapetes etcétera.

La empresa a nivel nacional tiene también una estructura jerárquica similar a la anterior, y también es en el circuito de la distribución donde jóvenes bugueños de todos los sectores sociales y de todos los niveles de escolaridad han participado de alguna manera: como jíbaros, expendedores locales de marihuana, cocaína o bazuco, en calidad de agentes de servicios varios, *lavaperrros* como se les conoce popularmente porque hacen de todo, desde limpiar el carro, lavar los perros del patrón, acompañarlo hasta el carro para abrirle la puerta y en la industria de la protección como *sicarios*.

Para jibarar uno necesita contactarse con algún “duro” que trabaja como responsable de la seguridad de un patrón o que es allegado de algún patrón. Todo patrón tiene entre 15 o 20 allegados; ellos tienen varias funciones: se encargan en primer lugar de la distribución de la droga a nivel nacional o internacional. Si es nacional tienen que buscar los puntos de expendios, jíbaros que distribuyen en Buga bazuco y cocaína.

La función del jíbaro, el carácter artesanal de la producción de cocaína en Guadalajara de Buga, así como la vinculación con una amplia red de corrupción que involucra a la policía nacional, es muy clara en el siguiente testimonio:

Jíbaro: Testimonio de Valentina

Cuando me salí de mi casa porque no aguantaba la tiranía de mis padres, la prostitución fue el oficio al que me dediqué casi inmediatamente. Mis padres, unos paisas que habían llegado a Buga huyendo de la otra violencia, la de liberales y conservadores de los años cuarenta, salieron de Antioquia (mi padre de Campamento y mi madre de Valparaíso) y se asentaron en Trujillo hasta que por instrucciones del patrón de mi padre, un jefe conservador, mi padre decidió emigrar a Buga con una familia compuesta por 11 hijos. Como era la mayor de las mujeres y la quinta en la familia, me iniciaron en las labores domésticas y me prepararon a punta de garrote para atender a mis hermanos, los que ya estaban grandes y los más pequeños. Me adiestraron en el arte de servir hombres desde muy niña, ayudaba a mi mamá y a la sirvienta a lavar, planchar, a cocinar y además colaboraba en la limpieza de la casa para que mi papá y mis hermanos tuvieran una casa impecable. De reposo, como me iba tan mal en el colegio me cargaron la mano mucho más duro. Lo único que me gustaba era bailar, pero ni pensarlo en la casa de semejantes paisas rezanderos. Entonces, como no me dejaban ir por las buenas me volaba y ellos también me recibían por las malas; mi papá me golpeaba hasta que quedaba medio muerto, mejor dicho en esas pelás casi nos moríamos los dos. Como a lo último yo no me dejaba coger, me agarraba a bala, yo no sé cómo no me pegó un tiro. Así que, en una de esas, ya no volví a la casa y me puse a trabajar.

Me fui para Tuluá con unas amigas y me metí en los de la prostitución; no busqué trabajo en Buga porque tenía miedo de en-

contrarme a algunos de los amigos o los patrones con los que trabajaba mi papá.

En Palmira primero y luego en Tuluá donde trabajé después, los clientes tomaban aguardiente, pero también tomaban whisky y metían cocaína. Yo nunca soplé, conocí la cocaína por sus efectos, por las erecciones prolongadas de tipos que no eyaculaban y que me penetraban una y otra vez. Llegué a quedar completamente destrozada. El negocio de la prostitución se volvió poco rentable porque lo que me ganaba lo tenía que invertir en médicos. Llegaba orinando sangre y con unas inflamaciones tan espantosas que no podía ni caminar.

La venta de bazuco se había extendido en Buga y casi ni nos dimos cuenta porque Buga era una ciudad muy sana, los que fumaban marihuana era por allá uno que otro, diga usted en el Molino o por allá por la calle veintiuna. Yo alquilaba una pieza y recibía los amigos de la cuadra, a los que había conocido en los rumbiaderos cuando todavía vivía en mi casa.

Mi pieza era el parche, allí mis amigos fumaban marihuana y tomaban aguardiente, estoy hablando de pelados que tenían entre 14 y 20 años. Todo era bien, ellos me cuidaban la pieza hasta que yo volvía de mis andanzas por Tuluá. Eran mi familia, yo llegaba y allí estaban ellos esperándome, yo hacía comida para todos y la pasábamos chevere. También cuando yo estaba enferma, los muchachos me traían comida de la casa de ellos, me cuidaban. Cuando los pelaos comenzaron a meter bazuco la cosa cambió. Yo llegaba y no encontraba nada, me habían empeñado las ollas, las cobijas, la plancha y pues, ya no éramos tan familia, yo llegaba y me encendía con ellos por hijueputas, yo poniendo el culo para conseguir mis vainas y ellos tirándoselas por bazuco. A los 21 años estaba bastante enferma y mamada de las correrías por las casas de putas. Entonces conocí a William, era un pelao bien, tenía 18 años y estudiaba en el Académico de Buga, nos enamoramos, y allí la lucha era cómo conseguir para comer y pagar

arriendo sin que yo tuviera que volver a acostarme con tipos por plata. Era tenaz, íbamos de un lado para otro, y de repeso quedé embarazada, no teníamos ni un peso ni para comer. Entonces, una amiga nos ofreció un trabajito en un negocio que ella tenía en la casa, una cocina donde sacaban bazuco.

Teníamos que andar de casa en casa, de jardín en jardín, primero comprando la hoja de coca, ya después andábamos de finca en finca porque nos acabamos todas las matas de coca de los jardines bugueños. En una de esas andadas casi pierdo a mi primer hijo porque estaba embarazada y me caí de uno de esos palos.

Como William era muy inteligente, estudiado, había terminado el bachillerato y un día me dijo: “No se preocupe mami, espere, yo aprendo las dosis y las recetas de la cocina y después nos abrimos a trabajar independientes”. Y así fue, él se dedicó a la cocina y yo me volví jíbara, y nos compramos una casa en menos de un año. Eso vendíamos como locos.

Como yo no me daba abasto conseguí un muchacho que me atendía el negocio de día y otro que me lo atendía de noche. Llegué a ser la jíbara que más vendía en Buga porque yo preparaba el coso especial, les vendía el bazuco y les regalaba el ripio de la marihuana y aparte, les regalaba el cuerito para que lo envolvieran. Total que allí tenían todo completo, listo para envolverlo y para prenderlo. Yo tenía una línea muy buena. Había otros jíbaros y la línea de ellos incluía hasta que los muchachos pudieran entrar a la casa a sopletear. Yo no tenía una línea con un servicio tan amplio, pero de todas maneras era de las que más vendía.

Pero claro, eso crea enemistades y envidias. Aunque en esa época no había problema, no había tanto agite con la policía, no andaban con el cuento del daño a la sociedad con las drogas y la necesidad de acabar con los expendios de drogas ni nada de eso, al contrario, los tombo le vigilaban a uno el negocio. Los

tombos llegaban y frescos se arrimaban y pedían su ají y yo pagaba el impuesto como quien dice. Pero el problema fue que ya no fueron dos o tres tombos los que venían por plata a la semana, sino que venían diariamente y como cuando era puta, empecé a trabajar para servir hombres.

Garoceaban todo el día, y así no había negocio que resistiera. Claro que entre más ellos acosaban, uno se las ingeniaba, por ejemplo, cuando me daban el pitazo de que los tombos me iba a allanar yo desocupaba la casa y la dejaba limpia, pero la venta no se detenía. Yo tenía mis repartidores, ellos salían en bicicleta y cuando los pelados se arrimaban a comprar, uno estaba listo para indicarles quién estaba repartiendo y por qué calles andaban. La entrega también se volvió un problema, por eso nos inventamos lo de las pepas de mango. Las secábamos y luego las abríamos por una de las puntas y allí metíamos la papeleta. También en las tapas de las gaseosas, como son papeleticas de un gramo las metíamos en las tapas y con una tenaza la cerrábamos. Entonces el cruce de la venta era sencillo, los pelados veían pasar al repartidor, se le acercaban y le pagaban, entonces el muchacho repartidor tiraba la pepa de mango o la tapa de gaseosa a un lado y ya los pelados iban y en el caso de la pepa de mango, sacaban la papeleta y dejaban la pepa y listo, con la tapa era más sencillos la recogían y se la llevaban y todo bien. Cuando a los tombos les daba por joder ya fuera porque llegara un nuevo comandante de la policía o porque un combo de policías no recibían nada de ají y amenazaban con allanarlo a uno, entonces los tombos que recibían billete le avisaban a uno y el negocio se volvía ambulatorio y allí la plata era efectiva. En el domicilio fijo se recibía plata en efectivo, pero también existía el trueque, los pelados llegaban a cambiar bicicletas, cadenas y anillos de oro, lámparas, porcelanas finísimas, todo esto que era robado, yo lo cambiaba por la mercancía de mi línea, después yo lo vendía o me quedaba con las cosas, para mí, para mi casa.

Sin embargo, con los tombos era muy difícil, no dejaban trabajar, ellos tienen el uniforme y el fierro y son la ley en los negocios legales e ilegales que es de donde salía la plata dura, para ellos y para mí, pero ellos no tenían llenadero y eran muchos.

Una noche llegaron a mi casa unos vecinos y me dijeron que la policía había llegado a la casa donde tenía el expendio. Salí corriendo y cuando llegué se estaban llevando al pelao que estaba en el turno de la noche. Yo rápido salí en defensa de mi empleado y le dije al tomo, delante de todo el gentío que había en la calle: a ver ¿cuánto quiere? Transémonos. Fue un error porque esos policías eran nuevos. Uno de ellos me preguntó: ¿esto es suyo? Y claro, cuando contesté que sí, entonces me llevaron derechito para la cárcel; esa vez pagué dos años. Cuando salí de la cárcel intenté trabajar vendiendo comidas, pero eso era mucho trabajo y poca plata, así que seguí con el negocio, pero los tombos eran cada vez más insaciables y los problemas no se me acabaron.

Una vez estaba parada en la puerta de mi casa conversando con una vecina cuando pasaron dos policías con uniforme y todo en una moto. Mi vecina me dijo: ¿viste Valentina esos tipos tan raros? Cuando voltié a mirar ya los tombos se habían devuelto y no me dieron tiempo de nada, uno de ellos se bajó de la moto, me tiró al piso y me puso el fierro en la cabeza y el de la moto gritaba “dale, dale a esa hijueputa”. Pero por obra de Dios en esos momentos salió mi sobrino Ricky, agarró al tomo y forcejearon; por eso el tomo no me pudo disparar. Pero para esas ya se había formado un gentío tenaz en la calle y a pesar de todo eso nos llevaron a Ricky y a mí esposados en un taxi y le dijeron al taxista que los siguiera. Nos llevaron por allá por el parque del hospital san José y allí me dijeron que tenía que darles ají a ellos también porque si no me mataban.

Cansada de todo ese agite con la policía de Buga me fui para Tulúá. Allí alquilé una casa y abrí mi línea otra vez; aparte puse un

reservado a donde llegaban las parejas o los manes solos, bebían y yo les vendía el coso. El negocio empezó a prosperar y claro aparecieron los tombos de Tuluá y otra vez a pagar impuesto, todo ese agite duró dos años. Era tanto el acosadero que un día los hijueputí y les dije que no podía darles a todos, entonces un viernes por la mañana llegaron unos tombos y me dijeron que les tenía que conseguir un billete grande y que me daban plazo hasta por la noche y que si no les daba la plata me mataban a mis hijos. Entonces yo de miedo a que le hicieran algo a mis hijos llamé a mi papá y le dije que me mandara un camión porque tenía que desocupar urgente la casa, mi papá estaba muy confundido y me preguntaba que si tenía algún problema, y yo sólo atinaba a decirle: mándeme el camión y cuando llegue allá le cuento. Así fue como vine a parar a Buga y a volver a abrir la línea otra vez.

Pero la cosa era peor, trabajaba todo el día para pagar el ají de los tombos y al final del día las ganancias que quedaban eran poquitas y me di cuenta que otra vez estaba trabajando para que las ganancias se las llevaran los que no trabajaban.

¿Cuál negocio independiente? He estado en la cárcel tres veces, he cumplido un total de nueve años porque he tenido una conducta ejemplar; me he ganado la vida haciendo comidas para vender a las presas que tienen más dinero, como por ejemplo, las amantes de los Rodríguez (los capos del Cartel de Cali) he sido testigo del tráfico de drogas que hay en la cárcel y del consumo tan tenaz, pero yo nunca me metí en eso, sólo trabajé pelando papas y limpiando ollas; cada que he salido he prometido no volver a meterme en el negocio, pero es que afuera todo te exige un nivel de vida y todo es un gastadero de plata que sólo la venta de drogas me puede dar, es por eso que he vuelto a caer. Sé que le debo mucho tiempo a mis hijos, que me perdí su infancia y su adolescencia, que no los pude acompañar a hacer las tareas por estar vendiendo o por estar en la cárcel. Sé también que por culpa de este negocio se perdió el papá de mis hijos, porque el agite

y el estrés del negocio lo volvió un drogadicto también y como ya no podía controlarse, se acabó de torcer y lo mataron. Por eso, lo único que se me ocurre para compensar las pérdidas y el tiempo perdido es comprarles maricadas porque ni siquiera tienen un nivel de vida espectacular, una moto para los dos muchachos, ropa, mantenerles la casa con buenos productos electrodomésticos, mueblecitos, arreglitos para la casa, buena papa, pero ¿usted cree que puedo darles todo eso vendiendo comidas? No quiero volver a la cárcel nunca más, pero me queda el remordimiento de haber trabajado toda mi vida para mantener a los tombos y no tener ni un peso de sobra, y sé que ya empiezo a estar vieja y en estas circunstancias y expresidiana ¿quién puede emplearme? No creo que tenga una opción mejor que seguir trabajando en el único negocio al que dediqué mi vida y por el que me sacrificué, tiene que ser posible que yo obtenga mi recompensa.

Corrupción Institucional

Habíamos indicado, al inicio de este trabajo, que el auge del narcotráfico en Colombia encontró los cauces de una corrupción endémica en todos los cuerpos institucionales del país. El funcionario público es presentado como un sujeto que no puede resistir a la presión ejercida por el narcotraficante. El poderío de los comerciantes de drogas ilícitas, frente a los bajos salarios de los empleados estatales, rompe cualquier criterio de control.

La policía nacional ha sido una de las instituciones más corrompidas de Colombia, su carácter autoritario, un salario deficiente y sin ninguna vocación como servidores públicos, fueron el caldo de cultivo que el narcotráfico encontró para la venta de drogas, armas e influencias en esa instancia.

Curiosamente, virtudes como la protección a los ciudadanos, y valores como el compromiso y la lealtad fueron la túnica

de compromiso de los agentes de seguridad para con los jefes del narcotráfico, en virtud de las recompensas económicas mismas que la institución no podía cubrir para la protección del ciudadano común.

La policía tuvo también una participación destacada en el envío de cocaína al exterior y se nutrió del impuesto y la extorsión a los distribuidores del consumo interno, y a la vez, se convirtió en el flagelo de los consumidores y distribuidores de bazuco, marihuana y cocaína cobrando “impuestos” y además, fueron los iniciadores de la “limpieza social” motuproprio o por encargo; de esto es revelador el siguiente testimonio:

Yo soy de Buga y de aquí es toda mi familia. Entré a la policía por allá por el año 83, cuando estaba en su apogeo el Cartel de Medellín y el Cartel de Cali. La propaganda oficial hablaba de una época de renovación de la policía y estaban contratando bachilleres porque querían acabar con la corrupción que se había generado por el narcotráfico.

Lo primero que nos pasó a los bachilleres llegando a la estación de policía fue que nos robaron las maletas, nos habían dado una capacitación por espacio de seis meses con adiestramiento y principios éticos, civiles y ciudadanos, habíamos llegado con tantas ilusiones, queríamos ser líderes, servir a la comunidad, controlar la delincuencia y ya traíamos el hábito de rezar un código que en uno de sus apartados decía: ...como policía tengo la obligación fundamental de proteger vidas y bienes, defender al inocente del engaño, a los débiles de la opresión o la intimidación, emplear la paz contra la violencia y el desorden y respetar los derechos constitucionales de libertad, igualdad y justicia de todos los hombres; llevaré una vida irreprochable como ejemplo para todos ...y bueno cosas por el estilo, cosas muy buenas que si se llevaran con todo ese código de ética de la policía nacional sería la mejor institución del mundo. Cuando llegamos el

primer día, llegamos con nuestras maletas cargadas de ilusiones y sueños y nos encontramos con que los mismos policías de la estación nos robaron las maletas, entonces como niños recién desempacados y con una confianza enorme en la institución fuimos y le pusimos la queja al comandante. La respuesta del tipo fue sorprendente: ... para qué son maricas, aquí se tienen que avispar, güevones de mierda, aquí si no se ponen las pilas se los lleva el putas. Aquí tienen que abrir los ojos porque aquí no vayan a creer que están en la escuela. Ustedes creen que van a controlar los ladrones y aquí es más peligroso que allá afuera... Esa respuesta fue para nosotros un baldao de agua fría, pero esa sería la verdadera lección en esa escuela de corrupción que es la policía nacional, es decir la apertura al accionar y la comprensión de lo que significa ser policía en Colombia. En la búsqueda de las maletas conocimos internamente la estación que es aproximadamente un área de 1 000 metros cuadrados y allí descubrimos un microcosmos de lo que sucede allá afuera: la descomposición social. Los baños eran un asco, gente detenida por el tipo de delitos que usted quiera imaginarse y vueltos nada, cuartos pestilentes como refugio o morada y nos acercamos a las conductas de los policías que eran peores que las de cualquier delincuente libre o encerrado, por ejemplo, uno le decía a un suboficial:... vea necesitamos un permiso para ir por ejemplo a llamar a la familia a una cabina telefónica y él contestaba: cuánto me van a dar y les doy el permiso, aquí todos tienen que pedir permiso para salir, pero tienen que dar platica, si no, no pueden salir. Y claro, uno no se podía salir porque lo amenazaban con hacerle un informe y con ese informe te sancionan y con una mancha de esas en tu hoja de vida tenías menos garantías que los que tenían la hoja de vida limpia. Es decir, encontramos unas conductas contrarias a nuestra formación.

A nosotros nos asignaron la vigilancia de los espectáculos públicos, conciertos, exposiciones, ferias de moda etcétera, y nosotros hacíamos la labor con convicción, éramos jóvenes,

amables, transparentes y teníamos muchas ganas de practicar lo que habíamos aprendido con responsabilidad y compromiso, es decir, éramos policías jóvenes que no habíamos adquirido vicios policiales, También teníamos la función de controlar las manifestaciones estudiantiles; como nosotros habíamos sido estudiantes comprendíamos las demandas de los jóvenes en materia de educación. pero en lo que nosotros no estábamos de acuerdo era en la forma como querían forzar la situación quemando un bus, por ejemplo, ¿porqué, si el bus es un transporte que utiliza la gente pobre? y si se daña una unidad fácil y sencillo aumentan el transporte, entonces el que salía perjudicado era el pueblo. Entonces nuestro trabajo consistía en evitar que los muchachos quemaran los buses, que taparan las vías; ellos podían ponerse sus capuchas, cantar sus canciones, hacer su algarabía, quemar lo de su universidad, lo de su colegio porque eso era de ellos, pero que no crearan problemas de orden público.

Como éramos solteros, para nosotros era muy importante salir el fin de semana, pero eso estaba muy coartado, si alguien llegaba a formar tarde o llegaba de último ya comprometía su salida y ya no salía a descanso ese fin de semana; entonces ya nosotros empezamos a hacer parte de ese engranaje, de ese mecanismo de corrupción porque para poder descansar teníamos que darle plata al cabo, terrible. Como no teníamos plata y apenas estábamos esperando el primer sueldo, teníamos que conseguir la plata como fuera para darla a los superiores y conseguir nuestro descanso de fin de semana, valiéndonos de cualquier medio, de cualquier artimaña. Por ejemplo, inicialmente nosotros salíamos a hacer un retén, ellos le llamaban un control de vehículos y si allí encontrábamos a alguien sin licencia, en estado de embriaguez le metíamos la medida coercitiva... queda arrestado. Inmediatamente como ciudadano y como conocía lo engorroso de los procedimientos, le decían a uno: no, quédese tranquilo que yo le doy su regalito, yo le retribuigo; si era en tiempos de diciembre le decían a uno yo le doy las chrismas, y eso empezó a funcionar.

En ese tiempo estaba en todo su apogeo el narcotráfico, había plata en Cali, todo el mundo tenía plata menos nosotros; entonces era ventajoso parar un vehículo, porque como nadie quería problemas, le daban a uno platica y uno con esa platica sacaba para el pasaje, para la alimentación, para darle plata al comandante para que nos dejara salir a descansar. Le daban un día de descanso, pero uno aumentaba la cuota y le daban dos días de descanso.

La corrupción era tenaz, una vez estábamos controlando una manifestación de la Universidad del Valle. Escuchamos por el radio interno que se habían robado un vehículo y nos dieron todas las características. Como nosotros éramos nuevos y muy enérgicos, y estábamos controlando la manifestación de la Universidad, hicimos como una especie de taponamiento visual con la suerte de que el carro robado sí pasó por ahí, entonces, inmediatamente empezó una persecución que duró unas dos horas y aunque el tipo era un volante bastante hábil, por fin lo logramos capturar en el cañal de un ingenio cerca a la ciudad de Cali y eso fue de película: armas, radio, movilización policiaca, en fin ¿se imagina? Nosotros felices, era nuestro primer operativo exitoso, era como la medalla en la lucha contra la delincuencia y teníamos la sensación de estar cumpliendo con la misión que nos habían encomendado. Le íbamos a devolver la alegría al dueño del vehículo, por eso hicimos nuestro informe detallado y al delincuente lo pasamos a disposición del juzgado. A los dos días, nos tocó hacer un patrullaje de rigor por el sector de la Alameda y nos encontramos al tipo tomando gaseosa en una tienda, y entonces nos sorprendió, le dijimos ¿vos no fuiste el de ayer? Y dijo sí, y ahí ando en el carro mío y descaradamente nos dijo cómo había solucionado ese problema. Entonces, inmediatamente fuimos a averiguar porqué ese tipo estaba suelto si lo habíamos capturado en flagrancia. Todos en la estación hicieron caso omiso, absolutamente nadie nos miró y sólo escuchamos la recomendación: “quédense callados, no se pongan a andar averiguando pendejadas que por eso pasa lo que pasa, usted es un *chúcaro*,

término empleado para discriminar al policía nuevo. Estas cosas fueron menguando el entusiasmo que teníamos para trabajar, entonces de una u otra manera nos fuimos viendo absorbidos por la falta de dinero, por la necesidad de cumplir con nuestros compromisos y poco a poco nos fuimos metiendo en el esquema de ellos. Uno veía los policías activos que terminaban un turno de la noche y en la mañana llegaban a los alojamientos y sobre las camas colocaban lo que se conseguían en la noche: droga, bazuco, joyas, plata y como sendos delincuentes partiéndose el botín, esto para vos, esto para mí. Entonces nos quedábamos aterrados, encontrábamos en los baños que eran colectivos, policías consumiendo droga y veíamos cómo se disolvía la línea entre ser policía y ser delincuente y llegamos la conclusión: estos son delincuentes uniformados, entonces teníamos que cuidarnos de ellos. Como todos los policías nuevos, hacíamos buenos planes y por eso llenábamos los calabozos de la gente indocumentada que encontrábamos consumiendo droga, robando etcétera. y al día siguiente el calabozo amanecía vacío. Los comandantes de guardia, que son los que manejan la llave de los calabozos, eran felices con nuestro trabajo porque nosotros llenábamos los calabozos de noche y ellos cobraban por soltarlos de día. Les estábamos haciendo el juego a ellos y decidimos no volver a llevar a nadie, porque; ellos sacaban plata de un trabajo correcto; por eso decidimos recibir la plata directamente nosotros. Así empezamos a hacer parte del engranaje de la corrupción.

El circuito de las detenciones y la corrupción eran sencillos: la primera fase es conocer al delincuente y detenerlo; la segunda fase es hacerse amigo de él, si uno vuelve y lo pilla en la misma, porque como no tiene caso detenerlo por el mismo delito, te vuelves amigo de él y la tercera fase es eliminarlo. La ejecución la hacen otros grupos que son los encargados de la limpieza social. La limpieza social se hizo primero por iniciativa propia, como tienes la iniciativa de pintar tu casa, como te da por iniciativa poner bonito el carro de la policía. La institución no se

va a cargar eso de la limpieza, aunque se sabe que los policías salen a matar delincuentes, drogadictos y lo acolita, se hace de la vista gorda, es responsabilidad privada, pero si te pillan en el acto te condenan, porque la institución no puede cargar con eso públicamente. Es mejor condenar al individuo y no condenar a la institución; en otras palabras, la limpieza social la hace la policía *motu proprio*, todos saben, la institución lo sabe, hay un consenso, pero si te agarran, la institución policiaca condena a un individuo como un desquiciado, como alguien con problemas personales, individuales, ajenos a la institución; ese es un doble papel, una doble moral.

Con la llegada del narcotráfico disminuyeron los asesinatos a los raponeros, porque como había dinero, ellos se hacían una platica y compraban dos o tres bultos de fruta e iban a los semáforos y los vendían. Así crecía una economía informal que se movía en los semáforos de la ciudad y que ofrecía opciones para los ladrones y los raponeros, tipo galería. La gente empezó a vender frutas, aditamentos para los carros, porque había plata en la ciudad y además había oferta de empleos, había trabajo de escoltas cuidando fincas, cuidando casas, cuidando carros, los mismos ladrones se volvieron vigilantes, por eso disminuyó el robo en la ciudad. El narcotráfico fue un generador de empleo en la ciudad en un principio, incluso, policías retirados o activos de todos los rangos, trabajaban al servicio del narcotráfico. Sin embargo, como se trataba de gente sin ningún tipo de formación, armados, en buenos carros, generó otro tipo de violencia que es la de los traquetos, es decir, escoltas, y como andaban respaldados por un jefe tenían dinero extra que nunca en su vida se imaginaron, entonces se emborrachaban, le daban plomo al aire y después ya mataban a cualquiera que se les pusiera enfrente y generó conflictos entre galladas. Se encontraban en un *grill* los escoltas de un patrón con los escoltas de otro patrón y se encendía la pelea por cualquier cosa, por demostrar poder y se agarraban a bala y se mataban entre ellos; llegó al punto que, en una feria de Cali, si

ellos llegaban a una fiesta o a un *grill* y les gustaba una muchacha, mataban al novio y se la llevaban a ella. Ese poder en manos de gente ordinaria fue generador de una violencia impresionante y algunos de los policías, que intentaron poner orden y freno a eso, fueron dados de baja por los mismos policías que estaban al servicio del narcotráfico.

Cuando el crecimiento tenaz de los carteles de Medellín, dueños de los partidos de fútbol, de las tiendas, las droguerías, de los restaurantes, las discotecas, de la ciudad mejor dicho, y nosotros los nuevos, los *aliens* no sabíamos al lado de quién teníamos que ponernos: si nos poníamos al lado de la institución, corríamos el peligro de morir o terminar trasladados por allá a una selva por influencia del narcotráfico; pero si nos poníamos al lado del narcotráfico, teníamos un poquito más de garantías porque ellos eran los patrones, los comandantes, a uno no lo molestaban para nada. Los que se enfrentaron al narcotráfico, los que tuvieron esa valentía, murieron; los que quedamos por cobardía o porque sabíamos que la institución no merecía nuestra vida ni siquiera podíamos ser apáticos, ser aparte de ese cuento no podíamos, no podíamos ser neutrales porque si nos mandaban a un partido de fútbol allí llegaban los narcos, con trago, armados, escoltados y teníamos que dejarlos entrar, porque tenían la anuencia del comandante y había no sólo que dejarlos pasar sino cuidarlos allá adentro. Se llegó el momento en que ellos manejaban una nómina paralela a la de la policía y a cada policía le pagaban; había un pagador que antes de la quincena llegaba a cada estación de policía a pagar sueldos, así que llegaba primero el sueldo de ellos que el de la institución; tenían una capacidad de resolución impresionante, en una ocasión se enfermó mi mamá y yo hablé con el comandante de la clínica y le dije... vea mayor, mi mamá está enferma necesita una operación y averigüé los costos y son muy altos y no los puedo cubrir, necesito que usted me colabore, yo quiero que a ella la operen en la clínica de la policía y que los costos me los descuenten por nómina de mi sueldo cada mes. Y

el mayor me dijo “... no, eso aquí no es para la mamá, la policlínica sólo es para la esposa y los hijos, defiéndase como pueda.” Entonces fui donde un amigo narcotraficante y le conté lo que me pasaba y le pregunté si podía ingresar a mi mamá a una clínica que era de ellos para que me den un buen descuento y el tipo me dijo”... no m’ijo tranquilo tenga esta tarjetica, vaya hable con fulano de tal y allá le operan a su mamá y eso no le vale nada” Y en efecto, llevé a mi mamá, la operaron y no me costó ni un sólo peso; lo mismo me sucedió cuando me iba a casar, yo pedí una carta a través del fondo de bienestar social nacional de la policía para que me prestaran una cabaña en la policía para irme de luna de miel con mi esposa y los trámites burocráticos sería interminable mencionarlos aquí; total, que primero me casé y por medio de la institución nunca pude ir a San Andrés. Yo pasé mi luna de miel en San Andrés, pero porque le dije a un tipo de estos, le comenté que me iba a casar y el hombre me preguntó “¿y para dónde te vas a ir de luna de miel?” Yo le dije que me quería ir para San Andrés y le conté lo que me había pasado con la policía, que no me habían resuelto nada y que la fecha de la boda estaba encima. Todo eso lo hice con la intención de ver en qué me podía colaborar, entonces él me dijo “... no m’ijo, no se preocupe por eso, vaya a tal parte a esta agencia de viajes y váyase con todos los gastos pagados” Con estos mecanismos ellos crearon una afinidad, un respeto, una lealtad y una obligación de protegerlos y de cuidarlos.

Cuando reventó la guerra entre Cali y Medellín (contrario a lo que pasó en Medellín, que Pablo Escobar le declaró la guerra a la policía), en Cali, el cartel tenía la policía incondicional para todo: seguridad, transporte. En Cali, los aeropuertos quedaron abiertos; a mí que estaba de turno, me daban 30 millones de pesos, por ejemplo, para partirlo entre los 18 que estaban de turno; así que alguien quería ser policía del aeropuerto tenía que darle al comandante, al jefe de personal cinco millones para que te asignaran, porque uno sabía que en dos o tres embarques recupe-

rabas la inversión. Entonces el jefe de personal de la policía metropolitana era una garantía impresionante porque sin necesidad de salir a la calle, sin temor de que los denunciaran, los recibía el mismo policía; entonces hacían rotaciones, el que se quería quedar en la policía y que no lo rotaran tenía que venir y dar la cuota que el comandante jefe de personal fijaba, que era entre cinco o 10 millones de pesos, que este comandante, jefe de personal tenía que darle a su vez al comandante general. Se movía la corrupción en todos los niveles, en las comunicaciones, si ellos [los narcotraficantes] entraban un cargamento de armas, daban una plata para que esas armas aparecieran en pantalla como limpias, auténticas y legales con salvoconducto; ellos [los policías] daban el salvoconducto. Como usted ve, trabajando nunca ibas a conseguir dinero; uno tenía que estar del otro lado.

Cuando uno se siente pesadito, ya conoce la ciudad, ya lo conocen, ya tiene quién hable por uno. Uno quiere estar en los mejores *grilles*, andar con las mejores peladas, y viene el consumo de drogas; uno tiene que conseguir drogas para ellas, que como andan con traquetos ya son viciosas. Entonces uno como policía no va a ir a comprar coca; uno ya entabla amistad con el jíbaro con el que la vende. Cada vez que uno va a salir con una pelada que le guste la droga, entonces uno va con el jíbaro y le dice “bueno, mire, necesito que me dé un terrón” y se entabla otra relación que tiene muchos significados. Por ejemplo, si uno va por un patrullaje y se encuentra con Pedrito Pérez que es un patrón que está en una rumba desde hace cinco días porque esas rumbas duran entre cuatro o cinco días y necesitan coca o medicamentos para no dormir, para poder aguantar. Acostumbran ir a los moteles y cuando se les acaba la droga buscan al policía para que salga y le consiga coca. Busca al policía primero porque el policía es el amigo de él, segundo porque el policía no lo va a molestar y no le va a poner problemas porque al policía nadie lo va a requisar; se hace el comercio entre el patrón y el jíbaro a través del policía. Si uno cogía a un patrón enrumbado un fin de semana, era sabroso

porque uno se ganaba una buena plata: por acompañarlo a uno le daban la alimentación, lo que uno quisiera por sólo ir a traerle la droga; así entraba la relación con los jíbaros. Es más yo conocí a muchos jíbaros a través de los patrones; ellos dicen “andá a tal parte que en tal parte hay una señora así y así y decile que es para mí, que me mande el encargo” y ahí uno conoce los jíbaros. Entonces el policía pasa de ser escolta, a ayudante de servicios varios, consumidor, y si la relación con el patrón era buena, uno podía invertir la mitad de su sueldo en un embarque.

Los jíbaros, cuando uno los detecta, quieren ser amigos de uno; como en toda organización siempre hay diferentes gustos de conseguirse la plata. Vamos a explicar los que se especializan con los jíbaros: el primer paso es conocer a los consumidores, los detiene y les ofrece “yo te suelto si me decís quién te la vende”, entonces el consumidor, el adicto, ya conoce el mecanismo y entonces él le plantea este negocio al policía: “yo te digo dónde venden y yo te digo cómo entra y lo que usted coja de droga me lo da a mí como pago por la información y lo que usted haga con él me importa un comino”; entonces el policía entra en relaciones comerciales con el drogadicto y con el jíbaro y a todos les saca ventaja. ¿Porqué el consumidor delata al jíbaro? porque la adicción es una cosa muy grave que no tiene límite, entonces el consumidor va y le compra y le compra y le compra al jíbaro. Cuando ya se le acaba la plata, él va y le dice al jíbaro en plena ansiedad que le regale un poquito porque está embalado, y entonces el jíbaro, consecuente con su negocio y de no fiar, le dice que no. Ellos tienen una relación de amor y de odio; el uno crece y hace plata porque otro compra, el drogadicto necesita al jíbaro porque le surte la mercancía, esa mercancía es dañinísima, deja al consumidor vuelto mierda, él acaba con todo por tener con qué comprar; la mercancía lo inhabilita para trabajar, el tipo consumidor se pierde, y el jíbaro, impasible, sigue vendiendo. Pero cuando el consumidor ya no puede más, el jíbaro lo delata a los de la limpieza social para que vengan a limpiarle el barrio, porque sabe también que lo puede

delatar, que se vuelve un hampón, que puede atracar a otros consumidores que todavía no han tocado fondo.

En esas condiciones, el consumidor anda buscando a la policía para delatar al jíbaro con la esperanza de que el policía le pague con droga la información.

El policía entra en relación con el jíbaro, lo amenaza, pero no le interesa acabar con el expendio, sino que él pueda sacar una tajada del negocio; por eso durante el turno como policías uniformados, solamente llegan a vigilar, a cuidar el negocio; que otra patrulla no llegue, que los consumidores puedan llegar al expendio sin problemas, entonces al otro día ya de civil y cobran el impuesto. Hay policías que tienen una lista de jíbaros por sector y el fin de semana que están libres salen y hacen un recorrido para ir a cobrar el impuesto.

Si yo salgo a cobrar impuesto y el tipo no lo paga, entonces le mando a otro policía; entonces ya no le paga impuesto a uno, sino que le paga impuesto a dos, entonces el otro hace lo mismo y al cabo de un mes le está pagando a 20 policías; luego, el jíbaro se ve obligado a trabajar el triple para sacar lo del costo de la mercancía, para sus propios gastos y para la banda de policías que viene a cobrarle impuesto; esto es generacional, cuando uno llega, entonces los policías viejos le enseñan a los jóvenes a cobrar impuesto, y cuando uno aprende, le enseña a los nuevos a cobrar y eso te da jerarquía, se vuelve el maestro y se contraen deudas. Entonces, uno empieza a cubrir los gastos que no están dentro de la canasta familiar o lo que no alcanza a cubrir el sueldo, en este caso con este tipo de impuestos a los jíbaros, por ejemplo, se me dañó la moto y tan voy donde tal, y a ése le saco el arreglo de la moto; la droga para una rumba, para mi consumo personal, en fin, para todo lo que no alcanza con el sueldo. Dentro de la policía también hay jerarquías, al policía que cobra impuestos lo discriminan, ese está por debajo, ese policía anda con la cabeza gacha, ese policía

para los otros que cuidan un patrón por ejemplo, y que tienen, obviamente, otra jerarquía en cómo adquirir el dinero.

Todo esto lo viví en Cali, pero es el modus operandi de la policía en Buga, Medellín, Barranquilla, en todo Colombia es igual; es que si el estado es débil y corrupto, la institución se corrompe y sólo reconoce un patrón: el narcotráfico.

En el caso de la distribución interna, es indispensable asegurar quién se va a hacer cargo de la cobranza del dinero que los dueños de la mercancía generalmente dejan en consignación a los jibaros:

los duros tienen, además, el oficio de conseguir quién se haga cargo de los cobros y aquí contratan gente bastante joven. Ellos consiguen, en el caso de Buga, muchachos de todos los estratos, bachillerato estratos 3, 4, 5 y hasta 6. Para esto se necesitan dos muchachos: uno que maneja la moto y otro que se baja y cobra la plata, va pasando por todos los jibariaderos y ellos salen y le entregan el billete a los muchachos.

Y también los encargados de buscar a los cobradores de las seguridad no sólo física sino de cuentas por cobrar, porque como este tipo de negocio es ilegal, uno no puede ir a registrarlo en ninguna notaría frente a algún juez o algún abogado, esto se firma en la piel de cada uno de los contrayentes en el negocio; por eso, cuando alguien incumple el acuerdo de palabra, esto sólo se puede pagar con la vida. A veces no es mucho, pero si no se cobra la deuda drásticamente, pierde poder en el medio. La violencia está implícita en este negocio; por eso se contratan sicarios que son cobradores de cuentas que no se pueden pagar mas que con la vida; pero claro que hay cobradores bien, porque hay deudores a lo bien, no todos son hijueputas, sino imagínese, no habría negocio.

Cobrador “A lo bien”

Claro que sí, yo fui cobrador, no le puedo decir mucho porque yo tenía un papel muy definido. Veá yo soy hijo único, mi mamá y yo vivimos solos y nunca nos ha faltado nada porque ella trabaja mucho, como es independiente se las arreglaba para no dejarme solo y asegurarse de que yo estudiara juicioso. Yo hice el bachillerato en el ITA y era costumbre después de las clases irnos a parchar al parque que está al lado, a nada malo, charlar, hablar mierda de rumba y de peladas; digo que a hablar mierda porque yo ni siquiera iba a bailar, de lo otro sabía un poquito más, tenía una novia dos años mayor que yo y que trabajaba y tenía moto. Como ella me prestaba la moto, yo fui ganado cierto prestigio en la gallada. Por buen estudiante, tener novia con moto y ser muy bien motociclista, fue que me enrolé en lo del cobro. A través de un compañero del colegio me llegó la oferta y yo acepté sin muchas preguntas, el trabajo era realmente sencillo, yo tenía que tener disponible la moto los días que ellos me lo indicaran, a una hora determinada tenía que ir a recoger a otro pelado al barrio el Albergue; él entonces me indicaba la ruta y yo lo llevaba sin hacer ninguna pregunta. El man me decía: pará aquí, entonces se bajaba en una casa donde vendían droga, tocaba la puerta y salía el interesado y entregaban a mi acompañante la plata. Así, visitábamos en una noche 10 o 20 casas, todo dependía de la instrucción y todo era legal; al final de la vuelta yo dejaba al man donde lo había recogido, me pagaban y listo, para la próxima ya sabían donde encontrarme. Trabajé en eso tres años y mi mamá nunca se dio cuenta o si lo intuía se hacía la loca y no me preguntaba nada. Este trabajo no tiene problemas aquí, porque uno no se unta ¿me entiende? Es un cobrador común y corriente, el único riesgo es que le vayan a robar a uno la plata, pero ni así, porque como yo sólo manejo la moto, a mí no me hace responsable de nada. Yo nunca he tenido problemas. Ahora no trabajo en eso porque soy profesor del SENA, ahora soy un profesional gracias en parte a que tuve con qué solventarme el estudio, ¿me entiende? ”

La seguridad, sicarios

Yo tuve un hijo sicario, no lo parí sicario, él se volvió solito por iniciativa propia, tenía catorce años cuando dejó el colegio, no sé porqué, éramos muy pobres y nos habíamos venido a vivir a esta loma porque en Buga nunca logramos hacernos a ninguna propiedad, pero aquí hicimos nuestra casita y mi esposo trabajaba y nos daba lo necesario. Como pobres todo lo teníamos, pero mi hijo vivía muy a disgusto aquí por tanto consumo de drogas, tanto delincuente; la verdad odiaba el estancamiento en el que andaban los jóvenes, incluso los del colegio Académico donde él estudiaba, porque estudiaban poco y fumaban mucho vicio. Poco después de dejar el colegio mató a unos drogadic-tos delincuentes que tenían azotada esta loma; yo no estuve de acuerdo, pero yo le había enseñado que a los delincuentes que le hacen daño a los vecinos, no son en realidad hijos de Dios, que sólo el trabajo honrado nos puede hacer mercedores del amor a Dios. Creo que aprendió bien mi muchacho y por eso se dedicó a acabar con el mal, lo hacía tan bien que tal vez por eso lo contrataron, para cobrar con la vida lo que los ladrones no querían pagar con plata; en realidad era un ángel mi muchacho, por eso unos patrones lo contrataron y le pagaban bien. Pero como le digo, lo de mi hijo era por compromiso, por convicción, si le pagaban por matar, bien, pero si no le pagaban, era igual porque él se había asignado la misión de acabar con los ladrones, los drogadic-tos y todos los malos. Es que así tiene que ser, la policía no hace nada, el ejército tampoco, yo creo que por eso es que también los muchachos salen a matar.

El problema fue que como la maldad en Buga estaba por todas partes, el muchacho no se daba abasto. Por eso llegó a confundirse y una vez mató a un muchacho sano, buena persona. Mi hijo estuvo llorando varios días, lleno de culpa. A veces lo veía como cansado, como que ya no quería seguir en eso, pero entonces lo agarraban los difuntos en las pesadillas; los difuntos

se le aparecían en sueños y no lo dejaban tranquilo, ese pobre muchacho no consentía en las noches ni que le apagaran la luz del cuarto, entonces, para tranquilizarse, tenía que salir a matar y volvía y se tranquilizaba. Por eso le digo que mi hijo era un buen muchacho que sólo quería limpiar la ciudad; pero me lo metieron a la cárcel como seis años por una cosa de drogas, pero eso no era de él, sino de la mujer con la que estaba viviendo; una mala mujer, yo no sé como me lo enredó. En la cárcel organizó a los presos, peleó por los derechos de todos los presos, incluso uno que fue gobernador del Valle en una visita que hizo a la cárcel de Tuluá dijo que mi muchacho era muy inteligente. Pero allí tampoco pudo dejar de hacer limpieza porque los policías lo llegaron a sacar algunas noches para que saliera a asesinar gente a cambio de una mejor celda, mejor comida, mejor cama, de mejores condiciones en la cárcel.

Por buena conducta, con asesinatos y con tiempo a mi hijo le rebajaron la pena, pero como a los tres meses de haber salido de la cárcel me lo mataron viniendo en una moto de la Magdalena.

Del problema del narcotráfico se desprenden una gama de víctimas que van desde la democracia, los países aliados en el combate a las drogas hasta el joven consumidor. No tenemos datos estadísticos de cuánta población consume en Buga, pero los muchos entrevistados que nos regalaron su historia para este trabajo, nos advertían del siniestro fondo de la adicción.

Al consumidor, el bazuco le altera todo el sistema cardiovascular, le dispara el cerebro en cinco segundos y proporciona cuatro o cinco minutos verdaderamente demoledores. Por contra prestancia su bajada es brutal, convulsiona el organismo de tal manera que las niñas se prostituyen y los jóvenes se convierten en delincuentes, ladrones, asesinos con tal de conseguir otra dosis lo antes posible. Después de experimentar un espectacular dominio del mundo durante cuatro minutos, el

individuo sufre una depresión extrema a la que sigue un breve periodo de irritabilidad, insomnio y paranoia que desemboca en una psicosis con delirios y alucinaciones.

Consumidor I

Yo tengo ahora 23 años, pero como quedé embarazada a los 14 años me fui a vivir con mi novio. El me llevaba diez años, era un buen muchacho pero era drogadicto; había empezado a consumir solución desde los doce años y después fumó marihuana durante muchos años pero era un muchacho bien. Yo como no sabía nada de eso, él llegaba a hacerme la visita y sí le llegué a sentir un olorcito medio raro, y los ojos un poco brillantes pero sinceramente nunca le paré bolas a eso. Como nos fuimos a vivir y estábamos mal de plata, mi suegro, que es mecánico, le dio un taxi para que lo manejara y nos empezó a ir lo más de bien; así nació Daniela, mi primera hijita y después nació Carolina. Teníamos al principio lo que él ganaba con el taxi, pero luego nos iba mejor porque se metió con unos tipos, unos que le pedían que hiciera carreras a unas fincas por allá por Darien y le pagaban muy bien, luego ya se metió a transportar vicio. El taxi era la pantalla porque nosotros vivíamos bien de los negocios que el hacía por fuera, a los clientes grandes. Pero el problema fue cuando empezó a meter bazuco, eso fue muy rápido, él se volvió adicto muy rápido porque eso fue en cuestión de meses; y todo se lo empezó a fumar, eso era un desespero todo el día por estar consumiendo, me maltrataba, me pegaba mucho delante de las niñas. Y yo me iba para donde mi mamá llorando, pero no le contaba que él estaba metiendo vicio porque me daba pena; allí me recibían unos días, pero él volvía y aparecía, y como yo lo quería tanto me volvía a juntar con él, pero cada que me iba dejaba la casa con todos los muebles, pero cuando volvía ya faltaban vainas; al principio por ejemplo desapareció mi bicicleta fija, mi

tocador, la lavadora, y ya después acabó con todo. Era que cuando se desesperaba salía y cambalachaba todo lo que encontraba en la casa. Yo me empecé a desmoralizar y un día él llegó y me invitó a fumar bazuco y como yo estaba tan aburrida, empecé a consumir también. Eso también fue muy rápido. Nos levantábamos tarde y nos íbamos a comprar la droga y en el camino comprábamos empanadas, o pollo frito, o papas rellenas, gaseosas y alquilábamos películas para tener a las niñas entretenidas y para que ellas comieran. Las encerrábamos en una de las piezas a ver televisión o les poníamos películas de animalitos o de muñequitos, y mientras tanto nosotros nos metíamos a la cocina y empezábamos a fumar. A mi se me abrían mucho los oídos, yo escuchaba todos los ruidos, los pasos de los que caminaban en la calle por el andén, la respiración, mejor dicho todo y me entraba un miedo horrible, cualquier ruidito y me ponía como loca porque pensaba que era la policía que ya venía por nosotros. Un día Carolina estaba llorando en la pieza porque la mayor la estaba molestando y yo no era capaz de irme caminando hasta la pieza, sino que me iba arrastrando, era algo muy horrible porque yo sentía y veía la casa como si fuera un monte y que en cualquier momento iba a salir la guerrilla o alguien que nos iba a matar. Mis hijas se quedaron paralizadas cuando me vieron. Y yo solo las abrazaba y les decía que se quedaran calladitas y ese día por ejemplo cuando mi Daniela que en ese entonces tenía como 7 años me iba a explicar que había pasado yo le metí un grito que casi me la trago, pobrecita mi niña, qué pecao.

Como eso lo hacíamos todos los días y ya no teníamos qué vender yo iba a la casa de mi mamá y les pedía plata dizque para comer, pero que vá era para vicio. Me dieron plata sólo unos días, pero como el desespero eran tan tenaz, un día mi esposo se llevó a la niña pequeña de gancho ciego para poder salir a robar. Se acercaba a la gente y como lo veían con una niña pues no se asustaban ni nada y entonces él sacaba una pistola y les quitaba la plata que tuvieran; entonces yo ya me acercaba y me daba

la plata y yo salía corriendo a comprar más, donde fuera, casi siempre por ahí por la 19 .

A lo último ya no teníamos plata para nada; ni para películas, ni para comida, sólo gaseosas y pan para darles a las niñas. Eso fue horrible; mi hija pequeñita no habla, y la mayor se la pasa preguntando por el papá todo el día y diciéndome “mamita ¿cierto que usted no se va a volver a arrastrar por el piso?” Qué pesar, pobrecita mi niña, de verdad que, que pecao...

Si, lo que pasa es que ese periodo de crisis duró como dos o tres meses y medio, yo ya ni me acuerdo, sólo sé que fue duro, muy duro. Y, sobre todo para mi esposo que estaba más embalado, ya no podía estar un instante sin consumir; yo sí podía, y cuando estaba tranquila limpiaba la casa, bañaba las niñas, pero no me atrevía a salir para irme a la casa de mi mamá a pedir ayuda o a pedirle ayuda a las vecinas, me daba mucha pena sobre todo con las vecinas.

Pero en uno de esos días vino un amigo a buscar a Alejandro, mi esposo, para que le fuera a hacer una vuelta: que fuera por una mercancía (vicio), y que se la guardara aquí en la casa hasta unos días, pero Alejandro se consumió aquí en la casa la mitad de esa vaina o hasta más y después se fue con el resto y ya no lo volvimos a ver. Me dijeron que lo andan buscando para matarlo, y otros me dijeron que anda en Cali pidiendo limosna.

Consumidor II

Yo nací en Cali, pero me trajeron a vivir a Buga muy pequeñito, nos trasladamos todos porque a mi papá lo habían nombrado policía. Era tenaz; llegamos en la olla a vivir en una pieza en la casa de mi abuelita paterna.

Mi papá se emborrachaba mucho y encendía a golpes a mi mamá. Mi hermanita chiquita se despertaba llorando, y yo aunque también lloraba, intentaba defender a mi mamá; por eso yo salía mal de esos tropeles porque mi papá me pegaba a mí también.

De los tropeles que libraban en la cama también me quedaron cicatrices, yo los veía hacer el amor, veía cómo se arrancaban la ropa, porque no se la quitaban, se la arrancaban, y después se aventaban a la cama y escuchaba sus gritos y sus jadeos. Yo me quedaba quietico, no respiraba porque esas peleas no las entendía y me daba miedo que me mataran si me descubrían despierto. No sabía allí a quién tenía que defender.

Supongo que por eso mi abuelita echó de la casa a mi papá, porque las peleas eran de día y de noche como quien dice. Así que nos quedamos viviendo en la casa de mi abuelita con mi mamá. Ella se puso a trabajar en casas, lavando, planchando y cocinando y siempre llegaba cansada y de mal genio.

Un día se fue de la casa, nos abandonó, se fue con unos jipis que se drogaban. No la volvimos a ver. Nosotros nos quedamos viviendo en el barrio el jardín sin lujos, pero en casa de mi abuelita teníamos todo lo que necesitábamos. Terminé la primaria en la escuela María Luisa de la Espada, los maestros eran duros conmigo porque yo era muy cansón, recochaba todo el día, en fin, yo desde pequeñito siempre hice lo que me dio la gana, lo que yo quería, tal vez por el carácter de mi papá, él también era así. Mi abuelita siempre me daba consejos, para eso sirven las abuelitas para quererlo a uno, darle doble ración de comida y darle consejos, pero ella no me podía controlar, mi conducta era igual en la casa, en la escuela y en todas partes.

Doña Amparo era una vecina que se ganaba la vida haciendo sorpresas para las fiestas infantiles. A mí no me importaban los dulces, sino los muñequitos que metían en las sorpresas. Así que

empecé a llegar de visita a esa casa a robarme los muñequitos. Yo tenía un mundo en mi pieza, pero un día mi hermanita me aventó. Me regañaron y no me volvieron a dejar entrar a esa casa y entonces la cogí con mi hermana, le metí una paliza y agarré una cuchilla de afeitar y le hice una herida en toda la espalda. De ahí para delante la encendía a patadas cada que me daba la gana, claro que el cucho, mi abuelo, me pegaba a mí también, me agarraba a correazos y yo me calmaba dos o tres días pero la volvía a prender con ella cada que me daba la gana, la agarraba de destrabe, es que me sapió ¿me entiende? y eso yo no se lo perdono a nadie, a los sapos hay que darle duro.

Yo seguía agarrado con los hijos de los vecinos, peleándome con todo el mundo y mi abuelita deme y deme consejos, que no fuera así, que no cogiera vicios, que no robara, bueno qué consejos no me daba.

Como mi libreta de la primaria salió encochinada, no me recibieron en ningún colegio para hacer el bachillerato así que me empecé a ofrecer en los talleres mecánicos como ayudante. Yo decía por ejemplo, ¡vea don fulanito, le lavo esas tuercas o le lijo esa puerta! Y ellos me decían que sí y después me pagaban cualquier peso, pero yo salía contento.

En ese tiempo había mucho vicio en el jardín, marihuana y bazuco ventiao. El parche más tenaz era el de Luis xv, un pelado que le decían así porque el man era muy afebrado por la moto 115 que estaba de moda en Buga. Yo empecé a acercarme a ese parche que era de pelados grandes y allí oía cosas sobre vueltas, drogas y delincuencia en general. Un día llegué, y Luis xv me invitó a que le diera una fumadita a un coso de marihuana, fumé, aspiré y vomité, me dio una tos la verraca, como quién dice me patió y todo el parche estaba muerto de la risa. Tenía 13 años. Me fui para la casa, dormí todo el día y la noche y me desperté con mucho dolor de cabeza. A los 8 días volvía a probar por curiosidad

y sentí rico, me sentí el putas en ese momentos, y dije “...vea pues, ya la puedo controlar”. La marihuana me daba energía y me daba mucha risa y a mí me encanta reírme, me abría la mente, me sentía muy adulto, incluso la gente me miraba diferente.

Después me metí a la vuelta de robar, por deporte porque yo no necesitaba, los grandes robaban y como yo me sentía grande también robaba. Llegué a robar tres ciclas en un día. Yo robaba en el barrio a los pelaos más pequeños; después empecé a robar para poder seguir fumando, por unos zapatos, por cualquier cosa y después empecé a salir a robar a otros barrios.

Yo me robaba una bicicleta y llegaba con el man que vendía y se cambiaba la bicicleta por marihuana, me robaba unos zapatos y los cambiaba, en fin, en el jardín no circulaba tanto la plata como cuando uno va a Olímpica y compra algo y tiene que entregar los billetes contantes y sonantes, sino que era un trueque; yo dejaba un producto que me robaba y de acuerdo al producto me tocaba tantos gramos de marihuana.

Una vez salí al centro de Buga a robar con un amigo. Cuando el dueño de la bicicleta se descuidó el man con el que iba me hizo la seña, yo arranqué a correr y me subí a la bicicleta, y hágale, pero tan de malas que se le safó la cadena y yo no me podía parar a arreglarla porque detrás de mí venían un mundo de manes gritando “cójnlo, cójnlo”. Entonces me eché la bicicleta al hombro y corra; corrí como cuatro cuadras cargando la bicicleta pero cuando desemboqué por la calle de la Galería Satélite me salieron dos patrullas. Me pusieron en cuclillas y como yo llevaba un cigarrillo grande de marihuana me obligaron a tragármelo. Me trataron muy mal y de ahí me llevaron a la penitenciaría. La mejor escuela que tuve fue ésa. Tuve un curso intensivo de tres días: allí había manes grandes y me preguntaron porque estaba ahí y yo les conté me miraban y decían: “¡uy! hermano pero usted si es muy güevón, cómo se deja coger por una bicicleta, pero no importa chino,

qué bueno que ya probó cárcel...” Y allí oí cualquier cantidad de historias sobre hurtos, asesinatos, drogas, bueno, que sería lo que yo no oí. Allí apareció mi mamá, allí la volví a ver, llegó llorando diciendo que por qué me había metido en eso, echándome cantaleta. Yo la mandé a la mierda, le dije que ella nunca se había preocupado por mí. Si mi mamá hubiera sido una puta yo la hubiera querido, no me hubiera importado, pero lo que no le perdono es que nos hubiera dejado, que no hubiera respondido. Me soltaron a los tres días porque era menor de edad.

Me quedé quieto un mes y seguí creciendo, trabajaba, bailaba, y en las rumbas todo el mundo se drogaba, eso era un desorden tenaz.

A los quince años conocí a una muchacha que tenía 17 años y que le encantaba el perico, le pedí que me diera la oportunidad del amor, porque el amor es una oportunidad y para conocerlo dependemos de otro; ella me trataba bien dulce y a mí nadie me había tratado así; yo era un loco, pero de amor nada, por eso era virgen. Le conté a un primo y me llevó donde las putas; esa noche llegué todo nervioso y mi primo me mandó con una chimba de hembra, yo era virgen pero no me iba a comer cualquier cosa, yo le dije a mi primo, me quiero comer lo más bonito que haya. Ella me metió al cuarto, e hizo todo, cuando eyaculé y vi que no me morí, salí de la pieza contento y dije, las mujeres tan lindas que son, gracias a Dios que me gustan. Empecé comprando el amor, pero después me volví el mocito de ella, y no me cobraba, pero no me enamoré, yo sabía que no me podía enamorar de una puta.

Yo lo que estaba era listo para volver con Sandra, las mujeres con perico se excitan más y uno también eyacula y sigue vivo. Con Sandra comencé a meter perico y después pepas y hasta probé solución.

Entonces me mandaron para Cali a la casa de una hermana de mi mamá dizque a rehabilitarme. Pero eso es imposible en Cali se

mete más droga que en Buga, por lo menos en el barrio San Luis que fue el barrio a donde yo llegué. Es que Cali es más grande y hay mas gente y tal vez por eso circula con más facilidad. En Cali me la pasé metiendo droga al piso, y culiando porque las peladas drogadas se lo dan a uno sin que uno se los pida tan siquiera.

Regresé a Buga y lo mismo, robando y drogándome, robaba en apartamentos, atracaba gente en la calle le quitaba bicicletas, motos, gorras, zapatillas, plata, algo con que intercambiar para el trueque por las drogas.

Ahora tengo 18 años y sólo consumo marihuana, ya no robo ni hago nada porque ya no soy menor de edad.

No tengo ningún proyecto para el futuro, nunca he pensado en el futuro, yo vivo al día, nunca me hice un plan para robar cierta cantidad de cosas para comprarme mi propia bicicleta, o un televisor y mucho menos dar la cuota para un apartamento. Siempre robé para vivir al día, bien presentado, mis buenas zapatillas Adidas, Nike, una gorra ful, unas gafas y la marihuanita.

Cuando uno se mete a robar sabe que tarde o temprano lo van a matar, por eso uno comete la acción y a disfrutar al máximo los minutos siguientes hasta que se acaba la droga y hay que volver a robar para volver a comprar y otra vez a disfrutar bacano, no hay proyecto, se vive al día, uno no piensa sino en el momento. Quizá el proyecto más a largo plazo lo tienen los pelaos que se quieren ir a trabajar con los paramilitares.

La gente de las AUC visten mejor que los guerrilleros, son unos hijueputas, a esos no me dolería darles, yo nunca he matado a nadie, sólo he herido a tres manes, pero a los de las AUC no me dolería matarlos porque esos te matan sin contemplación, matan a los que la deben, aunque yo estoy de acuerdo con que ellos hagan limpieza social, el que la cagó la tiene que pagar. En cambio los guerrilleros son una cochinateda, son gente bruta, visten mal, son gente

que no piensa, el guerrillero mata por matar, destruyen puentes que le sirven a los campesinos para salir a vender sus cosas, los guerrilleros matan hasta la tierra donde estamos viviendo.

Yo soy creyente, yo creo en Dios, aunque Dios para mí es como mi cucho, él sabe que soy pecador pero me perdona. Yo siempre me encomiendo a Dios cuando voy a salir a robar, le pido a Dios que me proteja, que me salga bien la vuelta, que no me vayan a meter preso, que no me vayan a matar cuando esté haciendo la vuelta.

Yo no voy a que me lean el tabaco ni a que me lean las cartas, Dios me libre y me proteja de eso también, porque el tabaco es una maldición; si a uno le leen el tabaco uno siempre va a estar apegado a esa persona para cada paso que dé, pero eso es hechicería son cosas del diablo. Yo creo en Dios, pero no en la Iglesia, para mí los curas son más malos que uno.

Consumidor III

Cuando apareció el consumo de drogas en Buga, yo me acuerdo que eso era una cosa que daba estatus, sopletearse una raya de coca era algo que daba caché, eso sólo lo hacía la gente de billete. Meterse una raya, no era algo marginal, consumir cocaína te generaba la sensación de ser alguien especial, pero no por el efecto de la droga en sí, sino porque la gente que la consumía era gente bien. Así que los que no teníamos billete ni apellidos rimbombantes en esta ciudad que vive de las glorias de la oligarquía castellana que vino a acabar con los indios y a traer la religión católica, es muy verraco; por eso cuando me invitaron las primeras rayas me sentí muy bien de estar compartiendo de igual a igual con gente bien. Era la experiencia de estar cruzando un círculo social que siempre miré como el gamin que aplasta la nariz en las vitrinas de los restaurantes.

El asunto mejoró cuando me invitaron a participar no en el consumo sino la distribución. Yo fui el encargado de sacar la droga bugueña por la carretera de Buenaventura hasta Panamá.

Y aquí el asunto fue más claro, porque yo como consumidor ahora en mi calidad del comerciante más que buscar la experiencia sagrada o bacana de las drogas que te hacen volar y alejarte en el viaje de este Valle de lagrimas, las drogas eran la posibilidad de vivir la experiencia de hacer realidad en la tierra la felicidad que te ofrecían en el otro mundo, sólo que con el excedente de los carros, zapatillas, gafas, fincas, billetes y mujeres, como quien dice, mucho mejor que morirte y que Dios te salga al encuentro para invitarte a sentarte a su diestra.

La cocaína fue el pasaporte de los que no éramos de apellido Cabal, Salcedo, o Rengifo, y sólo teníamos la opción de entrar a estudiar el bachillerato al Académico o al Politécnico y de ahí recortar la plata de la comida para que los cuchos te mandaran a Cali a la Universidad del Valle, si es que ganabas los diez y ocho mil exámenes y volverte un profesional; de allí venía el camello porque lo de los apellidos volvía otra vez a joder y no tenías palancas, y bueno un mundo de tiempo lagarteando un puesto y una vez allí, claro si es que habíamos superado todos los obstáculos, a agarrarte a defenderte como gato boca arriba para permanecer en el puesto hasta morirte.

Uno tenía que destinar toda la vida para disfrutar de unos pesitos de más y de cierto nombre, pero para cuando eso pasara ya estabas viejo y llevado del putas, seguramente casado una o dos veces y lleno de hijos.

8

Conclusiones

En concordancia con las premisas teóricas que han apuntalado esta investigación, como la teoría durkhemiana de la ruptura y las formas de socialización de la violencia, uno podría plantearse que Guadalajara de Buga fue una ciudad que mantuvo cierta estabilidad en el plano social gracias al equilibrio entre densidad demográfica y la estabilidad económica de la inversión agroindustrial; que la ruptura o el desajuste del orden social y el gran detonador de la violencia, como lo demostramos en este trabajo, se generó básicamente por dos circunstancias principalmente: la crisis económica que experimentó la inversión industrial en la ciudad, entre otras cosas por la negligencia municipal de invertir en infraestructura y evitar fuga de capitales en la región. La segunda circunstancia es el flujo migratorio que reconoce diferentes orígenes; el traslado de la cárcel distrital a la ciudad; los desplazamientos de población ocasionados por violencias regionales que se asentaron en la ciudad transitoriamente, pero que finalmente lograron cierto arraigo; así como los flujos migratorios en busca de las oportunidades que en materia de educación principalmente ofrece Guadalajara en su condición de ciudad intermedia.

Este tipo de circunstancias dejó en un primer momento un saldo de población desempleada y posteriormente generó el ensanchamiento de la mancha urbana con asentamientos irregulares. En esta dirección, estaban dadas todas las condiciones para el desarrollo de conductas delictivas entre la población joven que veía cerradas las posibilidades de alcanzar ni siquiera las metas-éxito que fijan sociedades como la bugueña —educación y empleo— sino el sustento mínimo.

Desde esta perspectiva teórica, existe una estrecha relación entre pobreza y delincuencia, es decir, la pobreza genera automáticamente en los sujetos conductas delictivas

Sin embargo, la experiencia ha demostrado¹ que más que la pobreza, es la desigualdad, en conjunto con otros factores sociales, culturales y psicológicos, la que genera mayor violencia. Esta distinción es importante puesto que permite entender de una manera más integral el fenómeno de la delincuencia, ya sea tradicional o emergente.

Diversos estudios han demostrado, por ejemplo, que en Colombia no existe una relación directa o exclusiva entre violencia y pobreza; de hecho entre 1973 y 1993 hubo un incremento notable de la violencia y una disminución de la pobreza; esta situación, no obstante, se explica por el fenómeno del narcotráfico, agente de desarrollo económico y detonador de una grave crisis de violencia sin precedentes en la ciudad, que aglutina, como observamos a lo largo de este trabajo, dentro de su estructura a una cantidad importante de población joven en Buga.

Todas estas circunstancias, descritas anteriormente, han sido detonantes del universo de violencia y de inseguridad que vive la sociedad bugueña, pero es también el capital social que han heredado generaciones de jóvenes cada vez con

¹ Véase sobre el particular las investigaciones que ha adelantado la CEPAL.

características más complejas, con un repertorio de valores en el marco de la ilegalidad, de la marginación, e incluso a nivel existencial con una actitud claudicante hacia futuro; los jóvenes entrevistados se asumen con cero garantías individuales, sin espacios y sólo la violencia se presenta como un camino para vivir con intesidad el presente.

Esto es lo que Puttman reconoce como la existencia de un capital social perverso en el cual las redes, contactos y asociaciones están al servicio de las actividades ilegales que, sin embargo debemos leer en varios sentidos: el capital heredado por los jóvenes ha sido de violencia institucional (en el sentido no sólo de la violencia física, sino de la falta de recursos económicos, educativos, de salud, etcétera.) y la violencia común que los jóvenes han logrado llevar al paroxismo por la emergencia de una actividad delictiva como el narcotráfico que canceló en los jóvenes las posibilidades de convertirse en agentes transformadores de su entorno, y peor aún, se convirtieron en los perpetuadores de la atroz violencia urbana que vive el país. Pero también porque la única respuesta que tiene el Estado son las campañas de limpieza social que añade de esta manera eslabones a la violencia

Así, tendríamos que adoptar estrategias epidemiológicas, es decir, identificar los factores de riesgo que desencadenan en los jóvenes un posicionamiento activo dentro del escenario de violencia urbana que vive el país, en aras de encontrar soluciones para garantizar la convivencia pacífica en las ciudades. En el caso de la pobreza urbana, generalmente se trata de desplazados con un historial de desarraigo y pérdida de identidad que, sumada a un medio receptor inhóspito, da como resultado que la violencia se convierta en estrategia de resolución de conflictos, porque eso es lo que reciben del entorno, es decir, responden agresivamente porque eso es lo que han aprendido.

La pobreza no es en sí misma un condicionante de las conductas delictivas, porque eso sería tanto como afirmar que todos los pobres son violentos; sin embargo, la pobreza es un factor de riesgo muy importante para los jóvenes, por el grado de frustración que lleva implícito.

La violencia o las conductas delictivas juveniles en Guadalajara de Buga concretamente, son el resultado de un complejo conjunto de elementos sociales y culturales: las aceleradas modificaciones en el ámbito económico y el desarrollo de nuevas necesidades económicas, así como el deterioro de la calidad de vida de grandes sectores de la población y la falta de solución a problemas de larga data como las guerras civiles, el narcotráfico, la desigualdad en la distribución del ingreso y el acceso a la tierra, en conjunto han puesto en entredicho los valores establecidos, generando trastornos en la escala valórica y moral de la población.

Parte 2

Isabel Ventura

Nosotros llegamos al Valle de huida de la violencia que gracias a Dios nunca nos tocó, ni nos rasguñó tan siquiera. Lo que pasó fue que la guerra nos alcanzó después. Cuando pensábamos que había sido un mal recuerdo, se nos metió a la casa, en el cuerpo y en el alma porque todo esto ha sido mucho sufrimiento.

I

Violencias, violencias

La Negra

El día que mataron a Melgar fue muy horrible, muy duro, sobre todo porque ese día yo había salido de mi casa, decidida a encontrarlo donde fuera porque lo iba a matar yo, con mis propias manos.

Todavía hoy en día, después de cuatro años, cada que lo recuerdo no dejo de llorar porque todavía lo adoro. Como él era tan bello, tenía 33 años y estaba en plena juventud, las mujeres lo perseguían mucho y tal vez por eso era tan perro; pero lo de nosotros era distinto, y por eso yo estaba dispuesta a defender ese amor a capa y espada. Hacía ocho años que estábamos haciendo vida juntos y habíamos pasado por experiencias muy lindas y muy duras.

La cosa fue que cuando salimos de la cárcel después de pasar cinco años en prisión, yo me regresé a vivir sola con mi familia y él se fue a vivir a con un cuñado porque mi mamá no lo aceptó más en la casa; me lo estaba odiando profundamente a raíz de la muerte de mi hermano Sebastián. No quiere

decir eso que hubiéramos terminado la relación, sólo que nos estábamos dando un tiempito para ver cómo nos volvíamos a organizar para seguir viviendo juntos. Pero fue en ese momento cuando se enredó con una pelada de Cali y yo al enterarme fui a cantarle de nuevo lo que tantas veces le había sentenciado: –Si vos no sos para mí, no sos para nadie, Melgar. Y metéte una cosa en la cabeza: el día que yo te vea con otra mujer, te juro por Dios Melgar, que te mato.

Sin embargo, yo le seguí mandando la comida al apartamento y seguí pendiente de él, de su ropa, de todo. Todavía un día antes de que lo mataran, mandé a mi hija a que le llevara el almuerzo y él me mandó a decir con la niña:

–Daniela, dígale a su mamá que no se preocupe, que yo no la cambio por nadie, ni por dos de quince, y que yo la quiero mucho.

Daniela me estaba contando eso cuando sonó el teléfono; era él, y me dijo: –Mami, gracias por el almuerzo, estaba muy rico–. Como yo no le contestaba nada me preguntó: –Negra, ¿me está oyendo? –Sí– le contesté, –Vea mami–, prosiguió él– yo la quiero mucho. ¿Oyó mami?– Entonces yo le colgué, pero sentí una alegría enorme, tuve otra vez la ilusión de estar recuperando a mi hombre y me tranquilicé después de tantos días de angustia.

Al otro día le hice el almuercito y no se lo pude mandar porque marcaba y marcaba al apartamento y no contestaba. En esas estaba cuando llegó en un taxi; era Francia, una amiga mía y me dijo: –Negra, vine para que me acompañés, para que veás donde está Melgar–. No pregunté más, me vestí y me puse bien linda, agarré lo mío y me subí con ella al taxi. Iba con el corazón que se me salía por la boca y sentía que las piernas me temblaban, pero con la seguridad de que si lo veía con otra mujer le cosería el cuerpo entero a puñaladas.

Dos veces le pregunté a Francia en el taxi: –¿en dónde están? ¿Está con la vieja ésa? Francia sólo contestaba –Esperáte y verás, cuando lleguemos yo te aviso.

El taxi volaba, pero nos detuvimos cuando llegamos a la salida de Buga, rumbo a La Magdalena, porque vimos un montón de gente en la carretera que obstaculizaba el paso, me impacienté, porque yo lo único que quería era llegar rápido al sitio donde me lo iba a encontrar; sentía que no aguantaba, una asamblea en la carretera era lo único que me faltaba y desesperada como estaba, empecé a gritar: –¡vida hijueputa! ábranse, ábranse que necesitamos pasar–. Y cuál no sería mi sorpresa cuando Francia me dice: –Negra ahí está Melgar–. Lo busqué con la mirada entre el gentío sin encontrarlo y fue entonces cuando lo vi en el suelo en un charco de sangre, abrazado a Víctor, su parcerero.

Los habían matado a los dos, a él le metieron nueve tiros y a Víctor tres. Sólo me acuerdo que me tiré del taxi y empecé a gritar como una loca; corría de un lado para otro, y me arrasaba al lado de ellos, arrancando la tierra con las uñas, sin atreverme a tocarle a mi Melgar ni un pelo tan siquiera. Lo otro que vuelvo a recordar es cuando ya estaba en la funeraria toda vestida de negro, llorando y gritando otra vez como una loca porque ya se lo iban a llevar para el cementerio. No recuerdo nada entre una cosa y otra, pero es que fue muy duro, tan dura como ha sido la vida mía en esta violencia tan hijueputa.

Isabel Ventura

Yo soy de Valparaíso, Antioquia, y me casé a los 14 años con un hombre también de Antioquia, pero de Campamento; liberal, honrado y bueno, aunque todos dicen que era demasiado severo; pero él, ante todo, ha sido muy responsable, se salió a los 16 años de su casa y no volvió nunca más porque me conoció y nos casamos allá, en la capillita de Valparaíso. Empezamos a hacer vida como agregados en la finca de un señor conservador llamado don Facundo Morales donde trabajó como un animal porque rapidito me empecé a llenar de hijos. Esa ilusión de trabajo y seguridad se acabó cuando empezó la violencia en Colombia. Como mi esposo era liberal del partido de Gaitán y no se lo negaba a nadie, porque en ese entonces no había que esconder las ideas, nos tocó salir muy rapidito por instrucciones del mismo don Facundo. Un día por la mañanítica llamó a Rogelio aparte y le dijo que se tenía que ir porque ser liberal por esas tierras se había vuelto un peligro, que se fuera para Trujillo, que allá lo estaba esperando un amigo de él y que le iba a dar trabajo. Llegamos a Trujillo, a la casa de otro señor muy honorable, con cinco de los doce hijos que tuve en total. Vimos cosas horribles, gente decapitada, masacres que terminaban enrojeciendo el río, porque el Cauca se volvió cementerio de campesinos li-

berales y de conservadores; pero a nosotros la muerte ni nos miraba; sin embargo, por miedo, un día anohecimos y no amanecimos y nos vinimos a vivir a Guadalajara de Buga, al pleno corazón de Valle y aunque la violencia duró muchos años en Colombia, aquí en Buga no pasaba nada de eso.

Compramos una casa chiquita en un terreno muy grande, mi esposo se volvió carnicero, vendía en la hacienda Las cazuelitas y en la plaza del mercado todos los días y yo puse una venta de leche en mi casa. Trabajamos honradamente, construimos una casa grande, bonita, y criamos a los hijos con mucho sacrificio, pero honradamente; les dimos estudio a los que quisieron estudiar y a los demás les enseñamos a trabajar, pero uno cría hijos, menos condiciones.

II

La Negra infancia

Yo de lo que más me acuerdo es que mi papá era muy jodido, un arriero que llegaba todos los días en un camión lleno de vacas muertas, destazadas, chorreando sangre y listas para venderlas en la galería. Con el tiempo no volví a hacer diferencia entre los ojos de las vacas sacrificadas y los de mis hermanos cuando habían hecho algo malo y mi papá los llamaba para que le rindieran cuentas. Yo no sé si lo quise, pero de esa época recuerdo palpable el miedo que todos le teníamos.

Sí, es verdad que me metieron a la escuela, pero es que a mí no me gustó, nunca me gustó el estudio. A mí me mandaban a estudiar y yo me iba supuestamente para la escuela, pero en realidad me iba para los bailaderos, cerca del río, a bailar.

Los bailaderos eran unos kioscos de guadua grandotes, con techo de paja y el piso de cemento pulido, pero con un equipo de sonido la verraquera de donde salía la música lisita y limpiecita y pues claro, esos ritmos se le metían como droga a uno en el cuerpo y ya uno no quería hacer otra cosa; vea, en la época de calor que era casi todo el año, era cuando más gente iba a bailar, aun entre semana, y se hacían unas polvaredas

dentro del kiosco bien tenaces, por eso entre tanda y tanda de discos los dueños tenían que rociar agüita para que la gente no se ahogara con ese polvo. Claro que las muchachas que se la pasaban en esos bailaderos estaban mal vistas, sólo bailaban con cualquiera que las sacara, pero en realidad no hacían más que eso, pero usted sabe cómo es la gente, aquí le quitan la honradez a una gallina.

Así estuve como dos años hasta que mi papá se dio cuenta que yo no iba a estudiar y fue dizque a sacarme de la escuela; una bobada, porque no me podían sacar de donde nunca había entrado. Pero por eso no terminé la primaria, porque me sacaron de la escuela después de que me diera una trilla horrible.

El castigo que me dio mi papá era que tenía que hacer de comer, arreglar la casa, lavar y planchar la ropa de todos mis hermanos, nueve hombres y tres mujeres. Tenía yo trece o catorce años.

Encima de tanto oficio, el maltrato de mi papá; yo era la mayor de las tres mujeres, pero mi papá era jodido sólo conmigo, yo no sé si era por mi rebeldía o por qué, pero a mí me maltrataba por todo y yo no recuerdo niñez o infancia sino pegada de un lavadero o de un fogón, trabajando como loca. Eso me fue aburriendo, para mí nunca había nada, sólo oficio y oficio todo el día. Me pegaba mi papá, mis hermanos, todo el mundo, yo era el trompo quiñador. Sin embargo, mi mamá nunca me pegaba, más bien me daba como la impresión de que sufría mucho de ver cómo me golpeaban. A raíz de todo eso me empecé a volar, me seguí yendo con mis amigos para los bailaderos y cogí el gusto por los aguardienticos, que es el único gusto que he tenido en la vida, y eso no tan de seguido.

Me volaba cuando todos estaban dormidos y me entraba por las tapias a la madrugada y él no se daba cuenta de eso.

Mi mamá era la que me alcahuiteaba porque yo le decía: –Si usted le dice a mi papá que yo me voy a bailar y a tomar, nos pega a las dos. Ella sabía muy bien lo que eso quería decir, porque él era de esos paisas que le daba a mi mamá parejo con nosotros cuando veía alguna falla, era muy jodido, entonces ella, pobrecita, de recelo de mi papá le ocultaba muchas cosas. Pero ¿cómo no me iba a volar?, si el único alivio que yo tenía eran los fines de semana que me iba a bailar y a tomarme mis tragos, pero sana, porque yo en esa época ni pensaba en tener relaciones ni nada. Ni siquiera tenía novio, porque aunque me iba con muchachos a bailar a ellos también les daba miedo que mi papá los fuera a insultar o algo. De todas maneras a los quince años tuve mi primer novio. Yo había ido a visitar un hermano que lo tenían preso en la cárcel de aquí de Buga acusado de robarse unas reses y allí lo conocí; era un cabo del batallón que había caído por robo de armamento. Se llamaba José Manuel Moncada.

Fue mi único amor de adolescencia; sólo lo visitaba los fines de semana, él me respetaba mucho porque ahí estaba mi hermano y además porque yo era una niña de 15 añitos. Tenía la ilusión de casarme con él cuando saliera de la cárcel; por eso, cuando lo trasladaron primero a Calarcá y luego a Tuluá yo lo seguí visitando, hasta que un día fui a verlo y ya le habían dado la libertad, pero se fue sin despedirse de mí. No lo volví a ver sino muchos años después, cuando yo caí por segunda vez a la cárcel.

Mientras tanto, yo vivía harta de la friega de mi papá, no nos dejaba salir ni a bailar, ni dejaba que se nos arrimara ningún amigo, y es que si a uno no le dan permiso, pues, uno se tiene que ingeniar la manera; yo he tenido que ser muy avispada, porque casi a todo lo que me he dedicado en la vida era

prohibido. Oiga, así supiera yo que corría el riesgo de que mi papá me pillara regresando, de todas maneras, yo me le iba al escondido, me levantaba en pijama y en una tulita metía la ropa y un labial, y entonces la tiraba para el patio de atrás de mi casa, que era de una de mis amigas de farra y después saltaba, me vestía y me emperifollaba en ese patio; guardaba la pijama en la tulita para cuando volviera a la madrugada.

De todas maneras me pilló muchas veces y claro, cuando me descubría me daba unas pelas increíbles, me dejaba medio muerta. Una vez hasta me dio bala porque me fui al escondido con una vecina para una finca y me estuve todo el día por allá. Cuando llegué a la casa me dio qué pela tan verraca. Yo me quedé llorando en el rincón del patio, cuando lo vi fue que salió de la pieza con revólver en mano me empieza a disparar, yo corría de un lado a otro y las balas zumbándome por todas partes.

Esa fue la gota que derramó el vaso porque después de ese día yo me dije –¡Ah! Yo no voy a seguir viviendo más en la casa, me voy a ir– y me les volé; yo ya tenía como dieciséis años y ya me fui a andareguiar. Me fui con dos amigas que eran muy jóvenes también y quienes me convidaron a que me fuera para Tuluá, que allá dizque había una casa de negocios muy buena y que allá nos rebuscábamos; entonces me fui con ellas, con Rosalba y Vicky y nos pusimos a trabajar. Me tiré a la vida, porque ya me tenía que sostener: pagar que comida, que la pieza, que mi ropa y todo lo que necesitara.

Llegamos a la casa de negocio de una vieja llamada Limbania, un viernes como a medio día. Nos presentamos y sin mucha charla la vieja nos dijo que sí, que le caíamos de perlas porque dos de sus muchachas estaban viajando. Sólo nos miraba de arriba abajo sin prestar mucha atención a todo lo que le decíamos, porque en realidad no decíamos sino un mundo de pendejadas; yo me puse a explicarle que como me había

salido tan rápido de la primaria entonces casi no sabía leer de corrido, pero que para las cuentas era muy buena, porque yo era la que despachaba en la lechería de mi mamá, bobadas mías, pero ¿qué más iba a decir?

Nos quedamos ese mismo día y convenimos en que ella nos iba a dar la comida y la dormida, pero teníamos que hacer consumir a los clientes buen trago; ya el que se quería acostar con uno, pues tenía que pagar por el reservado y uno arreglaba con el cliente el precio por la acostada, pero a ella de todas maneras había que darle un porcentaje por el polvo; ella fijaba un mínimo y ya uno veía cuánto le aumentaba, para que quedara un poquito de ganancia. Nosotras éramos muy de buenas, llegaban buenos amigos con plata y no nos ponía mucho problema por el precio. Como todas éramos muy jóvenes, la vieja nos explotaba mucho, éramos peladas inexpertas y necesitadas. Como no teníamos para dónde irnos y ese era el gran temor que teníamos todas, que nos echaran porque ¿para dónde nos íbamos a ir?, entonces hacíamos todo lo que nos decían. Yo de todas maneras trataba de no hacerme mala sangre y trataba de encontrar la manera de pasarme bien el tiempo, no era fácil porque esa vida es muy dura porque todo el que paga por estar con uno lo compra por un rato, y generalmente descuentan haciendo cochinas con uno, maltratándolo a uno, insultándolo.

La manera que yo tenía para no sentirme tan mal era tratando de hacerme amigos; así conocí gente muy jodida pero también conocí gente querida. De esa época recuerdo a un amigo, Gabo Narváez, que era muy loco; ahora es un mafioso, un duro, con él tomábamos bastante trago y Vicky empezó a meter cocaína, se volvió muy viciosa la peladita. A ella le fascinaba meter vicio con ellos y ahora pienso que tal vez era la forma de ella de participar en las jodas y las orgías que Gabo organizaba.

Allí permanecimos como un año, vendidas todo el día y todos los días, pero después yo me abrí y me conseguí un apartamentico en Buga. Me venía de allá los lunes y martes a descansar porque, pues, todas las noches trasnochando y funcionando con eso de los polvos era muy agotador. Me conseguí el apartamentico para pasar dos días. El resto de la semana dejaba ahí a unos amigos míos que eran muy marañosos, pero que me cuidaban las cositas los días que yo estaba trabajando en Tuluá.

No duró mucho tiempo la amistad, porque yo ya llegaba de Tuluá y los vecinos me tenían un mundo de quejas: que el apartamento se había vuelto un metedero de vicio y de rumba y que no dejaban dormir y que además esos muchachos drogados eran un peligro. Yo no hacía mucho caso, yo sabía que ellos metían su marihuana pero de ahí no pasaba, porque ellos no tenían plata para comprar otra cosa; el más embalado era Flavio y metía pepas, diasepanes, y se quedaba como una güeva mirando para un solo punto; hombre ¿qué peligroso iba a ser ese pobre güevón?

Pero yo era la que me andaba meando fuera del mate porque yo no sabía que los muchachos habían empezado a meter bazuco y eso se volvió un agite el hijueputa porque yo me iba y los dejaba instalados y cuando regresaba me habían empeñado las cosas. Les pegaba unas hijeputeadas las verracas, porque lo primero que tenía que hacer llegando al apartamento era ir a sacar de la peña la licuadora, la plancha. Entonces me aburrí porque en realidad ellos no me cuidaban nada porque yo trabajaba mucho para hacerme de mis cositas y apenas yo volteaba para Tuluá ellos volvían y las empeñaban para poder comprar su vicio.

Se me volvió un problema y un gastadero de plata tenaz, porque la gente que empieza a meter bazuco no respeta nada, se vuelve una piltrafa por el vicio, puro desecho.

Pero yo no era capaz de echarlos, ellos eran mi compañía y mal que mal me cuidaban aunque fuera la cama, y yo necesitaba un lugar que a lo último no era tanto para descansar sino para reponerme porque me enfermaba mucho, aparte de que por esa época había tenido varios abortos, empecé a sufrir de inflamaciones en los ovarios, en la uretra, unas cistitis espantosa; muchas veces llegaba orinando sangre, sin poderme ni parar tan siquiera y a veces ni quien me pasara un vaso de agua a la cama.

De todas maneras, yo seguía viajando a Tuluá, aunque cada vez estaba más enferma de tanto prostituirme. Una vez llegaron unos mafiosos de Pereira y nos estuvimos como tres días con ellos, eran amigos que ya conocíamos pero esa vez llegaron con un hombre que era muy enfermo; me acuerdo que nos invitó a tomar y a bailar, y cuando llegamos nuevamente a la casa de negocios, dijo que quería estar conmigo y con dos peladas más; se encerró con nosotros y poseído por la droga como estaba no se le bajaba la erección y no paraba y no paraba de penetrarnos, a mí sobre todo, y de repente sacó un palo que tenía la forma de un pene y nos obligó a tener relaciones con ese palo también y a hacerle cosas a él también con ese palo.

De allí salí destrozada, mucho más enferma, cansada y aburrida de tanto funcionar con eso y mala, mala de la uretra. Esa fue una época muy dura, pasé mucho tiempo viviendo en esas casas de negocios y luchando para ganarme cualquier cosa y para poder sobrevivir.

Afortunadamente por esa época conocí a William Vidal, el papá de mis dos hijos. Un estudiante brillante, del último año de bachillerato, de buena familia y muy noble el pelao.

Cuando me fue a visitar y vio que yo estaba tan enferma, me empezó a decir que mirara esa vida que yo llevaba, que por qué no me salía de esas casas de negocio, que mirara que eso no

me servía de nada, que dejara de seguir metiendo a los amigos viciosos a la casa porque no hacían sino robarme, y que además con esas amistades me boleteaba más con los vecinos. Y verdad, que cuando me dijo que por qué no nos cuadrábamos que él me quería ayudar, me sentí la mujer más feliz de la vida.

A los pocos días nos pusimos a vivir y allí empezamos con el negocio de la venta de droga.

Isabel Ventura

Mi esposo no se enfermó nunca de nada, pero una vez una vaca le pegó una patada en la cabeza y desde allí empezó a perder poco a poco la memoria, hasta que se convirtió casi en un niño; había que darle de comer, porque se ponía a jugar con la comida, también tuvimos que ponerle pañal para que hiciera sus necesidades sin ensuciar la casa. Se la pasaba sentadito en un asiento en el jardín, meciendo una pierna como para amortiguar el calor y la ansiedad que no le daba sosiego. No hablaba más que para pedir un camión que lo llevara para Buga; era una letanía muy aburridora, por eso las muchachas le gritaban cuando se ponía muy cansón: ¡pero cómo que lo lleve para Buga si estamos en Buga! Un día después de esta respuesta se quedó pensativo y como a la hora dijo: es que allá no hay violencia, y un rato más tarde continuó: la violencia la desataron los políticos, no la gente.

Y me quedé pensando hasta el día de hoy. La violencia la desataron en Colombia los políticos liberales y conservadores, pero todos los campesinos confundidos salieron en tropel, a pelear por lo que no era de ellos, y se mataron unos a otros. Esa fue una humillación muy horrible cuando se dieron cuenta y vieron que en el camino habían perdido los

animales, la tierrita y hasta el orgullo por la vergüenza de haberse dejado confundir.

Por eso cuando terminó la violencia, la gente ya no volvió a creer en los políticos y más bien se pusieron a tratar de vivir la vida sin prestarles atención, haciendo su propia ley y rebuscándose la plata, haciendo sus negocios para salir de pobres. Pero la ley de ellos se juntó con la de los políticos y se vino la violencia otra vez contra la gente.

III

Una nueva vida: *el oficio de jíbara*

La familia de William era una de esas familias netamente bugueñas, de esas que se sienten bajadas directamente del culo de Júpiter. No tenían plata, pero hay que reconocer que eran de buen vivir: de padres católicos y esmerados por darle estudio a los hijos. Por eso cuando William se vino a vivir conmigo, vea ¡casi se mueren hasta los que ya estaban muertos!

William estudiaba en el colegio de los franciscanos y tenía un compañero que vivía cerca de donde yo tenía el apartamento de descanso; venía todas las tardes a estudiar con Miguel y después los dos se turnaban para jugar ajedrez con el papito de Miguel. ¡Quién sabe cómo William empezó a hacer amistad con los marañosos amigos míos! Pero lo cierto es que después de hacer las tareas ya no jugaba ajedrez con el papito de Miguel, sino que se salía y se parchaba a conversar con ellos en el andén. Allí supo que el apartamento era mío, y le nació el interés por conocerme, porque le dijeron que yo era una pelada bacana, y que estaba muy buena; que trabajaba en Tuluá y que ganaba mucha plata. Así fue como un día les comentó a los pelados: “a mí me gustaría conocer a la Negra Valentina”.

Tenía él como unos diecisiete años cuando lo conocí y me encantó el modito que tenía de hablar, de analizar las cosas, pero tampoco le puse mucho cuidado porque en ese tiempo era que yo trabajaba en Tuluá en esas casas de negocio. Para mí William no era sino un sardino bacano, y ni siquiera me pasó por la cabeza tener algo con él, entre otras cosas porque aunque yo sólo le llevaba cinco años, teníamos una diferencia de experiencias como de aquí a la Luna.

Por eso cuando un año después yo me puse tan enferma, y él llegó a contentarme y a mimarme, sentí que Dios por fin se había acordado de mí.

Rapidito nos fuimos a vivir a una piecita en la casa de una amiga de mi mamá, sacábamos para comer de los ahorritos que yo tenía y nos alcanzaba hasta para salir los domingos al parque Santa Barbara a comer cremas. Esa era toda mi felicidad, manchada a veces porque la familia de él venía a molestar y hacer escándalos.

Un día llegaron en un carro y lo mandaron a llamar, y como él no salía, el papá le empezó a gritar: —¡Gran pendejo, es que no te das cuenta que esa puta te tiene embrujado!

Así estuvimos como un año hasta que quedé embarazada de mi primer niño, Adriancito. Se nos comenzó a complicar la vida, sin plata y con muchas necesidades; afortunadamente mi hermana menor, Adela, que se había casado hacía unos cuantos meses, nos invitó a vivir con ella porque el marido, por cuestiones del trabajo, se la pasaba casi toda la semana en Cali.

Cuando Adelaida se casó, tenía diecisiete años, pero todavía tomaba tetero. Se iba a escondidas a tomarse el tetero en la cocina mientras mi mamá le montaba guardia para que no la pillara el marido, que dizque porque le daba pena. Era llena de gallos y toda insegura porque mi mamá y mi papá la cuidaban

como si fuera hija única; fue a la única que mimaron y, tal vez, a la única que en realidad quisieron.

Con ella, William y yo resolvimos el problema de la casa, pero no teníamos plata para ayudar con lo de la comida y andábamos de arriba para abajo buscando qué hacer. En una de esas andadas fue que me encontré con una amiga, María Eugenia, en el LEY, un almacén de por allá en el centro, y me dijo que le fuera a ayudar a empacar una mercancía que tenía por allá en el barrio El Divino Maestro. Cuál no sería mi sorpresa cuando voy llegando a una casa que tenía como un sótano y allí cocinaban droga.

Ese día me puso a macerar las hojas de coca y me pagó la jornada. A la salida por la noche me comentó que ella necesitaba quién le ayudara pero de seguido, entonces yo le dije que yo podía, pero sólo si me aceptaba con el pelado con el que yo vivía. Ella sólo me contestó que no tenía problema siempre y cuando él fuera de confianza.

María Eugenia le enseñó a William la cocina de la coca, que es pura química, y como él era tan inteligente aprendió muy rápido.

En quince días que estuvimos allá aprendió de sobra el oficio y ya no volvimos porque nos abrimos y empezamos a trabajar por nuestra cuenta; era el año de 1978 y me acuerdo porque por esas épocas fue que salió Travolta y los Bee Gees, y ya en las fiestas los muchachos no querían salsa sino bailar y oír esa maricada.

William se volvió químico, pero necesitábamos la materia prima, la hoja de coca. Para conseguirla nos íbamos por allá por el lago Caquetá a comprarla, porque esos palos estaban sembrados allá para nada, sólo para hacer sombra porque eso no se utilizaba para nada, es que por allá la coca no tenía oficio ni beneficio. Arrimábamos a todas las fincas, a todos

los jardines y comprábamos las hojas y las íbamos metiendo en unos costales. Era un trabajo duro porque sólo íbamos nosotros dos y un amigo, Ricardo, a arrancar las hojas. Yo con una barriga la verraca y así me subía a esos palos y hágale, los dejábamos peladitos y nos traíamos los bultos para la casa. Allí, él procesaba todas esas hojas y sacábamos poquito y empezamos a vender. Así comenzamos una nueva vida.

Adriancito nació para completar mi felicidad. William se había organizado a trabajar de químico, con unos tipos duros que traían la pasta de por allá del Putumayo, y yo, por mi parte, empecé a jibarar en serio.

A mí me entregaban la mercancía en bloque, entonces yo ya la sacaba del bloque, la estiraba con base en un vidrio grande y comenzaba a papeletear, me sacaba todo lo que era el valor de la mercancía, que eran como 250 mil pesos en ese tiempo y la hacía rendir para ganarme lo mío. Diga usted, yo le sacaba el doble y toda, esa ganancia era mía. Yo me volví loca con esa plata, porque yo no estaba enseñada a ver tanta plata junta y menos en tan poquito tiempo.

Hicimos buena plata y en menos de un año me compré una casa lindísima a una cuadra de la casa de mi papá.

Entonces yo volví a entrar a la casa de mi mamá con plata, buena ropa, enjoyada, con mis buenas bambas de oro y ya podía invitar a mis hermanas y a mis sobrinos a comer, y les gastaba en lo que querían.

Mi casa era una belleza, y comencé también a comprar vainas para la casa de mi mamá, que lámparas, que cortinas nuevas, equipo de sonido, que una cosa y otra, bueno, ¡qué sería lo que no compraba! Además, aunque mis padres siempre fueron muy amplios

y jamás faltó la comida, porque lo único que hicieron fue darnos comida como a marranos, de todas maneras y empecé a colaborar para aumentar lo que de por sí había en abundancia, porque eso me hacía ganar el respeto de todos en mi casa; mi papá no se volvió a meter conmigo y el niño mío se volvió la adoración de todos.

Pero no hay felicidad completa: yo me hice a una línea la verraquera, vendía bazuco y coca de primera calidad, por eso crecí muy rápido, era la jíbara que más vendía en Buga, vendía esa mercancía como si fuera pan caliente de día y de noche. Al principio yo misma atendía, pero Adriancito estaba bebé, necesitaba mucho cuidado, y además, yo no quería dejárselo encargado a nadie porque era mi adoración. Por eso tuve que contratar muchachos para que me atendieran la venta; eran cuatro para atender las veinticuatro horas del día.

Pero con los drogadictos empezaron a llegar los tombo que son el azote de cualquier negocio. A partir de entonces, como cuando era puta, empecé a trabajar sirviendo a hombres.

IV

El impuesto y la distribución

Lucio Rengifo es ahora uno de los mafiosos más perseguidos y más buscados, un extraditabile que hace apenas unos meses estaba jugando fútbol en pleno estadio y le avisaron que venía la policía y logró escaparse como tantas otras veces. ¿Cómo se explica uno eso? Hay que tener en cuenta que cuando Lucio pide el estadio se lo prestan y lo cierran, nadie más puede entrar.

Nosotros conocimos al viejo Lucio Rengifo y a la esposa Bethy Cifuentes porque eran vecinos de nosotros, vivían en la 49 con 4 y además mi mamá les vendía la leche. Nos criamos juntos y con los hijos de ellos, Lucio y Walther, nos iniciamos en la venta de bazuco en el barrio de nosotros, que era un barrio residencial, estrato tres.

En el año 80 sólo habían cuatro líneas para este lado, la de Paco Peña y Reynaldo Tabares que vendían hacia el Molino, rumbo a la Macarena, y la de Lucio y yo que controlábamos el Centro desde la calle 38 y la 9 y el rumbo del Carmelo; aunque estaban también los de la Cueva, pero allá era distinto, eso era una olla brava.

Esa época era muy bonita, porque éramos un combo que respetaba el territorio de cada quien, no había egoísmo de ninguna clase.

Todos vendíamos bazuco y al mismo precio, pero yo empecé a hacerles competencia pero limpiamente, regalaba en la compra de un coso, el ripio de la mariguana y además regalaba el cuerito para formar el cigarrillo; me volví la reina y formé una línea muy buena, era la que más vendía y además como William la procesaba, era mercancía de muy buena calidad, y todos los viciosos decían lo mismo: que la mejor mercancía era la mía. Mi línea tenía muy buena fama y se corrió la voz, ¿que dónde conseguiste esa merca tan buena? No, pues que donde la Negra Valentina y ya venían de muchas partes a comprarme a mí. Yo me volví una mujer conocida y le surtía en esa época a gran parte de los pelados de aquí de Buga y mucha gente ya venía de Cali y de Tuluá.

Pero eso no me enemistó con ellos, al contrario, porque a ellos también les iba bien, la competencia los impulsó a abrirse a otros mercados, ellos eran solidarios conmigo porque ellos sabían que yo era una mujer sola y con mucha necesidad: –Negra, por nosotros no se preocupe que nosotros sabemos que usted es verraca y es seria– me decían.

Todos ellos consiguieron mucha plata, ahora están por lo alto, exportan y yo en cambio con todo el ingenio que puse en ese negocio, tanto trabajo y tanto esfuerzo, para mí no hubo sino cana, porque toda la plata que conseguí fue para pagar impuestos. Para mí esa plata era como maldita, peso que entraba, era peso que salía; pero en eso tuvo mucho que ver el agite de los tombos, eso se me volvió a mí como una llaga.

Todos pagábamos impuestos a la policía porque mi fama creció entre los viciosos pero también entre los tombos. Ellos

sabían que yo tenía una línea la verraquera, grande, buena y por eso yo ya no volvía a trabajar sino para ellos. Llegaban del F2, del DAS, los de la SIJIN y hacían colas igual que los bazuqueros a cobrar su impuesto.

Yo no tenía quién me defendiera, pero era muy grosera, de muy mala clase y ellos veían que yo me achantaba, que yo no les comía de nada porque sabía que con plata se arreglaba todo.

Al principio llegaban en quincena y luego cada ocho días y después cuando les daba la puta gana, hasta dos y tres veces al día. Entonces un día me emputé y no le volví a dar plata a ninguno; entonces ya me llamaron, me pusieron una cita y pasaron por mí, “que vamos a dar una vuelta” me dijeron, y en la radiopatrulla me entrevisté con tombo de las diferentes dependencias de la policía de Buga. De una me frentearon:

-Entonces qué ¿cómo vamos a cuadrar?- me dijeron.

-¿A cuadrar qué?- les contesté, porque yo era muy jodida

-Cómo que qué, no te hagás la güevona- eran unos hijueputas.

Entonces cuadramos y yo les dije que no les volvía a dar plata entre semana y quedamos que cada ocho días. No tenía más remedio que darles plata para que me dejaran trabajar.

Yo puse mi línea en el mismo barrio donde me crié y donde todo el mundo me conocía porque me sentía más segura, pero el problema fue que los viciosos que llegaban de los otros barrios empezaron a robar aquí y me eché los vecinos de enemigos.

El bazuco es un veneno mortal, hay muchachos que se vuelven adictos en 5 meses y se vuleven unos sopletes los hijueputas y sólo quieren estar fumando y fumando, ya no pueden hacer otra cosa, por eso empiezan a robar y atracar y luego venden las cosas para poder seguir comprando su vicio.

Esa situación me abrió a negocios sanos porque los pelados llegaban a llorarme:

-Negrita recibíme esta bicicleta, este reloj, anillos, lámparas finas, zapatillas.

Ya ni siquiera vendían las cosas, sino que venían a que yo se las cambiara por vicio y después yo tenía que andar realizando esa mercancía por otro lado, tenía que tener liquidez para pagar la mercancía y para pagarle a los tombo.

Entonces la gente me empezó a aventar y llamaban a los noticieros y en vivo decían que en la octava con quinta hay un jibariadero, que el barrio se estaba volviendo peligroso por los viciosos; pero también denunciaban la corrupción de la policía y decían que ellos acolitaban esos negocios porque los jíbaros les pagaban impuestos.

Eso era verdad porque a cambio del impuesto ellos me dejaban trabajar, no me espantaban la clientela y me avisaban cuando me iban a hacer algún allanamiento:

-Negra, pilas que vienen agentes de Cali a hacer un allanamiento.

Entonces yo me ponía pilas a descargarme y cuando llegaban los tombo no me encontraban nada, pero esos favores aumentaban el impuesto.

Esa cansadera de ellos, ese agite con los impuestos me obligaba a mí a vender más y entre más vendía más me agitaban y a veces lograba transar con unos y me enemistaba con otros y me hacían allanamientos y atentados si no les daba más plata.

Yo había logrado hacerme a una buena planta de trabajadores, que es difícil porque no falta quién se entusiasme de ver tanta plata y les da por robarlo a uno, o los que les da por soplarse la mercancía buena y la que queda la rebajan, entonces el negocio pierde calidad. Pero una vez para tiempo de

Ferías resulta que los muchachos se enrumbaron y no fueron a trabajar, entonces me tocó trabajar como 48 horas de seguido porque en época de fiestas se vende más y yo en mi ansiedad de conseguir algo no podía desaprovechar esos tiempos, pero yo parecía sonámbula del cansancio que tenía y no lograba encontrar quién me vendiera. A la tercera noche, por fin me conseguí a Nicolás, un pelado estudiante, sano y le dije: –Nicolás, papi, ¿usted por qué no me colabora en el turno de la noche?, que yo le recompensó—. Yo terminé el día contando las horas para irme a la casa a dormir.

Durante el día uno puede asomarse por la ventana o abrir la puerta, pero de noche uno abre sólo la ventanita que está incrustada en la puerta; por ahí sólo cabe la mano para recoger la mercancía y recibir la plata; entonces esa noche los tombo que me habían estado pistiando creyeron que yo iba a volver a trasnochar y cayeron al negocio, tocaron a la ventanita y cuál no sería la sorpresa de los dos: Nicolás abre y en vez de plata ve a un tombo apuntándole con un fierro, a punto de dispararle. El tombo ve que no soy yo, entonces saca el arma y sale corriendo. En ese momento Nicolás empezó a gritar. -Negra, Negra, salga que me van a matar, me van a matar. Entonces yo salí a la puerta y el pobre pelado, sano, estaba pálido, muerto del susto.

A todo el frente vivía una amiga en una casa con unos ventanales grandes y ella, claro, vio toda la película: vio cuando llegó el carro amarillo de los tombo y lo estacionaron abajito de la casa; uno de los tombo se bajó con el arma en la mano y se fue caminando, tocó a la ventanita y apuntó esperando a que le abrieran. Cuando ella vio todo eso, pensó “¡juy van a matar a la Negra!” Porque ella también me había visto trasnochando y se sorprende mucho cuando ve que el tombo en lugar de disparar, baja el arma y sale corriendo y se sube al carro. Pero

entendió la acción cuando instantes después ve salir a Nicolás gritando cagado de miedo.

Esa noche después de oír todo, yo le pagué al pelado y le dije que no siguiera vendiendo esa noche y me tocó esperar al otro día, que llegaran mis trabajadores.

Pero yo decía, ¿pero porqué me quieren matar si yo no les he hecho nada y yo les pago cumplidamente? No me parecía justo, por eso yo después de esos episodios salía a frentearlos y les decía que cuál era el problema, que me dejaran trabajar y que no me perjudicaran y siempre terminábamos poniéndonos de acuerdo, ya me decían "tranquila Negra" y volvíamos a cuadrarnos, pero después los presionaban por el aumento de la drogadicción, por la inseguridad de la ciudad o por cualquier otra cosa y volvían y me caían a mí sin respetar los acuerdos.

Las llamadas de los sapos a los noticieros eran veneno mortal para mí porque los tombos me montaban cacería como si no me conocieran o todo fuera nuevo para ellos: una vez llegó un amigo a la casa y me dijo: "¡uy! pilas hermana que yo por ahí oí el cuento de que la van a matar". Yo les dije ¿pero por qué? "No negra lo que pasa es dizque porque está usted vendiendo mucho y que hay que ver esas colas y eso perjudica a la ley. Los avisos son a toda hora en la emisora Voces de Occidente: que hay una venta que hay en la calle 8 entre 5 y 6 y que los tombos llegan a pedir la platica." Entonces yo viendo el peligro me quedé quieta unos días, no pude volver a vender hasta que conseguí para dónde mudarme e inicié la venta ambulante y a domicilio.

Me conseguí varios pelados que salían en bicicleta a repartir y cuando los viciosos llegaban entonces yo salía y les decía duro, para que la gente me oyera, que yo ya no estaba vendiendo, pero a los viciosos les decía pasitico por donde andaba mi repartidor.

Teníamos que ingeniarnos la manera para que los tombos no nos fueran a pillar, entonces me inventé lo de la pepa de mango: le sacábamos la pepa a los mangos, la abríamos por la parte ovalada y las poníamos a secar, y después le cargábamos con papeletas de uno o dos gramos. Entonces cuando el vicioso se acercaba, el repartidor le recibía la plata y más adelantico tiraba la pepa y el vicioso la recogía.

También me inventé lo de las tapas de gaseosa, metíamos la chuspita bien dobladita dentro de la tapa y después con un alicate doblábamos la tapita.

Pero de todas maneras ellos se la pillaban porque seguían a los viciosos y ya se daban cuenta.

Una vez salí a ponerle cuidado a mis repartidores y me quedé con ellos que tenían mercancía por las orillas del andén y nos quedamos en la esquina recibiendo la plata y diciéndole a los compradores cuál tapita o pepa tenían que recoger; entonces en una de esas viene otro de mis trabajadores en bicicleta y me grita -Negra ¡pilas que vienen haciendo barrida!- Y cuál no sería mi sorpresa que voy viendo un tanque de la policía de los que tienen unas escobas por debajo y se alzaron toda esa mercancía; esa vez perdí bastantica mercancía. Es verdad que uno se las ingeniaba, pero ellos siempre estaban pilas y también se las ingeniaban.

Ahora ya nadie vende en la propia casa, a menos que sea una olla como la Cueva, donde incluso te dejan entrar a fumar el coso, ahora te cuento eso. De restó ahora todo es a domicilio, por teléfono, pero nosotros inventamos la venta ambulante, para evadir los impuestos. Pero esa manera de venta a domicilio era mucho más arriesgada; volví y monté el negocio fijo y seguí pagando impuesto, aunque seguí llevando algunos domicilios personalmente.

Una tardecita, como a las seis y pico, venía de hacer una vuelta y me alcanza uno de los trabajadores y me dice: –Negra, adivine quién está tocando en su puerta y con un fierro en la mano–. Yo me sorprendí, porque ellos siempre me habían caído al negocio, ellos no me agitaban en mi departamento, por eso le pregunté extrañada: –¿quién? –Boleta Negra–, me contestó el pelado. Ahí mismo me contaron que era un tomo de aquí de Buga que hacía limpieza social, que mataba a la gente sin compasión

Resulta que cuando yo recién comencé mi negocio, montaron una oficina del F2 y dos de los más hijueputas que trabajaban allí eran uno que le decían el Costeño y el otro era Boleta Negra. Yo había oído hablar del Costeño, pero no tenía ni idea del otro. Ellos empezaron a oír hablar de mí porque, como le cuento, yo le pagaba a los tomos de todas las oficinas de la Ley, pero con esos dos nunca había tenido trato, por eso ni los conocía ni me conocían.

Entonces un día me mandó a llamar el Costeño y me dijo –a mí me han contado que usted es una mujer seria con la que se puede hacer negocios; yo tengo una mercancía y yo quiero que usted me la mueva, yo le doy buen precio–. Le dije –Claro, cuente conmigo, que yo soy seria y conmigo no va a tener problemas–. A partir de ese momento nació entre nosotros una buena amistad. Él era el encargado de hacer allanamientos a laboratorios más o menos duros y él no entregaba a la Fiscalía la cocaína que decomisaba, se la robaba y con eso se hacía también su platica. De hecho se convirtió en el que más me surtía, yo le moví durante mucho tiempo tres o cuatro kilos mensuales.

En cambio de Boleta Negra ni había oído hablar, ni me conocía ni lo conocía y no sé cuando le empezó el hambre tan verraca que me tenía, empezó a perseguirme para matarme y yo sin saber porqué; me salvé por un pelo, porque ese día

que estuvo tocando en mi puerta, si yo no encuentro quién me avise, me hubiera quebrado sin ninguna compasión. Me dio tanto miedo las cosas que me contaban de él que me fui de huida como tres meses a Medellín.

Sin embargo, como cosas de mi Dios, antes de que lo mataran tuve la oportunidad de verlo cara a cara. Resulta que yo tenía un amigo que había sido del DAS de aquí de Buga, y como él en ese puesto había conseguido tanta plata, ya se había retirado; entonces había contratado a Boleta Negra que era del F2 para que trabajara con él de guardaespaldas.

Mi amigo me quería mucho y un día me mandó a llamar y me dijo que nos viéramos en Cali para proponerme un negocio. Nos vimos en la oficina de él por allá en el barrio San Nicolás y estábamos conversando, cuando de repente se para y se asoma a una oficinita y dice: –Vení Boleta Negra, vení, te presento a la Negra Valentina– Yo ahí mismo pensé que era una trampa, casi me muero del susto cuando lo voy viendo salir: era un negro grandote y horrible de feo. Él se quedó mirándome y mi amigo le preguntó: –¿Por qué es que vos has perseguido tanto a la negra pa' matarla? ¿Por qué es que le tenés tanta hambre, si la Negra es buena gente, una mujer luchadora y camelladora? Ella no le ha hecho mal a nadie–. Él se quedó mirándome y mirándome, y no dijo una palabra y nunca supe por que me persiguió tanto, porque a los días le pegaron una matada horrible en Cali. El tipo era muy ajisero, muy cansón y quién sabe qué negocio mal hecho hizo en Cali y allá lo mataron. Gracias a Dios y a mi ángel de la guarda que ha sido tan bueno conmigo, porque con eso se me acabó ese enemigo a mí.

V

El ciclista Pablo Camacho

Colombia es un país muy bacano, pero uno aquí no tiene oportunidades, todos los políticos son unos corruptos y no trabajan más que para los ricos, a los demás les dan por la cabeza tiro por viaje. Pero uno tiene que subsistir y rebuscarse la vida. Aquí ni a la gente que ha sacado la cara por el país la recompensan ni nada, como el caso de Pablo Camacho, el ciclista del Valle que nunca se ganó una competencia, pero que hacía muchos esfuerzos personales por coronar, y nada, porque nadie lo patrocinó. Lo llamaban con un apodo horrible, La Ñapa, pero la gente de verlo hacer tanto esfuerzo empezó a decirle Ñapita con mucho cariño, cuando los locutores hablaban de él en las transmisiones de la vuelta a Colombia en bicicleta, todos en mi casa se retorcían los dedos y sufrían con Pablito Camacho y al final todos sufrían la derrota. Ya era un tipo viejo cuando me hice amiga de él, las penas nos hicieron grandes amigos. William estaba perdido en la droga y yo me había quedado sola al frente del negocio. Yo estaba embarazada y a él lo había abandonado la mujer. Lo dejó solo con el hijo, Eduardito, que tenía como siete años.

Como Pablo no tenía plata, ni medallas, ni para dónde irse, entonces yo viéndolo en esa situación le dije: –Ñapita, pues váyase a vivir a mi casa, yo le doy una piecita y se lleva a Eduardito, yo le doy la comida y le doy todo lo que usted necesite, y me ayuda.

Él aceptó mi ofrecimiento y se fue a vivir conmigo a la casa, y casi no me ayudaba a vender, pero comenzó a llevarme la contabilidad y me puso todo en orden y ya no era ese descontrol de platas que entraban y salían; ya me rendían más los pesos, él me organizó muy bien.

Pero la de malas, un día me salí a la puerta a charlar con dos amigos, Juan charrasqueado y otro que le decían la Polvorita, me estaban mamando gallo por la barrigota que eché de Daniela, cuando me dice Polvorita: –ve, ahí viene la radiopatrulla, sacá la plata para que no se vayan a demorar–. Entonces yo entro y saco la plata: los 500 pesos del impuesto; y me quedé esperando a que arrimaran, pero ellos pasaron y pararon adelantico de mi casa; entonces yo cerré la puerta y me fui caminando a alcanzarlos y de una le dije al tomo estirándole la plata: “mira el impuesto” y yo que digo así, y ahí mismo me agarra la mano un comandante que yo no conocía y me dijo: –usted por qué me pasa esta plata, ¿es qué la autoridad viene a cobrarle algo a usted?–. Entonces a mí me dio mucho susto porque me di cuenta que la había cagado, y le dije: –No, lo que pasa es que... Ni supe qué fue lo que le contesté del susto tan tenaz; entonces él me dijo: –hágame el favor, dígame ¿dónde vive usted?– Pero como yo ya había cerrado la puerta, entonces le señalé donde vivía y él me dijo: “hágame el favor y me abre la puerta que yo voy a entrar a ver qué es lo que usted tiene en su casa–. Yo le contesté: –¡ay, qué pena! Pero es que cómo le parece que se me cerró la puerta y se me quedaron las llaves adentro.

Rápido el toambo tocó enseguida de la casa y pidió permiso para pasarse por la tapia, y a mí me hizo subir en una escalera por una pared altísima, sin importarle que yo estaba en avanzado estado de embarazo. Pero yo estaba confiada porque desde la calle había empezado a hablar durísimo y cuando estaba subiendo la escalera casi gritaba para que Pablo Camacho se diera cuenta que había llegado la policía y pudiera esconder la mercancía.

Pero cuál no sería el asombro mío cuando me bajaron y entramos a la casa, y voy viendo a Pablo Camacho sentado al pie de toda la bomba, la mariguana, el bazuco y todo, ¡el muy bobo no había sido capaz de esconder nada!

Entonces cuando el comandante entró y lo vio, lo primero que dijo fue: –Ñapita, usted ¿qué está haciendo en este jibariadero? Qué pena, ¡yo soy su admirador número uno!

Y el marica de Ñapita va contestando: –No pues, es que ella me está colaborando y yo le ayudo porque mire el estado en que ella está.

El toambo sentó en la cama y nos contó que había venido de Cali en comisión para hacer barrida en todas las ollas y a decomisar mercancía.

Entonces yo le dije:

–Por favor comandante, no me vaya a perjudicar, mire el estado en el que estoy y no se me vaya a llevar al viejito que él es el único que me colabora.

–ero, entonces cómo vamos a cuadrar esto, tenga en cuenta que yo soy un admirador de Ñapita y no lo voy a bolear, ¿cuánto me da y les salvamos el honor a los de Valle que son tan creídos?

Le doy todo lo que tengo aquí, le contesté, y abrí el armario y cogí una manotada de plata.

–¿Todo eso es para mí?

–Absolutamente todo, le dije. Yo no sabía ni cuánta plata le había entregado, pero debió ser mucha porque el tipo se enorguló y se puso a contar toda esa plata. Entonces ya me asustó verlo tan feliz contando y contando y por eso le advertí:

–Pero pilas, no se me vaya a llevar la mercancía porque yo no tengo más con qué responder.

–Tranquila, –me dijo el hijueputa–, no pasa nada mijita, tranquila, que yo ahora salgo con disimulo–. Entonces cogió una chuspa grande y la llenó de periódicos para hacer visaje delante de la puerta donde ya se habían arremolinado los vecinos. Entonces ya salió, se subió a su radiopatrulla y se fue, no nos hizo nada.

Al otro día ya pasado el susto y sólo con la piedra que tenía, le decía a Pablo Camacho:

–Vos sí sos güevón, ¿cómo es que oyéndome que yo estoy ahí con los tombo no encaetaste la mercancía para que nos pillaran nada?

–No, a mí me dio mucho susto, y yo no fui capaz de pararme de donde estaba sentado...

–No, mucho hijueputa viejo tan pendejo, ¿cómo es que me dejás pillar con todo eso?

Pero lo tenaz fue cuando a la semana a cual más de los jíbaros me decía: “Negra, ¿a vos también te cogieron? No, pues que sí”, y a todos les contaba lo que había pasado. No, ese hijueputa es un vivo, no vino sino a recoger plata. Entonces ya me fui y abracé a Pablito y empecé a mamarle gallo porque no se lo habían llevado: de algo tenía que servir la fama. Pero lo abrí del negocio porque él no servía para eso.

VI

Fumar y nada más

El trabajo de la cocina es complicado, porque cuando procesan en grandes cantidades, llevan los químicos a los laboratorios. Los encierran durante muchos días, respirando esos tóxicos con los que se procesa la cocaína, sobre todo el thinner, el kerosene y la gasolina, hasta que terminan el trabajo. Además solos, alejados de la casa y expuestos a un agite tan tremendo, a casi a todos les da por probar la mercancía y por ese camino es que se vuelven adictos muy rápido.

Yo conocí el caso de Jorge Buitrago, un amigo muy querido, un químico la verraquera; derecho, buen trabajador, pero ya había caído en la droga. Una vez se lo llevaron unos patrones a una finca a trabajar y se la pasaron como un mes procesando en cantidades; tenía que sacar una merca que ya la tenían vendida, y el pobre Jorge descansaba metiendo coca, un mes completo en ese agite, cuando un día por la tarde empezó a sangrar por la boca y por la nariz y enloquecido se quitó la ropa y salió corriendo veringo por la carretera. Aterrados, los otros tres que estaban con él corrieron detrás de Jorge, muertos de miedo a que fuera a aparecer la policía y los cogiera, porque ellos tenían toda esa

mercancía en la finca. Corrían y corrían detrás de él llamándolo, y Jorge no hacía caso, seguía embalado carretera abajo, desnudo y gritando como loco. Entonces los otros no tuvieron más remedio que dispararle por detrás y lo mataron, y ahí lo dejaron tirado. Algo parecido sucedió con el papá de mis hijos.

William y yo empezamos con mucho amor y muy entusiasmados, decididos a conseguir plata en serio. Es verdad que trabajábamos muy duro, pero cada que podíamos nos íbamos a derrochar bailando y bebiendo como locos. Dejábamos el niño con mi mamá y nos íbamos a un motel un fin de semana a descansar y a querernos, porque ya no quedaba ni tiempo para eso con el agite del negocio.

William ganaba muy buena plata procesando cocaína, tenía conectes con buenos patrones y le empezaron a pagar con mercancía. Para el negocio de nosotros era la verraquera, porque empezábamos con mercancía propia, y como él mismo la procesaba, teníamos garantizada la calidad; pero se volvió vicioso y terminó igual que Jorge Buitrago.

Con el vicio comenzaron los problemas nuestros. William ni siquiera venía a la casa, se quedaba por allá, por esas fincas, metiendo droga como loco, perdido en el vicio. Me había quedado prácticamente sola al frente de todo, trabajaba moviendo la mercancía de otros, tenía a Adriancito chiquito y había quedado nuevamente embarazada, y encima, capoteando a los policías que me agitaban con el impuesto, con los allanamientos. Un día, aburrida de ver que William sólo trabajaba para drogarse, lo mandé a la mierda; esa vez le tiré todas las cosas a la calle y le dije que me dejara sola definitivamente, que así estaba más segura, que él no era ningún respaldo para mí.

Pero de todas maneras, después de que lo echaba, yo me quedaba partida de dolor de verlo así, consumido por la droga, y por eso volvía a recibirlo cuando lo veía rondando por la casa,

todo sucio, vuelto mierda. La primera vez que lo recibí, a pesar de tantas peleas, fue después de un fin de semana que era cuando más impuestos había que pagar y los tombos me habían dejado limpia. Yo había empezado la semana chichiguando para la comida y para volverme a cuadrar, cuando llegó y me dijo: –mami, aquí le traigo un bazuco, para que se cuadre–, y me pasó una chuspa con medio kilo y él se quedó con un resto.

Yo me puse feliz, pero cuál no sería mi decepción cuando me enteré que se había ido a encerrar a fumarse todo lo que había preparado, y a la semana, cuando ya se había consumido todo lo que se había llevado, volvió para que le devolviera lo que me había regalado. Yo me negué y empezamos a pelear otra vez, y como no le quise dar nada, me pegó una paliza horrible, me masacró toda, me reventó la cara y me cogió a patadas, yo no supe ni cómo me le logré volar; entonces él aprovechó y se llevó toda la plata y la mercancía que había en la casa. Es que ya era un vicioso empedernido, un desechable.

Él era de los tipos que se encerraba tres, cuatro, y hasta ocho días y se fumaba toda la mercancía que preparaba y cuando se bajaba de esas fincas, era porque ya estaba vomitando y botando sangre por todas partes, desnutrido y deshidratado, porque no comía, sólo se la pasaba fume y fume y fume. A raíz de eso yo sentía mucha ira y mucha decepción, de ver que él, en vez de vender ese bazuco y darme la plata o ayudarme con algo para la casa, se fumaba todo; por eso la relación se fue acabando, porque lo único que tenía con él eran problemas. Le perdí el respeto, la lástima, todo, y cuando lo veía venir en ese estado, yo lo insultaba, y si se ponía de grosero me encendía a golpes con él, ya no me dejaba, y al contrario, nos encerrábamos a darnos hasta en el alma con lo que encontráramos, pero es que ya estaba muy cansada de bregarle y de decirle que yo no aceptaba de que él se fumara esa mercancía viendo que

eso valía plata. Cansada de plantearle, de decirle la situación de nosotros, que mirara los niños y que pensara que si él se ajuiciaba nosotros podíamos salir adelante; pero no, eso era un caso ya perdido, a él le gustaba su vicio, y como él mismo lo hacía, allí no había mucho qué hacer.

Cuando veía que ya me tenía perdida, buscaba la manera de contentarme trayéndome mercancía para trabajar, pero como siempre se repetía la película, entonces yo no le volví a aceptar los regalos. Él ya llegaba y me decía: –Negrita, recíbamelo como ayuda para los niños–, y yo ya le contestaba: –No, olvídese, a mí no me dé nada–; pero es que yo sabía que él después me iba a pegar y me iba a maltratar por quitarme lo que me había regalado. Todo por el maldito vicio, porque eso es horrible, eso consume a la gente en dos patadas.

Al final fue más duro porque ya él se fumaba absolutamente todo lo que conseguía y cuando ya no tenía ni mercancía, ni plata ni nada, cuando ya acababa de fumarse lo de él, entonces ya venían los problemas conmigo, porque me asediaba y me robaba mi mercancía y me quitaba mi plata y me dejaba sin nada para yo seguir trabajando.

Esas fueron épocas muy duras, luché mucho con él y nunca lo pude rehabilitar; siempre que volvía en sí de su droga lloraba y me decía: –mami, ayúdeme, yo quiero dejar esto, yo quiero dejar esto por mis hijos, por usted–, pero no, podía más el vicio. Yo le decía: –váyase para una clínica de reposo y deje eso, papi, déjelo, que mire que usted está tan joven–. Nunca pudo recuperarse, estaba completamente poseído por la droga.

En esas condiciones también empezó a hacer malos negocios, le daban mercancía para que la procesara y se la consumía íntegra, entonces eso le ocasionó muchos problemas y solitos llegaron los negocios torcidos y las persecuciones y eso es tanto como andar cargando la lápida en el cuello.

Hacia como seis meses que no lo veía cuando caí a la cárcel la primera vez, y estando allá me enteré que lo habían ido a buscar para un negocio, y negocio fue que lo mataron por eso, o sea, que ahí acabó la vida de él. Tenía 23 años cuando lo mataron: se lo llevaron, lo desaparecieron, y ni rastros de él hasta el sol de hoy.

VII

Primer canazo: *Transémonos*

Daniela había jodido todo el día, seguro era por el calor tan espantoso, entonces por la noche la bañé y así ve-ringuita me puse a darle de mamar y se quedó profunda y yo con ella, cuando escuché los golpes en la puerta:

–Negra, Negra, se están llevando a Nicolás.

–Pero ¿por qué, si yo pagué lo mío esta semana?–, contesté mientras me vestía.

Entonces salí de la casa de mi mamá y voy viendo el mundo de tombo, las patrullas y luces dando vueltas; "malparidos tan visajosos", iba diciendo mientras caminaba hacia ellos.

–¿Qué pasó, por qué se lo van a llevar? Olvídense que no hay más ají hasta el fin de semana.

Pero cuando me acerqué no reconocí a ninguno. Era un operativo que venía a hacer la policía de Tuluá. De todas maneras me acerqué y les dije:

–Transémonos, por qué se me van a llevar el muchacho.

El pobre Nicolás estaba esposado y mustio completamente y al pie le habían puesto una chuspa grande con droga.

–¿Esta mercancía es suya?–, me preguntaron.

—Sí, es mía, el pelado no tiene nada que ver, todo eso es mío, suéltelo y cuadremos.

“Cuadremos” fue que me esposaron a mí también y nos subieron a la radiopatrulla.

En el camino, Nicolás como era un pelado sano, me iba diciendo cagado del susto: —Negra, ¡qué nos van a hacer! ¡Qué nos va a pasar!”

—Tranquilo Nicolasito, que llegando allá yo cuadro. Mi única preocupación es que yo había dejado la niña veringuita en la cama tapada con una sábana delgadita y me daba vaina que se fuera a destapar porque le podía dar gripita.

Mi error fue confiarme y no darme cuenta de todo lo que habían cambiado las cosas. Por no estar pilas me quedé jibariando y no pude crecer ni hacer plata.

Lucio Rengifo, de un día para otro dejó de darnos mercancía y nos dijo que él ya no iba a seguir jibariando porque eso se había vuelto un problema por los drogadictos y los ladrones. Nos dijo que por ese negocio el barrio se estaba volviendo una olla y que era obligación de nosotros mantener el barrio. Ahora que recuerdo las cosas me doy cuenta que lo que pasaba era que él ya había cogido por lo alto, que estaba exportando y quería limpiar el barrio de tanto marañoso. Conmigo nunca se metió, él siempre se admiraba que siendo yo una mujer tan sola me enfrentaba y no me la dejaba montar de nadie.

Pero cuando él se fue del barrio, muchos jíbaros pensaron que podían abrir su línea, y mentiras, primero llegaban y les avisaban que se abrieran porque allí nadie podía abrir negocios. Pero muchos jíbaros no comían de nada y se quedaban.

Allí se desató una guerra la hijueputa por el barrio, porque era un territorio bueno, había buena venta, todos los días amanecían muertos y muertos. Todo eso pasó por el frente de

mi puerta y de mis ventanas, pero yo era como la reina porque nadie se metía conmigo.

Esos mataron jibaros y viciosos a la lata; diario aparecían dos, tres, cuatro muertos y eso era muy tenaz en una ciudad donde prácticamente no había violencia. Ese fue el origen de la limpieza social, sólo que todavía no se llamaba así.

A mí los que me agitaban eran los tombos, pero aumentándome el impuesto porque a los viciosos que me compraban a mí ni los tocaban.

Por eso el operativo no lo hicieron los de Buga, sino que lo montaron desde Tuluá.

Cuando yo llegué a la cárcel, eso fue una procesión de tombos por el calabozo donde yo estaba:

–Pilas pues, ¿cómo vamos a arreglar?–, les preguntaba yo.

–No Negra, esto está hijueputa, lo único que le pedimos es que no nos vaya a aventar, no nos vaya a sapiar, que luego arreglamos.

“¿Arreglamos?” Me clavaron tres años en la cárcel y yo no lo podía creer cuando me estaban dando la sentencia en la fiscalía y los tombos cuidándome como si nunca me hubieran visto o fuera una delincuente brava.

Cuando me llevaron a la cárcel tenía una fiebre horrible y los pechos como piedras, y encima, una gastritis que no me dejaba ni respirar. Durante la sentencia yo pedía y pedía permiso para ir al baño, pero era para ir a exprimirme los senos con la mano para sacarme la leche y me moría del pesar de ver cómo echaba yo el alimento de mi hija en esos baños tan asquerosos. La cárcel me dolió por tener que separarme de mis hijos, eso es un sufrimiento muy horrible.

En la cana yo comencé a vender comida; mi mamá me llevó las ollas, la estufa y me mandaba la remesa para que yo pudiera trabajar y le ayudara para los muchachos.

Mi papá nunca me fue a visitar las veces que yo caí presa, y al contrario, cantaleteaba a mi mamá todo el día y decía que era una vergüenza muy grande tener una hija en la cárcel, y que no me iba a ayudar para mis hijos. Mi mamá se esforzaba para tener todo listo, pero era muy duro, pobrecita, ella solita haciéndose cargo de esa casa tan inmensa y de dos bebecitos, era muy verraco.

A mí me llegaban las noticias a la cárcel de que Adriancito, que estaba más grandecito, tenía como tres años, se salía para la calle y andaba veringuito el niño, y yo me quería morir de dolor, pero no le podía exigir nada a mi mamá, pobrecita. Mi única ilusión era cada mes que ella me los llevaba para verlos, pero cada que llegaba la hora de la despedida yo me quedaba partida de la angustia temiendo que algo les pasara, sobre todo al niño, y preciso: un día se le salió a mi mamá para la calle, como a las dos de la tarde y se estaba atravesando para pasar al frente a la tienda y venía una carretilla de esas tiradas por un caballo, llena de balastro, y le pasó por encima al niño y me lo quebró todo, me lo desbarató.

Yo me levantaba a primera hora los días de visita, que eran cada mes, y arreglaba todo para no tener pendientes y poder disfrutar de ellos sin distracciones; y cuál no sería mi dolor que voy viendo llegar a mi mamá solita con la niña y me cuenta la desgracia tan horrible, el niño estaba enyesado completamente y no encontraba acomodo en ese yeso.

El sufrimiento era muy grande no sólo por lo que de por sí le toca a uno allá, sino por los hijos que están afuera y más en un caso así, donde más me necesitaba mi bebé, porque tenía

enyesado todo el cuerpecito. ¡imagínese!, y yo no poder atenderlo ni nada, porque no me dieron el permiso para ir a visitarlo, me lo llevaban así todo enyesadito. Dos meses duró el niño en esas condiciones hasta que yo en medio de mi angustia le pedí a la virgen milagrosa que me le devolviera la salud a mi niño, que ya no tuviera que verlo así en ese martirio, sino que él volviera a visitarme y entrara caminando otra vez sano, y sí, la virgen me concedió el milagro.

VIII

Un nuevo intento de vivir bien

Cuando yo salí de la cárcel tenía la niña tres años y ya el niño cinco años y medio, y volví a lo mismo, volví a montar mi negocio de venta de marihuana, bazuco, y duré diez años sin que me volvieran a detener. Eso sí, me explotaba el uno y me explotaba el otro, me sacaban plata, yo no hacía sino plata para pagarle a los tombos y para sobrevivir, porque eso es muy triste, la ley es muy ajisera, se la pasan cazando los jibariaderos pero no para acabarlos, sino para exprimirlos. Ese negocio se mueve a raíz de ellos, porque ellos dejan vender para que uno pueda pagarles el ají; y tanto impuesto lo obliga a uno a crecer, siempre lo he dicho.

Yo me había ido para Medellín pensando en que tal vez por allá podía buscar en qué trabajar, pero allá sólo me proponían trabajos mantequiando igual que cuando salí de la cárcel. Trabajar en una cocina es mucho matadero y no se consigue sino para solventar la comidita y no es más.

Entonces me regresé a Buga y por eso volví a montar mi línea. Llevaba como un año en lo mismo, vendiendo y pa-

gando impuestos, y un día acababa de venir de recoger una plata y me quedé sentada en el andén con una amiga, cuando yo veo que pasan... bueno no los vi, sino que una señora de enfrente dice: –Valentina, mira que pasaron dos tipos más raros y pararon en la esquina–. Yo no reparé y seguí entretenida conversando, cuando yo siento una moto al pie mío, y volteo y veo que un tomo se baja y de una me tira al suelo y saca el revólver y el tipo que estaba en la moto le dice: –¡dale, dale, matá a esa hijueputa!– Eso un sábado por la noche, como a las siete y media de la noche. Y como las ánimas benditas, en ese momento salió mi hermano Ricky y me vio tirada en el piso y a ese tipo con el revólver en la cabeza mía. Entonces Ricky ahí mismo se abalanzó sobre él y le desvió el revólver de la cabeza mía y empezaron a forcejear. Cuando ya el tomo vio que no me podía matar ni nada, porque ya se había formado un gentío impresionante, entonces el de la moto les dijo: –¡esposálos, esposálos!– Y en esas me percató que Adriancito está llorando, jalándome la blusa, y así esposada lo cargué, entonces los tomos nos dijeron que camináramos, que estábamos detenidos.

Nos llevaron esposados caminando como dos cuadras y yo muerta de la pena y les gritaba: –¿pero por qué nos hacen esto si ustedes a mí no me han cogido nada? –Dejá de hacer alboroto que cuando lleguemos te decimos–. Ya en la 9 con 9 nos hicieron coger un taxi y uno de ellos se subió con nosotros y el otro nos seguía detrás en la moto.

Nos bajaron por allá, por ese parque oscuro al frente del hospital. “No vas a hacer alboroto” me seguían diciendo, “no vas a hacer alboroto que necesitamos que nos des 50 mil pesos urgente; además, vos te ganás estos problemas por hacerte la güevona con el impuesto”. Y yo les decía: –pero ¿por qué les tengo que dar plata si ustedes no me han cogido a mí nada de nada?– Retuvieron a mi hermano y al niño mientras yo fui

a conseguir la plata. Cuando regresé y les pagué entonces ahí sí nos soltaron. Pero es que con ellos es así, hay que cuadrar, porque si no va la vida por delante.

A raíz de todo ese problema, me fui a vivir a Tuluá. Conseguí una casa grande al frente de los Jesuitas, alquilé dos piecitas de la parte de atrás y vendía la comida a los inquilinos. A ellos les gustó y me empezaron a traer a otras personas de unas oficinas; así empecé a rebuscarme la plata para mantener a mis hijos y como a mi hermana Adela ya la había dejado el marido con los hijos, tenía que rebuscar para ellos también.

Así estuvimos un buen rato hasta que me desocuparon las piecitas y aprovechando que estaban atrás y eran independientes puse como una especie de un reservado. Empecé a vender trago y a conseguir mujeres y empezaron a caer los clientes; pero muchas veces llegaban y me decían: “¿tiene bazuco?” Y como yo no quería seguir en la venta, pues no podía dar ese servicio, y había sábados que perdía clientela por eso. Entonces ya me empezaron a decir los mismos clientes que no, que vendiera poquito, sólo para clientes del reservado y volví y me involucré en la droga.

Allá fue terrible, por eso duré tan poquito en Tuluá, porque los tombos de allá eran iguales, pero yo conocía a menos gente. Empezaron a cobrar el impuesto y no era lo que uno quisiera darles, sino lo que ellos exigían y a la hora y el día que les daba la gana, a veces llegaban hasta dos y tres veces en el día, era un azote el verraco y yo a lo último estaba desesperada porque todo lo que conseguía no era sino para ellos. Entonces dejé de vender unos días y les dije que ya no iba a seguir en ese negocio y que ya ellos no podían exigirme nada, pero esa vez entraron y se me llevaron una platica que tenía, y todas las joyitas.

No contentos con eso volvieron otros como a los ocho días tempranito por la mañana y me dijeron que teníamos que hablar; me llevaron por allá a un barrio residencial y me dijeron: –bueno, hasta hoy a las siete de la noche tenés plazo para que nos consigás un millón de pesos, y si no, te quitamos unos de tus hijos y te lo matamos–. Entonces yo aterrorizada cuando me dijeron que me iban a matar a uno de mis hijos, llamé a mi papá a Buga y le dije: –papá présteme el camión y mándemelo ya para trastearme para Buga otra vez, porque tengo un problema grandísimo. –Pero ¿qué le pasó mi’ja?– No, le dije, yo les cuento allá–, y cogí todos mis checheres y me vine; anochecí y no amanecí. Cuando fueron los tombos a recoger la plata yo ya no existía en esa casa, yo ya me había venido otra vez para Buga.

Entonces yo ya llegué aquí a Buga y conseguí una casita y me fui a vivir sola. Y seguí vendiendo, ya comencé otra vez a vender, a coger mi clientela, a la final yo siempre tenía quién me surtiera, porque uno de los duros de Valle, Alfredo Vargas, era una gran persona y me tenía confianza. Él sabía que yo nunca le quedaba mal ni nada.

No hacía sino trabajar, me sentía muy sola, pero yo no pensaba sino en mis hijos y que ellos no pasaran necesidades. Llevaba como cinco años sin un hombre y me entusiasmé con un pelado, era muy joven el muchacho Diego Bernal, pero eso no duró mucho porque él andaba con una y con otra, y yo sufriendo porque yo me entrego siempre, me ilusiono muy feo y no puedo soportar las traiciones. Acabamos un día que me dijeron que estaba viviendo con una vieja, jíbara también, y me fui y lo pistié y lo pistié como dos días, y en un descuido de ellos me les metí a la casa y le metí tres puñaladas; a ella no le pude hacer nada porque se me voló. Entonces todos esos detalles, esas situaciones me hacían meterme más en el traba-

jo, pero los tombos no descansaban y yo, confiada en que pagando impuesto no me iban a allanar, me descuidaba. Esa fue la razón por la que una vez me cogieron con una droga aquí en la 8 con 4 y 5. Un día estábamos allí mi hermana Ofelia y yo; ella es profesora, vivía en un apartamentito aparte, pero yo la dejaba ir a lavar a mi casa y le daba el almuerzo y resulta que un día ella estaba lavando, cuando el allanamiento y mi hermana sanísima ¡Dios mío!

Daniela tenía como ocho añitos y ya me ayudaba a hacer domicilios chiquitos por ahí cerca de la casa y los tombos ya la tenían pillada. Ese día se vinieron detrás de la niña y cuando ella los vio, corrió y se metió a la casa, pero no alcanzó a cerrar porque ya estaban encima, y uno de ellos metió la bota en el quicio de la puerta.

La cosa era que había llegado a Buga un nuevo director del DAS y de lo primero que le hablaron fue de mí, y le entró un ansia por conocerme: “¿quién será la Negra Valentina, quién era la Negra Valentina?”. Él creía que yo era una mujer llena de plata y que yo era una dura y mentira, que yo era la dura pero para pagar impuestos a todos esos hijueputas. Y por eso me ordenó el allanamiento y solamente me cogieron un poquitico que tenía en un nochero en mi pieza. Y de una nos subieron a la radio patrulla y yo con esa angustia por mi hermana porque ella estaba sana, no tenía ni idea de que estaba esa droga en la casa, ni siquiera se dio cuenta cuando cogieron la mercancía porque ella estaba en el patio, lavando. Entonces, cuando le expliqué, lloraba desconsolada por miedo a que la echaran del colegio donde trabajaba. Yo le decía: –Ofelia, no te desesperes que yo arreglo esto, espérate y verás que voy a mandar llamar a Vargas para que me cuadre esto–, y le man-

dé a decir con uno de los policías que estaba detenida, que la mercancía era de él y que me ayudara.

Yo estaba esperando cuando entró el del DAS y me dijo: –¿usted es la Negra Valentina?–. Entonces yo le negué, yo le dije, no, no soy la Negra Valentina, yo trabajo y le ayudo a ella. –Entonces dónde está la tal Negra Valentina, yo quiero conocerla, si no llega ella a cuadrar conmigo no cuadro esto, porque yo a la que quiero es a ella–. Aprovechando que él no me conocía, yo me negaba y me negaba, insistiendo en que yo sólo era la ayudante de ella. La Negra Valentina está viajando, le repetí como mil veces y como me vio tan convencida, ya pudimos cuadrar. En ese tiempo nos quitaron 500 mil pesos. Como Alfredo Vargas mandó la plata, sólo nos dejaron una noche encanadas. A las seis de la mañana nos soltaron antes de que llegaran todos los del cambio de turno. Pero me tocó cuadrar con el del DAS que yo le iba a seguir pagando a él cada ocho días.

Me salí más tranquila esa vez porque ese tipo me pareció serio y me dijo que me iba a espantar tanto zángano y que él cuadraba eso; y verdad, duré unos meses pagándole sólo a él y a los de la radiopatrulla, me sacudí a los tombos de la inspección y eso ya era ganancia; pero por esa época un parcerero mío, Oscar Libreros, me pegó una tumbada la hijueputa. Yo me había hecho un plantecito bueno y me dijo que se lo prestara, y como siempre había sido bien conmigo, yo no desconfié, y al contrario, me alegré porque él me prometió unos intereses buenos. Entonces me vi obligada a cobrarme esa deuda mandándolo a matar y en esas circunstancias fue que conocí un muchacho que trabajaba de sicario, Oswaldo Melgar Arias, el amor de mi vida. Con él tuve seguridad, y por primera vez en la vida, viví la fantasía de habérmelos quitado de encima; con él ya planeábamos más estrategias y cada que la policía llega-

ba, ya teníamos todo previsto para lanzar la droga al techo de unos vecinos, y después yo le pagaba a algún vicioso para que se subiera y me bajara la mercancía.

IX

Retrato de familia

Reconozco que a mi familia no le hacían mucha gracia mis negocios, mis papás eran viejos que habían logrado acomodarse aquí en Buga después de que llegaron con una mano atrás y otra adelante, huyendo de la violencia, y resulta que con todo lo que a mí me pasaba, los atentados y el agite de los tombos, a mi papá ya le daba mucha pena con los amigos de él, y además, porque ya había vivido la violencia viendo las cosas que la policía conservadora hacía con los liberales, y como a él no le había pasado nada, no podía entender cómo era que tantos años después hubiera problemas con la policía, que era lo que más detestaba. Aunque ya él no se metía conmigo, no dejaba de refunfuñar de vez en cuando: —Ole, pero dizque venir a parar nosotros envueltos con policías, si ya nos habíamos salvado de los chulativas, y eso que no eran tan mierdas como estos, porque aquéllos por lo menos defendían ideas.

Mi mamá sufría mucho por mi insistencia en conseguir plata en este negocio:

—Ve Valentina, búscate, por Dios, la manera de ganarte la vida honradamente.

Y yo cansada de explicarle que yo no sabía hacer nada, que haciendo comidas era más el trabajo que lo que ganaba, que yo era una mujer sola con dos hijos que mantener y que no pensaba volver a darle el culo a nadie por plata. Por eso cuando se ponía muy mamona le decía: —vea doña Isabel, no me joda que éste es el único trabajo que podemos hacer las mujeres pobres y no tan honradas como usted—. Ella terminaba muerta de la risa y se apaciguaba hasta que veía que andaba en algún otro problema o que me andaba acechando la policía; de resto no, ella se portaba legal conmigo y me ha ayudado siempre en las buenas y en las malas.

A mis hermanas sí las he tenido que parar varias veces: —no se metan en mi vida que a mí nadie me mantiene y además acuérdense que cuando a mí me va bien yo les colaboro, entonces no me jodan la puta vida.

Mi hermana Adelaida era la que más jodía, se había casado de blanco, con un pastor evangélico y se negaron, el día de la boda, a hacer una rumba de esas que tiran la casa por la ventana. En vez de eso contrataron otro evangélico que tocaba el piano eléctrico y que tocó toda la noche pasillos colombianos. Sirvieron de comida pierna de marrano, ensalada fría y jugos de frutas, oiga, ¡qué fiesta tan charra y tan aburridora!, porque ellos querían ser diferentes. Por eso tanta vaina para distinguirse y al final Adelaida terminó haciendo lo que cualquier pelada que se casa joven, se puso a coquetear con uno de los hermanos de la iglesia, loca por encamarse con él, y el marido evangélico, cuando se dio cuenta, hizo lo mismo que cualquier otro marido: la dejó con dos hijos después de atosigarla un año diciéndole: "Ya no te guste mi chimbo, quieres otro más grande o cuál es la güevonada".

Ella volvió a la casa de mis papás con la cola entre las patas y dos hijos que le ayudamos a acabar de criar. Ante tanta decepción, porque nunca se volvió a conseguir otro marido, se quedó tan sola como yo, sin saber hacer nada y sin un peso. Ahí fue cuando se involucró en el negocio, yo le dí trabajo vendiendo bazuco a domicilio. Adelaida es muy cuidadosa y gracias a Dios nunca ha tenido problemas, vende poquito y sus clientes son fijos, gente de la Alcaldía Municipal, gente que trabaja en bancos y algunos profesores de bachillerato. Con eso se ha sostenido y vive aparte, dando clases en un gimnasio y dando masajes faciales en una estética, pero eso en realidad es como para matar el tiempo, porque de donde saca para la comida, el arriendo y para todas sus cositas es de la venta de bazuco.

Con mis hermanos no tuve muchos problemas; ellos no se metían conmigo para nada, la mayoría de ellos vivían en sus casas aparte y se enteraban de mis andanzas por las noticias del radio o por los chismes de la gente, y cuando mucho, llamaban a mi mamá a preguntarle y a ella le decían cosas, pero a mí nunca me frentearon.

Sin embargo, yo sabía que uno de mis hermanos, Luis Felipe, le decíamos –Pipe, andaba metiendo vicio, y un día lo llamé y le dije: Pipe, yo estoy contratando gente para que me venda, y les pago bien, ¿usted por qué no viene a trabajar conmigo y se gana esa plata, papi?

Pipe, ni corto ni perezoso, mamado de estar jodiendo, ayudándole a mi papá con esas hijueputas vacas, se vino a trabajar conmigo.

Convenimos en que yo atendía el negocio de la venta durante el día y él iba a trasnochar. Yo le pagaba su buena plata y aparte le daba unas papeleticas para su vicio.

Duré confiada unos meses hasta que pillé que me estaba robando; a la hora de hacer las cuentas se enredaba más que un costalado de anzuelos. Entonces empezamos a alegar y él a defenderse, y que no, que lo dejara seguir trabajando, que él se iba a manejar bien y lo que pasó fue que cambió de táctica. Un día vinieron unos muchachos y me dijeron: –Negra, mientras usted está en el día la mercancía es buenísima, pero en la noche es de muy mala calidad, porque los muchachos que le venden la rebajan o la cambian, póngales cuidado y verá–. Y verdad, me les puse a la pata y pillé lo que hacían: cambiaban la mercancía, se fumaban la buena y para no salir descuadrados conmigo, la rebajaban con soda o con maicena.

Entonces ya un día, verraca, los abrí del parche, les dije que no volvieran a venir, que no le iba a volver a dar trabajo. Pero entonces me quedé esa semana sin quién me atendiera el negocio, porque yo ya no aguantaba las 24 horas vendiendo. Por esos días un hermanito mío, de once o doce años, muy jovencito, que estaba loco por una bicicleta, yo le dije: –Ricky, si usted me ayuda a vender por la mañana o por la tarde, usted escoja la hora, yo le regalo la bicicleta–. Y así fue, Ricky me atendía a diferentes horas y yo claro, le regalé la bicicleta y me siguió ayudando de vez en cuando, cada que él necesitaba me pedía trabajo y así se levantaba sus pesitos conmigo, pero después se torció en otros negocios y lo mataron.

El otro de mi familia que se involucró fue mi sobrinito, Lalito, a él le fascinaba la plata y el agite, era muy avisado. Llegaba y me decía: –¡tía, tía!, si yo le ayudo a vender, ¿usted me regala otra bicicleta a mí?. –Claro papi–, le contestaba yo. A Lalito casi no le daba trabajo porque estaba muy

pequeñito y definitivamente prefería no involucrarlo, y sólo le daba trabajo cuando yo estaba muy necesitada; de resto, prefería contratar gente de la calle.

Lo más tremendo que hice fue involucrar a mis hijos. A Daniela sobre todo, porque ella siempre fue más guerrera, y desde pequeñita aprendió y se solidarizó conmigo de verme sola y con tanto trabajo. En cambio Andriancito no, nunca, él siempre ha sido un señor, se involucró un par de veces accidentalmente, pero siempre terminaba llorando, suplicándome que me saliera de ese negocio. Aunque muchas veces le pedí favores para hacer domicilios, porque en esa época a los niños no los revisaban y pasaban desapercibidos, mi hijo siempre se negaba y con una gran decisión me decía: "no mami, a mí hágame el favor y no me meta en eso". Aparte, yo con él tenía que estar pendiente, porque cuando iban los viciosos a buscarme a la casa, si yo me descuidaba perdía los negocios y la venta porque él les decía: "no vengan a buscar aquí a mi mamá, que mi mamá ya no va a vender más eso".

Él lloraba y sufría al ver los peligros en los que me encontraba cuando a los tombos les daba por acecharme. También se deprimía horrible de ver que yo trabajaba como loca y toda la plata que me ganaba era para pagarles impuestos a ellos; no entendía por qué yo me sacrificaba tanto y me exponía a las amenazas, a los insultos de esos hijueputas. Por eso Adrián no aceptaba que yo siguiera ganándome así la vida. Muchas veces me decía que por qué yo no dejaba de vender, que mejor trabajara haciendo comidas: –mami, para qué sigue usted vendiendo eso, mire el peligro, mami, no venda más eso que vuelven y la cogen–. Ese era el gran terror de Adrián, que yo volviera a caer a la cárcel tal y como me pasó otras dos veces más.

Con Daniela era otro paseo. Mi mamá prácticamente la había criado porque cuando yo caí a la cárcel la primera vez, Danielita era una bebé de cinco meses, y cuando salí, ella ya tenía cerca de tres añitos. Tal vez por eso la niña era como más fuerte, más tenaz.

Era una adolescente de nueve años cuando la puse a reparar mercancía a domicilio. Como era una niña y además tan bonita, no despertaba sospechas, yo le decía: “mami, ayúdeme a llevar esta cosa a tal parte”; y ella muy correcta salía a hacer los mandados. Yo le metía los “cosos” entre la ropita, y ella se iba solita a entregarlos. Eso se facilitaba mucho porque Daniela siempre fue muy guerrera.

Ella aprendió de ver cómo yo cortaba la mercancía y cómo la empacaba, pero también se involucró al verme tan agitada, con tanto problema y tanta gente comprando de día y de noche y yo sin darme abasto.

Con el tiempo, como a los once años, yo la ponía a empacar un kilo y ella me entregaba cuentas completas, —vea mami—, me decía, —esto vale tanto, le queda tanto de ganancia y le guardé tanto—. Esa era mucha ayuda para mí porque yo me quedaba en la casa vendiendo mientras ella se iba a preparar la mercancía aparte. Es que con el problema de la policía uno no puede hacer todo en un mismo lugar; en mi caso yo tenía una amiga, y como era tan pobre y tan necesitada, ella me prestaba la casa y me encaletaba la mercancía; entonces yo le daba todos los días para la comidita y algunos pesitos extras. Por eso Daniela era de tanta ayuda, porque ella ya se iba solita a casa de mi amiga y allá cortaba, empacaba y encaletaba lo de los otros días. Así fue como yo empecé a involucrar a mi pobre bebé de esa forma que no me explico, y cuando yo recapecité, ya era tarde porque ya estaba enredada en eso: a ella ya le gustaba vender e ir a llevar domicilios porque le daban pla-

ta, sus propinitas también. Además se sentía segura porque los mismo clientes la cuidaban y no dejaban que la robaran, o sea que ellos le decían: “Danielita vea, vaya tráigame dos o tres cosos” y le regalaban 200, 300, 500 pesos, entonces se ponía feliz viendo que ella también cogía plata, ya ella no pensaba sino en la forma de ver cómo se hacía su platica también. Viendo todo eso y para compensarla por todo lo que me ayudaba fue que le compré una moto y ya ella se montaba cargada de sus cosos y se iba a entregar los domicilios.

Una vez llevando un domicilio de esos la robaron y le quitaron la motico; ella se agarró con esos hijueputas en toda la 46 con 47, pero ellos eran varios y la bajaron. Cuando yo la veo que va entrando echa un mar de lágrimas y me dice: “mami me robaron la moto”.

Después, me di cuenta que eran los de la Cueva del bazuco, una olla de por allá del Divino Maestro, los que la habían robado y me fui a la policía y le dije a un sargento: –le doy 100 mil pesos si entra a la Cueva y me busca la moto que me le robaron a la niña–. Pero qué va, le dio miedo entrar porque a esa olla no entraba cualquiera, y la moto se quedó perdida. Con el tiempo me di cuenta que estaban jibariando con ella en la Cueva y todavía la tienen allá.

Daniela no se achantó y seguía vendiendo en bicicleta, pero ya los tombos pillaron que ella era la que andaba en el agite de la bicicleta y un día me dijo Alberto Ortega, uno que era cabo de la policía: –Negra, pilas con la niña que ya los tombos la tienen pillada y ya saben que ella está jibariando en la bicicleta–. Entonces yo me asusté mucho y ya le dije a la niña: –mami no me vuelve a salir a vender eso, ni me vuelva a repartir, que mire que esto y esto.

Pero de todas maneras mis hijos seguían viviendo en ese ambiente. ¿Cuántas veces no llegaron los tombos a darme bala a la puerta de la casa y ellos viendo toda esa película? Eso para ellos era un sufrimiento tenaz, fue duro, duro para ellos comenzar a criarse en ese ambiente tan jodido, tan tenaz.

Una vez, recuerdo que llegaron y llamaron a un vicioso para que me fuera a tocar la puerta, como si fuera a comprar. Nosotros estábamos en el segundo piso y yo mandé a Daniela a abrir; resulta que cuando ella fue a abrir la puerta alcanzó a pillar a los tombos y alcanzó a cerrar y me empezó a gritar: –mami, mami llegaron los tombos a hacernos allanamiento–. Como yo estaba en el segundo piso, alcancé a oír lo de allanamiento, y ahí mismo corrí, me descargué en el baño, boté todo lo que yo tenía y lo que no alcancé a tirar por el inodoro, lo boté al techo de la casa de enseguida. Cuando bajé, ya los tombos habían tumbado la puerta y ya estaba toda la casa llena de soldados del batallón; era la militar que me había caído. Cuál no sería el susto de mi niño que había alcanzado a ver tres papeleticas encima de un bafle y las cogió y se las metió al bolsillito. Cuando en medio del susto yo lo voltié a mirar, el niño estaba pálido, blanco, y me hacía señas de que él las tenía allí, y yo le hacía señas de que estuviera tranquilo, que yo lo ayudaba a descargar, que me diera tiempo. Los tombos empezaron con la raqueta y que sáqueme esto, que abra este armario, que sáqueme esta ropa o estos cajones y lo único que veían eran las cantidades de chuspa, y yo sacaba la ropa y hacía un reguero ni el verraco para que ellos se entretuvieran y yo pudiera descargar al niño. Entonces, cuando ellos terminaron de requisar toda la parte de abajo yo le pregunté a un sargento de esos: –¿ya puedo empezar a acomodar?...– y él me dijo: –sí, hágale–. Entonces yo aproveché y le dije a Adrián que me viniera a ayudar a guardar esas chuspas, y ya me le acerqué y le dije al oído: –papi, suelte lo que trae encima de las chuspas.

Vea, le juro que cuando él soltó esas papeletas yo descansé y ahí mismo me puse a llorar. Me sentía tan horrible al darme cuenta cómo podía ser capaz de involucrar así a mi niño; cuál no sería mi dolor al imaginar que me habían podido coger al niño en ese momento, con esa mercancía, y llevárselo para Bienestar Familiar y separarme de mi niño que ha sido mi adoración.

¡Dios mío! Y cuando ya ellos se fueron, el niño lloraba tirado en el suelo en medio de ese desorden y en un estado de abatimiento brutal, y volvía y me decía ahogado en lágrimas: –mami usted para qué tiene eso aquí...–, y en un desespero horrible me decía: –¡no vuelva a vender, no vuelva a vender!– Yo le decía: –tranquilícese papi, tranquilícese que no pasó nada, mire que ellos ya se fueron, que no nos cogieron nada–, y él me decía que no, que no vendiera más, que no vendiera más.

Todo esto ha sido muy duro porque siempre he estado separada de ellos, nunca pude disfrutarlos, siempre era así. Cuando los tenía conmigo no podía atenderlos por estar en ese ambiente tan horrible y cuando por fin me salía de ese negocio era porque estaba en la cárcel, ¿qué vida de madre ha sido esa?

Isabel Ventura

Yo odio los pescados, nunca me ha podido gustar la carne de ningún pescado, no puedo soportar ni el sabor y mucho menos el olor. Aquí en Buga todos dicen que son mejores los pescados que sacan del Cauca que los que traen del mar, de por allá de Buenaventura. Ha de ser porque esos pescados se han alimentado por años y años con todos los muertos que echan al río: ¡uy, no, gas! Qué cosa tan horrible.

Dios quiera que a los que le comieron los ojos y la yema de los dedos a mi muchacho, no los pesquen nunca.

X

Puros maquiavélicos

Mi hermano Ricky era en realidad mi sobrino, pero lo que pasa es que mi mamá lo había criado, porque como mi hermano David era un guache y le daba tan duro a la mujer, ella se había ido, dejando el niño abandonado en la piecita donde vivían. Entonces, cuando nos enteramos, fuimos y lo recogimos y ya mi mamá se puso a criarlo como a otro hijo; de hecho, el niño le decía mamá a mi mamá; pero David ni siquiera lo volteaba a mirar y mi papá lo veía como un arrimado, le daban comida y dormida, pero él creció muy necesitado y con ganas de muchas cosas, por eso yo le daba trabajito. Pero tampoco estudió mucho, al ver las necesidades se metió a trabajar como a los dieciocho años en una bomba de gasolina y se puso a hacer fisicoculturismo.

En ese trabajo conoció a mucha gente maquiavélica, gente mala, ladrones y sicarios, y comenzaron a darle pedal, que Ricky, usted tan güevón, con ese físico y trabajando en una bomba por una bicoca de sueldo. Ricky era una cosota de hombre, medía como 1.85 de estatura y como alzaba pesas tenía un cuerpacezo hermoso y aparte muchas ilusiones de con-

seguir plata. Por eso fue que los otros empezaron a ambicionarlo y lo involucraron en una bandola, unos paisas y unos pelados de aquí de Buga, entre ellos, un muchacho de apellido Concha y Oswaldo Melgar, el que después se convirtió en mi obsesión, en el amor de mi vida.

Eran una bandola, puros maquiavélicos. Se la pasaban buscando cruces y negocios. Al principio pistiaban casas desocupadas para asaltarlas, y también las horas muertas en los negocios para llegar a robarlos, pero se coronaron cuando empezaron con la piratería terrestre. Como Buga conecta directamente con Medellín, prácticamente con el resto del país, cada mula que sale cargada del Puerto tiene que pasar por Buga; entonces los muchachos pillaron eso y Ricky se volvió un verraco asaltando esas tractomulas. En la bandola intervienen muchos, están los que pistiaban la llegada de los barcos, las mercancías que descargaban y las bodegas adonde las llevaban; después averiguaban todo sobre los camiones que la iban a transportar, las placas, los horarios, y cuántos choferes venían. Esos le daban el pitazo a Ricky y él se conseguía cuatro pelados más para el operativo. Se estacionaban subidos en dos motos a esperar la pasada de la mula. Cuando la veían, arrancaban dos en cada moto a toda velocidad y se le ponían al parejo a la mula. Ricky que era el más verraco; a esa velocidad se subía al estribillo de la mula y le ponía el revólver al chofer y le decía: “pará hijueputa o aquí te morís malparido” y ya le indicaba al chofer dónde tenía que cuadrar. Los otros dos pelados llegaban en ese momento y les encargaban quedarse cuidando al chofer. Mientras tanto, mi sobrino se llevaba la mula a algún lugar donde tuvieran una caleta y allí descargaban la mula. Después la volvían a sacar y le avisaban a los pelados que soltaran al chofer, generalmente, lo dejaban amarrado y amordazado en algún matorral lejos de

donde pudieran encontrarlo fácilmente. Pero a veces los pedados estaban embalados y sólo para probar finura con Ricky, para que los contratara para otra vuelta, mataban al chofer.

Después ya vendían la mercancía que variaba, a veces eran mulas cargadas de alimentos, otras de electrodomésticos, ropa, o telas. Esos negocios le dejaban a Ricky muy buena plata.

Ricky se volvió muy fofarachoso y no había plata que le alcanzara porque como era tan bello y las mujeres lo perseguían, él se volvió muy mujeriego y a todas las picaba pero también tenía que darles y gastarles.

Él se vino a vivir conmigo a raíz de un problema que tuvo con mi papá; resulta que un día se le robó un cheque a mi papá y le falsificó la firma y se fue al banco a cobrarlo, pero él no sabía que el banco siempre pedía la confirmación de mi papá cuando iban a cobrar los cheques, y más si se trataba de una cantidad alta. Los cajeros se dieron cuenta que aunque el cheque tenía los sellos del negocio de mi papá, la firma no era exacta, entonces lo llamaron y ahí se descubrió el intento de fraude. Ricky sabía cómo era la mano con mi papá, conocía de sobra lo jodido que era y sabía perfectamente que si llegaba a la casa lo iba a contramatar y le iba a dar una muenda que lo dejara en cama por días enteros. Entonces se fue a la casa y me dijo: –Valentina déjeme venir a vivir aquí porque es que tuve un problema–, y ya me contó lo que había pasado.

En mi casa se sintió más independiente y más libre para andar con todos esos maquiavélicos y hacer sus vueltas; se metió con todos esos sicarios, con gente malísima y comenzaron a involucrarlo y a involucrarlo hasta que lo hicieron matar, pero mientras tanto se la pasaba lleno de problemas.

Él andaba en un agite terrible porque por esos días, habían atracado, él y la bandola con la que andaba, una mula cargada

de máquinas de escribir, máquinas fileteadoras y un montón de electrodomésticos; entonces había un sargento del DAS que se dio cuenta de eso, y andaba desesperado detrás de Ricky porque dizque que le tenían que dar la mitad de ese atraco que valía como 400 millones: lo buscaba hasta debajo de las piedras, era un desespero y un desespero de ese sargento vigilando la casa de mi papá, las casas de las novias de Ricky, pregunte aquí y pregunte allá porque tenían que partir, y que le tenían que dar la mitad. El problema era que Ricky ya no tenía qué darle a ese tipo porque ya habían vendido y repartido todo lo que se habían robado. Cuando ese sargento se dio cuenta, estaba ofendidísimo, buscándolo para matarlo, entonces él se tuvo que ir a los vuelos para Medellín.

En Medellín llegó a la casa de un hermano de mi mamá que tenía una panadería muy grande y allá se puso a trabajar, pero allá conoció a otros más malos que los de aquí y volvió y se enredó en la delincuencia. En la panadería ganaba una miseria y él estaba desesperado por plata porque la novia formal estaba embarazada.

Fue un 4 de febrero del 95 y me acuerdo muy bien, porque cuando yo recibí la noticia en la cárcel ¡ay! sentí cómo todos los sufrimientos se me amontonaron en el alma en un minuto. Ricky había salido de Medellín con unos tipos en un carro rumbo a Cali, fueron a hacer un asalto, coronaron la vuelta y se ganaron un mundo de plata. Ese mismo día por la noche se devolvieron para Medellín y Ricky venía manejando. Llegando al puente de la Parsimonia, le pegaron un tiro de gracia en la cabeza; todo porque necesitaban sacarlo del negocio y los otros poderse quedar con toda la plata. Fue un tiro mortal justo detrás de la oreja y ahí mismo lo botaron al río Cauca.

A los tres días una señora que estaba lavando en el río por ahí a la altura de Pisimbalá vio el cadáver flotando porque

los niñitos empezaron a decirle: –mamá ¡un cadáver, un cadáver!–. Y entonces ella cogió un palo y bregó y bregó hasta que lo atrajo hacia la orilla. Lo amarró a una estaca y ahí mismo se fue a dar aviso a la policía. Cuando llegaron y vieron que la señora lo había rescatado, uno de los tombos empezó a regañarla: “¡Eh!, qué problemita tan hijueputa con estas señoras, no pueden ver un cadáver flotando porque ahí mismo lo sacan. No entienden que identificar esta gente es un problema el verraco y que ya no hay espacio para tanto muerto allá en el anfiteatro. Déjenlos que se los lleve el río”. Pero la señora no se achantó y les dijo que identificar los cadáveres era obligación de ellos y que buscaran para ver de dónde era el pelado.

Resulta que Ricky hacía meses había perdido los papeles en la vuelta del robo de la mula, y por eso era que el sargento se había dado cuenta que él estaba involucrado en ese atraco. Pero los policías al no encontrarle los papeles se pusieron a esculcar el cadáver y como cosa de Dios le encontraron en el bolsillo un papelito chiquitico donde él tenía apuntado el teléfono de la pelada que tenía embarazada aquí en Buga. Si no hubiera sido por ese papelito, Ricky hubiera quedado como desaparecido, como un NN de esos que aparecen aquí en Colombia en cantidades, sin nadie que los reclame ni nada.

Cuando le avisaron a mi mamá, ella se fue con Adelaida y mi hermano Tomás para Medellín, a donde lo habían llevado para reconocerlo y ver si se lo podía traer para Buga. Adelaida entró y fue la que lo reconoció por los dedos de los pies y por la estatura de ese hombre que era inconfundible. Sin embargo, no lo pudieron traer para Buga porque había estado como tres días en el agua y ya estaba podrido; tampoco lo pudieron velar ni nada porque estaba a punto de explotar. En cuestión de una hora ya mi mamá había enterrado a su hijo más pequeño, que en realidad era mi sobrino.

XI

Melgar... mi Melgar

— **D**ígale a esa Negra granhijueputa que coma mierda, que no me esté jodiendo, dígame que se olvide de que le voy a pagar y que la pinte del color que quiera.

Fue todo lo que me mandó a decir después de estarme bananiando con una plata que le había prestado hacía como cinco meses.

Me fui caminando a la casa muerta de la ira pero también aterrada, porque yo sabía que no tenía mas remedio que mandarlo a matar, sobre todo porque si no, después todos me iban a querer ver la luz por el culo.

Yo siempre he sido una mujer muy seria en mis negocios, nunca le he quitado nada a nadie, ni nunca he sapiado a nadie. Por eso nunca tuve problemas con nadie; siempre respondí con los duros que me fiaban la mercancía y ellos sabían que yo entregaba cuentas derechas. Ni siquiera tuve problemas con los tombo cuando me pedían que les moviera la mercancía que decomisaban y que no entregaban a la fiscalía.

Siempre entregué cuentas serias, no sólo porque estoy convencida de que así se trabaja mejor, sino porque yo sé que si uno faltonea en este negocio queda marcando calavera porque se lo cobran a uno con la vida o con la de los allegados.

Pero así tiene que ser porque uno tiene que confiar en la palabra. La cosa es que nunca falta un hijueputa que se quiere hacer el vivo y si uno deja que lo faltonien una vez, todos los demás lo agarran de destrabe y se la lleva el putas porque no la vuelven a respetar. Eso es lo que lo obliga a uno a meterse en violencias sin querer.

Yo tenía negocios con un tipo, Oscar Libreros, al que le daba mercancía para que revendiera, o si le salía un cruce yo le prestaba plata. Teníamos palabra para los negocios, y una vez vino para que le prestara una mercancía que dizque ya la tenía realizada: —Negra, necesito que me haga una balona, présteme una merca y yo le devuelvo con un lichiguito de más.

Contenta le dije —Claro papi, tranquilo— y le presté mi mercancía. Quedamos en que me la devolvía como a la semana y apareció como a los dos días y me dijo que le prestara como cuatro millones de pesos y que me los iba a devolver con intereses y todo. Le dí todo lo que tenía en ese momento, esperanzada en que el negocio iba a salir bien, como siempre.

Pasó esa semana y luego un mes y ya llevaba como cinco meses bananiándome: que espérame, que no me han pagado, que esto y que lo otro, y yo aunque tenía putería lo seguía esperando a que llegara con la plata. Pero un día quedamos que seguro me iba a pagar tal día y no apareció; entonces le pedí a Adelaida que me cobrara y el único mensaje que recibo son semejantes vulgaridades. A partir de ese momento me empecé a cranear la idea.

Una mañana me levanté y le dije sin ningún agüero a Ricky
–Necesito que me consigás a alguien verraco para que me
haga una vuelta.

Como al medio día, estaba yo en la cocina y llegó Ricky
con dos pelados más y me dijo:

–Ahí te traje una pinta, se llama Oswaldo Melgar.

Y me asomo a la sala y lo voy viendo, con el distintivo con
el que lo iba a ver todo el tiempo mientras vivió: una gorra
con la visera para atrás.

Yo no le dije nada y me devolví y le dije a Ricky llevándome
otra vez hacia la cocina.

–No Ricky, yo te dije que me consiguieras un varón, un
tipo con güevas, ese güevón qué va a tener güevos para lo
que yo necesito.

–Me extraña, ¿cómo se le ocurre que yo le voy a traer un
güevón? Este es el propio para lo que usted necesita, dígame
que le pruebe y verá.

Ya me fui con Ricky para la sala y nos pusimos a charlar
con él. Tenía una carita de niño increíble, no muy alto, más
bien bajito y en ese momento tenía como 21 añitos. Hablaba
poco y tenía una tranquilidad pasmosa. Yo entre más lo mi-
raba y más charlaba con él, menos confianza me daba de que
pudiera hacerme la vuelta.

Le pregunté cuánto me cobraba, y como en ese tiempo eso
era barato, me dijo que 500 mil pesos. Me pidió los datos del
tipo y salí y se lo mostré. En eso quedamos y me acuerdo
como si fuera ahora que al salir me dijo:

–Tranquila, yo estoy de acuerdo en que a esas gonorreas
hay que sacarlas de circulación.

Al otro día por la mañana, llega Ricky con el periódico en
la mano y me dice:

–A ver ¿a quién es al que le faltaban güevos?

Entonces me mostró la foto del hijueputa de Oscar Libreros en el periódico; le había dado una matada increíble. Abracé a Ricky y me puse a saltar, muerta de la dicha: –bueno papi, pues traiga a su amigo por la noche para que arreglemos–, le dije. Llegaron como a las siete y media y aunque casi no nos conocíamos, nos abrazamos apenas nos vimos de lo contentos que estábamos. Él se reía y me preguntaba –¿Qué tal le pareció la vuelta?– Saqué la grabadora para la calle, nos sentamos los tres en el andén y nos pusimos a tomar aguardiente para celebrar la vuelta.

Me contó todos los detalles de la tumbada y después me contó un mundo de historias de robos, muertos y violencia en las que él había participado. Lo contaba con una picardía, con una gracia tan increíble, que nosotros llorábamos de la risa; es que contaba todo como si fuera una película.

Esa noche, como ya era tarde y estábamos tan tragueados, le dije que se quedara a dormir, que Buga se había vuelto muy peligrosa y que me daba miedo de que le pasara algo. Oswaldo se quedó a vivir conmigo desde esa noche.

Oswaldo Melgar Arias era un pelado muy pobre, pero venía de un hogar bonito, compuesto por tres hombres y como ocho mujeres. Todos estudiaron, pero las muchachas fueron las más preparadas porque fueron a la universidad; él era el más pequeño, buen estudiante, muy inteligente, pero el más loco de la casa, el niño.

Creció en el barrio Alto bonito, porque el papá se consiguió en esa loma un lotecito y allá se fue a vivir con toda la familia. Pero al señor nunca le faltó trabajo en la construcción y por eso les pudo dar el bachillerato a todos los hijos y por eso las dos hermanas mayores consiguieron trabajo y pudieron pagarse la universidad. Esa época era muy peligrosa

allá en ese cerro, vivía gente muy pobre, muy necesitada y los muchachos empezaron a meter mucho vicio ventia' o y por eso se volvió todo tan inseguro; allá en Alto bonito se robaban un hueco mejor dicho.

El problema es que los muchachos empiezan a meter bazuco; al principio consiguen sanamente los que trabajan, o pidiendo los que estudian, pero cuando se envician no los para nadie. Eso les agarra un desespero y ya no viven más que para el vicio.

Como no tienen trabajo porque la mayoría de los que empiezan a meter, una vez enviados pierden el trabajo y empiezan a robar primero en la casa, que el relojito, que el anillito, que la licuadora, que los tenis, a la misma familia y se vuelven unas lacras; entonces van y venden las cosas por cualquier peso para poder comprar el coso, o si no van con el jíbaro y le cambian las cosas por vicio. Yo hacía eso también, pero sólo si traían buenas cosas; no me enredaba con chichiguas ni maricadas.

Y cuando ya no pueden robar en la casa, empiezan a robar en la calle, se vuelven atracadores y se vuelven un peligro el verraco, porque ya matan por robar o se meten a la casa de los vecinos.

En ese medio creció Oswaldo y también los otros hermanos, pero sólo él se volvió loco. Empezó haciendo limpieza social: se consiguió un fierro y él solito empezó a matar a los viciosos. Los pistiaba, y en los parches, o en fumaderos de bazuco los levantaba; después siguió con los ladrones y todos los viciosos le cogieron miedo tenaz, le pusieron Peligro de apodo, lo veían pasar o algo y ahí mismo: –¡pilas, pilas que ahí viene Peligro!– y todos salían pagando escondederos. Entonces a raíz de eso ya lo fueron conociendo y se unió con otros a hacer fechorías de robos, pero lejos del barrio.

Evangelina, una de las hermanas de Oswaldo, que es estudiada, se fue a trabajar a Cartago con los Urdinolas que son unos mafiosos, los capos más importantes de Cartago,

pues al papá de ellos lo mataron en una cárcel en Bogotá. Por medio de ella le dieron trabajo a Oswaldo como sicario. Como era contadora, les manejaba los bienes y todo lo que tuviera que ver con cuentas. Pero para el arreglo de las cuentas pendientes logró que contrataran a Oswaldo y le dieron trabajo. Evangelina lo llevó y como él les probó finura, inmediatamente lo contrataron. En ese trabajo duró varios años, pero con el tiempo él se cansó de todo ese agite allá en Florencia y fue entonces que se retiró de todo eso y se vino otra vez para Buga, donde conoció a mi sobrino Ricky y a otros malandros y formaron su bandola. Sin embargo, Ricky nunca mató a nadie; el que hacía esas vueltas era Oswaldo y ninguno de los dos era vicioso; eran muchachos muy sanos y se complementaban muy bien para hacer sus locuras y sus fechorías.

Él y mi sobrino Ricky hacían una llavería tremenda porque Ricky era un verraco robándose esas mulas y Oswaldo no comía de ninguna para matar a cualquiera. Una vez, se fueron a atracar una mula: llegaron, le pusieron el fierro al chofer y cuando el tipo paró, lo bajaron, lo amarraron y lo metieron a la bodega del tráiler, entonces se vinieron manejando la mula desde Calima; venían enfierrados y contentos de haber coronado, pero cuando pararon en el peaje de Yotoco, el motorista empezó a gritar y a pedir auxilio. Los policías del peaje les armaron visaje y éstos ahí mismo empezaron a disparar y se formó la balacera más hijueputa. Ellos no tuvieron más remedio que bajarse de la mula y meterse por los matorrales y los rastrojales buscando la salida al río Cauca y los tombos persiguiéndolos, enceguedidos dándoles bala. Oswaldo y Ricky se tiraron al río y braceando llegaron a la otra orilla y allá los estaban esperando los tombos y los agarraron. Pero como siempre, cuadraron: se llevaron al

chofer para Cali, se quedaron con la mercancía, y les quitaron la plata a Ricky y a Oswaldo.

Después de eso los tombos se agarraron a ajiciarlos: que les tenían que dar plata y plata cada que les daba la puta gana; hasta que ellos tuvieron que hacerles la vuelta a los tombos. Una vez los citaron a Yotoco y les dijeron que les iban a entregar una plata que les habían pedido, y resulta que cuando ellos llegaron, y que dónde está la plata, y la plata fue que los encendieron a bala y los mataron, pero Ricky no, fue Oswaldo el que hizo todo eso porque era el más loco; Ricky nunca mató a nadie.

Después de todos esos problemas, nos cayó una sal horrible a todos nosotros: Oswaldo y yo nos caímos y nos llevaron a la cárcel a pagar un tarrado el hijueputa. Ricky se había ido antes de huida para Medellín y para nada, porque ligerito lo mataron.

XII

El oficio de sicario

Lo que más me impresionaba de Oswaldó era la tranquilidad y que no le comía a nadie de nada. Cuando empezamos a vivir, entendí que lo que él había hecho esa noche con Oscar Libreros era en realidad algo que sabía hacer muy bien; tenía una precisión y una finura para ese oficio muy tenaz. Los dos primeros meses de nuestra vida juntos fueron increíbles, nos la pasábamos encerrados conversando mucho, pero él no dejaba nunca el fierro, sólo lo soltaba para tener relaciones conmigo, pero lo dejaba debajito de la almohada.

Las noches no nos alcanzaban, alternábamos las relaciones con las anécdotas de todas las locuras que había hecho y todas las fechorías con una precisión y tanto lujo de detalles que aprendí a saber, oyendo el noticiero de Voces del Occidente o viendo el periódico, si los muertos que reportaban los había cometido Oswaldó.

Oswaldó Melgar mataba por negocio, mejor dicho, el negocio de Oswaldó Melgar era matar.

Para ese negocio de matar se necesitan dos: los que contratan y los que hacen la vuelta; pero la gente sólo habla de quien la comete, no hablan de los que contratan a los sicarios para matar, para cobrar las deudas por los negocios mal hechos. Pero esa es una falla, porque, téngalo por seguro, si existen los que venden muerte, es porque hay alguien que la compra, ¿sí o no?

Oswaldo empezó contratado por los Urdinolas, porque al principio él hacía limpieza social, pero ahí no le pagaban nada; en cambio cuando se fue para Florencia ya lo hacía por negocio. Es que Colombia es un país donde nadie tiene oportunidades ni siquiera estudiando; aquí le dicen *doctor* a cualquier hijueputa que tenga plata, y así usted tenga el título, si no tiene plata para descrestar, tiene que comer callado y por eso es que muchos muchachos se metieron al rebusque, trabajando de sicarios.

Los sicarios nacieron contratados por patronos para la seguridad y para cobrarle a los que se tuercen, y sinceramente hasta para ser torcido hay que ser derecho, tuérasele usted a un torcido y verá que lo dejan frío, y para eso se necesitan pelados y aquí lo único que sobran son pelados, aquí usted los encuentra para las que sea.

Cuando un muchacho está con un patrón, sabe que tiene que estar listo y cuando lo llama tiene que salir como volador sin palo y allá recibe órdenes: quién es el paciente, dónde lo encuentra y cómo lo tiene que matar, si necesitan que le saque información antes o si sólo necesitan acostarlo nada más. Casi siempre andan en parejas, el que da moto y el quiño, y tienen que ser llaverías porque en esas vueltas pueden perder la vida los dos, por eso se cuidan y se protegen. Oswaldo por ejemplo me contaba que cuando tenían que ir a matar a alguien, llegaban y pistiaban la persona dos o tres días hasta que la ubicaban, y apenas daba papaya, de una lo cogían y le daban bala. Había

otros que, claro, se los llevaban y los torturaban; eso era para obtener información, pero la mayoría de las veces los mataban de una. Muy pocos eran los que ellos torturaban, sin embargo llegó a contarme que despedazaban la gente viva, la amarraban y los abrían y les hacían cosas impresionantes, a mí casi no me gustaba que él me contara esas cosas porque me daba miedo.

Claro que también hay gente que contrata para que le tumben una culebra o un vecino o tipos ofendidos porque la mujer les faltonea y de una contratan quién le haga la vuelta.

Una vez Oswaldo me contó que un *man* le había pagado para que matara una pelada. Era la amante de él, pero ella le había faltado. Como siempre, planeó bien la cosa y la estuvo pistiando; era una pelada joven, tenía como 20 años y un domingo, él y el parcerero con el que siempre andaba se instalaron en una esquina y cuando la pelada salió de la casa, Oswaldo la llamó. Cuando la pelada lo vio a él y vio que le sacó el revólver, inmediatamente se le tiró a los pies y de rodillas le suplicaba: –por favor no me vaya a matar, no me vaya a matar–. Pero Oswaldo no comía de nada y ahí mismo le descargó todo el fierro en la cabeza, prendió la moto y se fue con el Flaco que era el que le daba moto.

Aquí hay una pelada que le dicen la Viuda negra, tiene como 28 años, es una pelada muy querida, y todos los pelados quieren andar con ella, porque está muy buena, y como se ha hecho la lipoescultura, cuando llega a los bailaderos todos la gallinacean pero de lejitos, ya que nadie se mete con ella porque les da miedo. Es que ella desde sardinita se metió con un mafioso, un duro de Tuluá, y ese tipo era casado, pero loco por esa pelada, aunque tampoco se separaba de la mujer sino que andaba con las dos. Y eso eran unos escándalos y unos agites de la vieja buscando a la peladita para insultarla y apar-

te él con sus negocios torcidos, total que ella se separó de él y le dijo que ya no quería más esa vida y que ya no lo quería. Ese tipo se puso como loco y peor cuando se dio cuenta que ella andaba con un profesor de un colegio muy bueno de aquí de Buga. Todo el mundo pensaba que ella tenía los días contados y que ya prácticamente andaba cargando tierra en el pecho, pero no, el mafioso al que mandó a matar fue al profesor. Después de ese profesor ella ha tenido cuatro novios más y a todos se los ha mandado a matar el mafioso. Él dice que nadie más que él puede quedarse con ella y por eso es que todos la gallinacean pero de lejitos y esa muchacha podrá estar muy buena y muy querida, pero los ojos de tristeza que tiene no se los quita nadie, y se ha ido varias veces de aquí, pero vuelve a parar a Buga porque ese tipo es incansable. Para vueltas así también contrataban a Oswaldo, y pues esos trabajos eran más sencillos que otros.

El problema es que los sicarios se acostumbran a matar y entonces llega un momento en que ellos ya tienen que salir a matar, quieran o no quieran, porque ellos tienen que ver sangre, les entra una ansiedad horrible y no la pueden controlar.

XIII

Respaldo y seguridad

Amí me daba miedo que él me contara todas esas cosas, yo a la larga también le tenía miedo, pero bueno, él conmigo nunca se portó mal, ni me llegó a golpear. Él era muy juicioso, me colaboraba mucho, me ayudaba a arreglar casa, hacer de comer, me lavaba las cobijas pesadas. Incluso tenía muchos detalles: como él era tan peludo y él sabía que a mí me daban asco los pelos y peor si estaban en la cama, se levantaba y templaba bien la sábana y en una coquita echaba un poquito de agua y se iba mojando la mano y la pasaba por toda la sábana hasta que, como los pelos se iban pegando en la mano, quedaba la sábana impecable, tenía muchos detalles, era muy lindo conmigo.

Para ser como era, tenía buenas relaciones con mis hijos, no se metía con ellos para nada, siempre estaba muy aparte y no intervenía nunca ni para mal ni para bien; mi hijo no se metía en la relación de nosotros, en cambio Daniela nunca lo pudo querer y siempre me reprochaba la relación con él. Una vez se fue a vivir con mi mamá furiosa porque yo le dije que yo no me iba a separar de él, porque él era mi seguridad y yo

lo amaba mucho. Yo creo que mi hija le tenía miedo, con ser que ni ella ni Adrián se daban cuenta de las cosas que él hacía, yo siempre oculté todo eso porque me daba pena de mis hijos, pero ella definitivamente nunca lo pudo querer.

Con él yo me sentía muy segura, nunca sentí tanto respaldo con un hombre como cuando estuve viviendo con él, ya no me sentía como tan sola sino que yo decía: estando con él a mí me tienen que respetar, ahora es diferente, ya nadie me puede venir a ultrajar, ni a robarme. Claro, ya los tombos no me venían a agitar tanto, porque sabían que él era también otro hijueputa, entonces ya con los tombos a metros, llegaban y me decían: –Negra mándeme la plata que para no tener que venir a ver a esa caspa hijueputa de Melgar–. Claro, ellos lo conocían. Ya a lo último yo mandaba la plata a ciertos lugares y entonces ellos ya no se arrimaban ahí, porque él era un problema. Cómo no lo iba a querer si era mi respaldo, mi seguridad.

En realidad Oswaldo era un pelado sano, odiaba el vicio y las drogas; sólo le gustaba un poco el trago y su sicariato, nada más, era un muchacho muy sano. Pero yo lo involucré y lo puse a que me ayudara a empacar y a vender. Los muchachos, los drogadictos le tenían mucho respeto; cuando llegaban y tocaban y mi loco les abría, les daba terror. ¡Es que salía a vender con el revólver en la mano, y lleno de visajes! Entonces por eso era que los muchachos me decían: –No, Negra, a tu casa ya no se puede ir a comprar porque ese hijueputa loco a toda hora con el fierro en la mano, no, no, abra a ese *man* de ahí y no lo ponga a vender–. Pero él era el que me ayudaba y me hacía respetar en ese tiempo; cuando ellos me hacían una cagada, él me cobraba. Su consigna era –si yo a usted no la hago respetar, la tengo que dejar y largarme para la puta mierda.

Como él tenía un odio especial por los viciosos, yo prefería contratar pelados para que me vendieran y que él no tuviera que estar pendiente de todo porque me daba miedo. Manuelito Contreras fue uno de los que me ayudó a vender mucho tiempo. Yo me había cambiado de casa y me vine a vivir a la carrera 7 de huida de los tombos porque a pesar de todo no me los podía sacudir. Empecé vendiendo por fuera, ambulante, pero como allí en esa casita estaba como más tranquila, puse a la vuelta la venta fija, pero no dejaba que me hicieran colas y prefería vender de noche. Un día le dije a Manuelito que por qué no me ayudaba a trasnochar, que le pagaba bien, pero que era bajo su responsabilidad, que si le caían los tombos y se lo llevaban yo no tenía nada que ver, y me contestó que sí. Ese muchacho era muy humilde y muy responsable, cuidadoso y serio, pero un día aparecieron dos tombos a los que yo les pagaba impuesto y les daba su vicio porque uno de ellos era vicioso: eran el cabo Cifuentes y el sargento Chávez y lo empezaron a pistiar y empezaron a agitarme la manzana. Entonces Manuelito me avisó: —Negra, esté pilas que andan el Cabo Cifuentes y Chávez en un carrito rojo, andan desesperados buscándote que porque necesitan una plata, yo les dije que de un momento a otro vos ibas a llegar.

Él me avisó y se devolvió para el negocio y cuando llegó a la esquina, los tombos habían estado buscándome y como no me vieron por ningún lado, entonces lo cogieron a él y se lo llevaron delante de todo el mundo.

A mí me entró mucha preocupación porque estaba sola, Oswaldo había salido en la moto a llevar una mercancía. Yo me asomaba y me asomaba por la ventana para ver si lo veía venir y en una de esas veo que desemboca, entonces me salí a la calle y veo el carro de los tombos y a Chávez que se baja con el revólver o no sé que era, pero en todo caso con un

arma en la mano y corre detrás de Oswaldo. Ahí mismo pensé ¡Dios mío, lo van a matar! Entonces lo jalé y lo alcancé a tirar adentro, a la sala, donde estaba Adrián viendo televisión. Tiré la puerta y nos abrimos a los lados, Chávez llegó y descargó todo el fierro delante de la puerta; ¡nos dio bala y salió muy orondo por en medio del gentío sin importarle nada! Y se fue en el carro.

Apenas pasó la balacera, yo me fui arrastrando llena de terror hasta el sofá donde estaba el niño. Adriancito, cuando vio que nos tiramos adentro, se tiró a un lado del sofá y se quedó quieto, afortunadamente, porque o si no me lo hubieran matado. Los tiros atravesaron el mueble donde él estaba, rompieron una persiana y volvieron mierda todos los adornos que teníamos.

Como al frente vivía un amigo que trabajaba en la Procuraduría, cuando él oyó ese alboroto, vino, se metió a la casa y le conté que casi me matan el niño, entonces él me dijo: –Negra, yo vi al cabo Cifuentes y a Chávez y si quiere yo le sirvo de testigo; a usted nadie tiene por qué venir a darle bala aquí a la puerta–. Yo no quería que se fuera a hacer más grande el asunto porque tenía mucho miedo, pero ya la gente, los vecinos llamaron la policía; cuando llegó la radio patrulla y que qué había pasado, yo no quise salir, no quise abrir la puerta, yo no abrí la puerta.

Cuando Manuelito vio que Chávez se bajó del carro con el arma en la mano se imaginó lo peor, el dizque se dobló y puso la cara encima de las rodillas para no ver nada, por eso sólo oyó la balacera tan tremenda. Cuando Chávez subió al carro y le dijo a Cifuentes: –Vámonos, marica, que nos vio mucha gente–, se le pusieron las güevas de corbatín porque creyó que con él no iban a fallar. Pero qué va, a Manuelito lo mataron mucho después por vicioso, pero como siempre no se sabe quién; pero esa noche Cifuentes y Chávez se llevaron a

Manuelito por el lado del hospital y le dijeron: –andate, sapo hijueputa, y no vas a decir nada que vos ya sabes cómo es la vuelta–. Entonces Manuelito salió corriendo muerto de miedo y se metió, de una, a la casa de él y no volvió a salir en muchos días. Todo esto me lo contó como al mes.

Para nosotros, la película fue más larga porque al otro día de la balacera, volvió el cabo todo borracho como a las 11 de la noche a tocarme la puerta y me decía: –Abríme Negra, abríme que soy el sargento Chávez, yo no tengo nada con vos el problema es con el hijueputa de Melgar–. Yo no le contestaba porque tenía mucho miedo; ahí sí me dio mucho miedo porque yo sabía que él tenía terror de que nosotros los fuéramos a aventar. –Abríme Negra, abríme que yo no te voy a hacer nada– repetía dándole y dándole a la puerta, y ya cansado salió y se fue porque nosotros ni siquiera contestábamos, y al momentico llegó otra vez la policía y esa noche estuvieron ahí estacionados pendientes de nosotros.

Al otro día vino gente de Cali a investigar el problema porque todo mundo fue testigo de que eran policías los que me habían hecho ese atentado. El caso pasó a la fiscalía porque tenían todas las pruebas. Entonces, por tanto testigo y por la presión del amigo de la Procuraduría, nos vimos obligados a demandarlos. Esa misma semana mandaron un investigador de Bogotá porque eso era un problema disciplinario o... no me acuerdo cómo fue que dijeron, pero el caso era que ellos no tenían por qué venir a actuar así dándole bala a uno.

Ellos de todas maneras comenzaron a pistiar a Oswaldo y en la misma semana le hicieron otro atentado y en esa misma cuadra, en toda la 7 con 7 le alcanzaron a pegar un tiro en la cara. Chávez se fue con otro policía que fue el que le dio moto y cuando lo vio se le fue encima y le disparó, sólo uno de los tiros le dio en la cara a Oswaldo y no lo mató porque él se agarró con

ellos: cuando él vio que Chávez le iba a disparar, se le tiró al tomo encima y lo bajó de la moto y por eso hizo los tiros al aire, pero uno le resbaló por la cara. Oswaldo quedó ciego como de la pólvora, del destello, yo no sé, y se tiró al suelo y Chávez se subió a la moto con el otro tomo y se fue. Después Oswaldo llegó a la casa, abrió la puerta y me dijo: –mami, me va matar, me va a matar Chávez–. Entonces volvimos y llamamos a la policía. Al rato llegó un mayor de la policía y nos preguntó cuál era el problema, nosotros no le dijimos que era que nosotros vendíamos vicio ni nada de eso, yo le dije una y otra vez que no entendía por qué ese tipo quería matar a mi marido, que no sabíamos y que no sabíamos por qué.

El mayor nos miraba y nos miraba y a lo último dijo: –Si fue Chávez el que le hizo el atentado a su esposo, lo hizo de civil porque él está prestando en este horario un servicio de vigilancia en el hospital; si ustedes son verracos vayan al hospital ahora mismo y lo reconocen.

Y así fue, llegamos al hospital y cuál no sería la sorpresa de ese policía cuando yo llegué con Oswaldo, pues él creía que lo había matado. Nosotros llegamos en un taxi y él estaba de espaldas pegado a la reja vestido igual; entonces yo le toqué el hombro y le pregunté por el Dr. Erick Martínez: Oswaldo tenía la cara tapada con una toalla y yo era la que gritaba ¡por favor, necesito al Dr. Erick Martínez para que atienda a mi esposo que viene herido, ayúdeme por favor! El tomo se quedó helado y me dijo: –espere un momentico–, y salió pitado por ese pasillo y nosotros nos montamos en el mismo taxi y vinimos y le dijimos al mayor que sí, que él era el que le había hecho el atentado a mi marido.

A ellos no los echaron inmediatamente, sino que comenzaron a investigarlos hasta que echaron al sargento Chávez

porque se dieron cuenta que él era un mal elemento; por ahí vive pobre y llevado del verraco porque lo echaron de la policía sin prestaciones ni nada y nosotros nos tuvimos que ir un tiempo de aquí de Buga.

Ya estando detenida en Tuluá, salimos un día con un permiso de 72 horas y llegamos a la terminal a esperar la buseta para venirnos para acá para Buga, y cual no sería el susto de nosotros cuando vimos al sargento Chávez. Inmediatamente lo reconocimos, salimos corriendo y nos escondimos hasta que él se nos embolató y en un descuido nos montamos en la buseta y nos vinimos para Buga y nunca, ni jamás, lo volvimos a ver.

Pero esas son culebras que quedan sueltas porque es gente que se queda llena de resentimiento porque lo destituyeron; en cambio a Cifuentes lo ascendieron y lo mandaron para Cali. Uno tiene que cuidarse porque no se sabe.

Pero ahí quedó el caso, nunca más volvió a perseguirnos ni nada. Y a Manuelito lo desaparecieron, él era un tipo que toda la noche fumaba bazuco y toda la noche trasnochaba; un día lo cogieron ahí en la 7 con 5 y se lo llevaron. Nunca ni jamás volvió a aparecer, no dejaron sino la bicicleta y a él se lo llevaron, se quedó desaparecido, no pudimos saber a dónde tiraron al pelado.

XIV

Loco, enfermo por matar

Los sicarios que yo conozco actualmente, que son amigos míos, trabajan para los patrones narcos, porque como le digo, en estos negocios los contratos se firman en la piel de los socios, por eso el que faltonea pierde el año. Eso lo sabemos todos los que trabajamos en esta línea: que hasta para ser torcido hay que ser derecho, tuérasele a un torcido y verá que lo deja frío. Y para eso es que sirven los sicarios, para cobrar con la vida a los que no pudieron pagar con plata.

El Chino, un amigo mío, es un hijueputa, es un enanito, pero es un hijueputa para cobrar las deudas de cuando te roban tu plata o tu mercancía. Aunque él tiene su propio patrón, de todas maneras, si alguien tiene un problema lo manda a llamar y le dicen: “necesito que me haga esta vuelta, ¿cuánto me cobra? Y así, él va cobrando y matando, ese *man* tiene agallas para las que sean.

En cambio, hay algunos que tienen sus agüeros, Diego Mallarino por ejemplo, no mataba mujeres porque él decía que esa era una sal la hijueputa. A él ya lo mataron.

Ese pelado comenzó muy jovencito, robando y atracando y resulta que en una caída a la cárcel, él conoció a unos Paracos y ahí mismo les pidió trabajo; cuando salieron de la cárcel ellos le dijeron que les tenía que probar, y probar es que a usted le dicen: –vaya y máteme a Fulano de tal–, y si usted lo mata entonces ya consigue trabajo; así fue como ese muchacho se volvió un sicario de los Paras. Pero por su cuenta le dio por matar a todos los ladrones y a los viciosos de aquí de Buga. Él se iba para allá para la Bombonera y allá mató a la Cucaracha y al marido; los pilló soplando por allá tarde la noche y les dio a los dos; él fue el azote de los viciosos del Parque de la Revolución, allá mató un poco, sólo se escaparon dos, pero heridos, y uno de ellos anda con sonda. Le cogió un odio a los viciosos y se puso a hacer su limpieza social; era muy tenaz porque él vivía con una cucha que era jibara y ella lo mantenía con la plata de la venta de vicio. A ella le iba muy bien y él disfrutaba de esa ganancia, entonces por eso uno no entiende.

Se especializó en matar ladrones de motos: muy extraño porque él empezó robando motos y de hecho mató un amiguísimo de él, que había sido su parcerero, y compañero de fechorías de robos y después dándole moto para sus asesinatos. Un día lo mandó a llamar a la 7 con 14 y ahí mismo lo encendió y lo mató; después de eso todo el mundo le cogió mucho pavor y él decía: –Voy a limpiar a Buga de tanta lacra.

La gente empezó a llamarlo “Tiro loco” o “Chicharrón” porque se había vuelto malo; malo pero ya por esas épocas me decía: “Es que el día que yo no veo sangre me siento muy mal”. Ya no podía estar tranquilo, ya tenía el dedo eléctrico y se le volvió una obsesión. Lo único que no mataba eran mujeres a menos que fueran viciosas, no las mataba porque decía que “eso era una sal la hijueputa”. Los Paracos vinieron a hablar varias veces con él, porque esas acciones los des-

prestigiaban mucho a ellos; pero él ya se les había salido de las manos y por eso lo ajusticiaron, le pegaron una matada la verraca por el lado del Carmelo, no le duró el reinado sino como cuatro años.

Es un poco lo que le pasó a Oswaldo, empezó haciendo limpieza social en Alto bonito, sus objetivos eran los ladrones pero lo que más odiaba en la vida era a los viciosos y se enredó conmigo y me ayudaba a vender vicio, pero se volvió tremendo, malo. Al principio también le pagaron por matar, pero ya después, andaba deshilachado, matando gente.

Ser mujer de un sicario es algo muy triste porque después de que él salía a hacer sus vueltas y sus matanzas llegaba con mucho miedo y le cogían unos insomnios pavorosos: no podía dormir y no consentía que yo intentara apagar la luz. Cuando eso sucedía, empezaba a ver cosas: veía a las personas que había matado pidiéndole que no los matara y empezaba a gritar angustiadísimo: –mami, mami, prenda la luz que ese tipo me va a ahorcar, me va a ahorcar–. También cuando lograba pegar los ojos lo asaltaban tremendas pesadillas, se despertaba y me decía –mami, mami, ayúdeme que me van a matar, me van a matar–. Yo despertaba y le decía: –pero ¿quién, quién lo va a matar?– Y él se sobaba la cabeza y me decía: –uy pues ese tipo que maté tal día me está persiguiendo, me quiere ahorcar–. Yo le decía que seguro eran los espíritus de las personas que mataba y que torturaba. Era muy triste verlo en ese estado y pasábamos noches muy intranquilas; entonces sólo se calmaba cuando se ponía a contarme.

Muchas veces llegando de sus vueltas me contaba, me decía: –mami, cómo te parece que tuve que ir a hacer tal cosa, y la gente si vieras, cómo se me arrodillaba y me pedía que no los matara, y tenía que matarlos– y ya después se queda-

ba fresco; pero hubo casos que lo atormentaron mucho. Por ejemplo una vez lo mandaron a hacer una vuelta a Cali junto con otros tres, porque el tipo que iban a matar era un abogado, un duro que se había torcido; pero era un bravo y ellos decían –¡uy está hijueputa matar ese *man*, tenemos que ir bien acompañados, porque uno no sabe!

Les dieron todas las señales y se fueron a pistiarlo, Oswaldo era el que tenía que matarlo y subió con otro a la oficina del tipo que quedaba en un cuarto piso, se anunciaron con la secretaria y el tipo dijo que sí, que podía pasar. El otro muchacho se quedó con la secretaria y Oswaldo entró y de una se le arrimó y empezó a dispararle, pero el tipo alcanzó a prendérselo de la ropa. Oswaldo le disparó y el tipo, seguro de la angustia y como protección para no perder la vida, se le aferró y Oswaldo no se lo podía zafar. El otro entró por los gritos de Oswaldo que empezó a decir –Germán, Germán quítame este hijueputa–. Es que le disparaba y le disparaba y el tipo no se soltaba. Al otro le tocó matar a la secretaria porque ella vio todo. Entonces ya salieron y se subieron a las motos que los estaban esperando abajo. Después le mamaban gallo y le decían: –¿de qué sirve darle fierro con silenciador si este hijueputa solito empieza a hacer el escándalo?

Uno no entendía cómo un tipo que tenía tantas agallas, que era un verraco para matar y que era tan tenaz, esas cosas lo descompensaran tanto; eso le generó un miedo horrible, el recuerdo de esa situación lo atormentaba mucho, porque él decía: –ese tipo se me pegaba como si yo le pudiera devolver la vida–. Ese es el problema, porque el hueco que deja la vida una vez arrancada no lo llenan sino los fantasmas.

Pero conforme pasó el tiempo, ya no eran sólo sueños o pesadillas o recuerdos, sino que cosas que él vivía: una vez

después de almuerzo nos fuimos al banco a hacer una póliza para cobrar una plata que me debían y, como tenían que pedir autorización, nos mandaron a una oficinita al segundo piso y entramos tranquilos y de repente Oswaldo me dice: –mami, la espero allá afuera que no me siento muy bien–. Cuando salí él estaba sentado en las escaleras pálido, bañado en sudor. Entonces yo le dije: –Papi ¿qué tiene, qué pasó?.

–Mami es que la muchacha que te atendió es la misma que yo maté hace como un año–. Entonces yo voltié a mirar y yo veía a una señora y le decía –no papi, no es una muchacha, es una señora–. Se empezó a desmadejar y me decía: –No me alegue mami, que yo reconozco muy bien a la gente que he matado–. Esa vez me tocó llevarlo en un taxi y qué problema tan verraco para estabilizarlo. Lo acosté en la cama y se le salían las lagrimas y yo le decía que se tranquilizara y entonces me contestaba: –mami, pero cómo me viene usted a decir, mírela allí, yo la estoy viendo–. Nunca supe por qué fue que la mató, pero debió ser muy horrible para que se pusiera así, o también que hay espíritus más fuertes que vuelven y yo creo que el espíritu de ella se le había posesionado.

Por temor a los recuerdos se aplacaba por temporadas, pero después volvía a sus fechorías. Él tenía una trayectoria muy larga, él había matado a mucha gente y por más que en sus épocas de crisis se arrepintiera y dijera que no le iba a volver a quitar la vida a nadie y que se iba a regenerar, el día y a la hora menos pensada salía a hacer sus vueltas.

Un día estábamos con unos amigos en la casa y de pronto yo lo vi que empezó con el desespero; parecía perro con gusanos. Entró al cuarto, se puso su ropa, todo de negro, cogió su cachucha y le dijo a su parcerero: –Caminá, ¿vamos a ver qué nos encontramos?–. Y el que le daba moto era otro hijueputa igual

de malo. Yo me quedé ese día en la puerta diciéndole: –cómo que “a ver qué nos encontramos”, vení Oswaldo ¿para dónde vas?– Y ahí me quedé en la puerta. Ellos salieron y justo en la 11 con 9, al primero que se encontraron fue a un pelado y le dieron.

Al otro día en el periódico apareció la noticia, que habían matado a un muchacho sanísimo, que trabajaba y estudiaba y lo habían ultimado a bala, y a Oswaldo le volvía y le entraba el arrepentimiento, y empezaba a preguntarse: –¿pero por qué yo tenía que matar ese muchacho?, ¿por qué?– Y lo mismo a su parcerero. ¿Pero qué podían hacer? Oswaldo por ejemplo ya se había vuelto loco, enfermo por matar, entonces cuando él llegaba y me decía: “mami, no apague la luz” yo ya sabía que se iba a poner mal.

En esas circunstancias yo optaba por abrirle la Biblia y le colocaba siempre un escapulario verde debajo de la almohada. Él me decía que era la única forma en que podía dormir, porque veía que esa gente lo apretaba, que lo quería matar.

Andaba en la casa todo el tiempo con el fierro en la mano, cualquier ruido y ahí mismo apuntaba, y pilas. En la calle ningún carro se le podía acercar, porque él estaba seguro de que lo podían quebrar y por eso me decía: –mami, qué miedo el día que me lleguen a matar, pero el día que me vengán a hacer algo, que me vayan a llevar para torturarme, yo no me dejo llevar para ningún lado, a mí me tienen que matar donde me cojan–. Vivía en una zozobra horrible, yo sabía que eso no era vida para él y yo era consciente, con todos los casos de sicarios que he visto, que lo iban a matar tarde o temprano.

A mí de todas maneras el oficio de sicario me parecía muy verraco, tener agallas para hacer todo eso, porque él no se drogaba para salir a matar, ni se encomendaba a Dios, ni nada;

él salía a hacer sus vueltas en todos sus cabales y no se la perdonaba a nadie. A él, el que se la comecía, se la pagaba.

Una vez se estaba alistando para ir a entregarme un domicilio, porque él me ayudaba a vender vicio, y justo cuando iba a salir sonó el teléfono y era Nubia, una muchacha que había sido novia de él y le preguntó que si podía salir, que necesitaba hablarle urgentemente. Como él era tan esquivo, le empezó a decir que le dijera por teléfono de qué se trataba y ella insistiendo en que tenía que ser personalmente. Pero cometió un error: –¿con qué ropa andás vestido, para ponerte cuidado?– le preguntó; entonces él mintió y le dio datos de una ropa distinta. No le dijo la verdad, quedaron de verse justo en la 11 con 9 donde él había matado a ese pelado sano. Pero él, receloso, me dijo: –mami, me da la impresión que esta vieja me está jalando para algo raro. –Tranquilo papi, deje de estarse imaginando cosas–, le contesté.

En esas llegó mi cuñada Stella, la novia de Ricky y Oswaldo le pidió que lo llevara en la moto de ella a entregar el domicilio, pero que pasaran antes para ver por donde tenía que verse con la pelada. Bajaron por toda la 11 y en toda la esquina vio a tres tombo y a ella por ningún lado; entonces se abrazó a mi cuñada y se echó sobre la cabeza la cabellera de ella y pasaron. Entregaron el domicilio y le pidió a ella que lo dejara en la 12, en Los tinajeros, a una cuadra de donde lo estaban esperando, y se puso a pistiar a los tombo cuando vio que llegó Nubia y se puso a hablar con ellos. Entonces él se asustó mucho y se vino ligerito, ligerito y cogió la 8 y cuando llegó a la 7 con 8, ahí lo pillaron tombo y se agarraron a bala, pero a ninguno le pasó nada. Cuando él vio a los tombo arrancó a correr y los otros empezaron a dispararle, pero Oswaldo brincaba y daba vueltas como trompo respondiendo a balazos.

Los tombos no se pararon a masacrarlo porque apareció el gentío a novelerar. Llegó a la casa y me dijo:

–Mami me iban a matar

–¿Quién te iba a matar?

–Los tombos mami, y Nubia se prestó para la cacería–, me contestó.

A partir de ese momento se le olvidaron los fantasmas y las pesadillas y empieza la odisea de él con esos tombos, porque no descansaba pistiéndolos para matarlos; pero a ellos los trasladaron a los pocos días y él se quedó todo resentido con Nubia y me dijo: –yo, lo que es, mato a esa hijueputa por sapa, ¿cómo es que me viene a jalar, dizque para hacerme matar y yo sin saber ni por qué?– Entonces le montó cacería y la pistió cerca de la Galería y se fue solo en la moto y la mató sin compasión. Él era tremendo, no comía de ninguna. –A mí el que me la hace me la paga, porque yo soy un hijueputa–, decía.

–Pero papi, ¿a usted no le da miedo? Mire después cómo se pone.

–No, porque ella es una sapa, ¿cómo es que me viene a sacar para meterme en la boca del lobo? Lo que me da miedo es que me iban a matar en la misma parte donde maté al pelado, ahí me iban a matar, ahí me la iban a cobrar.

Pero como le digo, no comía de ninguna y el que se la cometía o se la hacía, se la pagaba. Incluso, una vez tuvo un problema con un hermano de él y ni corto ni perezoso también le pegó sus tiros y lo dejó herido. Cuando el papá se dio cuenta, se enojó mucho y vivía muy resentido con él; pero después ya le perdonaron eso y él volvió a la casa y la mamá lo quería mucho, pero también sufría mucho de ver todas las locuras y todas las cagadas que él hacía. Todo por esa obsesión de matar que mantenía, era su única satisfacción verdadera, pero después de que

ELIANA CÁRDENAS MÉNDEZ

mataba sentía mucho miedo, no podía dormir, era desesperado.
Lo mismo que él hacía, después le daba terror.

Isabel Ventura

Lo más horrible de la violencia es que somos las mujeres las que más perdemos, perdemos a todos nuestros hombres: primero a los maridos, los hijos y los hermanos, después a los que terminan siendo nuestros porque nos los arrebató la muerte, desde un amigo hasta un vecino. Por eso digo que perdemos todo las mujeres en esta violencia; pero también tengo que decir que las mujeres somos capaces de tolerar las infamias más grandes si los asesinatos y las canalladas son cometidas por nuestros hijos o nuestros maridos, incluso. Ese es un dolor muy grande, sobre todo cuando el hermano asesinado de una mujer, termina siendo el hijo de uno.

XV

Muerte de Sebastián

La Negra

La mayoría de mis hermanos fueron unos guaches igualitos a mi papá y salvo mi hermano Arturo y mi hermano Tomás, los demás vivieron pegados a la cola de los negocios de mi papá. Se fueron rápido de la casa, huyendo del maltrato de él, pero a maltratar y a llenar de hijos a las mujeres con las que hicieron vida, sin lograr desprenderse jamás de la casa.

Sólo trabajaban con él por épocas, o porque no aguantaban el trajín o porque eran unas hijueputas chuchas que a la larga no servían para nada, un montón de patanes y borrachines.

El que más aguantó el trote fue mi hermano Sebastián, porque era el que le atendía la carnicería en Ingenio Pichichí y eso le daba cierta independencia. Buen hermano, no se metía con nadie; incluso, fue el único que insistió en que Ofelia, mi hermana la maestra, merecía que le dieran la oportunidad de ir a la universidad. Gracias a que estuvo terco y terco, mi papá accedió a pagarle los estudios. Una gran hazaña, porque para ese viejo las mujeres sólo ser-

víamos para tener hijos y limpiar casas. Como le digo, era un hermano tan especial que gracias a él en esta familia tenemos una universitaria.

Las dificultades entre nosotros comenzaron porque Sebastián vivía ofendido con mi trabajo; después de los problemas que yo tenía con la policía, en vez de defenderme o ayudarme, siendo que yo, a diferencia de todos ellos, era la que mantenía a mi mamá y mantenía la casa, venía a armarme unos despelotes los verracos: que granhijueputa guaricha, que ojalá que te metan una levantada bien hijueputa a ver si así dejás de vender esa maricada, me decía. Pero lo que son las cosas, cuando Sebastián se puso más agresivo fue porque estaba metiendo vicio y no sabíamos.

Cuando Oswaldo Melgar y yo empezamos a vivir, Sebastián no se volvió a meter conmigo, pero llegaba a gritar a mi mamá lleno de odio y de rabia sin uno saber por qué; ya no trabajaba ni nada y llegaba a comer a la casa como si tuviera derecho: –Servíme, pues, ole, ¿o es que no hay nada de comer en esta malparida casa?–. Así pedía las cosas. A lo último ya se descaró, llegaba a armar el coso al comedor y delante de mi mamá se lo fumaba, y ella pobrecita, no le podía decir nada de miedo a que le fuera a tirar o le fuera a hacer daños en la casa.

Destilaba odio. No me explico como llegó a convertirse en el hombre más lleno de odio que he conocido en mi vida, ni la razón por la cual me lo descargó todo a mí y después a mi hermana Ofelia. Increíble, si uno tiene en cuenta la época en la que nos llevábamos tan bien. Tal vez fue desde ese día que no lo dejé entrar a la casa, pero es que yo sabía que venía a joder a mi mamá otra vez; fue por defenderla a ella, porque Isabel Ventura se la ha pasado quejándose toda la vida, pero ahí sigue

poniéndose de trapeador. Quise protegerla, porque como mi papá estaba tan enfermo por esa época, Sebastián creía que podía ponerse la casa de ruana.

Yo estaba viviendo como a cuadra y media de la casa de mi mamá, por eso oía los tropeles que armaba el mono Sebastián; yo no me metía y sólo arrimaba cuando ya las cosas estaban calmadas. Un día pasé a visitarla aprovechando que Melgar no estaba y que había salido a hacer unas vueltas a Cartago, cuando vi por la ventana que venía Sebastián todo drogado; me envalentoné y no le abrí la puerta, ni dejé que mi mamá le abriera. Y qué problema tan hijueputa, porque el otro se agarró a pistiarme con un machete en la esquina de la casa y a gritarme vulgaridades y a jurar que ese día me iba a matar a mí o a Ofelia. Así que tenía un problema afuera y otro adentro porque mi mamá llorando y quejándose de que pobre muchacho, que sin comer ni nada: –hijueperra sumbambica, no me volvás a dar nada si después te lo cobrás de esa manera– insistía ella.

Yo sólo le contestaba: –usted que le abre la puerta a Sebastián, y olvídese, porque aquí nos mata a todas con ese machete; además, ¿cuál muchacho, un hijueputa de 43 años? No, Isabel Ventura, usted sí está muy jodida.

Se pasó todo un día sin dejarnos salir porque apenas veía que medio abríamos la puerta, venía corriendo a tratar de meterse.

Isabel Ventura

Hacia como un año largo que me habían matado a Ricky y todavía traía la pena al rojo vivo; no me creía capaz de soportar la pérdida de otro hijo. Pero la vida seguía su curso y no dejaba mucha escapatoria: la una vendiendo bazuco y el otro fumando. Aunque él no le compraba su vicio a la Valentina, de todas maneras, era un vicioso y a mí me daba mucho desconsuelo porque yo pensaba que había muchas madres como yo, sufriendo de ver a los hijos perdidos en la droga, por eso yo me aguantaba lo que Sebastián me dijera, porque algo tenía yo que pagar por no haber podido lograr que ella trabajara honradamente. ¿Por qué tenía que tener más privilegios con ella, que era la que vendía, que con el otro que era el que consumía? Esta casa es de todos mis hijos, para eso trabajé duro y decentemente.

La Negra

Eso fue como un miércoles, y por el día sábado llegó Melgar y lo primerito que hicieron los vecinos fue contarle que Sebastián me había amenazado. Yo me asusté cuando él entró al apartamento y me preguntó: —¿así que estuvo secuestrada en la casa de su mamá?—. Como yo lo conocía y sabía que no consentía nada conmigo, le dije que no parara bolas, que él sabía cómo era Sebastián cuando estaba drogado.

Melgar se bañó, almorzó y durmió toda la tarde, por la noche ni siquiera se asomó a la calle, comió y estuvimos viendo televisión y volvió y se quedó dormidito en el sofá.

Por eso yo me tranquilicé cuando se pasó para la cama y tuvimos relaciones, felices como siempre. Dormí muy tranquila.

Isabel Ventura

Como mi esposo ya estaba tan enfermo casi no salía a la calle, sólo se la pasaba al pendiente de unos marranos que teníamos en la parte de atrás de la casa. El único que le ayudaba y que medio hablaba con él era Sebastián, y eso a pesar de que se había vuelto tan vicioso. Ese domingo se levantó tarde y cuando Rogelio lo vio, le dijo: –mijo, desayune ligerito para que me vaya a traer una aguamasa para los marranos–. Él terminó, cogió los baldes y salió. Yo me quedé limpiando un arroz para el almuerzo. Cuando al momentico, ni siquiera había acabado con ese oficio cuando oí los balazos. –¡Ay! Dios mío bendito, ¿a quién le habrán quitado ya la vida? fue lo único que atiné a decir–, y dejé la olla en la cocina y me busqué la salida para la calle.

Cuando me asomé, vi el gentío que corría, entonces vi a Rogelio y me le fui detrás secándome todavía las manos con el delantal, cuando veo que se devuelve tambaleándose como borracho y agarrándose la cabeza me empezó a gritar: –¡Isabel, Isabel, nos mataron un muchacho, Sebastián! Sebastián, mi pobre muchacho.

La Negra

Yo me desperté por el ruido de una quebrazón de platos que venía de la cocina; abrí los ojos y me di cuenta que Melgar no estaba. De una me levanté y cuando llegué a la cocina vi a Adrián recogiendo pedazos de loza. Por eso, cuando dicen que sonaron los disparos yo no oí nada, todavía estaba como embotada. Pero oí el griterío de la gente y me asomé a la calle en levantadora. Me quedé tratando de ver a Adrián, y como no lo veía por ninguna parte, me fui detrás de los que iban a novelear. Cuando iba llegando a la esquina, empecé a oír que decían “mataron al Mono, mataron al mono Sebastián”. A mí me dio una impresión horrible y me devolví, no fui capaz de verlo en el suelo. Me da terror ver a la gente cuando la han matado.

Isabel Ventura

Rogelio no me dejó llegar hasta donde quedó mi muchacho. Él y mucha gente me arrastraron para la casa. Todos decían: –no, que doña Isabel no lo vea, ¡por Dios, pobre madre!–. Yo gritaba: ¡por qué, Dios mío, déjenme ver a mi muchacho, qué mal te he hecho Dios mío, ¿hasta cuándo, hasta cuándo?!

Después llegaron mis otras hijas, mis nueras y mucha gente diciendo que fueron unos policías los que lo habían matado, que eran los de las campañas de limpieza social, que son los que se pasan el tiempo matando viciosos, que habían pasado en una moto y me le pegaron no sé cuantos tiros en el pecho y en la cara. Y yo me preguntaba a grito pelado: ¿con qué derecho Dios mío?, ¿por qué los policías son tan asesinos en este país?

Pero yo me acuerdo que cuando llegaron a hacer el levantamiento entró corriendo Tomás, mi hijo menor, pidiendo una peinilla: –présteme una peinilla–, le decía al papá, –présteme una peinilla que necesito salir a arreglar una vaina–, gritaba como loco.

Todos tratábamos de atajarlo y salió corriendo de la casa, pero se fue directo a la casa de la Negra y agarró la puerta

a patadas y se estrellaba contra la puerta gritando: –decile a ese hijueputa que salga para que nos matemos.

Entonces me di cuenta que a mi muchacho lo mató ese marido de la Negra: –Hijueputa chucha arrastrada, ¿por qué me tenía que matar a mi muchacho?–, gritaba por dentro, porque no me atreví a decir nada a nadie, ni siquiera a ella. Jamás le he dicho nada, pero no se lo voy a perdonar nunca, porque para mí, los dos mataron a Sebastián.

Por eso digo que la violencia de este país me alcanzó, porque en este país es implacable. Nadie puede decir en Colombia que no sepa lo que es la violencia, porque a todo el mundo le ha tocado su poquito. Pero con nosotros se ha ensañado, porque cuando ya se empiezan a matar los de la familia estamos en los mismísimos infiernos.

La Negra

Pero Adrián sí oyó los disparos porque había salido a botar los vidrios al tarro de la basura que ya estaba en la calle, por eso salió corriendo hacia el lugar de donde provenía el tiroteo, por eso alcanzó a ver a Melgar cuando se cayó de la moto. Me dijo que cuando se levantó Melgar lo miró con mucha extrañeza, como sorprendido de verlo aparecer tan rápido, pero que se había levantado y había salido corriendo como alma que llevaba el diablo dejando la moto de Daniela en el suelo. Cuando mi hijo llegó a la esquina, vio el bulto a la media cuadra, se acercó y reconoció a Sebastián que ya estaba tirado boca arriba, en un charco de sangre con los ojos abiertos. Entonces se devolvió a la esquina, levantó la moto, y se fue a esconderla a la casa de unos amigos, lejos de allí.

Cuando yo me devolví para la casa, Melgar estaba recostado en la cama con la cachucha puesta, y ahí mismo, me di cuenta que él había matado a mi hermano.

—¿Qué pasó?—, le dije. Y entonces me contó: —Lo vi por la ventana cuando pasó con los baldes en la mano, me puse la camisa y los zapatos, cogí la gorra, me subí a la moto y lo alcancé. Cuando lo tuve cerquita le grité ¡Quiubo Mono! Él me volteó a mirar y me contestó: ¡Quiubo hijueputa! Y ahí de frente le metí sus cinco pepazos. Pero al llegar a la esquina para voltear para acá, no me explico cómo, me resbalé, y cuando me estaba levantando vi a Adrián. Entonces preferí dejar la moto y salir corriendo; le di la vuelta a la manzana y me metí a la casa que, afortunadamente, tenía la puerta abierta.

—Pero ¿por qué lo mató, papito?

—Porque con usted no se puede meter nadie, porque yo a usted la quiero mucho y si yo no la hago respetar, entonces me tengo que largar para la puta mierda—, me contestó.

Después llegó mi hermano Tomás a darle patadas a la puerta como loco, pero nosotros no salimos y nos quedamos encerrados todo el día.

De todas maneras, yo nunca le dije a mi mamá la verdad; afortunadamente ella está convencida de que a mi hermano lo mataron unos tombos de los que hacen limpieza social, pobrecita, mejor que crea eso porque la verdad es mucho más horrible.

Isabel Ventura

Yo no sé qué será este dolor que mantengo en las piernas tan horrible, esta hinchazón que no se me baja, y cada vez tengo los tobillos más gruesos, son bloques, como muros, tal vez me viene del mismo cuerpo cansado, abatido, porque necesita ayuda para poder sostenerme con este sufrimiento tan grande. El día que tenga reposo en estos pies, seguramente me va a derrumbar una montaña de penas.

XVI

Segundo canazo

La Negra

Nunca me acostumbré, siempre que alguien llegaba o me llamaba a mi casa para avisarme que me iban a caer los tombos, recibía la noticia como si fuera el final, pero era por todo el recuerdo de las amenazas y atentados que me habían hecho en todos esos diez años; por eso, cuando un amigo llegó a decirme: –Pilas, Negra, que le van a hacer un allanamiento– yo me puse como loca y desocupé la casa y me fui a vivir al frente de un colegio de bachillerato, por la planta del Morro. A los tres días llegaron a hacer el allanamiento y encontraron la casa vacía. Cada que me salvaba de esos operativos me ponía muy contenta porque era como si le hubiera ganado un pulso a la cana, pero cuando me pillaron en el Morro, nunca me imaginé que tuviera que pagar semejante tarrado.

Yo me cambié de casa y a los días abrí mi línea nuevamente; la casa se prestaba para librarme de cualquier agite de los tombos porque estaba en una zona residencial, era grande y de

dos pisos. En la segunda planta yo mantenía toda la mercancía; por eso cuando llegaban a hacerme allanamientos, yo me alcanzaba a descargar en el baño, o abría una luceta que tenía ahí mismo en el baño, y encaletaba la merca en el techo de la casa de enseguida; esa era la razón por la que en esa casa, ni los tombos, ni los del batallón, me habían logrado pillar nada. Sólo una vez estuvieron a punto de atraparme por unas papeletas que se me olvidaron en la sala, y que Adriancito, al ver que llegaron los tombos, las cogió y se las escondió en el bolsillito del pantalón; de resto, siempre se quedaban ladrando porque no me podían coger nada. Eran escapatorias donde sólo me quedaba el susto, porque después yo hacía subir un vicioso y le regalaba dos o tres papeletas y ellos me bajaban otra vez la mercancía y yo podía seguir vendiendo sin problema.

Aparte de esos sobresaltos, yo vivía con Oswaldo y mis dos hijos bastante tranquila, nos iba bastante bien. Daniela tenía once años y me ayudaba mucho partiendo y empacando mercancía en la caleta que tenía, y Oswaldo se quedaba conmigo en la casa vendiendo o haciendo domicilios. Pero el día que nos cogieron, cambié los oficios y le dije a la niña: –mami, quédese usted vendiendo con Oswaldo que yo me quiero ir a empacar–, y sí, me fui a empacar toda la mañana a la caleta que era la casa de mi amiga, Amparo Mallarino. Nos habíamos conocido en la cárcel, la primera vez que estuve presa, y le cogí mucho cariño porque era muy trabajadora, estaba sola y le tocaba camellar de sirvienta en esas casas de ricos para mantener a sus cuatro peladitos. Ella me dejaba guardar y empacar la mercancía y yo le ayudaba para la comidita y le regalaba cualquier pesito extra.

Terminando de empacar me fui para mi casa con la mercancía del día y llegando me dice Oswaldo: –mami, vieras

que han habido unos tipos rarísimos rondando la esquina y mirando para la casa—. En ese momento llegó Carmenza la dueña de la casa, un soplete el hijueputa; como yo le daba vicio a ella, teníamos muy buenas relaciones, porque a cambio ella vigilaba y me avisaba de cualquier visaje raro. Le dije: —Carmenza, sacáme esta merca de aquí porque parece que hay movimientos raros—. Le pasé tres chuspas y ella se las metió dentro de los calzones, pero como la incomodaban mucho para caminar, entonces me dijo: —no, dejáme, yo me llevo primero estas dos bombas y luego vuelvo por lo otro—, pero cuando salió ya la casa estaba rodeada de tombos. Yo cerré la puerta y ella pasó delante de ellos y no le hicieron nada, si ella se hubiera llevado toda la mercancía no me hubieran pillado nada.

Los tombos empezaron a tocar la puerta, y como Oswaldo tenía un fierro en la casa, yo le dije: ¡papi, vuéllese usted!— Subimos al segundo piso, abrimos la luceta que estaba en el tejado del baño, yo le puse el hombro y él se subió llevándose el resto de la mercancía.

Yo no podía bajar a abrir porque ya los tombos le estaban dando bala a la puerta, y entonces empecé a gritarles: —¡no disparen!, ¡no disparen!, ¿por qué me dan bala si ya les voy a abrir?— y el saludo fue que: —¡quieta, hijueputa, ¿por qué te demoraste tanto en abrir?!—. Cuando entraron a requisar, yo sabía que no iban a encontrar nada, pero me daba miedo que me fueran a cargar con otra mercancía; por eso cuando me asomé y vi un amigo vicioso que me compraba, le dije que le avisara urgente a Mauricio Llano, otro amigo, un gran abogado, para que me viniera a ayudar en el allanamiento, para que estuviera pendiente. Revisaron todo al derecho y al revés y al ver que no encontraban nada, Mauricio habló con ellos y les pidió que cerraran el caso. En esas estaban cuando llegó

un vecino, un abogado que era administrador del restaurante Carioca y les dijo a los tombos: –vengan a ver porque hay un tipo escondido en el techo de mi casa–. Los tombos subieron y cuál no sería mi angustia cuando veo que van bajando a Melgar con toda la mercancía; casi me muero de la impresión porque yo pensé que él se había alcanzado a volar.

Cuando Oswaldo subió por la luceta, alcanzó a caminar por algunos techos buscando una bajada a la calle, pero al ver que toda la manzana estaba rodeada de tombos, se acurrucó detrás de un murito y se quedó esperando con la mercancía y todo. Llevaba como tres horas engarrotado en ese techo, cuando de repente se vio rodeado de policías que le estaban apuntando y ya no tuvo más remedio que dejarse agarrar.

–¡Esto es mío, esto es mío, toda esta mercancía es mía, ella no tiene nada que ver!– les repetía a los tombos con tal de sacarme en limpio. El abogado se dio cuenta y ahí mismo me pasó una tarjetica y me dijo: –me avisan si me necesitan– y se fue.

Nos quedamos solos rodeados de tombos. Entonces, Daniela que hasta ese momento había permanecido tranquila, parada en un rinconcito de la sala mirando todo, se puso a llorar amargamente cuando la fiscal, que era una vieja muy conocida de mi mamá, empezó a decirle: –¿usted por qué vive con su mamá si ella toda la vida ha vendido vicio, a usted no le da pena tener una mamá como ella?–. Mientras la fiscal estaba atormentando a Daniela, yo veía a los tombos cómo se cargaban con mis joyitas y con todo lo que tenían a la mano. Pero yo ya estaba muy desmoralizada porque ella ya me había dicho: –Bueno, aliste pues sus cosas porque usted se viene con nosotros, queda detenida–. Ella misma llamó por teléfono a mi mamá y le dijo: –doña Isabel, venga por su nieta porque se me hace que su hija va a pasar una larga temporada en la

cárcel—. Y verdad, nos subieron a la radiopatrulla y nos llevaron al CTI, allá nos reseñaron y ahí mismo amanecimos. Al otro día nos trasladaron a la fiscalía en la misma radiopatrulla, nos reseñaron y nos tomaron cantidad de fotos. A pesar de todo, yo seguía muy ilusionada porque Oswaldo me seguía repitiendo: —mami, a usted no le cogieron nada, lo que me cogieron es mío, yo la voy a sacar a usted en limpio, mejor que usted quede por fuera porque usted me marcha a mí y no los dos encanados.

Mauricio Llano no quiso aceptar el caso, pero nos consiguió otro abogado que no hizo sino robarnos plata porque ese proceso se enredó y nos condenaron a ocho años. A pesar de la insistencia de Oswaldo en declararse culpable, a mí todo el mundo me conocía, los tombos, la fiscalía, todo el mundo sabía quién era yo, y aunque no tenían ninguna prueba directa, declararon que yo era la responsable de todo y que él sólo era cómplice.

En las audiencias yo estaba más o menos tranquila hasta que en una de esas dijeron: —apaguen las luces que vamos a ver a la señora en un video—. ¡Dios mío, me filmaron! Yo me quería morir de la impresión, pero en realidad el video tampoco era una prueba porque sólo mostraba a diferentes viciosos que llegaban y tocaban la puerta, yo salía, miraba para lado y lado, y dejaba entrar al vicioso; después de que se iba y yo salía al momentico detrás de él, y volvía a mirar para un lado y para el otro y luego entraba y cerraba la puerta. No era más, pero el problema, yo no lo sabía, es que si uno vende drogas al pie de un colegio o de una iglesia, le doblan la pena; nos condenaron a ocho años, por la posesión de 185 gramos de bazuco, ¡imagínese, como si hubiéramos cometido un asesinato! El operativo lo habían organizado unos tombos de Cali, habían instalado una cámara en la terraza de uno de

los colegios más ñiparados de aquí de Buga –El gimansio central del Valle– y llevaban meses filmándome, no sabían cómo implicarme porque como ellos nunca me habían podido coger con nada, porque yo era muy hábil para esconder y desaparecer la mercancía, entonces por eso optaron por filmarme, pero ni siquiera allí, porque en el video no me ven entregando nada. Lo único medio bueno de todo ese proceso es que a Oswaldo no le cargaron nada por sicario; ellos lo conocían, sabían que era loco, pero no, afortunadamente a él no le pusieron problema, y eso que cuando lo cogieron, tenía la pistola con la que había matado a un tipo en esos días. Solamente lo jodieron por droga.

XVII

La vida en la cárcel

Cuando me llevaron a la cárcel y me vi otra vez, después de diez años, en el rincón del mismo patio, esperando a mi mamá para que me llevara el fogón, las ollas y la remesa para ganarme la vida en la cárcel, sentí como si no hubiera salido nunca; ese sentimiento fue muy horrible y eso que no tenía ni idea de lo que me esperaba. Me dieron permiso de cocinar y empecé a venderle comida a las internas que tenían modito, a las guardianas y a unos duros que estaban en la cárcel de hombres y me empezó a entrar platica, porque me vendía diario entre quince y veinte almuerzos.

En esa época habían hecho barrida en todo Buga, mucha limpieza social y había muchas mujeres detenidas; allí conocí a las Colmenares, unas mujeres que comandaban un antro que está entre la 16 y la 19 y que se conoce como la Cueva del humo. Yo me hice amiga de Beatríz, la primera que vendió bazuco en Buga; ella empezó con la venta y después toda la familia, hombres y mujeres se involucraron en ese negocio. Yo había oído hablar mucho de ella, y cuando nos pusimos a conversar resulta que ella también tenía muchas referencias mías; entonces ya me

presentó las hijas, las nietas y todas nos hicimos amigas, nos colaborábamos bastante, por eso me dolió mucho la matanza que les hizo la policía cuando ya salieron de la cárcel después de haber pagado diez años de condena. Mi gran dolor no era sólo estar separada de mis hijos, sino saber que Oswaldo estaba preso y que podía estar corriendo peligro en medio de tanto maloso que hay en esas cárceles y jamás me imaginé que nos pudiera llegar algo tan horrendo como la noticia del asesinato de mi sobrino Ricky. ¡Dios mío, yo no sé cómo le puede caber a uno tanto dolor en el alma! En ese momento esas mujeres de la Cueva me ayudaron mucho, se portaron increíbles conmigo.

Desde el mismo instante en que Oswaldo puso un pie en la cárcel, se vinculó al Comité de Derechos Humanos para pelear por nosotros y por muchos otros presos. Las cárceles son unos antros infames, sobre todo por la corrupción tan horrible; allí es mayor el tráfico de drogas y los tombo son más ajiceros que aquí afuera; cobran por entrarla, le cobran al jíbaro que vende en la cárcel y le cobran al que consume; la cárcel es un negocio descomunal para los tombo, porque ellos, aparte de la droga, tienen el negocio de las armas, ¿cómo se puede alguien regenerar en un lugar así? Por eso fue que Oswaldo se metió a los Derechos Humanos y empezó a destapar ollas podridas. Formó su comité de presos y de denuncias, se volvió un revolucionario en esa cárcel. Lo primero que ganó para nosotros fue que tuviéramos visita conyugal, él pasaba al patio de mujeres cada ocho días, de una a tres de la tarde y consiguió que todos los presos tuvieran la visita de sus familiares sin tener que pagar ni un peso; se mantenía pendiente de todos los movimientos y cada mes pasaba una relatoría de violaciones a los derechos de los presos, a la defensoría del pueblo; entonces por eso se volvió un preso muy incómodo y el director buscó y buscó hasta que

encontró la manera de que lo trasladaran para Cali, a esa cárcel de Villanueva que es tan espantosa.

Una noche llegó una guardiana y me dijo:

—¿Sí sabe, Valentina, que va a haber traslados?

—No me diga Genoveva—, y ahí mismo pensé en mi loco. Yo sabía que ya lo tenían en la mira porque ayudaba mucho a los detenidos. Me quedé pendiente toda la noche, por si oía algún movimiento raro; y preciso, como a las cuatro de la mañana oigo la voz de mi hombre que me llamaba: "mami, mami". Entonces me subí al camarote y me asomé por los calados de la celda y cuál no sería mi dolor que lo voy viendo junto a todos los presos del Comité de Derechos Humanos, con la maletica en la mano y estirando el cuello para verme.

—Papi, ¿para dónde se los llevan?

—No sé mami, yo le escribo, y tranquila que a donde yo llegue, allá la hago trasladar a usted.

—Apúrese Melgar que no es hora de visita—, le dijo un tombo y lo empujaron hacia la salida y ya no lo vi más.

Esa noche me quedé partida de dolor, de saber que se llevaban lo más hermoso que puede tener uno allá en ese encierro, y más a mí, que estaba tan enamorada de mi hombre. Esa noche me di cuenta, por la manera en que lo llamaban los tombos, que Melgar sonaba con mucha más fuerza, como si fuera un título o un cargo y desde ese día le cambié el nombre y dejé de decirle Oswaldo; desde entonces, Melgar eran para mí, el nombre y el apellido de otro momento en la vida de mi hombre.

XVIII

EL Buen Pastor

Al otro día, cuando me informaron que se lo habían llevado a Cali a la cárcel de Villanueva, me tiré a la cama enferma, decidida a dejarme morir. Sentí que ya no me importaba nada; pero qué va, a los días me enteré que él ya estaba organizado con el Comité de Cali, peleando por mi traslado y me sentí completamente dividida entre mis hijos y él.

Yo lo quería mucho, todavía lo adoro, pero es que mi mamá se quedaba sola con los muchachos y yo quería seguir viendo a mis hijos aunque fuera cada ocho o cada quince días y si me trasladaban para Cali, ¿quién me los iba a llevar? Además, ya tenía más clientes para mis comidas, me conocían las guardianas y tenía buenas relaciones con todas las presas; por eso yo empecé a poner trabas y excusas para no irme, y él mande y mande oficios, que me tenían que trasladar y que me tenían que trasladar. Un año pasamos en todo ese agite hasta que llegó la carta de mi traslado para el Buen Pastor, una cárcel de mujeres que está al frente de la cárcel de Villanueva. Yo no me quería ir, pero él había ganado ese pleito con las autoridades.

—¿Pero por qué me van a trasladar?—, le pregunté al director—, si yo no me quiero ir.

—¡Ah! Yo no sé, él se ganó ese pleito y usted se tiene que ir para Cali.

El día del traslado, un 16 de septiembre del 97, yo iba muy angustiada porque sabía que llegaba a una cárcel grandísima; pasaba de un patio de 20 a 25 mujeres, a una cárcel que albergaba como 700 mujeres; eso para mí era muy angustiante porque yo no sabía con qué ralea me iba a encontrar allá. Y cuando me van metiendo y veo semejante gentío, yo me quería morir de tristeza en esa cárcel, sin conocer a nadie. Me sentí tan sola, parada en ese patio, con mi tulita en la mano y empecé a llorar diciendo para mis adentros: ¡ay, Dios mío! ¿Por qué vine a dar aquí? ¿Por qué, por qué? Yo no aceptaba que estuviera allá, pero siempre el amor, sí o no; yo hacía todo por estar con él, pero al final, estaba sacrificando muchas cosas.

Al otro día me dieron permiso para llamarlo; yo tenía muchas ganas de oírlo, aunque tenía miedo de su reacción, porque él había estado luchando todo un año para que yo me fuera, y yo dándole larga, entonces sí, me daba miedo llamarlo, pero de todas maneras, pedí la llamada y me lo pasaron:

—Papi, me trajeron en traslado.

—¿Cuándo llegaste?

—Ayer, 16 de septiembre, día de la fiesta de la virgen de las Mercedes.

—Bueno... como usted se vino cuando le dio la gana, entonces suerte, haga su vida y defiéndase como pueda usted sola y a mí no me vuelva a buscar para nada... —¡Y colgó! ¡me dio la espalda! y yo quería morirme en esa soledad, sin él, sin conocer a nadie, sin mis hijos, sin mi familia, lejos de todo el mundo. Sola, completamente sola.

En ese desconsuelo se me acercó una guardiana de la cárcel de Buga, a la que también habían trasladado y me dijo:

–Valentina, ¿usted qué vino a hacer aquí, siendo que usted estaba tan bien acomodada en Buga, qué vino a hacer aquí?–. Entonces yo ahí, llorando le dije –¡Ay, seño!, yo me vine porque Oswaldo me pidió en traslado, yo me vine y ahora él me dice que no, me dio la espalda diciendo que no quería saber nada de mí, ni nada de nada–. Entonces ella me dijo: –Tranquilícese que yo a usted la voy meter en un patio bueno, yo sé quién es usted y sé que usted es una mujer trabajadora, y esta cárcel es muy peligrosa–. Ese mismo día me llevaron al patio 2, que era menos peligroso, y en el traslado yo iba viendo en cada patio como entre 60 o 70 mujeres y la verdad es que se me iban quedando hilachas de vida en cada una de ellas. Cuando llegamos al patio 2 y al darme cuenta que no conocía a nadie, que estaba absolutamente sola en el mundo, me subí al camarote que me habían asignado y me acosté a llorar y a llorar y a llorar hasta que amaneció.

A las cinco de la mañana nos abrieron la reja, yo me levanté, cogí mi taleguita con mis útiles de aseo, me vestí, y una señora que me había estado poniendo cuidado me dijo que no, que no me diera miedo, que ella se llamaba Flor, que era de Bogotá y que estaba por secuestro de una niña. A partir de ese momento fue mi único apoyo, porque yo tenía mucho miedo de estar allí.

A los días la señora Flor, de ver que yo estaba tan abatida, me preguntó si quería irme a estudiar para rebajar tiempo; yo con tal de hacer algo, le dije que sí y nos apuntamos, le dije a la guardiana que yo me iba a poner a estudiar para rebajar tiempo y que necesitaba salir temprano para la escuela. Al otro día ella misma llegó por mí y me dijo: –venga, la llevo para que hable con el profesor “Chapatín” antes de que lleguen las otras presas–. Apenas me quedé sola con él, le dije

que yo en realidad quería que me trasladaran a trabajar a los talleres, que a mí no me gustaba el estudio y que además yo necesitaba ganar plata para mandarle a mis hijos. Entonces él contestó: –no, usted primero tiene que estudiar siquiera un mes para poderse ir para los talleres, haga el esfuerquito y yo le doy la carta para que se vaya a trabajar–. Estuve en esas clases como mes y medio, más aburrida que un pingüino en un garaje, pero nada que me pasaban a los talleres. Un día saliendo de la escuela, una guardiana me dejó en otro patio y me dijo: "espéreme un momentico que ahorita vengo por usted", y cuál no sería mi sorpresa que voy viendo una amiga de Buga, María Eugenia Gordillo, una señora que había trabajado en la Alcaldía Municipal, a la cual, yo le había comprado la primera y la única casita propia que he tenido en mi vida.

–María Eugenia...

–¡Valentina! ¿Vos que estás haciendo aquí?

Entonces yo le conté el problema, que había llegado en remisión desde Buga y que estaba pagando ocho años. Después yo le pregunté: ¿y vos, por qué estás detenida? Me contó que en la Alcaldía hubo un desfalco y que como ella era la secretaria de Vergara Díaz, entonces la habían condenado a seis años, pero que ya había cumplido la mitad. Allí estuvimos conversando y yo aproveché para decirle que estaba muy desubicada en la escuela, que yo no quería estudiar, que a mí me urgía ganar plata para mandarle a mis muchachos. –No te preocupés que yo voy a hablar con don Germán, el jefe de los talleres, para que te dé trabajo y podás ganar tiempo corrido, y si querés cuando salgás del taller te venís aquí conmigo para que me ayudés a hacer de comer, que ese es mi negocio aquí, en este patio.

Cuando vimos a don Germán me preguntó: –¿usted sabe manejar máquinas?–. Claro, le contesté yo, entonces sin titubeos me dio trabajo haciendo material para hospitales, gorros,

batas, delantales, zapatos y un mundo de cosas.

Allí conocí a unas ecuatorianas que me enseñaron a manejar esa máquina, porque en realidad yo de eso sabía muy poco. Con el tiempo nos hicimos amigas, ellas eran unas grandes personas y unas amigas increíbles, y cómo será el mundo de pequeño, porque entre charla y charla resultó que una de ellas era la mujer del que fue mi primer novio, José Manuel Moncada. Ellas gozaban cuando les conté que él había sido mi novio cuando tenía quince años, que lo había conocido en las visitas a mi hermano que estaba detenido; no podían creerlo cuando les conté que en esa época él era cabo del ejército y que había estado detenido por robo de armamento.

Resulta que José Manuel estaba detenido en la cárcel Villanueva y María salía a visita conyugal los fines de semana y en una de esas le preguntó si me conocía y él le dijo: —!la Negra! Pues claro que la conozco, ayúdela porque es amiga mía—. Entonces ella con más confianza me contó que estaba detenido, pagando una pena la hijueputa por secuestro.

Sucede que él armó un combo en Bogotá para secuestrar a una niñita como de 11 años y pidieron un rescate en dólares. ¡Fue el rescate mejor pagado en Colombia! Pero ese negocio se jodió porque el que estaba cuidando la niña era un tipo muy enfermo; mientras unos estaban haciendo el cruce para entregar a la niña y cobrar el rescate, el tipo la violó y la mató, y después, cuando ellos llegaron tuvieron que quemarla para que no encontraran el cadáver; esa familia no pudo recuperar a la niña a pesar de que habían pagado.

El papá de la niña les montó una perseguidora la hijueputa, movilizó un mundo de gente para que los encontraran y confesaran qué había pasado con la niñita: a casi todos los encontraron y les pegaron una matada increíble; sólo se salva-

ron dos, uno que se alcanzó a volar para Estados Unidos con la parte que le había tocado, y el otro fue José Manuel. Él se enloqueció de felicidad con la plata de ese rescate, porque se quedó con la mayor parte, y logró evadir y corromper a los que lo estaban buscando. Tal vez por eso, porque había conseguido tanta plata, fue que se consiguió otras amigas y nunca se volvió a acordar que yo existía.

Mientras tanto, como el papá de la niñita seguía pagando para que le siguieran la pista, él se fue para el Ecuador y allá conoció a María. Vivió en Quito bastante tiempo y cuando regresó a Colombia, con ella y un hijito que habían tenido por allá, lo capturaron, y para sacarle información sobre los que participaron en el secuestro y que en ese entonces todavía quedaban vivos, le quemaron la cara con una plancha caliente y lo desfiguraron. No lo mataron porque se les voló, quién sabe cómo le hizo, pero se les logró escapar. Años después, todo jodido, con familia y sin plata, planeó otro secuestro en Yarumal, pero le fue peor porque lo aventaron y se cayó con tres familiares de María: dos hermanos y Graciela, la hermana que estaba con ella presa, un primo de José Manuel, y dos amigos, y los condenaron a 35 años de cárcel por haber aceptado los cargos; pero a Graciela la soltaron unos añitos después porque no tenían pruebas suficientes; Graciela fue la encargada de cuidar al secuestrado, pero como nunca le habló, entonces el tipo no podía reconocerla.

María fue la única que se salvó en todo ese agite, se quedó afuera trabajando y cuidando el niño. Mientras tanto, como José Manuel se había vuelto un drogadicto empedernido en la cárcel, era desesperado pidiéndole y pidiéndole plata a ella para comprar vicio. Un día, el muy deshonesto le lavó el cerebro para que le llevara 200 gramos de bazuco en la vagina y

cuando ella fue a pasar por la inspección, la pillaron a través del tacto que hacen las guardianas a las visitas, ahí mismo la detuvieron y la condenaron a cinco años y el niño se quedó solito, a la deriva, en manos de Bienestar Familiar, pero con el tiempo la familia de ella pidió la repatriación del niño y lo tienen allá los abuelitos.

XIX

Reconciliación

Mientras yo trataba de organizarme en esa cárcel tan horrible, Melgar, como ya tenía relaciones por sus contactos en Derechos Humanos, habló con un doctor y le contó que yo estaba detenida en el Buen Pastor y le pidió que le ayudara a hacer los trámites para que nosotros pudiéramos tener una visita conyugal; entonces para mí fue una felicidad muy grande cuando me llamaron de la oficina y el doctor me dijo:

–¿Usted es la esposa de Melgar Arias?

–Sí–, le contesté.

–Pues mire, ¿cómo le parece que Melgar está haciendo los trámites para que la lleven a usted a una visita conyugal?

Salté de felicidad y empezamos a hacer los trámites hasta que me llegó el permiso, sábado de 8 a 11 de la mañana. Ese día era muy especial para todas las que tenían el marido al frente, en la cárcel de Villanueva. Nos levantábamos a las 4:00 de la mañana, nos bañábamos, nos organizábamos, nos poníamos todo el baúl encima y estábamos listas para cuando nos llamaran. Subíamos a un furgón custodiadas por las guardianas y

por un carro lleno de tombos que marchaba al lado; el furgón atravesaba la avenida y de una entraba a Villanueva, y nos dejan bajo la custodia de las guardianas de allá. Nos requisaban, nos hacían un tacto vaginal y pasaban nuestros bolsos por una máquina para evitar que entráramos armas o droga.

Ese día yo iba feliz, me imaginaba que iba a llegar a un patio y ahí mismo me iba a encontrar con él; pero cuando entramos, empezamos a caminar por un pasillo largísimo, y a lado y lado patios llenos de hombres. Lo más horrible fue ver cantidad de hombres y pelados pegados a las rejas, sacando unas varitas de guadua que tenían amarradas en las puntas un vasito para que las visitas les echaran algo de plata; yo iba pegada de María y le decía: –no me soltés que yo tengo mucho miedo de estar en este lugar–; y empecé a llorar desconsoladamente: yo nunca había estado en una cárcel de hombres, jamás había visto gente tan degradada, tanta miseria, ni tanto hacinamiento como el que se vivía en ese lugar.

Entonces, de un momento a otro empecé a sentir que me iba a desmayar y le dije a María: –yo no quiero seguir, ya no puedo más, avísenle a Melgar para que salga, no resisto más ver estos chiqueros–. Entonces María me dijo: –No, usted tiene que llegar primero hasta el patio donde está él, para poder que lo saquen, usted tiene que estar tranquila para que él la vea bien linda–. Seguimos caminando hasta un patio donde habían como unos 120 presos y el guardia apenas me vio, gritó: “Melgar Arias”. Oswaldo no sabía que yo iba a ir a visitarlo ese día y cuando salió, me miró con una cara...entonces, como yo estaba llorando, el saludo de él fue: ¿por qué llorás, a qué viniste? Yo no le contestaba nada, en parte por el abatimiento y en parte porque me daba pena que él me hablara tan bravo delante de toda esa cantidad de gente. Finalmente cuando lo sacaron y

Melgar se me acercó, me di cuenta que él estaba temblando. Entonces me cogió la tulita donde yo le llevaba unas cositas, me rozó el hombro y le sentí las manos heladas. “Subamos a la celda”, me dijo.

Nos tocaba caminar por un pasillo muy largo hasta alcanzar y subir por un poco de gradas, entonces él me dijo: –mami, no se vaya a arrimar para ningún lado, tiene que caminar por todo el centro porque si se acerca hacia los lados, la cogen de rehén y la roban, y además nos pueden chuzar, a usted o a mí-. En esos pasillos hay patios sin rejas, ni nada, allí están los presos que no tienen celda, ni colchón ni nada; son los que duermen en el piso sobre cartones, sin ropa porque otros los han de haber robado; ellos son los más miserables de todos. En ese momento yo pensé: “esto es igual que en el Hospital Departamental: si los enfermos tienen influencias pueden subir a piso y tener camilla; pero si no, les toca quedarse tirados en un pasillo y si tienen suerte en una camilla sin colchón, pelada, sin sábanas, ni cobija y estar atentos a suplicarle a alguna enfermera que le ponga aunque sea un suero o les den una pasta para no morir de un dolor; si no, los enfermos, se quedan tirados en el piso, igual que estos presos, quietecitos ansiando que llegue la muerte que es la única puntual en los hospitales y en la cárcel”.

Caminamos rápido y atentos, mirando para lado y lado y cuando llegamos a la celda de mi hombre, allá era otro mundo. Como él estaba con Derechos Humanos, consiguió que lo metieran en el área donde estaban todos los guerrilleros y allí se había hecho muy buenos amigos. Toda el área estaba limpia y bien organizada; los guerrilleros estaban armados todo el tiempo, vigilando que nadie se fuera a meter a robar. Ellos pagaban para que les dejaran entrar las armas y por eso podían

organizar la seguridad, y se cuidaban mucho entre ellos. Me presentó gente de mando, comandantes, gente muy formal, pero no charlamos mucho, entramos a la celda, él me abrazó, nos pusimos a charlar y ya nos contentamos.

A la salida me encontré con María otra vez, estaba con José Manuel a la mitad del pasillo y cuando él nos vio, a Melgar y a mí, se me abalanzó, me abrazó y se puso a llorar y me decía: –Negrita, qué tristeza tener que verte y yo en este lugar tan horrible. He sido un hijueputa, Negra, viendo cómo fuiste vos conmigo, no tengo perdón, pero gracias a Dios, ahora que sos conocida de mi esposa, yo le he pedido a ella que te colabore, porque mi mujer es una gran persona–. Yo no le decía nada porque estaba muy impresionada de verle las cicatrices de las quemaduras, horrible, horrible.

Yo seguí yendo cada 15 o cada 20 días a ver a mi Melgar hasta que lo trasladaron a otra cárcel en castigo por seguir peleando a favor de mejores condiciones para los presos; ocho meses, no más, le duró el reinado en Villanueva.

XX

Las duras y las pobres en la cárcel

Yo trabajaba en los talleres y saliendo me iba a ayudarle a María Eugenia. Ella me daba la comidita para no tener que comer el murrio que le dan a las presas; esa comida es horrible, con papas agusanadas, cochinísima; eso sólo se lo come la gente que tiene necesidad, y lastimosamente, es la mayoría. Pero después me iba a mi celda que estaba en otro patio; yo trataba de estar la mayor cantidad de tiempo posible fuera de mi patio porque la gente allá es de muy baja calaña; pagar cana no es lo duro, lo duro no es el encierro, sino tener que convivir con gente tan baja y sin principios. ¡Imagínese!, quinientas mujeres por droga, por homicidio, por robo, y por delitos que ni se conocen. Hay mujeres de todos los colores, de todos los pelajes y de diferentes lugares que yo no podía creer, italianas, francesas, ecuatorianas, españolas, venezolanas y de muchos lugares de Colombia, todas por droga. A la mayoría de las extranjeras las habían pillado en los aeropuertos.

Hay mujeres jóvenes, niñas de 18 años pagando largas condenas, así como también mujeres de mucha edad; conocí a una

viejita de casi 70 años, una gran estafadora, con una cantidad de procesos encima y la viejita se murió en la cárcel porque nunca pudo volver a salir. La gente entra a la cárcel pagando chichiguas y por las mismas condiciones de la cárcel, se enreda y termina pagando dos y tres homicidios; nunca puede volver a salir o se pasa la mayor parte de su vida encerrada. El lesbianismo es muy frecuente y eso es motivo de peleas; si una vieja de esas le pone el ojo a uno, y uno no le responde, ahí tiene usted su problema porque son mujeres muy bajas y todo lo quieren conseguir a la brava. La gran mayoría de las peleas entre lesbianas son por celos, por esa razón se forman los tropesles más tenaces; llegué a ver a la hora de las raquetas a las guardianas que ponían a esas mujeres en cuclillas para hacerles el tacto y les sacaban navajotas, drogas, de todo; es que la vagina se vuelve la caleta más íntima del encierro, sirve para guardar cualquier cosa, es impresionante.

En el patio donde yo trabajaba con María Eugenia era otra situación porque era el patio de las duras; 15 mujeres, amantes y esposas de los diferentes duros del narcotráfico en el Valle: las de los Urdinolas, los Navarro, y la amante de Pacho Ocampo; y yo que había visto corrupción en la vida, me quedé aterrada de ver todas las cosas que podía mover la plata en ese patio.

Las duras tenían muy buenas relaciones con la directora, le daban plata para que les dejaran meter droga, trago y pudieran entrar amantes; ella las dejaba salir a fiestas los fines de semana y luego les abría cuando volvían a la madrugada. La más rumbera era la amante de uno de los Navarro, una muchacha preciosa, muy linda que había sido reina de belleza del Valle en el año 95. En ese momento era la reina de la cárcel porque tenía mucha plata y allí la directora nada más hacía lo que ella quería; llegó a organizarle fiestas con mariachis,

pero ¿de qué le valía? Esa niña en plena juventud, bien bella y encerrada, se volvió adicta. Varias veces vimos cómo la sacaban para la clínica casi muerta por un exceso de drogas, muy dopada; la droga era la manera de controlar el desespero que le daba por el encierro y para mantener a raya a doña Rafaela, que era cuñada de ella y que se mantenía hostigándola todo el tiempo. Yo me daba cuenta que mientras la directora dejara meter tanta droga y alcohol a la cárcel, ella no tenía posibilidad de restablecerse, pero es que allí estaba el negocio de la directora y de las guardianas.

El patio de las duras tenía de todo: camas, nevera, televisor, sus armarios bien aperados; era como si estuvieran en sus propias casas y en esa cárcel se hacía lo que ellas mandaban, no preguntaban “¿puedo salir a tal fiesta?” sino, “tal día tengo que salir a una fiesta”.

A ese lugar llegó Marina Duarte, la reina de la coca; la habían trasladado de Bogotá por problemas de seguridad, pero ella llegando vio la pobreza en la que vivíamos la mayoría de las presas, a veces sin tener ni para comprar un café o una barra de jabón de baño, entonces ella empezó a crear fuentes de empleo. Como tenía tanta plata, mandó a construir unos lagos donde sembraron tilapia, y las presas de buen comportamiento empezaron a trabajar allí, y hasta las que tenían el permiso de las 72 horas preferían quedarse trabajando, dándole mantenimiento a los lagos y cuidando la alimentación de todos los peces, y conforme eso fue creciendo, también montó un criadero de codornices para comercializar los huevitos; pero el proyecto fracasó porque quien comercializaba los pescados, las codornices y los huevitos era la directora, Zeneida, una vieja horrible de corrupta y ella se robaba toda la plata y ya no había para pagarle a las presas ni para volver a invertir.

Por todas esas cosas, por las preferencias entre las presas, por la tiranía de esa vieja con las que no teníamos nada, y por haber hecho fracasar los proyectos, un día las presas se amotinaron, y esperaron a que pasara por un lugar y le vaciaron encima ese murrío asqueroso; ya la iban a coger, pero no pudieron por la intervención de las otras guardianas. Se armó un motín descomunal, las presas no dejaban entrar a nadie y pedían que Zeneida renunciara, pero pudo más la corrupción y la plata, y trasladaron a las presas amotinadas y todo volvió nuevamente a la normalidad.

Sin embargo, Rocío, la amante de uno de los Rodríguez, se enfrentó con ella un día y le dijo delante de todas que era una corrupta, que no era ninguna autoridad y que ellas eran las favoritas sólo porque tenían plata; le sacó en cara que ellas eran las que le habían comprado el carro, y hasta le habían dado para hacerse la lipoescultura: —¿de dónde sacaste la plata para hacer-te la lipo?, contestá rata hijueputa—, le gritaba ese día Rocío.

Fueron las duras las que empezaron a agitarla, no para que renunciara, sino para que la metieran presa. Por eso un día llamaron a la televisión y a los de la radio y la denunciaron; contaron todo lo corrupta que era y la aventaron, denunciando lo que les cobraba Zeneida por salir, por el trago, por la droga, por los amantes, y contaron por qué había fracasado el proyecto para las presas pobres. Entonces, ante esa denuncia y esa presión, un día le avisaron que le iban a hacer un operativo para detenerla, y ella que sale y la fiscalía que llega... se alcanzó a volar.

Estábamos celebrando la fuga de Zeneida y la echada de otras guardianas ajiceras, cuando nos avisaron que el nuevo director era un hombre, y ya después no supimos que era peor.

Los hombres son iguales de corruptos o hasta peores, pero sacan más ventaja porque se cobran con sexo; en el tiempo en que yo estuve hubo varios directores, y recuerdo uno que era buena gente, era menos tirano, pero le encantaban las pollitas, y como en esa cárcel hay tantas y tan lindas, ese hombre se volvía loco allá; se enamoró de una niña que estaba conmigo en el patio 2 y de una la sacó a trabajar, la mantenía bien y después la mandó al patio con las duras y ese era otro mundo porque allí había toda clase de comodidades. Los privilegios y la corrupción eran muy dolorosos para nosotras, muy dolorosos, porque como las demás éramos pobres, no teníamos ninguna seguridad. Muchas veces a mí se me robaron el colchón mientras estaba trabajando haciendo el aseo en el patio de ellas y me tocó quedarme varios días, hasta una semana durmiendo en esas planchas peladas; pero de todas maneras de la plata de las duras algo caía porque por ejemplo, doña Rafaela, una de las hermanas de los Rodríguez, siempre tuvo sus detalles; en los días de la madre o en las navidades mandaba a hacer buena comida, y a cada una nos daba hasta dos tapas de tamales; también Irma Oliveros, la amante de Chepe Santacruz, se mantenía pendiente de que las presas tuviéramos nuestros útiles de aseo, y nos regalaba toallas higiénicas, jabón, desodorante... eran muy queridas.

En ese ambiente trabajé y me gané mi plata porque las duras, de ver que yo le ayudaba a María Eugenia y ver que era tan colaboradora y tan acomodada, comenzaron a quererme y a darme trabajito; yo les lavaba la ropa, les limpiaba la pieza, les planchaba y las atendía en los guayabos. Cada una me daba hasta cinco mil pesitos a la semana y yo empecé a guardar todo eso para cuando llegaran mis hijos a visitarme; pero estando en esa cárcel sólo me los llevaron dos veces, porque

mi mamá tan enferma no podía estar viajando a Cali a llevármelos, y mis hermanas no me volvieron a determinar.

Ofelia es muy buena hermana, ella trabajaba en un colegio y se gastaba gran parte del sueldo en pagar el estudio de mis muchachos, pero se oponía a que me los llevaran a la cárcel; decía que yo había preferido irme detrás de la cola de Melgar olvidando a mis hijos, entonces que me jodiera; mientras tanto, yo juntaba la platica y la guardaba con la ilusión, cada ocho días, de que a lo mejor se les ablandaba el corazón y me iban a visitar, pero nada; en los días de visita yo me la pasaba en un rincón del patio solita y me iba llenando de odio cada día más. Sólo la ilusión de recuperar mi libertad me mantenía con vida. No me dejaba aplastar por el encierro, ni por mi angustia, ni la tristeza de las demás, porque hay muchas que no pueden resistir el encierro y permanentemente hay intentos de suicidios; las más jóvenes sobre todo, se meten drogas en exceso para morir, porque ya no quieren estar en esa vida tan horrible, y le toca a uno presenciar cosas como la de una niña jovencita como de 19 años: un día estábamos en el patio 4 y de pronto ella se levantó y delante de todas se pegó cinco puñaladas; ese día fue horrible verla cómo se apuñalaba gritando ¡que se quería morir y que se quería morir! No alcanzó a llegar con vida al hospital.

Claro que yo tenía momentos en que sentía que no iba a aguantar, pero Dios estaba en mi mente y en mi corazón todo el tiempo; me encerraba en mi celda y le oraba y le oraba, yo le pedía que me diera fortaleza para salir de ese encierro. Aunque claro que me sentía mal porque sabía cuál era mi falla, porque yo le decía a mi Dios: ayúdame Dios mío a salir de todo esto, que yo te prometo que no vuelvo a caer en la droga; pero también le decía que mirara mi situación, que

yo no tenía oportunidad de regenerarme con tanta carencias y con unos hijos tan necesitados.

Otra cosa que me ayudaba mucho era el grupo de oración tan lindo que teníamos en la cárcel. Nos dejaban reunir los domingos después de la una de la tarde y escuchábamos muchos testimonios de presas y de pastores que nos daban prueba de la grandeza de Dios. Recuerdo un testimonio de un pastor que estuvo involucrado en drogas en Estados Unidos. Él era un ingeniero que estaba trabajando aquí en Barrancabermeja con una empresa gringa, pero estaba aburrido porque con todo y que tenía títulos y experiencia, le pagaban muy mal. Tenía que trabajar muchas horas, jornadas muy duras; entonces un día le propusieron que llevara una maleta llena de cocaína para Estados Unidos, que eso era fácil, que a él no lo iban a requisar porque tenía visa y papeles de esa empresa; le ofrecían por llevar esa maleta mucho más que lo que se podía ganar en cinco años de trabajo. Creyó que eso era fácil, y llegando al aeropuerto en Miami, lo cogieron y lo condenaron a 20 años de cárcel; él decía que cuando oyó esa sentencia, creía que se iba a morir, pero en la cárcel conoció un viejito que le leyó la palabra de Dios y que sintió tanta paz que empezó a orar en todo momento y se entregó tanto al Señor que comenzó a predicar en la cárcel, y un día él oyó al Señor que le decía que lo iba a sacar de allá para que saliera a dar testimonio a los pobres y desfavorecidos, para que lo siguiera adorando. Él tuvo tanta fe en esa revelación, que un día estando desprevenido oyó que decían: libertad para fulano de tal, y era él que quedaba libre.

Cuando ese pastor nos hablaba, todas llorábamos, era impresionante, pero también cantábamos y regresábamos con fuerzas para resistir la semana, hasta que llegara otra vez, gritando por esos pasillos, asomándose a los patios invitándonos a todas a orar y a alabar al Señor. Ese era el momento más

lindo de todas las presas, salimos felices con una alegría en el alma, era la luz que Dios nos mandaba en ese encierro.

Eso me daba ánimo para perdonar el olvido en que me tenía mi familia; empecé a hablar con mi mamá por teléfono y con mi hermana Ofelia y le suplicaba que me trajeran a mis hijos, y les decía que por qué me separaban de ellos y mi hermana siempre me contestaba: –Negra, usted tiene que levantar cabeza, mientras usted no cambie e insista en seguir detrás de Oswaldo, no los vuelve a ver– y yo tenía que esperar al pastor porque el odio volvía y me devoraba por dentro. –¿Por qué –decía yo–, si cuando a mí me iba bien yo siempre les colaboraba con lo que necesitaran?– Pero después yo reconocía que a pesar de todo ella estaba a cargo de mis hijos. Me los cuidó, les dio el estudio y todo lo que necesitaron.

Hacia tres años que estaba presa y empecé a hacer mis vueltas para que me dieran el permiso de las 72 horas, a través de la doctora Luz Dary Aponte de la Oficina de Derechos Humanos; ella fue una mujer increíble, tuvo que responsabilizarse de mi salida porque el director no me quería dejar salir, él decía que si yo salía esos tres días me les volaba y no regresaba a la reclusión, pero esa doctora fue muy querida y me ayudó hasta que un día llegó con el permiso:

–¡Valentina, le llegó el permiso de las 72! Dígame, ¿qué día quiere salir?

–No, pues yo quiero irme ahorita mismo doctora, ¿por qué no me presta el teléfono para llamar a mi familia para que vengan por mí?

Y le expliqué: –lo que pasa es que yo no conozco Cali y no sé cómo salir de aquí. Me facilitó el teléfono y Ofelia fue la que me contestó; al oírnos las dos llorábamos de la felicidad tan grande; yo sólo le decía:

—¡Ay Ofelia! Me salió el permiso de las 72 para irme tres días para la casa.

—Negra, yo voy por usted, yo voy a recogerla. Me contestaba mi hermana ahogada en llanto.

Salí al otro día, un sábado; desde temprano estuve parada en la puerta con mi maletica esperando, y cuál no sería mi dolor que veo a Ofelia y no reconocí a mis hijos. Nadie lo creería, porque yo no había dejado de pensarlos ni un minuto en ese encierro y qué dolor tan grande cuando yo salgo por ese pasillo y voy viendo a mi hermana y salgo corriendo a encontrarla, sin reparar en los muchachos que estaban al lado de ella. Nos abrazábamos y yo miraba para lado y lado, y como no los veía, le dije: —¿por qué no me trajiste los muchachos, dónde dejaste a Daniela y Adrián?—. Ella me miraba incrédula sin decir nada, y fue entonces cuando ya mis hijos se me tiraron encima: —¡ay mamita, mamita aquí estamos!—, me decían mientras nos abrazábamos llorando de felicidad; eso fue muy doloroso, por eso nunca he dejado de reprocharme tantos años en la cárcel porque no los vi crecer, no estuve con ellos cuando más me necesitaron.

El regreso a la cárcel fue otra gran tristeza, yo me quería volar y le dije a mi hermana, yo no soy capaz de volver, yo no me quiero ir para ese encierro, yo me voy a volar:

—No, Negra, ¿cómo se le ocurre? Manéjese bien y verá que le empiezan a dar permiso cada cuatro meses, no se vaya a volar, ¿no ve que estando prófuga es más horrible? —me decía ella hasta que me convenció.

Finalmente me llevaron y otra vez se me partía el alma, yo parada al pie de esa reja y mis hijos aferrados a mí: —¿por qué mamita, por qué se la tienen que llevar?, que no la metan a la cárcel por favor—, me decía Adrián.

Afortunadamente, después salió una ley que decía que las presas que estábamos trabajando y que teníamos una conducta intachable podíamos salir, pero solamente salí como tres vecesitas porque Melgar volvió a ganar en Derechos Humanos y me hizo llevar junto a él a la cárcel de Tuluá.

XXI

Melgar y los Derechos Humanos

Después de nuestra reconciliación, Melgar anexó a su pliego de peticiones que la visita conyugal tenía que ser de todo un día, que las tres o cuatro horas que daban para la visita de las parejas era poco tiempo; ellos aceptaron, pero la visita del día completo quedó fijada cada quince días. Entonces a él le quedaba tiempo suficiente para seguir destapando las ollas podridas de la cárcel y empezó a hacerle la guerra a un regional que era horrendo de torcido. Comenzaron a llegarle al patio cartas de presos de otras cárceles, contándole todas las atrocidades del sistema penitenciario en otras regiones del país; muchas veces llegué a la visita conyugal y me daba cuenta de que sólo tenía tiempo de estudiar, que se la pasaba leyendo y escribiendo sobre leyes todo el día; la celdita parecía una oficinita de Derechos Humanos llena de cartas, papeles, y mil pendientes porque él intercedía por todos e hizo echar a punta de cartas y de denuncias a varios directores; entonces en represalia, lo trasladaron a Calarcá, una cárcel de alta seguridad donde están los presos pagando condenas de cincuenta a ochenta años.

Eso era una violación a sus derechos porque él era un preso con una condena de ocho años y no tenía antecedentes. Un día llegaron y le dijeron: –Melgar, alístese que lo van a trasladar a usted y a su esposa para Buga otra vez–, entonces él me llamó y me dijo: –mami, se nos acabaron las penas porque mañana volvemos otra vez para Buga, alégrese porque va a estar cerca de los muchachos otra vez.

Al otro día por la mañanítica llegó el del regional y dio instrucciones para que me llevaran a la dirección porque me iban a trasladar. Yo me despedí de todo el mundo, lloramos y nos dimos direcciones y me salí con mi maletica a esperar a que llegaran por mí, y pasaban y pasaban las horas y nada que venían por mí; anocheció y me volvieron a llevar a dormir a la celda. Al otro día, cuando me sacaron de la celda, me dijo el director:

–Melgar Arias se fue de traslado, lo saqué porque él es un elemento muy peligroso, habla demasiado y no lo podemos tener en esta cárcel.

–¿Para dónde se lo llevaron?–, era lo único que yo preguntaba, –dígame ¿para dónde se lo llevaron?

–Yo no le voy a decir y olvídense porque ustedes no se vuelven a ver. Entonces yo me puse a llorar. ¿Cómo era posible si apenas había pasado diez meses cerca de mi hombre?, me repetía desconsolada.

De todas maneras yo intentaba hablar con alguien de Derechos Humanos, y como ya conocía a la Dra. Luz Dary Aponte, pedí audiencia con ella y le expliqué mi situación. Fue entonces cuando me aclaró que a Melgar lo habían mandado para Calarcá, una cárcel de mucha peligrosidad, pero que no le fuera a decir a nadie que ella me había contado.

Como a los tres días le rogué que lo llamara por teléfono y que me lo pasara porque necesitaba oírlo. Cuando me lo pasó

me puse a llorar y él me dijo: –mami, no llore, necesito que esté tranquila para que se grave esto en la cabeza: me mandaron aquí para que me maten y ya me hicieron un atentado pero estoy bien, pero si a mí me matan o me pasa algo malo es responsabilidad del INPEC. Yo mientras tanto sigo peleando para que me saquen de aquí, porque es ilegal.

Mi Melgar se había vuelto horriblemente revolucionario y ya sabía de leyes, de códigos, de derechos y cláusulas, como un abogado; por eso logró, como a los seis meses, que fuera el regional de Bogotá a examinar el caso. Cuando le miraron el expediente, ahí mismo lo sacaron y lo mandaron para la cárcel de Tuluá.

Llevaba como cuatro meses en esa cárcel y un día me llamó y me dijo:

–Alístese mami que en ocho días la tengo aquí en Tuluá.

–Mentiras papi, no me ilusione ¿cómo va a hacer usted para trasladarme en ocho días?–, le decía yo.

–En ocho días le pruebo que la tengo aquí en Tuluá.

Entonces sin que me hubieran avisado nada empecé a recoger mis cosas y preciso, a los cinco días me dijeron que me trasladarían. Estaba feliz de dejar esa cárcel, de trasladarme para estar más cerca de mis hijos y de mi marido; me despedí con la seguridad de que a esa cárcel no vuelvo a caer nunca, porque no hay nada más deprimente que la cárcel de el Buen Pastor.

XXII

Cárcel de Tuluá

La cárcel de Tuluá es pequeña y por eso se nota menos la pobreza, pero la rabia y la piedra de la gente, por el encierro, sigue siendo la llama de los tropeles en todas las canas; aunque uno encuentra mujeres que con el tiempo llegan a ser amigas muy lindas, personas intachables y de buenos sentimientos, también hay otras que son unas porquerías, que se rebuscan y se consiguen todo a las buenas o a las malas, y si usted se las deja montar desde el principio, ahí tiene cazados sus problemas. Quieren monopolizarlo a uno, que para el cigarrillo, que para el vicio, que regalame esto, que regalame lo otro y no les importa si es lo único que usted tiene; pero resulta que el día que usted amanece verraca y no les quiere dar, ahí tiene su tropel y al calabozo va a parar, ocho, quince días, depende de la gravedad de la pelea.

Hay otro tipo de mujeres que han vivido toda la vida en la calle, desde niñas, de mano en mano, y sin paradero fijo y por alguna razón van a parar a la cárcel; eso es un cambio de vida muy tenaz porque tienen donde dormir y comen, aunque sea murrio, tres veces el día; además, como son cancheras por

la vida en la calle, llegan a montársela a la más pendeja. Hasta que un día la pendeja se cansa y revira; entonces ya se cazan peleas más fuertes. Generalmente esos tropeles son en los baños, a la hora boba, que es a las cinco de la mañana cuando la jefa de los patios abre la reja para que salgamos a bañarnos; entonces, esas viejas están pilas y cuando uno menos piensa, el griterío, que fulana se está peleando con sutana; cuando llega la guardiana ya están heridas, pero yo creo que esa mujeres de la calle hacen eso para no salir nunca, como quiera que sea en la cárcel tienen lo que en la calle es casi imposible, comida y dormida y por eso acumulan y acumulan penas para no salir. Yo le insisto, pagar cana no es lo duro, sino la convivencia con gente tan horrible; no es el encierro, es tener que compartirlo con gente tan baja.

También encuentra uno peladas muy pobres, que llegaban y como estaban enseñadas a luchar cada día de su vida, siempre se me arrimaban y se ofrecían a colaborar en el oficio que casi siempre he tenido en la cárcel, hacer comidas. Ellas se me arrimaban y me decían: –Valentina yo le ayudo a lavar trastes y a pelar revuelto, a fritar–; me arreglaban la celdita, me lavaban, planchaban; peladas juiciosísimas, a cambio de un platico de comida decente.

Yo llegué a Tuluá y me tocó en un patio asqueroso, donde habían un poco de mujeres bullosas y muy degeneradas; practicaban su lesbianismo, ahí, delante de todas nosotras y fumaban vicio toda la noche; eso para mí era muy deprimente.

Entonces a la semana de haber llegado, me decidí a hablar con la guardiana jefa y le dije: –oiga seño, usted por qué no me saca de aquí, yo quisiera que me pasara a un salón más tranquilo, porque si no, yo no voy a ser capaz de resistir.

—Bueno, déjeme ver su carpeta a ver cómo ha sido su conducta y si es buena la paso a un saloncito donde sólo hay tres señoras—, me contestó.

Resulta que esas señoras me habían estado poniendo cuidado y se enteraron de que yo estaba pidiendo traslado al paticito de ellas e intercedieron con la guardiana por mí. Me cambiaron y nos hicimos muy amigas; allí pasábamos las cuatro tranquilitas, y además en ese saloncito había televisión.

De todas maneras, como mi tirada era trabajar para rebajar tiempo y para ganar plata para mis hijos, hablé con el director, que era un tipo de Buga, y le dije que yo quería ganarme mi tiempo corrido, que me diera la oportunidad de trabajar, y empecé a vender mis comiditas otra vez; llamé a mi mamá para que me trajera la remesa, la estufita y todo lo que necesitaba, porque ¿a quién más va uno a recurrir estando en la cárcel? A mí nunca me ayudaron ninguno de los que me daban la droga para venderla, nunca se acercaron a preguntar qué necesitaban mis hijos o de qué manera me podían ayudar. En la cárcel uno puede contar seguro sólo con la madre y de pronto con alguna hermana, no es más.

Empecé vendiendo cuatro almuerzitos diarios, pero un día llegó el director y vio mi cocinita muy limpia, mis ollas bien brillositas y todo súper limpio, entonces me pidió que le vendiera a él también y me consiguió otros clientes, pero de todas maneras yo vivía asfixiada en esa cárcel, me daban unas depresiones horribles de ver esas peleas y tanto lesbianismo, eso me dejaba sin moral y me enfermó.

Entonces el director me propuso trabajar en el caspete: —nunca he sacado a ninguna mujer a trabajar allá, pero le voy a dar la oportunidad, aunque le advierto que allá hay como diez hombres y no quiero quejas de ninguna clase, además quiero que a cambio de este favor le diga a Melgar que deje

de joder con eso de los Derechos Humanos—. Yo con tal de salir a respirar otro aire, le dije que sí. El gran temor del director era que yo me fuera a degenerar con todos esos hombres, pero a la semana ellos mismos dijeron que yo era una señora muy seria porque además, viera lo que viera, yo no comentaba nada ni decía nada. Yo vi muchas cosas y tengo muchas anécdotas de esa época: un día estábamos lavando los platos del almuerzo cuando se prende la sirena por una pelea la verraca en el patio de hombres; toda la guardia entró y cuál no sería nuestra impresión cuando vimos que sacaban un tipo ensangrentado vuelto mierda, aullando como loco; desquiciado nos mostraba cómo le bailaba uno de los ojos en la mano.

Resulta que el tipo era un mal elemento. Le pagaba a los guardias para que lo dejaran salir los días de visita a los pasillos a atracar a los familiares de los presos; les quitaba la plata, la comida, las zapatillas y los presos estaban mamados de poner quejas y de mandar memoriales, y el tipo seguía en las mismas; entonces se juntaron los cinco representantes de cada patio, le pagaron a un guardia para que lo sacara a un pasillo y cuando lo vieron, salieron y han cogido ese hombre a punta de palo, lo destrozaron y le metieron un garrote de esos en el ojo y se lo sacaron: no alcanzó a llegar al hospital con vida. Se formó un problema el verraco porque esos presos no lo querían matar, sólo querían golpearlo, pero se les fue la mano y lo mataron, es que uno lleno de furia no puede medir la cantidad, uno nunca sabe qué tanto, ni cuánto tiempo tiene que pegarle a alguien para cobrar una afrenta o para que el otro reciba un escarmiento. El peligro de esas acciones es que uno termine cobrándole a un tipo de esos, la factura que tiene pendiente la vida con uno. Por eso es fácil que a la gente se le vaya la mano.

Yo empecé a coordinar la comida de todos los presos de la cárcel de hombres y de las mujeres. Me levantaba a las tres para tener el desayuno listo a las seis de la mañana y entregar a tiempo el almuerzo que se empezaba a repartir a las once. Me levantaba a pelar bultos de papa, racimos de plátanos verdes. Allí vi por qué el murrio era tan asqueroso, pero es que el caspete es manejado por hombres y los hombres no tienen juicio para hacer de comer: echaban las papas con tierra, sin pelar, dejaban podrir el pollo y lo echaban agusanado. Entonces me propuse hacer una comida más humana y así se lo propuse a Ariel que era el ecónomo, por eso me dio la responsabilidad y la coordinación del caspete. Desde que yo empecé en esa cocina los fondos regresaban limpios, todo el mundo comía y a mí me daba mucha alegría. Para repartir me conseguí a dos muchachas que eran de Trujillo que estaban por droga y ellas me ayudaban a repartir el almuerzo, de manera que yo a las once estaba desocupada para ponerme a hacer las comiditas que vendía aparte.

Con el trabajo del caspete descontaba tiempo de la condena, ¡imagínese, me ganaba quince días menos en un mes! y con el otro trabajo juntaba para ayudar a mis hijos. Llegaba a la celda con los pies reventados, con unas hinchazones horribles, pero yo sabía que todo eso era a cambio de mi liberación. En esas circunstancias mandé a pedir mi libertad a los cuatro años, a los jueces de ejecución de penas. Mi petición la recibió una jueza que de inmediato me contestó que yo todavía no estaba apta para estar dentro de la sociedad porque yo no me había reivindicado; decía que yo tenía un proceso anterior y a la salida había continuado con lo mismo, haciéndole daño a la sociedad. Melgar me asesoraba para que yo hiciera apelaciones y a la tercera negación una guardiana que estaba estudiando derecho y que era testigo de mi buen com-

portamiento y de mi conducta ejemplar, se ofreció a hacerme un informe para dar fe de mi conducta intachable: –Yo le voy a hacer un memorial bien lindo para que le den nuevamente su libertad–, y fue por ella y las presiones de Melgar que me dieron nuevamente mi libertad. A él se la negaron por haber participado en el Comité de Derechos Humanos.

Cuando me llegó la notificación de mi libertad, él me dijo muy triste: –mami, no importa que yo me quede aquí, usted afuera me marcha y a mí se me quita una preocupación de encima–. Y así fue, yo seguí visitándolo durante un año larguito que fue cuando recibió su libertad y ya había dejado los Derechos Humanos.

XXIII

La ley es matar

Mientras estuve trabajando en el caspete, me enteré de muchos más casos de corrupción y vi más de cerca el movimiento tenaz de los torcidos en ambas cárceles. Recuerdo palpable el caso del sargento Sandoval, un cochino que traficaba con drogas y armas en la cárcel y ajicero hasta más no poder; era el rey hasta que se metió en un problema muy serio cuando descubrieron que le pagaron para que dejara matar un muchacho que estaba detenido en la cárcel; un muchacho de muy buena familia que venía de Buga Grande. Ya todos los presos estaban durmiendo en sus celdas y de un momento a otro se fue la luz en todo el penal; cuando regresó la energía, el muchacho estaba muerto en la cama.

El sargento le pasó, desde temprano, un arma con silenciador al preso que iba a matar al muchacho; la señal para el asesinato iba a ser cuando se fuera la luz. Cuando volvió la luz y vieron al muchacho muerto; el hijueputa sargento armó un revuelo el verraco buscando el arma, se metió hasta la sección de mujeres y nos desbarataron todo, nos arrancaron hasta los

baños buscando el fierro y, qué lo iban a encontrar, si él mismo lo había sacado antes de poner la luz.

Pero Melgar, que no se perdía ni una, se dio cuenta y le armó un despelote tenaz. A raíz de todo eso, el sargento al verse tan implicado en esa vuelta, renunció y se fue a vivir a España. Le aceptaron la renuncia y no le complicaron más las cosas, porque había mucha más gente implicada en el cobro de los impuestos que el sargento imponía a todo el mundo, por eso prefirieron dejarlo ir.

Después de la renuncia del sargento y varios guardias trasladados, le cayeron a Melgar con todo y lo metieron en una celda asquerosa y peligrosísima. En ese estado se enfermó de una hernia inguinal y yo cuando lo vi tan deprimido, tan enfermo, me presenté con el director y le dije que lo llevaran al hospital porque lo veía muy malo. Ese director se portó bien con nosotros porque me dio permiso de acompañarlo: –váyase con su esposo, yo estoy seguro que usted no se vuela porque sabe que le puede salir su libertad de un momento a otro–, fue todo lo que me dijo. Entonces lo sacamos para el hospital. Allá lo operaron y me dejaron estar con él los tres días de la recuperación, y cuando volvimos, el director lo llamó y le dijo que acabara con la güevonada de los Derechos Humanos, porque o si no de ahí salía pero con los pies por delante. Por esos días me dieron la libertad y él se olvidó de su lucha de revolucionario, porque a cambio de una mejor celda, el director lo empezó a sacar a hacer vueltas. A él le decían: –Melgar, necesito que me le haga la vuelta a un paciente esta noche–, entonces lo sacaban en la radiopatrulla y lo llevaban hasta donde estaba la persona; él se bajaba y la mataba y volvían y lo traían a la cárcel, a cambio le daban permisos cada 15 o 20 días para ir a visitarme dos o tres días y luego volvían por él. Así que más que con tiempo, Melgar pagó la condena

con muertos, por eso quién sabe si él se hubiera podido regenerar... nadie se puede regenerar así.

Un día que me llamó el director, y me dijo que me daba permiso de visitar a Melgar varias veces a la semana, para que yo misma le llevara la comidita y le llevara ropa limpia; entonces me imaginé que algo torcido estaban haciendo.

Cuando él me contó cómo era la vuelta, le dije que yo no quería que él volviera a quitarle la vida a nadie, que él no tenía ningún derecho, que ese era un asunto de Dios; quiero que me prometa que usted no vuelve a matar a nadie. Entonces me contestó: –eso se lo puedo prometer cuando salga de aquí, yo ahora necesito una celda cómoda y mis permisos de salida; usted sabe cómo es la vida aquí. Lo único que quiero es salir cuanto antes y este es el único camino que me ofrece la ley; la ley es matar y yo ahora no me puedo negar.

Melgar servía para hacer los cruces más raros y más complicados; una vez los guerrilleros de la FARC secuestraron a un viejito de un ingenio y la cosa se estaba complicando, porque el viejito estaba enfermo, malo. La familia tenía miedo de que se les muriera en el monte y los guerrilleros también, porque si se moría tampoco les pagaban; entonces el director llamó a Melgar y le dijo que le iba a dar un permiso de 72 horas para que sirviera de mediador entre Marcelino, el comandante de la guerrilla, y la familia del viejito. Iba a negociar el punto de entrega de la plata y la liberación del viejo.

Le dieron una moto y él subió solo a la cordillera. Se fue confiado en que no se iba a demorar porque como conocía a ese comandante desde la cárcel; la vuelta iba a ser rápida y se suponía que iba a regresar esa misma noche, pero mentiras, pasaron como cuatro días y ni rastros de Melgar por ninguna

parte. Ese director no hacía sino llamarme más asustado que un putas, porque si llegaban del regional de Cali y Melgar no aparecía, tenía que declararlo como prófugo y se iba a meter en un problema bien grande con nosotros. Entonces una noche fue a mi casa con el personero de Derechos Humanos y me rogaban que les dijera dónde podían encontrarlo; entonces me le enverraqué al director y le dije que dejara de ser irresponsable, que yo qué iba a saber, y que si él tuviera güebas iría a buscarlo él mismo para ver qué había pasado. Me dijo que me tranquilizara y que le prometiera que si Melgar me llamaba, le dijera que se fuera enseguida para la cárcel y que no fuera a decir nada.

A los ocho días me llamó rápido y, como la comunicación era tan pésima sólo entendí cuando me dijo: –mami, tengo un problema el verraco, y no creo que nos volvamos a ver, esto se enredó y ellos sospechan de mí–, y me colgó. Yo desesperada por no saber si había entendido bien, llamé al director y le conté; entonces, al momentico vinieron y me trajeron unos radios para intentar comunicarnos con Marcelino. Cuando por fin logramos comunicación, hablé con ese comandante y le dije: –Marcelino, yo le quiero pedir un favor: no retenga más a Melgar, él tenía buena fe y quería servir como mediador, y si usted no lo deja bajar lo van a declarar prófugo de la justicia y le van a doblar la pena–. Le conté además que el director lo había dejado salir y que si llegaban de Cali a revisar, también a él lo iban a perjudicar, que se pusiera la mano en el pecho y no le fuera a hacer nada a mi hombre. Entonces Marcelino me dijo: –vea Valentina, tenga en cuenta que si a él no lo han matado ha sido por mi intervención, porque Oswaldo hizo todo muy mal y está más enredado que un costalado de anzuelos–. Yo me puse a averiguar y presioné al director para que me dijera la verdad;

cuando el tipo me vio tan encabronada, me contó en qué consistía todo el encargo que le habían hecho a Melgar.

Resulta que el director de la cárcel le había encargado a Oswaldo que convenciera a los guerrilleros de que ya tenía cuadrada, con la familia del viejito, la plata del rescate y que sólo tenían que bajarlo a un punto para hacer el cruce. La policía les iba a caer en ese momento y el rescate iba a ser para el director y le iba a dar algo a Melgar.

Pero eso se complicó porque los guerrilleros empezaron a interrogarlo y como Melgar se enredó, lo apresaron porque descubrieron que él los iba a llevar a una trampa para que los cogiera la policía. Enterada de la situación, no me quedaba duda que el caso era de vida o muerte. Por eso me tocó llamar otra vez a Marcelino e inventarle una película la verraca: le dije que cómo se le ocurría que Melgar los iba a traicionar si habían sido tan amigos en la cárcel, que si ya se le había olvidado lo que habían luchado juntos por los Derechos Humanos en ese encierro, que le tuviera confianza. Entonces lo convencí y acordamos que subiría Víctor, el cuñado de Melgar, a entregar la plata del rescate y que los liberarían a todos.

Para esa vuelta, el director de la cárcel le dio a Víctor moto, radios y protección hasta un determinado punto, entonces, cuando Víctor llegó, entregó la plata y cuadró con los guerrilleros que entregaran al viejito, por allá cerca del cementerio de los Olivos. Y como a los tres días Víctor bajó con Melgar.

Cuando recibí a Melgar en la casa, tenía los ojos enrojecidísimos y casi a punto de desmayarse de cansancio, después de esa odisea de 15 días. Yo lo atendí y lo dejé dormir todo lo que quiso y como a los tres días llamé al director y le dije que yo se lo entregaba, si me prometía que le iba a garantizar la vida, que no lo iba a cambiar de celda, y que no iba a tomar

MARCANDO CALAVERA

represalias de nada en contra de él. Ya el director contento me dijo que me tranquilizara y que confiara en él, entonces yo misma fui y lo entregué a la cárcel otra vez.

XXIV

Las limpiezas sociales. El Divino Maestro

Yo no veo ninguna posibilidad de que se acabe la violencia aquí en Colombia. No, porque entre más días es peor; eso no tiene fin porque esto está muy podrido. Ahora podés mandar a matar a cualquiera y por cualquier maraña encontrás quien lo haga, ya no les importa la vida de nadie, todo es plata y plata y cada vez son más y más los policías que trabajan en eso.

Yo he tenido muy buena suerte en la vida porque cuántos atentados no me han hecho, cuántas veces me han estado buscando los tombos para matarme y pues gracias al Milagroso siempre me he logrado escapar del acecho de ellos. Los policías son los que me han hecho la vida imposible. Los tombos han matado a mucha gente con lo de la limpieza social, siempre han estado involucrados con los jíbaros, con los viciosos y son ellos al mismo tiempo los que matan a los viciosos, a los jíbaros en las campañas del gobierno para limpiar las ciudades; por eso es que uno no entiende, si de verdad quisieran acabar con la

droga, tendrían que acabar con la policía porque ellos son los principales corruptos y mejor eso que andar matando a la gente, porque si la gente trabaja vendiendo droga es por necesidad, para poder mantener a los hijos y más o menos vivir.

Pero la plata que sale de ese negocio es como maldita, como entra, sale, y uno no puede hacerse un capitalito ni nada para cambiar de oficio, para hacer otra cosa. Todos los jíbaros que conocí empezaron siendo jíbaros y mueren por ser jíbaros, porque cuando uno se unta de droga se mete en un torbellino del que uno no se puede salir, queda uno como condenado quién sabe por qué.

Caliche era un jíbaro que tenía un hueco en una casa muy grande en toda la carrera 5 con calle 4. Vendía trago, vicio y cobraba por dejar entrar a los viciosos a fumarse el “coso”. Les acomodaba la mesita, les ponía el vidrio, la cuchilla y les dejaba todo listo para que entraran a soplar, y a los mismos tombos que le cobraban religiosamente el impuesto y que metían vicio en la misma olla, un día cualquiera se les ocurrió que tenían que barrerlo; lo citaron en la Bombonera para que les fuera a llevar una plata y ahí lo mataron.

A raíz de eso a la Chiquis, la mujer de él, le dio miedo, alquiló la casa y se fue, pero después regresó, se consiguió un amante y volvió a abrir el negocio. Ellos no trabajan sino para darle a los tombos y a cada rato vienen a agitarla y a amenazarla, pero ella sigue ahí; sabe que la van a matar, pero ella sigue ahí enredada sin poderse zafar de ese negocio.

Es como el caso de los Colmenares, ellos son unos indios que llegaron de por allá del Cauca, no sé cómo se les ocurrió venirse para acá, si Buga es una ciudad como Popayán, que vive de los apellidos y los que no son Cárdenas, Gaviria o Pumarejo, aquí no tienen ninguna oportunidad, porque aquí

no hay fuentes de empleo. Pero de la noche a la mañana aquí llegó gente de muchas partes, paisas, caucanos, y hasta negros, cuando en Buga, con ser de que está tan cerca de la Cueva, ¡jamás había tenido negros! o había muy poquitos, dos familias cuando mucho y eran de apellido Ararat.

Pero cuando pusieron la cárcel distrital aquí en Buga por allá por la variante, la gente se empezó a desplazar para estar cerca de los presos. Era gente que trabajaba en la recolección del algodón y del millo.

Ahora la Cueva del humo queda dentro de la ciudad, pero es que el barrio El Divino niño era las afueras de Buga: la ciudad terminaba en la calle 21 y la Cueva empezó en la 19, en un terreno de un señor que no me acuerdo cómo se llamaba, pero que tenía en el dedo pulgar una uña larguísima como una lima. Hizo sus cuarticos, unos cuchitriles, y los alquilaba a la gente que venía para tratar de estar cerca de algún familiar que estaba preso, generalmente eran mujeres con un poco de hijos. Ese lote sólo tenía una entrada y adentro empezó a vivir un mundo de gente hacinada en cuarticos, sin drenaje y todos cogían agua de una manguera; esa gente era la que trabajaba en las recolectas de millo y algodón. Con el tiempo, allí fue donde por primera vez se empezó a vender vicio aquí en Buga; los muchachos de los barrios bonitos de Buga entraban a comprarse su vicio y ahí mismo lo consumían; pero no hay consumo de bazuco que no esté asociado con el robo, y después, con las matanzas.

Una alcaldesa que tuvo Buga logró abrir las calles para conectar La Cueva a la ciudad porque eso se había vuelto un foco de ladrones y viciosos. Todo lo que se perdía en Buga iba a parar allá, y de allí salía en partes, con otras placas u otro color. Era un lugar a donde la policía ni siquiera podía entrar.

Con decirle que una vez, antes de que abrieran las calles, los tombos intentaron meterse y la gente salió a frentear; hicieron trincheras con las camas y no pudieron desalojar a nadie.

Por eso la alcaldesa llegó solita, y sin agitar a nadie ofreció reubicar a los que se quedaron sin cambuche en la loma de Alto bonito y en un barrio que creció justo al frente de la cárcel; por eso la piratería terrestre encontró en esos barrios gente para robar las mulas y caletas para guardar lo que se robaban. Pero la cosa es que la alcaldesa abrió el barrio y la delincuencia se expandió como cuatro manzanas hacia los cuatro puntos cardinales. Mucho ladrón y mucho sicario allí encontraron su guarida.

En esa Cueva se aposentaron los Colmenares en unos ranchos de latas y guaduas al mando de un montón de mujeres verracas y bien echadas para adelante, que construyeron en material cuando ya les dieron esos lotes en propiedad.

Ellas trabajaban vendiendo bazuco y se volvieron las duras de la droga en Buga. En ese negocio trabajaba toda la familia; los hombres eran los encargados de la seguridad, de hacer las vueltas duras y de hacerlas respetar, y ellas eran unas mujeres muy trabajadoras, aunque de todas maneras los impuestos las mantenían mamadas y no las dejaban cosechar. Un día les cayeron los tombos y detuvieron a toda esa familia, ocho en total, y después los condenaron a diez años acusados de asociación para delinquir o concierto para delinquir.

Yo tuve de compañeras de cana a todas las mujeres de esa familia, a María Beatriz que era la mamá, a Madeleine y a Cambalache que eran las hijas, a María Beatriz Jr. que era la nieta, y a la mujer de Orlando, uno de los hijos; el único que le quedaba porque a los demás los habían matado en negocios torcidos o en las campañas de limpieza social de la policía.

Cuando ellas entraron a la cárcel, empezaron a pelear para que les dejaran entrar a los niños, alegando que no tenían quién se los cuidara. Pero eso se volvió la hora llegada con esos niñitos. Esos muchachitos eran muy cansones, jodían todo el día y nadie les podía decir nada porque ahí mismo las Colmenares armaban unas peleas las verracas, con cuchillos o con lo que encontraran y varias presas salieron heridas. Era horrible la vida en ese patio con esos niñitos, hasta que una vez el director, cansado de tantas quejas y tanto problema, llamó a Bienestar Familiar y los sacaron de la cárcel y ya se compuso la vida en el patio.

Pichoncito era hijo de Madeleine, y ellas, muy tremendas, mandaban al niño desde los siete años a vender vicio. Cuando cayeron a la cana, el niño iba cada ocho días a llevarles la remesa, la ropa y lo que necesitaran; hasta que le dieron salida a la viejita María Beatríz por enfermedad; ella salió y siguió haciendo sus negocios a través del niño que tenía ya como once años. Como al año, los tombos le volvieron a caer a la viejita y le pillaron una mercancía, entonces la volvieron a encanar hasta que cumplió la pena completa. En ese momento, cuando María Beatríz volvió a caer a la cárcel, el niño se quedó con unos familiares al frente del negocio.

Ellas fueron saliendo graneaditas, graneaditas; por buena conducta o por trabajo las fueron soltando; la primera que salió fue Madeleine y se puso otra vez al frente del negocio, siguió trabajando en lo mismo. Entonces el niño ya se dedicó más al estudio, se puso a terminar el bachillerato y sólo le ayudaba a la mamá a empacar o a hacer domicilios. Era muy sano el niño, muy trabajador, pero él ya estaba muy boletiado por los tombos, quienes además les seguían teniendo mucha hambre a todas ellas.

El niño tenía ya como 15 años y un día se fue con dos compañeros del colegio para la casa, allí estuvieron cortando y empacando mercancía con Madeleine. Cuando terminaron, eran como las 11 de la noche y los peladitos tenían hambre, entonces Madeleine les dijo que pidieran cenas a domicilio porque ella estaba muy cansada para ponerse a preparar comida a esa hora.

Los Colmenares sabían que tenían el control de la Cueva durante el día, un espacio de cuatro o cinco cuadras a la redonda de donde vivían; pero aún ese territorio se volvía peligroso de noche para ellos o para cualquiera que viniera de afuera, por eso cuando el niño dio la dirección para que le trajeran las cenas, el mensajero les dijo que allí no entraba porque eso era peligroso; entonces quedaron en que los peladitos iban a salir hasta el límite del dominio de la Cueva y que allí les entregaban todo. Se fueron los tres a esperar al muchacho del cenadero y cuando estaban recibiendo y pagando, Pichoncito alcanzó a ver dos tombo que venían en una moto. Los tres arrancaron a correr y uno de los tombo empezó a disparar y le dio a los dos compañeritos. Pichoncito, herido, corría por la calle gritando: –¡mamá, mamá ábrame que me van matar los tombo!–. Cuando Madeleine salió a la calle, el niño estaba en el suelo y el tombo le tenía la pata en la barriga. Entonces Madeleine se le arrodilló al tombo y le dijo –no me mate a mi hijo, no me mate a mi hijo que mi hijo es sano, hágame a mí todo lo que usted quiera, pero no me mate mi muchacho”–, y el tombo no comió de ninguna y le disparó todo el fierro en la cabecita al niño; ¡pobrecito!, y ahí, delante de la mamá. Después se subió a la moto y se fue con el otro policía. Eso lo hicieron delante de todo el mundo y la gente sin poder decir nada.

Cuando ella vio a su muchacho en el suelo con la cabecita destrozada, buscó una vasijita y allí recogió los sesos del niño, que habían quedado desparramados en la calle. Al otro día Madeleine parecía loca, completamente loca; a todos los que íbamos llegando a darle el pésame, se nos acercaba y nos mostraba los sesitos, y qué problema tan horrible a la hora de enterrarlo, porque ella no quería dejar enterrar esa parte de su hijo. Gritaba como una loca, que el Quemado era el que le había matado su muchacho: —ese doblehijueputa me mató a mi muchacho, por qué me tenía que matar a mi muchacho—. Como loca quedó ella y a los días le mataron el hermano también.

Cuando estábamos en la cárcel, María Beatríz, la viejita, me contaba que Orlando, el hijo menor, le había matado dos maridos. Ella era una señora de edad pero le gustaban los pollos y los mantenía, pero Orlando no estaba de acuerdo y mató el primero en un billar y al tiempo ella se consiguió otro pedado, un muchacho muy joven: Orlando llegó a la casa, tocó y salieron los dos, María Beatríz y el amante, y ahí delante de ella se lo mató. No podía soportar ver a la mamá amancebada. Pero María Beatríz vivía llena de odio contra el hijo.

Cuando a los Colmenares los metieron a la cárcel, ella no se hablaba con Orlando porque hacía poco le había matado el último marido; ella decía que eso no se lo iba a perdonar nunca. Y mentiras que cuando llegaron allá él le mandó a pedir perdón a ella y pues, él no dejaba de ser su hijo y lo perdonó.

Orlando fue el último, de toda esa familia, en salir de la cárcel, pero los tombos sólo estaban esperando eso. Hacía como tres semanas andaba disfrutando su libertad cuando un día aparecieron en la Cueva unos panfletos donde decía: —¡Pilas viciosos hijueputas y jíbaros! que los vamos a matar— y el primero que encabezaba la lista era Orlando, pero no creyó:

“¿por qué me van a matar si yo ya pagué lo mío?” Como a los dos días, era domingo y se fue con un amigo para la tienda a tomarse una cerveza; estaba recostado en el mostrador de la tienda cuando llegaron los tombos y le vaciaron todo el revólver; le quedó la cabeza destrozada. No le quedó nada, nada en la cabeza; para velarlo tuvieron que armarle la cabecita colocándole una tabla en la parte de atrás, y sobre eso, le clavaron el cuero con unas puntillas para medio formarle la cara, porque no le dejaron nada, toda la cara y la cabeza se la destrozaron. Y la mamá, María Beatríz, parecía una loca encima de su muchacho también.

Aquí en Buga todo el mundo se da cuenta quién mata a quién, pero ahí no hay nada, no se puede hablar, no se puede decir nada, son cosas muy comprometedoras y muy delicadas. A todos los Colmenares los han sentenciado, les han dicho que los van a matar porque son vendedores de drogas, pero las amenazas también tienen que ver con que los muchachos son malos, son tremendos los nietecitos de ella. Por lo menos Orlando dejó dos hijos, un peladito de nueve y otro de once y el mayorcito ya mata; ese peladito vive lleno de odio y ya anda con su fierro y cobra deudas adentro de La Cueva matando gente... ellos son terribles, le han quitado la vida a mucha gente. A raíz de todo eso vienen las venganzas de los que quieren acabar con ellos, por un lado, y por el otro están los peladitos que han crecido con odio y mucho miedo en esa Cueva. Miedo y venganza son los combustibles de la violencia en ese antro.

Pero ahí sigue María Beatríz, vendiendo y vendiendo y los tombos cobrando, todo igual; por eso es muy difícil que se acabe la violencia aquí en Colombia.

XXV

La muerte de Melgar

Fueron cosas muy lindas, con él fueron momentos muy hermosos, pero lástima... Cuando él trató de regenerarse, de cambiar su vida, no lo dejaron porque lo mataron muy ligero, le cobraron deudas pendientes, y claro, ese es el ajuste de cuentas, ¿no? Llegó un momento en que vieron que él quería cambiar, pero que sabía muchas cosas y decidieron que era mejor silenciarlo y así hicieron, lo mataron.

Un día viernes cumplió su condena y lo fuimos a esperar a la salida de la cárcel; el papá estaba feliz y empezó a recordar la infancia de Melgar, y nos dijo: –Los hijos son lo más lindo y lo más grande que uno tiene en la vida.

Yo sólo miraba, estiraba y estiraba el cuello para verlo salir; esa fue una alegría muy grande, salió fresco como si nada; pero cuando ya se subió al taxi nos dijo: –¡Uy, Milagroso bendito! yo aquí no quiero volver ni a apagar incendios–. A partir de ese día me lo repetía como una obsesión: –mami yo no quiero volver a la cárcel porque es muy dura, se sufre demasiado.

Las mayores dificultades de Melgar en la cana fueron por haberse involucrado con lo de los Derechos Humanos, por haberle enseñado a los presos cuáles eran sus derechos y que era obligación del gobierno responder por la salud, la alimentación y la recreación de todos ellos: –No porque uno esté privado de la libertad uno pierde sus derechos–, repetía constantemente, y verdad, ya los presos lo empezaron a buscar y le hacían consultas y se volvió un líder porque era el que más sabía; se leía unos libros grandotes y aprendía cosas de abogados, hacía las reuniones y les daba mucho conocimiento a todos los presos. Después se agarró a denunciar todas las violaciones que cometían los guardias y los directores de las cárceles y se fue ganado el odio de todas las autoridades. Lo más triste es que él conseguía buena celda, comida, salidas y visitas cuando lo sacaban a matar gente por parte de la misma policía. Por la vía de los Derechos Humanos sólo conseguía traslados, malas condiciones, mala comida. Por eso era que a él le daba tanto miedo volver a caer a la cárcel.

Quería cambiar de vida, por eso al salir de la cárcel se fue a vivir a la casa de Víctor, un cuñado que lo adoraba y lo admiraba mucho; yo también estaba decidida a regenerarme para poder cambiar de modo de vivir. Parecíamos los novios que nunca fuimos, porque él no podía entrar a la casa de mi mamá, entonces yo lo iba a visitar todas las noches y él me daba la ropa sucia y yo le mandaba el almuerzo y la comida todos los días. Sin trabajo, sin saber qué hacer ni por dónde empezar, decidimos alquilar una finquita para criar unos pollos y unos marranos. Estábamos muy contentos. Yo empecé a vender comidas otra vez y a trabajar como loca haciendo rellenitas, sancochos de gallina, sobrebarrigas y tamales para fiestas y gracias a Dios, cada ocho días algo salía, cada que me pagaban yo iba con esa ilusión y le decía: –Tranquilo papi, que ya

casi saco lo del plante para comprar los pollitos y el alimento de los primeros quince días—. Yo le daba mucho ánimo porque lo veía con ganas de regenerarse; él me prometía que nunca más iba a volver a matar a nadie y yo estaba dispuesta a sacrificarme con tal de que cambiáramos de vida.

Nos alquilaron unos galpones en una finquita por allá por Magdalena: junté parte de la plata con la venta de las comidas y él consiguió el resto con Víctor y empezamos el negocio con 300 pollitos y 4 marranos.

Él prácticamente se hizo cargo de los animalitos, iba todos los días a darles alimento y agua. Yo sólo subí una vez a la finquita porque me dio miedo ver eso tan solo y se lo dije: —esto por acá tan solo pueden matar a cualquiera y nadie se va a dar cuenta—, y muy tranquilamente él me contestó: —más fácil lo matan a uno en Buga porque en la ciudad los tiros salen por en medio de la gente, de cualquier carro o moto; en cambio por acá uno está más pilas, puede ver mejor.

Ese era el gran problema: Melgar quería hacer otra vida, pero eso era casi imposible; sabía muy bien que como él había matado a tanta gente, cualquiera en venganza lo podía matar. Sabía muy bien que representaba un peligro para muchos directores y policías corruptos, por todas las fechorías que lo habían obligado a cometer. Por miedo a que él los sapiara lo podían matar o desaparecer; entonces por eso vivía en una zozobra y en un desasosiego horrible. Cuando se alejaba unas cuantas cuadras de la casa, no se le podía acercar un carro o una moto porque salía corriendo desesperado; se ponía pálido, empezaba a sudar frío y las manos le temblaban, parecía un animalito acorralado. Cualquiera ruido, por insignificante que fuera, él ya estaba alerta imaginando que ya lo venían a matar. Por eso prefería estar en el campo, decía que allá se sentía más seguro.

En cambio a mí las fincas y el campo me dan mucho miedo porque todo eso es solo y del mismo color verde, y uno no distingue nada. Me quedé en la casa con el agite de las comidas y pendiente de mi papá, que prácticamente había ido perdiendo la memoria y además había que ponerle pañal como si fuera un bebé. Por eso Melgar se hizo llavería de Víctor para poder encargarse de los animales: todos los días subían a darle vuelta a los pollitos, pero de bajada empezaron a meterse a los rumbiaderos de la orilla del río y se emborrachaban. Eso para mí era señal de que estaba más tranquilo y por eso no noté nada raro. No me di cuenta que Melgar andaba de mujeriego, hasta el día que fuimos a matar los primeros pollos para venderlos en el Comunitario.

Fuimos como cuatro días seguidos y vendimos muy bien. Melgar estuvo recochando y mamando gallo con los clientes y nos hizo reír mucho, pero el último día me dijo que tenía que bajar con Víctor a pintar una moto para entregarla porque era urgente. Me recalcó que yo me iba a tener que quedar sola en el Comunitario acabando de vender el resto del pollo que nos quedaba. Me quedé como con pereza porque ya estaba cansada, por eso fue para mí mucha alegría encontrarme a Francia, una amiga muy linda que no veía hacía años. Me acompañó todo el día hasta que vendí todo lo que tenía pendiente. Por la noche llegué feliz a la casa y llamé a Melgar al apartamento; cuál no sería mi sorpresa cuando me dice la esposa de Víctor que ellos no habían llegado en todo el día.

Me entró una zozobra y una caminadera horrible y prácticamente no pude pegar un ojo de la preocupación. Al otro día me llamó como a las doce, a medio día, borracho, diciéndome que me quería mucho.

—¿Dónde estuvieron, Melgar?

—Tranquila, mami, no me joda que usted sabe que yo la quiero mucho, déjeme disfrutar de mi libertad—, me contestaba.

Total que yo no paré muchas bolas; estaba muy contenta de saber que estaban bien. Pero esa maricada la agarró de cada ocho días: se desaparecía uno o dos días y ya ni siquiera me avisaba. Por eso cuando un día me llama Francia y me cuenta que había pillado a Melgar con una pelada de Cali yo ya me lo sospechaba. Ese mismo día me fui a buscarlo al apartamento y no lo encontré; estaba muerta de la ira y del despecho más horrible. Me senté en el andén a esperarlos, dispuesta a no moverme hasta que aparecieran, pero el que llegó fue Víctor y cuando lo vi me le fui encima y le di un empujón tan verraco que lo tiré de la moto.

—Alcahuete, hijueputa, decime dónde dejaste a Melgar, ¿porqué no me habías dicho, traicionero, doblehijueputa?—, le decía yo a los gritos.

Víctor se había parado y sólo se tapaba la cara para protegerse de las cachetadas y los puños que yo le tiraba. Finalmente, cuando me pudo agarrar los brazos me dijo: —Negra, yo no soy alcahuete de nadie, lo que pasa es que usted sabe cómo es Melgar de jodido, uno no puede meterse a decirle nada porque él no permite que nadie se meta en sus cosas, ¿por qué te extrañas si vos lo conocés mejor que yo?—. Pero yo no me dejé convencer y logré que me contara dónde lo había dejado:

—Nada más le pido un favor, Negra, no le vaya a decir que yo le dije, porque no quiero tener problemas con él.

Eran como las ocho de la noche y me fui en un taxi a buscarlo. Estaba con un grupo de amigos en la parte de afuera de la finca y cuando me vio, se paró y me dijo:

—No me vengás a joder y devolvete por donde viniste.

—¿Dónde tenés esa maldita perra?

Él me alegaba y gritaba que no había nadie, que estaba con unos amigos, que “¿cuál vieja? ¿Fue que te volviste loca o qué?”, me repetía.

Yo estaba enceguecida de ira, me faltaba el aire y estaba tan afónica que yo no me explico de dónde sacaba fuerza para gritar como loca. No te hagás el marica que ya sé que andás con una vagamunda de Cali, y negámelo para matarte, hijueputa.

Entonces me metí a esa casa y arranqué cortinas, tiré mesas y ollas, y él detrás tratando de agarrarme y en una de esas voltié y le tiré a la cara, pero sólo le alcancé a rasguñar el cuello y le arranqué un amuleto que le había regalado cuando recién lo conocí y que él no se quitaba por nada del mundo. –Devolveme el amuleto, hijueputa– me gritaba, y entonces yo le repetí lo que tantas veces le había sentenciado: –Si vos no sos para mí, no sos para nadie, y metete una cosa en la cabeza, Melgar: el día que yo te vea con otra mujer te juro por Dios Melgar, que te mato.

Porque es que se van acabando los sentimientos, uno se vuelve malo, a uno ya no le importa nada y él era mi obsesión y lo único que me importaba en la vida.

Él se había regenerado porque desde el momento en que salió de la cárcel no mató a nadie, pero se volvió más mujeriego, y las mujeres empezaron a perseguirlo y allí fue que empezó el tormento tenaz para mí, porque ahí la que perdía la vida era yo. Sin embargo, yo también me sumé a sus preocupaciones, porque Melgar sabía que yo no podría vivir sin él y que primero lo mataba antes de dejarlo hacer vida con alguien más. Por eso, después de esa pelea, yo me vine a la casa enferma de dolor y ojalá me hubiera muerto en ese momento para no tener que ver el fin del que más he amado.

Él me había estado buscando, pero yo estaba muy brava y muy ofendida, hasta que finalmente me habló por teléfono y yo recuperé un poco la calma y me cuentan que él también se tranquilizó. Al otro día subió con Víctor a llevar una aguamasa para los marranos. Fue un 11 de octubre como a las cuatro de la tarde, ya venían bajando con los baldes vacíos, y seguro él vio a alguien conocido; a él tuvo que haberlo parado algún amigo porque se veía el frenazo de la moto y se veía que se había devuelto un tramo, seguro para hablar con el que lo había parado. Y parece que cuando él vio que lo iban a matar, se abrazó a Víctor, y por eso quedaron pegaditos, les pegaron una matada horrible.

En el entierro, el papá se me acercó llorando muy desconsolado y me dijo que siquiera su hijo se había muerto, porque de otra manera él no iba a tener descanso, que él sufría mucho viendo la angustia de su muchacho sin dormir, con el pánico por cualquier ruido, y qué él le había dicho muchas veces: –papá, yo sé que me van a matar y yo no me quiero morir, pero yo sé también que el que a hierro mata, a hierro muere.

Después del entierro, a mí sólo me faltaba dormir en el cementerio. Me la pasaba todos los días de la semana llorando al pie de la tumba; era la única manera de tener consuelo, y ya después me puse a recorrer los lugares donde él había estado. Un día que fui a Tuluá, vi en la oficina de los Derechos Humanos una cartelera grandísima que habían hecho en su nombre por toda su labor con los presos de las cárceles donde estuvo. Reconocí copia de unas fotos donde Melgar aparecía con Gardeazábal, el que fue gobernador de Valle a quien después metieron también a la cárcel.

Gardeazábal era el único político al que admiraba Melgar, porque no tenía miedo, ni pelos en la lengua para denunciar a los corruptos, y porque desafiaba a toda esa manada de ladrones que había en la gobernación. Cuando se posesionó como gobernador de Valle, entró a las oficinas y les puso a todos esos burócratas corruptos un flautista de Hamelin, seguro para que saliera todo ese raterío de la Gobernación. Gardeazábal hizo una labor muy bonita en las cárceles de mujeres de Tuluá; mandó a poner, en el patio modelo, lavadoras y televisores, y a los hombres les ayudó mucho, les regaló los uniformes para el equipo de fútbol, les hizo una biblioteca y donó muchos libros a todos los presos. Con todos esos libros Melgar empezó a aprender sobre leyes y derechos humanos. Gardeazábal decía que lástima que una persona tan inteligente y tan leída como él estuviera en la cárcel, pero yo sé bien que Melgar no supo aprovechar su inteligencia.

¿Que quién los mató? Quién sabe, él había salido de la cárcel y había pagado, pero la gente en Colombia no descansa hasta que no se cobra con la propia mano. Todos dicen que el error de Melgar fue haber matado a un tipo que era la ñaña de un duro y lo esperaron a que saliera y desde ese momento se agarraron a montarle cacería y lo pistieron y lo pistieron hasta que lo mataron. Pero quién sabe, pudieron haber sido también los mismo tombos, de recelo porque él sabía mucho y de pronto les dio miedo que los fuera a denunciar. ¿Que quién lo mató? Quién sabe. No se sabe a ciencia cierta.

XXVI

Tercer canazo

Como yo me quedé sumida en la pena, la familia de Melgar se terminó de hacer cargo de los pollos y los marranos y yo me quedé limpia otra vez. Estuve derrumbada como ocho meses sin saber qué hacer, ni para dónde pegar. En esas apareció mi amigo el Flaco y me dijo que por qué no empezaba a vender aunque fuera de a poquito, aunque fuera para levantar para la comida, porque él ya no podía seguir dándome plata para mis hijos, que le quedaba muy verraco.

Empecé a papeletiar, me traían poquito y yo lo vendía en la semana entre gente seria que venía hasta la casa. No le volví a vender a pelados viciosos para no boletearme.

Pero después de que uno sale de la cárcel queda marcado, y un día cualquiera, aparecen y otra vez: “¡quieta hijueputa que venimos a hacerte un allanamiento!” Para demostrar que están haciendo cumplir la ley.

Esa semana yo vendí rápido como medio kilo, y me habían quedado como 17 papeleticas. Ese día 12 de octubre terminé de almorzar y me senté a ver la novela mientras

esperaba a que llegaran por esa mercancía, pero me quedé dormida en el sofá cama.

Me despertaron los tombos y los de la fiscalía diciéndome que venían a hacerme un allanamiento. Cuando me paré se me cayó la chuspita donde tenía el poquito de droga y ellos ahí mismo la cogieron. De todas maneras, yo preguntaba: ¿pero por qué me vienen a agitar?, y ya el fiscal me dijo que habían recibido una llamada de vecinos que decían que yo estaba vendiendo otra vez. Eran como las cuatro de la tarde.

Entonces cuál no sería mi dolor cuando llegó mi hijo como a las cinco y media y vio que estaba la casa rodeada, y yo en la mitad de la sala mientras ellos estaban acabando de hacer la inspección para llevarme. Entró a la pieza, se sentó en la cama y se puso a llorar como un bebé, pero cuando el fiscal me dijo: –bueno, arregle pues todas sus cosas porque usted se viene con nosotros–, él salió de la pieza y se prendió de mí, aferrado a mí, lloraba y le decía a los tombos que para qué me iban a llevar, que no me llevaran y entonces el fiscal me dijo:

–¿A usted no le da pesar de ver a su hijo cómo llora por usted? ¿Usted por qué hace esto? Mire cómo vive, mire esta belleza de casa, usted no necesita ganarse la vida con esto.

–La necesidad. Cómo se ve que usted no sabe lo que es la necesidad–, le dije.

Me subieron a la radiopatrulla y me llevaron nuevamente a la cárcel. ¡Uy!, pero esa noche fue horrible porque me metieron a un calabozo pequeñito, lleno de orines y de mierda de unos tipos que acababan de trasladar. Entonces yo no podía sino estar parada, prendida de la reja. A la madrugada yo sentía que los pies se me reventaban y le dije al tomo:

–Oiga agente, ¿por qué no me hace el favor y me presta un asientico que ya no aguanto los pies?–, y el tipo no me contestaba nada, sólo se encogía de los hombros y me daba la espalda

y no me lo quiso prestar. Así amanecí muy adolorida de los pies y con los ojos hinchados de tanto llorar; lloré toda la noche porque nunca me había sentido tan sola y tan desamparada, me miraba en ese lugar en medio de esa inmundicia y me di cuenta que ya no podía llegar más bajo, que había tocado fondo.

Al otro día, cuando hubo cambio de turno, me sacaron del calabozo a un patiecito pequeño, un poco más grande que la celda y con un bañito, entonces yo le dije al guardián que me dejara entrar al baño, que tenía muchas ganas de orinar y sí, me abrió la puertita y qué cosa tan impresionante: cuando me fui a sentar en la taza del baño y veo que empiezan a salir ratas del excusado, me salí muerta del susto con los calzones abajo y le dije al guardia que yo no podía orinar porque ese baño estaba lleno de ratas, y me contestó:

—Pues orine donde le dé la puta gana porque de aquí no se puede salir.

Entonces me tuve que aguantar hasta que llegó el abogado, quien me entregó un permiso para salir a bañarme y cambiarme de ropa. Ya después me llevaron a la fiscalía, me indagaron y me condenaron a un año, pero pagué físicamente seis meses porque llegué de una a trabajar, otra vez a mi rincón, a mis ollas, y a hacer comida para todo el mundo.

De alguna manera eso lo podía soportar, lo que me ha desarmado en estas condiciones es ver el dolor de mis hijos, de Adrián sobre todo. Mirar a Adrián en ese patio, a la hora de la visita, vencido, más derrotado que yo, es la muerte. Ver todo lo que me he desprestigiado, todo lo que he hecho sufrir a mis hijos a son de nada, porque nada tengo, sólo la persecución de los tombos, porque siempre queda uno marcado, siguen ellos encima de uno, y sí, es horrible saber que no tengo escapatoria.

XXVII

Y pensar que esto no tiene solución.

–E: Negra, ¿no sentiste alguna vez que el tipo de trabajo que hacías era generador de violencia y descomposición social; alguna vez te preguntaste eso?

–N: Claro, yo sabía que le causaba daño a la juventud. Claro que me daba pesar de ver esos pelados entregados al vicio y desesperados, porque ellos, a lo último, eran desesperados, le lloraban a uno: que “Negrita ve, vendeme uno, regalámelo”, que “mirá que yo no tengo ni un peso”. Entonces a mí me daba pesar de verlos, claro, y yo les regalaba muchas veces, cuando ya ellos se quedaban sin plata y nada, yo les regalaba; ya cuando ellos volvían a la normalidad yo les decía: –¡uy no! pero ustedes por qué fuman eso, miren cómo están de acabados y todo–. Pero no, yo también a lo último decía: “bueno, pues van a dejar la plata en otra parte, pues les sigo vendiendo yo”. Entonces, pues a uno le daba pesar y todo y yo sabía que eso era malo y que yo iba acabando con la juventud y que más adelante iba a tener muchos problemas por eso pero, pues la necesidad, yo decía:

no pues, “no sé hacer nada más, yo vendo eso y con eso me sostengo, y sostengo mis hijos” y verdad, era eso, eso era lo que yo más decía y pues seguía en las mismas, no cambiaba, pensaba, decía que qué pesar y todo pero, en vez de suspender, no vender más, yo seguía en mi trabajo y mi apogeo y mi línea, entonces yo no... y que veía que mataban a muchos por eso, cantidad de pelados que me compraban que... sí los mataban.

–E: ¿Tú crees que hay alguna solución para acabar con la violencia en Colombia?

–N: La violencia en Colombia es muy horrible, uno día a día ve que más y más se degrada el país, y pensar que esto no tiene solución, porque hasta los altos mandos de la policía se prestan para traficar la droga; eso es una corrupción completa, y por eso nunca lo pueden acabar. Yo prácticamente no creo en el combate del gobierno a la corrupción, cogen a los más bobos; los que en realidad se llevan las ganancias duras de este negocio, están en el poder, consiguiendo su plata. Están matando los más bobos y cogiendo a la gente más pendeja, pero los que en realidad mueven la plata tienen todo el poder y están en el gobierno... Son intocables.

–E: Negra, esta es una pregunta que puede sonar muy fuerte: ¿no suena contradictorio que viviendo experiencias tan duras...? Tú fuiste mujer de un sicario, un hombre que mataba, que torturaba, un hombre que, como tú misma has afirmado a todo lo largo de este testimonio, era malo en el sentido estricto de la palabra, ¿qué te hace suponer que Dios puede protegerte?

–N: Yo siempre lo he dicho, que han sido cosas muy duras que me han pasado, todo lo que me han tratado de hacer, porque varias veces me han tratado de matar y nunca he encontrado el motivo de por qué me han perseguido para matarme, si nunca

les he quitado nada, ni les he hecho nada malo, ni los he sapiado ni nada, nunca he entendido el porqué me han buscado para matarme y lo de... si era un hombre tan tremendamente malo... Ahora estoy viviendo nuevamente en la casa de mi mamá y de mi papá, como ellos ya están muy viejitos, muy enfermos, ya estoy de nuevo aquí, di una vuelta la verraca como de carrusel para llegar otra vez al punto de partida igual de desencantada y de desesperada como cuando me fui a los 16 años para triunfar y ganarme la vida lejos de mi familia. Ahora trabajo vendiendo comidas a las guardianas de la cárcel, trabajo honradamente, pero así tampoco se consigue un peso. Es para vivir al día, no más.

—E: ¿Has pensado alguna vez en que harías un último intento para conseguir plata?

—N: Claro, es que uno no cambia, uno su mentalidad sigue allí, en lo mismo, uno no es capaz de regenerarse, mientras uno mantenga la ilusión de tener algo, eso es lo que alienta a decir, bueno, yo tan pobre y sin nada, voy a volver a arrancar otra vez, y otra vez a volver a intentar.

FIN

Glosario

Acostar: Matar

Ají o ajiciar: Sobornar

Agite o agitar: Alterar

A la lata: En grandes cantidades

Andén: Acera

Balona: Ayuda, cooperación

Bazuco: Residuo de la cocaína

Bananear: Vacilar, engañar

Boletear: Ponerse en evidencia

Bomba: Cantidad de bazuco o cocaína

Cagadísima: Maldadoso

Caleta: Bodega clandestina

Cana: Cárcel

Canchera: Con experiencia

Caspa: Mala persona

Caspete: Fonda

Coso: Cantidad pequeña de bazuco o marihuana

Cometer: Traición

Cuadrar: Acordar, negociar

Culebra: Cuenta o deuda, acreedor

Cruce: Negocio

- Chichigua:** Poquito
Chimbo: Pene
Chuspa: Bolsa de plástico o de papel
Chuzar: Picar, acuchillar
Chuzo: Instrumento punzocortante
Dar pedal: Entusiasmar
Despelote: Desorden
Desechable: Drogadicto, delincuente
Duro: Jefe narcotraficante, poderoso
Embolatar: Perder
Embolatado: Perdido
Fafarachoso: Ostentoso
Faltón: Traidor
Faltonear: Traicionar
Fierro: Revólver o pistola
Fondo: Olla de cárcel
Gallinacear: Coquetear
Gonorrea: Balandro, indeseable
Guache: Patán
Guadua: Un tipo de bambú
Guayabo: Resaca
Guerrillo: Guerrilleros
Jíbaro: Vendedor de droga al menudeo
Jibariadero: Expendio de droga al menudeo
Lichiguito: Poquito
Llavería: Amigo
Malandro: Delincuente
Man: Hombre
Mamar gallo: Vacilar
Manzana: Cuatro cuadras a la redonda
Marañoso: Delincuente
Marcas calavera: Condenado a muerte

- Maquiavélico:** Malo
Merca o mercancía: Cocaína o bazuco
Mono: Rubio
Muenda: Paliza
Mula: Camión de carga
Murrio: Comida de la cárcel
No comer de ninguna: No cree en nada; no se deja convencer, ni conmovier
Ñaña: Preferido
Olla: Barrio bajo o peligroso
Paisa: Nativo del departamento de Antioquia
Papeleta: Pequeño envoltorio de bazuco
Parar bolas: Atender, poner cuidado
Paraco: Paramilitar
Paras: Paramilitar
Parcero: Amigo
Patrón: Jefe narcotraficante
Piedra: Rabia, enojo
Pistear: Vigilar
Plante: Capital para un negocio
Putería: Enojo, ira
Probar finura: Capacidad para delinquir
Quiño: Pistolero
Raqueta o raquetear: Revisar
Recochar: Vacilar
Sano o sanísimo: Libre de sospecha, que no consume droga, de buenas costumbres
Sapo: Delator
Sapear: Delatar
Soplete: Consumidor de bazuco o cocaína
Taleguita: Bolsita de tela
Tarrado: Cantidad, bastante

Tirar: Golpear

Tombo: Policía

Torcido: Ilegal

Tulita: Mochila pequeña que se carga a la espalda

Trompo quiñador: En el juego de trompo es el aquél al que le pegan todos

Uñiparado: Sofisticado

Veringo: Desnudo

Verraco: Fuerte, tenaz

Verraquera: Espléndido

Vicioso: Drogadicto

Visaje: Amago

Volar/se: Escaparse

Marcando Calavera:
Jóvenes, mujeres, violencia y narcotráfico
se terminó de imprimir en enero de 2008
Tiraje: mil ejemplares

